



AMENAZA DURMIENTE

Baltasar Magro

Plataforma
Novela

Amenaza durmiente

Baltasar Magro



Primera edición en esta colección: mayo de 2015

© Baltasar Magro, 2015

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2015

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 10142-2015

ISBN: 978-84-16429-23-3

Diseño de cubierta y composición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

*A mis lectores sin excepción,
incluso a los que no les agradó alguna historia.*

Índice

- 1.
1. [Amenaza durmiente](#)

EL DESPACHO LO EMPEQUEÑECÍA al constituir el espacio simbólico de sus desdichas en la Casa. Allí se encuadraban a la perfección las limitaciones que le habían impuesto sin tener en cuenta sus servicios y misiones secretas. Esa sensación se había agudizado durante la mañana al revisar los papeles de sus cajoneras más protegidas y recuperar documentos personales que tenía casi olvidados, pues en ellos se recogían las acciones que había desarrollado por todo Oriente Medio. Fueron los tiempos de Némesis y Merchante. Juntos formaron un equipo eficaz, casi indestructible, capaz de las mayores proezas para obtener excelentes informaciones y ejecutar operaciones ofensivas de contrainteligencia. La muerte de Némesis, como resultado de la demencia que supuso la guerra iraquí, lo dejó huérfano y destrozado, y redujo su entusiasmo y entrega por el espionaje.

Los recuerdos se iban agitando en constante pulsión mientras el granizo golpeaba con saña los paseos del jardín y las ventanas. Caía un aguacero sobre las instalaciones del Centro Nacional de Inteligencia, emplazado en una depresión de la cuesta de las Perdices, junto a la carretera de La Coruña, la Nacional VI. Jamás entendió que hubiera alguien con tan pocas luces como para construir en un agujero del terreno los edificios de lo que era conocido como la Casa. Para colmo, los años de la especulación inmobiliaria los habían rodeado de viviendas desde las que era factible espiar a los espías.

Él, Merchante, había realizado numerosos trabajos en los distintos niveles de la organización, incluso de los llamados «sucios», moviéndose por cloacas donde no transitan los encorbatados o uniformados, cargados de relucientes medallones y que manejan la batuta de las operaciones desde sus despachos, jefazos que, de tarde en tarde, se reúnen con el presi o con su mano derecha en La Moncloa. A pesar de ello, de su plena y arriesgada dedicación a la defensa nacional, hacía más de dos años que estaba apartado de misiones de calado y atisbaba lo peor; ya era sintomático el hecho de permanecer arrinconado en una oficina con un olor mórbido, decorada con mobiliario metálico de desecho proveniente de algún ministerio desaparecido.

En los últimos tiempos solamente lo habían reclamado para que elaborase informes sobre la extrema derecha y sus conexiones internacionales a raíz de la matanza perpetrada en Noruega por el fundamentalista cristiano Anders Behring, y sobre el asalto en Madrid a la librería Blanquerna durante la Diada catalana. Constituían solicitudes estrambóticas para un especialista en el mundo árabe, idioma que hablaba con el manejo, incluso, de varios dialectos. Por el contrario, no lo llamaron para analizar las consecuencias que tendrían las revueltas en Túnez, Siria, el levantamiento contra Muamar el Gadafi o el golpe de Estado contra los Hermanos Musulmanes en

Egipto. Se había ofrecido en reiteradas ocasiones para intervenir y medir la evolución de estos sucesos, que estaban comprometiendo la estabilidad de la orilla sur del Mediterráneo. A pesar de su estado de ánimo, había insistido al jefe Vernon para que le permitiese entrar en acción nuevamente, sin conseguirlo. Y, para colmo de desdichas, la reciente muerte de su padre lo tenía destrozado; solo podría superar el mal momento por el que estaba pasando si regresaba al «frente».

—Autorizadme, al menos, a acudir a Argelia, un país en el que debemos volcarnos por los intereses que tenemos en el sector energético. Ya sabes que la red de agentes propios, o los agentes dobles aquí, fueron entrenados por mí. Otro lugar que tenemos algo descuidado es Marruecos, sabéis que controlé algunos sabotajes y tengo gente fiel. Nunca podemos fiarnos al cien por cien de algunos servicios marroquíes.

Apenas fue atendido por Vernon, transformado en un burócrata; su receptividad fue nula a pesar de la buena amistad que mantuvieron en el pasado. De hecho, fueron captados al mismo tiempo cuando cursaban el último curso en la Academia de Infantería de Zaragoza. En poco tiempo alcanzaron el nivel 100 como oficiales de inteligencia y juntos, en los años del CESID, realizaron algunas misiones en el este de Europa. De nada sirvieron las experiencias que los habían hermanado. Vernon era otro individuo, animado por la esperanza engañosa del mando y de una vida más tranquila junto a sus dos hijos y Manuela, una italiana espectacular. En su época, fue conocido como el agente 001 por su semejanza con el actor que interpretó las primeras películas de James Bond. Poco le quedaba de aquella galanura y prestancia, convertido ahora en un parásito del espionaje que calentaba su culo en un sillón de piel y asistía a reuniones soporíferas en las que se desgranaban planes imposibles y utópicos que tenían una excelente música y un nulo presupuesto o medios para hacerse realidad, normalmente recogidos en proyectos que habían elaborado, a su vez, otros burócratas que desconocían los peligros y las necesidades reales. Eran personajes del espionaje que nunca habían arriesgado el pellejo y se dedicaban a exponer teorías retóricas y bonitas, pero inservibles.

Él no soportaba la pasividad y las operaciones de salón. Hubo un director de la Casa que definió su capacidad con pocas palabras: «Estaría loco quien tuviera a Merchante en un pasillo durante un solo día». Ahora, llevaba en dique seco mucho tiempo, amarrado a una mesa, lo que más odiaba. Es cierto que había ejecutado proyectos delicados, en los que se arriesga mucho sin obtener el éxito esperado, pero él insistía en que en algunas situaciones había que adelantarse y afrontar peligros.

La tormenta era torrencial, caía granizo y agua del cielo a ráfagas machacando los jardines, como si aquello fuera el trópico. Observaba las copas de los árboles que se vencían con el viento

huracanado en las cercanías de La Zarzuela, la residencia del Rey, y los escuálidos cipreses de la entrada al CNI doblándose casi por la mitad.

Encendió la luz de la mesa y se iluminaron las carpetas con los nombres en clave de sus andanzas, impidiéndole aplacar las emociones trufadas con recuerdos de su querida Némesis, todo ello a su vez mezclado con un sabor amargo y mucha rabia. Golpeó la mesa y varios bolígrafos saltaron al suelo con la velocidad de un saltamontes.

—¡Maldita sea! Ni siquiera tienen en cuenta lo mal que lo estoy pasando...

Gritó sin reprimirse lo más mínimo, con ganas, a sabiendas, eso sí, de que no iba a molestar a nadie a esas horas, ya que los despachos contiguos estaban vacíos.

Una manta de agua empañaba la visión a través de los cristales. Pocas veces había visto en los alrededores una oscuridad tan tenebrosa. Al girarse hacia el interior descubrió que el piloto rojo de su teléfono parpadeaba. Descolgó. Escuchó la voz de Raquel:

—Ven cuanto antes, no se te ocurra marcharte sin pasar por aquí. Son las instrucciones, ya lo sabes.

La secretaria le habló con el soniquete de alguien acostumbrado a transmitir órdenes que se cumplen al instante y sin rechistar. Él no iba a practicar una excesiva diligencia. Encendió un cigarrillo Merit bajo en nicotina, saltándose por supuesto la prohibición de fumar dentro del edificio. Dio varias caladas con ansia antes de salir del despacho. Lo consumió casi por completo en poco más de un minuto.

El recorrido por los pasillos resultó desapacible, incapaz de alimentar una frágil esperanza. Un relámpago expandió un fogonazo de luz por el corredor, el viento hacía flotar las cortinas, y un trueno golpeó sus oídos. Lo percibió como un presagio funesto, se temía lo peor.

Abrió las puertas de color verde pálido y accedió al antedespacho de su superior. Raquel apenas levantó la cabeza y con una señal de la mano le indicó que pasase a la sala principal. Ni se molestó en saludarlo, era una de las secretarias de mayor edad en la Casa y sabía más de los movimientos internos que algunos jefes, por lo que no se cortaba en demostrar su poderío con las maneras de atender al personal. Vestía como una monja seglar: falda de amplio vuelo plisada hasta media pierna, de color negro, medias del mismo tono y chaqueta de lana oscura por la que asomaba el cuello de una blusa de color blanco roto; el pelo gris lo llevaba recogido en un moño, y su rostro era poco expresivo, sin maquillaje de ninguna clase, con la piel blanquecina y los labios resecos a lo Marlene Dietrich, sin carmín, haciendo juego con su carácter insatisfecho. Llevaba, además, gafas con una montura pasada de moda, de color marrón, con cristales gruesos de miope que impedían ver sus pequeños ojos negros. Lo que más destacaba era su expresión adusta, como si le doliera el estómago o tuviera digestiones difíciles. Aquella tarde-noche le pareció un pájaro de mal agüero, ataviado convenientemente para presagiar malas nuevas.

Vernon le señaló el asiento frente a la mesa de caoba.

—Tomaremos un *gin-tonic*, ¿verdad? —propuso a su jefe con la intención de incordiar y con la seguridad de que no beberían juntos.

Así fue. Vernon hizo como si no lo hubiera oído. Estaba sentado en un amplio sillón de cuero negro y tenía detrás dos banderas, la de España y la blanca con el escudo del CNI, un círculo azul que limitaba y recogía dos elementos esenciales de la imagen institucional: el escudo de España flotando en el firmamento y una parte del globo terráqueo en cuyo horizonte aparecían las siglas del CNI. A Merchante nunca le agradó, hasta el punto de que él seguía usando el escudo con el lema *ex notitia victoria* («saber para vencer») y el águila del CESID, cruzada con la espada.

Vernon descansaba su oronda figura acodado sobre la mesa, en la que, curiosamente, no había ni un solo papel. Le faltaba abundante pelo y tenía un cutis pálido, marmóreo, al igual que el aspecto de su despacho, en el que se respiraba una gélida atmósfera. Había perdido el atractivo y el porte de antaño que le permitieran maniobrar por el servicio a su patria ante numerosas y selectas damas. Los israelíes del Mosad le habían tenido una especial predilección a la hora de realizar algunos servicios conjuntos.

—Vamos al grano, sin rodeos —dijo, haciendo caso omiso a la posibilidad de compartir un trago con un viejo amigo—. Tienes que saber que he intentado todo lo que estaba a mi alcance por nuestra relación. El resultado, lamento decírtelo, es concluyente y definitivo: debes abandonar el servicio, por voluntad propia, ya sabes cómo hacerlo, y cuanto antes. Lo contrario te crearía problemas serios, y me vería obligado a adoptar otras medidas.

—¿El director no ha entrado en razón? —preguntó Merchante.

—El temor a que otros diarios publiquen con todo detalle lo que sucedió años atrás con la muerte de los dos mendigos lo fuerza a actuar de esa manera. Es mejor que no estés aquí. Además, en el ámbito interno, el dispendio con aquel especialista norteamericano nunca ha sido asimilado, eso fue una barbaridad y sin ninguna eficacia probada...

—La culpa recae en ti por haberme mantenido apartado de la acción exterior; de lo contrario, no se habrían atrevido a darme la patada, y lo otro fue porque tú mismo me dirigiste hacia operaciones... —hizo un movimiento con los dedos para resaltar unas comillas en el aire para la siguiente palabra— superespeciales.

El jefe evitó pronunciarse de inmediato. Torció los labios dibujando una mueca irónica. Estaba avejentado, y sus ojos asemejaban unas semillas de sandía que se posaban en la hondura de unas profundas cuencas. Miró al exterior. Un helicóptero aterrizaba en lo alto del edificio más reciente del conjunto, todo acristalado, donde estaba el helipuerto. El ruido era ensordecedor. Se sentía incómodo con aquella reunión, pero era de vital importancia resolver la crisis, tenía que esforzarse para que el antiguo compañero abandonara el CNI sin demasiadas alharacas.

—Te pasaste, nunca debiste utilizar personas para realizar aquellos ensayos, eso fue una locura, amigo.

—¡No digas gilipolleces! Los ratones no sirven para actuar como agentes ciegos, aquí no hacemos pruebas de laboratorio. Y desconozco otro sistema que nos diera la suficiente información, ¿me entiendes o no? Tal vez has perdido tus anteriores cualidades para ver las cosas y cada día eres más dócil —remachó Merchante con un evidente disgusto que no quiso suavizar.

—Te ayudaremos, cuenta con ello. Yo me encargo de cubrirte las espaldas, te lo aseguro. Me duele todo esto porque, además, sé que lo estás pasando mal por lo de tu padre, pero es ahora cuando tenemos que adoptar esta decisión, y no hay otra salida. Esto me fastidia mucho, de verdad.

—¿Que te fastidia? Joder, al final todos somos un número: la entrega, el sacrificio, apenas importan. Es la cruda realidad —afirmó el agente—. No se tiene en cuenta lo que has aportado, los riesgos que has asumido, las imaginarias permanentes... Se desprecia todo eso cuando te llega la hora de que te manden a paseo.

—Sí, es doloroso. Pero es algo forzado por las circunstancias. Debes comprenderlo e, inmediatamente, abandonar el CNI. Te quedará un dinero hasta la jubilación, no sé cómo funciona eso. Lo hablas mañana con Federico Moreno, de personal. Él te informará del proceso.

Vernon abrió el cajón de la mesa y sacó un paquete de cigarrillos Marlboro. Le ofreció.

—No, no quiero. ¡Ah!, y un consejo: cambia de secretaria.

De repente, un aire huracanado estalló con tal virulencia que abrió de par en par las ventanas del despacho. Vernon se apresuró a cerrarlas. Merchante imaginó que una maldición desconocida se había introducido en el seno de la Casa.

El jefe le dio un abrazo cariñoso, efusivo, como si aún estuvieran juntos en la brecha del espionaje de altura. No fue la última humillación que tuvo que soportar.

Antes de abandonar el edificio fue cacheado meticulosamente para comprobar que no sacaba nada que pudiera comprometer a sus superiores y al buen nombre de la institución. El propio Vernon ordenó realizar otra clase de inspección para estar seguro de que la conversación que había mantenido con su antiguo colega no hubiera sido grabada. Al mismo tiempo, activó una revisión a fondo de los archivos que conservaba el agente despedido en su lóbrego despacho. Escudriñaron por todos los rincones y miraron con lupa cualquier fragmento de papel que hubiera pasado por sus manos.

PATRICIA ABRIÓ LOS OJOS esforzándose mucho para lograrlo porque los párpados le pesaban como piedras, y miró a su alrededor. No pudo localizar algo reconocible o que le indicase lo que debía hacer. Era de noche, muy oscura. Caminaba a duras penas, desequilibrada en sus pasos, y sin una dirección concreta.

Estaba completamente perdida.

Al cabo de un rato, surgió a unos doscientos metros, más o menos, la imagen difusa de unas luces. Apenas pudo contener el impulso de desplazarse hacia ese lugar. Tal fue su entusiasmo que tropezó con unos arbustos y después se golpeó con el tronco de una voluminosa encina, hasta terminar derrumbada en el suelo. La tierra embarrada con la lluvia de la tarde se entremezcló con su pelo dorado, y sus delicadas manos chapotearon en un charco de agua. El abrigo de excelente paño que llevaba puesto la protegió en la caída, pero no pudo evitar que se le rasgaran las medias y que sus zapatos se desprendieran.

Fue incapaz de levantarse para pedir ayuda o de continuar caminando.

¿Qué hacía en ese lugar? ¿Cuánto tiempo llevaba fuera de su casa? ¿Dónde estaban su coche, su teléfono...?

Debía tomar cuanto antes la medicina y reanimarse.

Receló. Se sentía confusa bajo los efectos de lo que había ingerido, que anulaba su voluntad y la inhibía para adoptar decisiones. No importaba, la solución la tenía pegada a la piel. Era imprescindible ingerir la droga adherida a su cintura, bajo la ropa.

Las dudas y la incertidumbre la corroían y resultaba imposible disiparlas. En la universidad destacaba por sus trabajos sobre el funcionamiento y los mecanismos del cerebro. Ahora su mente no respondía. Intentaba salir del extraño trance o... ¿imaginaba hacerlo? Recuperar la conciencia, abandonar la realidad que tenía configurada en lo más profundo de su cabeza. Allí se agolpaban imágenes en un vaivén vertiginoso mostrándole a personas conocidas, personas que ella quería o situaciones pasadas: fiestas, clases en la facultad, haciendo teatro con sus compañeros, viajes por Europa y... también fogonazos de la violación sufrida en la fiesta que se celebró en casa de unos amigos. Imágenes que se entremezclaban con voces, griterío...

¡Curarse era urgente, imprescindible!

Deslizó una mano bajo la falda, separó el elástico de sus bragas y, al fin, con la yema de los dedos acarició las cápsulas. ¡La bendita dosis! Desconfió un instante de lo que su mente dictaba. ¿Tenía desactivada la corteza cerebral? Necesitaba ver, deducir con más claridad...

Escupió de rabia e, inmediatamente, retiró el adhesivo y cogió todas las píldoras. Fue tragándose las una a una con bastante ansiedad, sin respiro. Era lo apropiado, lo mejor para salir del marasmo, aquello era la solución perfecta.

El efecto fue fulminante, demoledor...

Poco después, seguía tirada en el suelo, dominada por una fuerza poderosa. ¿Había errado al tomar todas las pastillas? Imposible volver atrás.

Sintió como si careciera de aire, del oxígeno imprescindible para respirar, cada vez había menos espacio a su alcance... Era como un pez fuera del agua. Además, los oídos reproducían zumbidos insoportables. Las imágenes se desvanecían, y los sonidos se apagaban. El frío era cálido, venturoso. Sus labios comenzaron a temblar, le dolían los maxilares... Gritaba desde su tálamo en el más absoluto de los silencios, impotente, eran gemidos en la oscuridad y en el vacío. Comenzó a agitarse, cada segundo con mayor violencia, cada segundo como una eternidad de sufrimiento. Ni siquiera la fortaleza de su juventud era capaz de soportar las convulsiones, detenerlas parecía imposible.

Y, de repente, el palpitar de su corazón se aceleró. Podía estallar, golpeaba brutalmente. El aire se convirtió en un leve soplo. Se ahogaba...

El corazón se detuvo, precedido de un golpe mortífero.

Tardó décimas de segundo en quedar inerte...

... a escasos metros de su casa, mientras sus padres aguardaban alguna noticia que les permitiera superar la angustia por su ausencia.

LAMUERTE DE DOS jóvenes en un corto espacio de tiempo como consecuencia, según los primeros indicios, de una sobredosis de drogas o medicamentos sedantes, apenas fue destacada por los medios, pero sí lo suficiente como para inquietar a Sandro Reguera, un guionista de *sitcom*, de comedias para la televisión, y escritor de novelas comerciales. A él le resultaron llamativas por las coincidencias con lo que había contado en su último libro: los lugares donde encontraron los cuerpos, las circunstancias y los detalles que rodearon la desaparición de los jóvenes antes de ser localizados sin vida, la edad, los estudios, el entorno social y, especialmente, por las dudas sobre las causas y los motivos del trágico desenlace. En un primer momento, la policía consideró que podía tratarse de suicidios, pero faltaban elementos esenciales y recurrentes en este tipo de sucesos como para defender a ultranza esa hipótesis. La secuencia plasmada en su novela abarcaba hasta siete muertes casi idénticas, y se preguntó, no sin estremecerse, si tendría que presenciar un drama de semejante calibre.

Después de reflexionar con calma consideró que lo ocurrido encajaba con las premisas utilizadas en su relato, aunque al mismo tiempo podía considerarse resultado de una absurda casualidad. Lo más probable es que él fuera el único en detectar la curiosa relación con los hechos luctuosos. Una apreciación errónea, como comprobó, con estupor, al recibir la llamada de la inspectora Artilles.

—Tengo que decirle que conozco lo que escribió, y esa es la razón para pedirle que nos reunamos. La situación lo requiere. Cuanto antes, se lo agradeceríamos...

—No entiendo. Esto es precipitado, en mi opinión, hasta un poco alucinante me parece... — replicó sin dominar el asombro que le había producido el requerimiento.

La inspectora rebatió con contundencia y sólida argumentación las reservas que él había expresado para mantener el encuentro.

—Las pautas son similares, pero no estamos acusándolo de nada, por supuesto, ni muchísimo menos, esto tiene carácter informal. Nos parece muy llamativo que los hechos sean casi iguales a lo que usted escribió. Es algo innegable, está perfectamente detallado con sus propias palabras y nos ha sorprendido. Por lo tanto, debemos vernos. Como prefiera: o se acerca hasta la comisaría, o nos recibe hoy mismo en su domicilio, no nos importa ir hasta allí, hasta Pozuelo; al fin y al cabo, estamos cerca de la zona donde trabajamos permanentemente con varias unidades.

Advirtió que aparecería acompañada por el inspector jefe Sigüenza, la persona que dirigía toda la investigación.

No hubo posibilidad de negarse, a pesar del disgusto que representaba ser considerado alguien que pudiera tener las claves para mitigar el dolor por el que estarían pasando las familias y resolver el caso. Pero no podía hacer otra cosa más que abrir la puerta de su domicilio y salir del anonimato que hubiera preferido mantener a toda costa.

DESDE EL PRECISO INSTANTE en que la inspectora Artiles apareció acompañada por un individuo mal encarado que escrutaba, sin cortarse lo más mínimo, los rincones de la casa como si allí estuviera refugiado el enemigo público número uno, Sandro presintió que su cómoda existencia daría un giro copernicano.

El inspector Raúl Sigüenza le resultó antipático nada más cruzarse en la puerta. Daba la impresión de que había que permitirle cualquier tropelía. Entró como una exhalación y se dirigió hacia el interior tras un saludo gélido, sin mirarlo de frente. Ella, por el contrario, aguardó en el recibidor a que autorizaran su entrada.

Al poco de acomodarse en el salón, y sin los necesarios preámbulos que hicieran más digerible la sesión, el inspector abrió una carpeta muy deteriorada de plástico opaco y fue depositando encima de la mesa, con ademán enérgico, varias fotografías de las víctimas. Las había con detalles escabrosos de algunas zonas de sus cuerpos: rostros macilentos y cerúleos, extremidades de piel azulada... Fue situando las desagradables fotografías sobre la mesa de cristal con una calculada parsimonia, apartando libros, papeles y objetos diversos, entre los que predominaban varias latas vacías de cerveza, como si quisiera restregarle las macabras imágenes mientras analizaba de soslayo su reacción. Daba la impresión de que se regodeaba mostrándoselas. Para colmo, hizo una mueca de suficiencia con la intención de dejar patente que estaba habituado a manejar esa clase de luctuoso material. El escritor interpretó aquel ceremonial como una especie de escarmiento debido a su osadía por haber imaginado un relato macabro.

El policía barrió con su mirada afilada e insolente el rostro del joven y acechó con regusto sus emociones, con la fundada idea de que aquellas muertes debían turbarlo.

Entre tanto, la inspectora Elena Artiles asemejaba una esfinge de infinita gravedad: no había alterado ni un músculo de su rostro, aunque en su fuero interno consideraba que el instinto manipulador de su superior era algo desagradable. En la sección de homicidios de la Brigada de la Policía Judicial, los compañeros no entendían que una persona tosca, ruda, que iba por el mundo como curada de espantos, poco respetuosa con el resto de los mortales y sin delicadeza a la hora de relacionarse con sus subordinados, hubiera trepado tan rápido. ¿O quizás eran aquellos los méritos que catapultaban hacia la cúspide?

—¿Qué, qué le parece? —inquirió, acusador, el inspector.

Sandro tragó saliva y detectó un ligero escozor en la garganta. Jamás se había visto en una situación similar. Se aceleró el sudor en su piel y, de súbito, sintió una especie de fragilidad

originada por la conmoción que le ocasionó la visión de los cadáveres y la intimidación que ejercía sobre él aquel hombre con cara de pocos amigos y maxilares hinchados que le deformaban la cara dándole un aspecto fiero.

Decidió resistir la arremetida y enfrentarse a la mezquina provocación. Fue algo instintivo buscar previamente, en el exterior, alguna clase de apoyo. Al desviar la mirada hacia la calle descubrió la atmósfera quebradiza y cambiante de aquella tarde de finales de otoño. Ansiaba aire limpio, pero las ventanas estaban cerradas y no se atrevió a moverse para abrirlas; en otras circunstancias, incluso habría salido a la pequeña terraza. Precisaba reanimarse cuanto antes. De improviso, surgió su tabla de salvación. Ella lo miró fijamente, era la primera vez que lo hacía con tanta determinación. Le agradó que lo hiciera. Esbozó una sonrisa agradable, y él vislumbró que compartía su disgusto o que, al menos, era solidaria con su malestar.

—Sí, es algo muy doloroso —respondió al inspector—. Lamentable, desde luego. Pero no entiendo por qué hay tanto interés en que yo esté enterado. Los he recibido por obligación, o mejor diría, por educación, sin que me considere concernido, para nada, en estos hechos. En realidad: ¿de qué va todo esto?

El inspector Sigüenza se deleitó con la rabia contenida que traslucía el escritor, a pesar de que no le garantizaba la capitulación ni que se prestase a colaborar; cabía, incluso, la posibilidad de que fuera el asesino de los jóvenes con una coartada excelente como era el relato previo del delito. Cosas más sorprendentes había visto en su larga trayectoria profesional. Estiró con las dos manos las solapas de su chaqueta, pues precisaba reforzar su posición ayudándose con el gesto y moviendo al mismo tiempo el mentón de un lado a otro. Llevaba un traje negro, algo estrecho para su corpulencia, y corbata a juego. Lo que más destacaba en él era la congestión rubeólica de su semblante. Sandro dedujo que era debido a su mala uva y a un exceso de alcohol mal asimilado.

—Esto es grave, ¿entiendes? —destacó el inspector con voz elevada y rotunda, mientras respiraba entrecortadamente y torcía los labios.

Era curioso que hubiera modificado el tratamiento utilizado desde un principio, y receló antes de consagrar el cambio. Probablemente, se vio también obligado a cortar de raíz lo que brotaba desde su interior, sobre todo desde la zona baja de su tórax, salpicado con ácidos gástricos que fluían hacia su garganta. Después de mirar como un aguilucho en su derredor prosiguió, al fin, más contenido y aflojando la tensión inicial marcada en su boca:

—Sandro Reguera —pronunció ceremoniosamente—, puede ayudarnos y debe hacerlo por propia voluntad, será lo mejor. Está obligado a facilitarnos toda la información que tenga en sus manos y el material que haya manejado para su trabajo. Comprenderá que las coincidencias son muy sospechosas; creemos que puede poseer información útil para nosotros y que resulta indispensable que nos la entregue. Usted verá lo que hace.

El policía arrugó la frente, y la piel se plegó dejando numerosas marcas mientras tensaba al

máximo los párpados. Durante unos instantes fue concentrando una especie de corriente eléctrica generada con su extraordinaria fortaleza y mal humor, sin dejar de atravesar con la dureza de su mirada el rostro del interrogado. Aguardaba impaciente una respuesta, un movimiento conciliador del joven. Como tal cosa no sucedía, exigió a su compañera con un gesto de autoridad que cargase contra él. Ella reaccionó y lo hizo con delicadeza.

—Lo ocurrido hasta el momento, señor Reguera, se asemeja a lo que usted imaginó, esa es la consideración que tiene para nosotros, por supuesto, pero es algo que nos tiene también intrigados. Debo decírselo, por muy duro que le resulte oírlo: hemos estudiado con minuciosidad el relato y resultan más que sorprendentes los aspectos comunes. Consideramos la posibilidad de que un asesino en serie esté siguiendo su modelo para llevar a cabo una obsesión enfermiza y criminal. Y lo peor es que decida continuar...

—Puede llamarme Sandro.

A ella pareció agradaarle la proposición. Se peinó el flequillo con los dedos de la mano derecha; tenía el pelo negro y peinaba una melena que imitaba a la perfección la de Uma Thurman en *Pulp Fiction*; sus ojos castaños, melados, se hicieron más luminosos, sus pequeños labios se agitaron débilmente, y Sandro pensó alucinado, confundido quizá por la desazón de aquel insólito encuentro, que el pecho de la mujer se agitaba y desaparecía por fin su irritante hieratismo.

—Bien, Sandro, como le decía, las coincidencias resultan interesantes, y, en consecuencia, nos vemos obligados a pedir su colaboración. Es probable que sus conocimientos resulten esclarecedores, que nos sirvan de ayuda. Y tengo que decirle: no es rechazable para nosotros la solución que propone en su libro para explicar la cadena de asesinatos, deberíamos profundizar en ese planteamiento que utilizó como desenlace...

Sandro habría deseado no haber oído aquellos razonamientos, aderezados con la voz dulce y serena de la mujer. Percibió un ligero temblor en las rodillas y comenzó a deshilar con los dedos el roto del pantalón vaquero que dejaba al descubierto la zona alta de sus muslos. Se detuvo al comprobar que ellos lo observaban expectantes mientras no cesaba de destrozar un poco más su ropa. Le preocupaba ser considerado alguien especial en una investigación policial. ¿Por qué se habían empecinado con su historia? ¿Acaso tenían sospechas contra él que iban más allá de lo que había escrito? Y si fuera así, ¿por qué no lo decían?

—La verdad es que no tengo ni puñetera idea de cómo ayudarlos, se lo digo muy en serio, ni qué podría entregarles. Me van a perdonar, pero se lo diré sin paños calientes: me parece un despropósito que piensen que las muertes, y la probable resolución del caso, están inspiradas en mi novela, no puedo admitirlo o, al menos, soy incapaz de asumir esa idea. Creo que están confundidos por completo.

Razonó haciendo denodados esfuerzos para salir airoso de la incómoda situación y para que confiaran en él.

—... me parece anormal —insistió— que piensen que soy poseedor de algo que resulte útil para ustedes. Todo lo que imaginé, lo que estuvo en mis manos sobre esa trama, que ya ni siquiera me pertenece y que suelo olvidar cuando sale a la luz, fue narrado en su momento, y eso es todo. Poco más puedo decirles. Nadie piensa, cuando escribe, que, después, se hará realidad. Lo ocurrido es una simple coincidencia que me duele, y de ninguna manera puedo considerarme responsable de nada. Me fastidia decirlo, pero no puedo ofrecerles mucho más...

Se levantó del asiento; precisaba mover las piernas, tomarse un respiro. Lo tenían casi cercado en los sillones que flanqueaban el pequeño sofá donde había permanecido, a instantes algo agazapado y encogido, temeroso y asustado por la presión a la que había sido sometido. Hubiera deseado evadirse, salir a la calle sumida en la oscuridad por un cielo cargado de espesos nubarrones y mezclarse entre los paseantes, ser un completo desconocido.

—Voy a la cocina por una cerveza —dijo, apresurado—. Puedo traer algo...

—Un poco de agua —pidió ella; el inspector rechazó el ofrecimiento con ambas manos de frente.

¡Acarició la idea de que se hubieran esfumado!

Pero allí permanecían, sentados en el salón, aguardando su regreso. Él hablaba por el móvil con el semblante acalorado, ella tomaba notas en una pequeña libreta de piel con pastas oscuras; llevaba unas gafas con poca graduación de montura rectangular negra que apoyaba casi en el centro de la nariz. Resultaba agradable con la apariencia de universitaria algo despistada. Tal vez debido a su trabajo estaba obligada a vestir con excesiva sobriedad: pantalones azul ultramar, *body* blanco y chaqueta de lana color *navy* que se quitó pasados unos minutos. El único adorno visible consistía en un pequeño Rolex de acero inoxidable. Era joven, no había cumplido los cuarenta. Le dio el vaso de agua y, sin llegar a mojarse los labios, lo depositó encima de la mesa. El airado y fibroso inspector cortó su comunicación telefónica nada más verlo. Parecía no estar satisfecho con el desarrollo del encuentro; el malestar se apreciaba en su expresión ceñuda. Volvió a estirar las solapas de su chaqueta negra antes de hablar:

—Insisto, señor Reguera, en que no hay excusa para eludir la colaboración. Entre otras razones, supongo que habrá tenido en cuenta el posible efecto simpatía; tenemos que considerar ese efecto contagio, y usted también debería tenerlo en cuenta, ya que puede que encendiera un poquito la mecha...

Sandro a punto estuvo de atragantarse con la cerveza. Tosió con fuerza y buscó en su pantalón un pañuelo para retener el líquido que brotaba de su boca y limpiarse.

El inspector torció los labios y, luego, los relamió muy rebuscado sin establecer ningún control para impedir que se desvelara la satisfacción que le producía la inestabilidad en la que había

caído el interrogado.

—No querrá decir... —susurró Sandro con voz trémula y rabia contenida.

—Bueno, no es que le echemos la culpa, así, sin más.

—Claro, ¡qué generosidad! —bromeó con intención de desahogarse y liberar levemente la tensión a la que estaba sometido.

—Por supuesto que no —intervino ella, rauda—. En principio, sería excepcional pensar que hay un plan que imita o reproduce fielmente la ficción, al menos no es algo que suela darse. —Bebió agua y sus labios húmedos resaltaron la forma de su boca—. Debería decidirse a facilitarnos los elementos que manejó para elaborar su novela. Quizá, sin saberlo, posea pistas interesantes.

—¡Déjame, Elena! —ordenó algo irritado el superior; su rostro volvía a congestionarse, y sus ojos enrojecieron—. Debe usted saber que en los casos de violencia de género, los violentos reproducen e imitan la ejecución del asesinato siguiendo los parámetros descritos con anterioridad, por ejemplo, en un telediario. Y que la difusión de cualquier noticia relacionada con esos sucesos anima a otros a dar el paso criminal cargándose a sus parejas. Por lo tanto, señor Reguera —al pronunciar entre dientes el apellido lo miró con ojos irritados—, usted tiene que ser consciente de que tal vez debería haber sido más prudente, ¿me explico? Y por lo tanto debe contarnos con el máximo detalle cómo se le ocurrió todo esto, por qué eligió este asunto, qué documentación tuvo a su alcance, además de lo que pasó por sus manos y presenció: informes confidenciales, conversaciones con policías, testimonios de personas...

Sandro respiró con ansiedad y desvió la mirada hacia la calle. La avenida estaba cargada de automóviles, era la hora del regreso a casa, a las zonas residenciales, desde Madrid. Los fognazos del cielo presagiaban descargas eléctricas. Le dio un buen trago a la lata de Heineken. El amargor del líquido le hizo bien.

—Genial —musitó algo más calmado—. ¿Quieren que les diga la verdad de la verdad? ¿Que les descubra las cartas que he manejado para construir la historia, así, sin más? Pues, para empezar, tengo que decirles que yo escribo lo que me apetece porque sí, ese es todo el secreto. Y, finalmente, creo que no tienen derecho a presentarse en mi casa para presionarme y tratarme como si fuera un bicho raro o un delincuente, y se equivocan de plano, no poseo nada que pueda solucionar lo que está pasando, no sé si me explico con claridad.

A ella le contrarió la situación creada, y lo hizo visible arrugando el entrecejo y apretando los labios. Estaba sentada en un sillón, a la derecha de Sandro, frente a su compañero. Hizo un gran esfuerzo para exponer sus argumentos con convicción:

—Escuche un momento, por favor. Sería importantísimo conocer su punto de vista, saber qué documentación tuvo a su alcance, cómo se le ocurrió ese desenlace, si hubo alguien que lo ayudara a desarrollar el texto y las situaciones, qué o quiénes fueron sus fuentes, si las hubo, con quién

habló mientras lo escribía..., etcétera. En definitiva, escuchar su propio análisis sobre cómo se pudieron originar estos hechos. Sandro, lo importante, lo fundamental, es evitar otras muertes como sea, y pienso que si podemos aportar algo para conseguirlo, todos debemos participar, ¿no cree?

Se hizo un largo silencio. El escritor bajó los párpados unos segundos. Los policías aguardaban con impaciencia su reacción.

Comenzó a llover con fuerza.

—Sinceramente, insisto, no encuentro razones que expliquen la relevancia que me han dado. Estoy sorprendido de que hayan venido a verme, me parece inaudito todo esto. Y por decirles algo, estoy dispuesto a repasar lo que hice, necesito pensar, mirar si hay algo que pueda resultarles útil, aunque me extrañaría. Les llamo, ¿de acuerdo?

—Pero rápido, no podemos perder tiempo —urgió el inspector jefe.

—Si existiera un guión establecido, una secuencia de hechos similares con su novela, y hasta el momento es lo que parece, esto continuaría hasta alcanzar siete asesinatos, así que tenemos que actuar con la máxima rapidez —expuso ella con aplomo y sin reducir la amabilidad en sus gestos.

—¿Quiere decir si se cumple el efecto simpatía a raíz de lo que se me ocurrió contar? —preguntó Sandro con cierto soniquete.

—No exactamente, le ruego que no me malinterprete. Entienda que debemos tener en cuenta cualquier posibilidad, por remota y extraña que nos parezca. Nuestra pretensión es parar esto y detener al culpable o los culpables. Nos preocupa, y mucho, esta situación, no digamos a las familias, a los amigos y conocidos. Usted, tal vez sin pretenderlo, sin saberlo, se ha convertido en alguien que nos permitiría profundizar en algunas líneas de trabajo. —Lo expresó con fuerza, su voz sonó profunda y sus ojos brillaron en la oscuridad.

De repente, la tormenta había envuelto en sombras la casa.

—De acuerdo —concluyó levantándose del sofá—. Les llamaré si se me ocurre o veo algo que pueda servirles. Se lo aseguro. Voy a meditarlo, miraré mis papeles...

—Piénselo sin pausa. Debe hacerlo pronto.

Estrechó la mano del inspector, que reiteraba su buena voluntad al despedirse, modificando su estrategia inicial. En pocos minutos se había transformado en una persona con un perfil más conciliador, posiblemente al comprobar el escaso éxito de la maniobra que había utilizado durante el encuentro.

APESAR DEL COMPROMISO establecido con los policías, estuvo tentado de incumplirlo, entre otras cosas porque se negaba a aceptar la relación de los hechos con su relato. Repudiaba el planteamiento que le hicieron.

—¡Es demencial! ¿Cómo se les ocurre pensar que alguien decide replicar la novela para ser utilizada como una especie de guía de muerte? Y aunque fuera así, ¡yo qué pinto en todo esto! Que me dejen en paz. Te lo juro: me gustaría desaparecer.

—¡Ni lo sueñes! —exigió Luis—. Eso complicaría las cosas. Nos tienes a nosotros para lo que haga falta, a Eva y a mí.

Su amigo fue el primero en acercarse a verlo después de la agria visita de los inspectores. Sandro vivía en el Pozuelo de la última hornada, en el pueblo con mayor renta per cápita de España. Allí tenía su apartamento, a la altura del segundo piso de un bloque de cuatro plantas, con vistas a una calle arbolada y a una autovía sin compasión por el ruido. Saliendo a la pequeña terraza podía contemplar el *skyline* de Madrid y, más cerca, un descampado repleto de antenas de radio y de telefonía.

Luis y Eva, antiguos compañeros de trabajo en la tele, seguían colaborando con él en algunos proyectos y lo habían ayudado en la documentación de *Amenaza final*. Eran los mejores y, lo más importante, dos tipos legales y excelentes amigos.

—¡Venga, tío! Esto no pinta mal, aunque ahora no lo veas, ni seas capaz de apreciarlo —insistió Luis—. No pasa nada si nos metemos en el *tinglao* con la poli...

—Estás loco, no seas animal. ¿Qué es eso de que no pinta mal? Estamos hablando de jóvenes muertos, sin causa aparente, de posibles asesinatos... Y la verdad es que estoy preocupado, en serio..., y me tiene bastante fastidiado que me señalen.

—¿Por qué? ¿Acaso temes que te hayan incluido en una lista de sospechosos? Pues, ahora que lo pienso, deben de haber llegado a esa conclusión, claro. ¡Eres el sospechoso ideal! ¡Joder! Nadie anticipa por escrito el delito que cometerá más tarde, es una coartada perfecta. Algún poli inteligente habrá pensado lo mismo y te habrán colocado entre los malos a los que hay que atar corto. ¡Esto es la leche! Buenísimo. Me parece fantástico. —Luis se frotaba las manos como si estuviera a punto de cosechar algún triunfo.

—¿Lo ves? Eso es lo que me preocupa, tal vez me tengan vigilado. Y tú: venga, dale que dale.

—Ya..., pero aquí no hay arreglo, lo hecho, pasado está. Si hubieras seguido con las historietas de espadachines y de damas con corpiño, seguro que no se les habría ocurrido pensar que dabas

ideas peligrosas a algún *pirao* o, incluso, que eres el peor de ellos. Es lo que tiene escribir sobre el tiempo presente y rellenarlo de cadáveres. Lo fundamental es que aquí hay misterio, ¿no? ¿Lo pillas? Esto me pone, chaval. Y con la poli a nuestro lado, si sabemos jugar bien la partida... — Sandro rechazaba los argumentos negando con la cabeza, quería reducir el entusiasmo de su amigo y aclararse ante el aluvión de comentarios que le estaba haciendo. Pero era el comportamiento habitual en él, tenía el cerebro como una máquina del AVE al máximo de revoluciones—. Ellos te necesitan, eso es cojonudo. Y tú necesitas aclarar las cosas para librar- te de las sospechas que recaen sobre ti. Y después, cuando finalice todo, venderás más libros, podemos ir dando aviso — recalcó mientras alzaba el móvil con la mano derecha; en la contraria sostenía permanentemente un cigarrillo Winston—. No, no, tranquilo..., no voy a llamar a nadie, es una coña, ya llegará esa hora.

A pesar del empuje, del fervor que ponía Luis, él permanecía en un mar de confusión que no era capaz de desbrozar. Es más, la postura de su compañero le resultaba descabellada, ya que pretendía colaborar con la policía con la intención de sacarles información; mientras tanto, ellos actuarían por libre realizando pesquisas personales en su propio beneficio.

—¿Te imaginas? Es una oportunidad de oro que debemos aprovechar. Seguro que de ahí surgen cosas y los contactos nos servirán para el futuro. Venga, ¡ánimo!

—Yo creo que nos meteremos en problemas —aseguró Sandro—. Y, de cualquier manera, entiendo que están obligados a husmearlo todo. Sin embargo, de un momento a otro pasaré a un segundo plano, se olvidarán de mí porque habrán dado con la pista correcta para resolver el caso.

—Bueno, para empezar, no pierdes nada por decirles que colaboras, y te dedicas a poner la oreja, tampoco es tan complicado, no cometemos ningún crimen por ello. Y de paso, vas viendo lo que piensan de ti y les despejas las dudas que tienen contigo.

—Me parece un disparate, un juego peligroso que puede acarrear problemas. Y es más: me extraña que funcione, no es tan sencillo que te permitan «poner la oreja», como tú dices.

Luis era incorregible, tenía por costumbre meter las narices en cualquier tinglado donde olfateara misterio y acción, o si sospechaba que había algo interesante. Sandro estaba atrapado por su bonhomía, su extraordinaria capacidad para el trabajo, su mente analítica y, sobre todas las cosas, por su amistad. Chocaban solo en dos aspectos: primero, porque Luis era marcadamente radical en sus posturas políticas, aún se alimentaba de una especie de marxismo trasnochado, romanticón, apoyando a Podemos, y, segundo, por tener un aspecto de menesteroso que le complicaba, y muchas veces le impedía, traspasar algunos umbrales. Nunca había conocido a una persona tan descuidada en su atuendo, llevaba ropa de desecho y lo de rasurarse constituía todo un lujo. Era rubio con ojos azules, clarísimos, y un poco saltones, tanto que en un primer momento llegaba a desconcertar por su apariencia y por las órbitas puntiagudas, hasta que oías su voz agradable y percibías su cordialidad en el trato.

—Lo que me gustaría es que esto acabara ya, y creo que tu plan es, ¿cómo decirlo?, ¡un proyecto absurdo y descabellado! Incluso tiene algunos riesgos que desconocemos. Dejemos que la policía haga su trabajo, y yo me dedico a lo mío, y tú haces lo propio —afirmó Sandro cruzando los brazos y descansando los pies encima de la mesa de metacrilato, repleta de papeles y revistas, que había junto al sofá.

—Venga, no seas tuercebotas, coño. Que ellos te vayan diciendo cómo avanza la investigación, y nosotros miramos por nuestra cuenta. Eso funcionará, ya lo verás. Juguemos un poco, con iniciativa, es lo mejor, confía en mí.

Se marchó dejando el café a medio tomar y a Sandro con el alma en vilo. Dijo que debía grabar imágenes en el pueblo de Buitrago para un reportaje.

Lo único que lo atraía de la propuesta de su amigo era la posibilidad de tener algún control para reducir o eliminar cualquier clase de sospecha que recayera sobre él. Esto sí le importaba, era su prioridad.

EL INSPECTOR SIGÜENZA conducía sin apresurarse, como si pretendiera contemplar el paisaje respetando con exagerada prevención las señales de tráfico. Su comportamiento resultaba inaudito después de haber sido alertados de la existencia de otra posible víctima. Dos horas antes, los subinspectores Ramón Hueso y María Santaniello habían salido de la Comisaría General, acompañados por policías de investigación y miembros de la Unidad Científica, hacia el lugar de los hechos.

La aparente modorra del inspector se modificó por ensalmo nada más acceder a la autovía M503, que enlazaba Pozuelo con la autopista de Galicia. Ocurrió al oír por la radio interna que el juez iba a autorizar el levantamiento del cadáver y su traslado al Instituto Anatómico Forense. Entonces, Raúl Sigüenza golpeó el volante del Peugeot 703 con tanta violencia que Elena Artilles temió que lo hiciera trizas y enrojeció clamando al cielo mientras empujaba con el resto de sus fuerzas el pedal del acelerador. El vehículo dio un tirón seco. La inspectora colocó la sirena en el techo mientras él hablaba a gritos por el intercomunicador.

—¡Que nadie haga nada hasta que lleguemos! Hueso, ¿me oyes? La orden es concluyente: ¡nadie puede tocar nada! ¿Entendido? Corto y cambio.

Se produjo una pausa saturada con la arenilla electrónica de las ondas. A pesar de su brevedad, el inspector se intranquilizó y a punto estuvo de anticiparse.

—De acuerdo —habló, al fin, el subinspector Hueso—. Esperamos su llegada. ¿Cuánto tardarán? Corto y cambio.

—Lo que sea. No mucho. Sigán mis órdenes. Estamos cerca de la carretera de Boadilla. Corto y cierro.

Cruzaron por una zona repleta de grandes cartelones con anuncios inmobiliarios situados en los arcenes, vestigios de los tiempos del esplendor, y seguidamente pasaron junto a relumbrantes edificios de una multinacional de seguros. Sigüenza conducía ahora el vehículo con maneras de principiante y era tan desvergonzada su falta de respeto y seguridad para con los demás conductores que transmitía una prepotencia salvaje. Elena se asustó y cerró los ojos cuando no cedió el paso en una rotonda y entró en la misma rozando una furgoneta Mercedes que tenía preferencia y se encaminaba hacia la salida de la derecha, en dirección a Villanueva de la Cañada. A ella le costaba entender la urgencia después de haber dado las órdenes precisas y de encontrarse a pocos minutos de la casa donde había aparecido el cadáver.

—¡Pandilla de inútiles! —exclamó él mirando de reojo a su compañera. Al advertir su extrañeza, aclaró—: Me refiero a algunos de los que nos preceden, a la marabunta de personal que te encuentras normalmente en el área del crimen. Los locales, los civiles, la científica, los judiciales, los mirones...

—Ya... —susurró ella abriendo la ventanilla para respirar aire fresco. Su jefe acababa de encender otro cigarrillo Ducados, lo hacía casi sin descanso.

—El maldito patrón que estableció ese individuo es recurrente y hasta es probable que oculte algo que se nos escapa. Esto parece una epidemia mortífera, y lo alucinante es que el *plumilla* ese lo anticipara con tanta precisión...

—Lo veremos pronto, veremos si también aquí se confirma. En cuanto llegemos y hagamos una exploración visual y hablemos con los testigos —respondió Elena con una mueca de preocupación y abotonando su gabardina para protegerse del frío exterior—. Pero mucho me temo que se repite de nuevo el modelo, por lo que han anticipado Santaniello y Hueso.

Los dos subinspectores habían transmitido, después de realizar una inspección rápida, que no existía ningún signo de violencia o de agresión sexual en el cuerpo de Ángeles de la Riva, una estudiante de *telecos* con todo a su alcance y un futuro prometedor. La joven había permanecido varias horas desaparecida hasta que fue encontrada muerta, tumbada en el suelo de su cuarto de baño, a primera hora de la mañana. Fue una criada colombiana, interna en la casa, quien la descubrió. También explicaron los subinspectores que la posible causa de la muerte, según las primeras impresiones, había sido un colapso cardiovascular y paro respiratorio. Por ningún lugar de la casa encontraron una nota o algún escrito anunciando su voluntad de morir. Por lo tanto, podría tratarse de la tercera víctima de un asesino en serie, aunque era complicado deducir el móvil y el mecanismo mortal empleado para conseguir su siniestro objetivo.

Por lo que habían averiguado, en todos los casos se reproducía un esquema similar, tal como estaba descrito en el relato de Sandro Reguera. Los jóvenes morían sin señales de violencia en sus cuerpos y, supuestamente, a consecuencia de una aparente sobredosis de drogas, a pesar de que no existían indicios de que fueran consumidores de ninguna clase de estupefacientes. Y nada hacía suponer que fuera por voluntad propia, inimaginable después de analizar sus entornos familiares, sus relaciones de amistad o inquietudes. Algo los empujaba a morir, y ese impulso que los arrojaba al abismo debía proceder de algo externo.

Alberto Bocada, un estudiante de Arquitectura de veinte años, y Patricia Castellanos, estudiante de Medicina de diecinueve, fueron los primeros en aparecer muertos a pocos metros de sus domicilios. Vivían con sus familias en lujosas residencias de la zona noroeste de Madrid. Había ocurrido durante el pasado fin de semana en días consecutivos. Horas antes de ser localizados sin vida también habían desaparecido sin causas que lo explicaran o motivasen. No hubo ningún rastro o indicio que anticipara el drama, y sus teléfonos dejaron de funcionar durante mucho

tiempo. Y la causa de su fallecimiento era idéntica: ingesta de barbitúricos, aunque todavía estaban a la espera del estudio pormenorizado con las muestras de los cadáveres que realizaba el Instituto Nacional de Toxicología.

Dejaron atrás la carretera de Boadilla del Monte y se adentraron por una extensa urbanización de chalés. El terreno tenía muchas pendientes y nutridas arboledas de pinos y encinas. Altos murallones o setos inmensos ocultaban al exterior las lujosas edificaciones. El sol lucía limpiamente enmarcado en un cielo pleno de azul, aunque en las estribaciones de la sierra se concentraban algunos nubarrones. Raúl Sigüenza decidió apagar la sirena, ahora conducía el vehículo con sosiego, como si el apacible entorno lo hubiera amansado.

Pronto dieron con la casa, rodeada de vehículos policiales, de la furgoneta de la Policía Científica y de algunos curiosos. Ramón Hueso corrió hacia ellos, en cuanto atisbó el Peugeot azul oscuro que se detenía junto a una ambulancia y al furgón negro del anatómico.

—Por fin estáis aquí. El juez ha permitido, en contra de nuestra opinión, que la madre entrase. No hemos podido evitarlo, menos mal que ya habíamos avanzado bastante en el examen de la víctima y del lugar con intervención de nuestra Unidad Científica para tomar varias muestras.

—¿Por qué era tan urgente lo de la madre? ¿No podía esperar a que finalizáramos? —rugió el inspector.

—¡Yo qué sé! Al parecer, quería vestirla un poco, arreglarla...

—¡Coño! Peor me lo pones, podría fastidiar alguna prueba. Te dije que nadie tocase nada.

Ramón Hueso levantó los hombros como queriendo mostrar su impotencia para gestionar la situación. Era un hombre joven, de poco más de treinta años, buen aspecto, espigada planta y fornido por muchas horas de gimnasio, pelo rapado, moreno de piel y de ojos. Pertenecía a la nueva hornada policial, gente muy preparada, pero con una idea del servicio que pretendía emular los clichés de las sagas hollywoodienses. Vestía un traje oscuro y corbata a rayas rojas y azules con camisa blanca.

Fue abriendo paso a sus superiores.

—Tenemos que despejar esto un poco —le susurró Sigüenza, molesto por la algarabía que se había formado—. Aquí hay demasiada gente. Y tened cuidado con aquel equipo de televisión, esos puñeteros son como cuervos al acecho.

El inspector había localizado a los periodistas grabando imágenes con el micrófono en mano, no muy lejos del chalé, fuera del perímetro de la parcela. Pretendían, por sus movimientos, realizar una encuesta entre la decena de vecinos que permanecían atentos a lo que acontecía en el interior de la vivienda.

Encontraron al padre de Ángeles de la Riva en el salón, derrumbado sobre las piernas, en mangas de camisa. La inspectora intuyó, de inmediato, que se avecinaba una de las escenas que prefería evitar y que constituía un gran esfuerzo para ella. Hueso hizo las presentaciones, y el inspector estrechó la mano del padre sin mostrar demasiado afecto, con distancia; a veces era lo más apropiado. Elena Artiles hizo lo que pudo armándose de valor y lo tomó de los brazos cariñosamente. Raúl Sigüenza se sentó a su lado en un sofá de cuero blanco, delante de unos ventanales que daban al jardín cubierto con césped y variados parterres de flores. Elena Artiles y Ramón Hueso, estaban junto a ellos, de pie.

—Yo acababa de salir —balbuceó de repente, sin que mediara ninguna pregunta que lo animase a contar algo relevante—, aún no había alcanzado la M40 con destino a Madrid, cuando mi mujer me avisó por el móvil de..., apenas la entendía..., era incapaz de articular las palabras. Me quedé paralizado, por poco me estrello contra otro coche. —Enmudeció un buen rato, sacó un pañuelo del pantalón y se enjugó las lágrimas—. Desde el domingo por la noche estábamos preocupados, ayer, lunes, fue terrible por su ausencia, pero nunca pensamos que pudiera ocurrir algo así. Que hubiera desaparecido, huido, era algo impensable..., es..., era una hija estupenda, la mejor...

Rompió a sollozar, no lograba contenerse. Siguió desahogándose unos segundos con la mirada perdida entre los numerosos cachivaches que adornaban la estancia, decorada con un gusto abusivo por lo étnico: caretas, mesas, paneles y utensilios de caza que procedían del continente africano. Llamaba la atención la reproducción en piel oscura de una especie de búfalo de más de metro y medio de altura.

Alberto de la Riva tardó en calmarse y fue espaciando sus comentarios sin aportar nada fundamental, sin controlar aparentemente lo que decía. Sin embargo, nunca era rechazable lo que brotaba de un testigo en un momento de emoción. Elena Artiles era consciente de ello y tomó buena nota de la declaración involuntaria del padre.

—Idos arriba —ordenó el inspector jefe—. Yo seguiré aquí.

Ascendieron por unas espaciosas escaleras. La inspectora se detuvo un instante en el descansillo del piso superior al descubrir, molesta, el panorama que tenía delante.

—Preséntame al juez —le dijo a su compañero—, y cuando autorice el traslado, que permanezcan aquí solamente las personas imprescindibles...

—El juez no está. Se marchó unos segundos antes de vuestra llegada.

—Y ¿tantos guardias civiles?

—Esta es jurisdicción suya —recalcó Ramón Hueso con un movimiento de los hombros—. Pero ya saben que la investigación está coordinada por nosotros, por orden superior, desde la Comisaría General, y con autorización judicial, debido a la casi segura relación con los anteriores casos.

—Bien, voy a realizar una exploración ocular sin interferencias. Tú y la subinspectora

Santaniello, que está allí, controlaréis la puerta hasta que yo os avise. Entonces, daremos paso a los de la científica —dijo, señalando a los tres agentes pertenecientes a dicha unidad, claramente identificables por el mono de color blanco—. Y el resto que espere en la calle o en el piso de abajo.

—Y ¿la madre?

—Voy a verla. ¿Cómo se llama?

—María Teresa.

Se encontró con una mujer que contenía su dolor de manera sorprendente. La benevolencia del juez permitiéndola que estuviera a solas con la hija, saltándose los protocolos establecidos e imprescindibles para el éxito de la investigación, había servido en esta ocasión para algo eficaz: para que se tranquilizase antes de que más extraños fisgonearan en el cuerpo de la joven.

Habló con ella, a solas, en el dormitorio de Ángeles. Entre tanto, la puerta del baño permanecía entreabierta y hacia allí se desviaba, casi permanentemente, la mirada de Teresa, una mujer que le pareció centroeuropea por su fisonomía: rubia, de cuerpo recio y alta de estatura, con mucha dulzura en su rostro congestionado por el dolor, a pesar de comérselo entre dientes.

—Estoy segura, y lo afirmo sabiendo que estoy en lo cierto: Ángeles no se ha quitado la vida. No existe nada que pueda hacerme pensar así. ¡Ha sido envenenada! ¡Yo no sé lo que le han dado a mi pobre niña!

Era admirable su temple, la frescura y claridad en la mirada de sus ojos azules, también su contundencia a la hora de defender el nombre de su hija para que no se enturbiara su recuerdo.

—Ayer tuvo que sucederle algo grave para desaparecer. Jamás lo había hecho antes. Nos llamaba cuando se iba a retrasar media hora o un poco más explicándonos el motivo. Y... luego, lo de esta mañana. ¡Dios mío! Tienen que hacer algo.

—¿Nadie se percató de su llegada?

—No, debió de venir de madrugada, y los perros no ladraron, claro está. Nosotros estuvimos alerta hasta que caímos dormidos.

—¿A qué hora?

—Casi no lo recuerdo, pero debió de ser a partir de las tres de la madrugada.

—Bien, Teresa, ahora déjenos trabajar, es imprescindible para saber qué es lo que ha pasado. Usted retírese a su habitación o vaya abajo con su marido.

La mujer abrió las manos indicando su incompreensión y recelo sobre la necesidad de autorizar a unos desconocidos a que siguieran husmeando en aquel lugar sagrado para ella, íntimo...

—Tenemos que buscar huellas —aclaró la inspectora—, cualquier indicio, recoger material que pueda servirnos para esclarecer los hechos. ¿Me explico? Es imprescindible.

Teresa no reaccionó.

—Y ¿qué harán..., qué harán con ella? ¡Por Dios...!

—Más tarde se lo explicamos.

La acompañó hasta la puerta, alertó con un guiño a la subinspectora María Santaniello para que se hiciese cargo de ella y, a continuación, cerró con cuidado.

Entró en el cuarto de baño. Allí estaba la joven, hermosa a pesar del rigor mortis, tenía las facciones de su madre y el mismo color del pelo. Siempre resultaba doloroso presenciar la muerte violenta de un ser humano, pero mucho más cuando se trataba de una persona en la flor de la vida. Sintió un fuerte escalofrío y una sacudida en la espalda. Intentó reanimarse, no le estaba permitido implicarse emocionalmente, precisaba la máxima concentración para realizar con eficacia su trabajo.

Se puso unos guantes de látex y examinó cuidadosamente el cuerpo. Era evidente que Teresa había vestido a su hija con unos pantalones y una camiseta, pues conocía de antemano que Ángeles había sido encontrada en el suelo cubierta solamente con ropa interior de color blanco; también la había adecentado lavándole la cara y recogéndole el pelo en una coleta. En las zonas visibles, que revisó a conciencia, no había señales de violencia. Retiró la vestimenta cuando resultaba imprescindible para llevar a cabo una inspección completa. Tenía el cuerpo frío como el hielo y duro como el cemento. Su rostro irradiaba encanto a pesar de llevar muchas horas muerta.

No debería estar sola realizando aquellas labores, pero era preferible saltarse las reglas para evitar el circo que se organizó con los anteriores jóvenes. De cualquier manera, ya se habían alterado todos los protocolos al permitir que una testigo, en este caso su madre, se quedara a solas y manipulara el cuerpo de la víctima hasta extremos inadmisibles.

A continuación, revisó los armarios y comprobó uno a uno las cremas, los cosméticos, los maquillajes, las colonias y un sinfín de frascos que tenía Ángeles para su aseo y para cuidarse. Dispondría que se lo llevarsen todo al laboratorio, quizás apareciera allí el veneno que acabó con su vida. Por lo demás, en el baño no apareció nada anormal o extraño, ningún rastro evidente que pudiera ayudarlos a comprender lo que estaba pasando. Era necesario llevar a cabo un estudio similar en el dormitorio y trabajar a fondo en la búsqueda de indicios o huellas.

—¿Todo bien? ¿Alguna novedad?

Se sobresaltó al oír las preguntas del inspector Sigüenza, que había entrado por sorpresa. Su jefe parecía estar alterado y tener prisa. De hecho, se había dirigido a ella con inusitada precipitación.

—De momento, nada especial, como en los anteriores. Seguimos con las manos vacías, me temo.

—¿Consideras que existe una relación con los otros?

—Estoy casi segura, todo resulta casi idéntico. Por el momento es así, aunque no hay nada más

temerario que hacer afirmaciones de esta índole cuando estamos en mantillas y a la espera de lo que nos digan desde los laboratorios. Resulta obvio que los perfiles de los chicos, las circunstancias de sus muertes y la carencia absoluta de rastros o indicios esclarecedores los unen a los tres.

—Nos estamos jugando un problemón si esto continúa. Como no demos pronto con la solución, ¡aquí se va a armar la de Dios! —exclamó airado el inspector.

Ella hizo un gesto de contrariedad torciendo sus finos labios mientras se apresuraba a salir del cuarto.

—Avisaré a los compañeros para que entren, extraigan huellas y hagan fotografías del escenario para que se pueda levantar el cuerpo para que se lo lleven al anatómico.

—Déjame a mí —la detuvo Sigüenza—. Yo los aviso. Voy a hablar con varias amigas de ella —dijo señalando el cuerpo de Ángeles sin mirarla directamente—. Y cuando estén más tranquilos resultará imprescindible interrogar de nuevo a los padres. Tendremos que organizarlo con los subinspectores. ¡Ah! Hemos recibido una petición del juez para que le pasemos copia de todas las imágenes y de los informes cuanto antes. Desea impedir que haya filtraciones, así podrá controlar mejor el material disponible. Lo quiere absolutamente todo y que le contemos al minuto cualquier novedad. Otro tocapelotas más... Creo que este es un *opusino*, un meapilas insoportable.

La inspectora se sentó en el borde la bañera en cuanto Sigüenza salió de allí dando zancadas. No, no era lo correcto, podía destruir alguna prueba, pero estaba segura de que en aquel lugar obtendrían muy poco. Dentro de unas horas les dirían que en el tracto intestinal de la víctima habían hallado restos de productos tóxicos, acaso como atisbos de una sobredosis de los mismos, y que, en principio, no supondrían prueba suficiente para atribuir la muerte. Por lo tanto, deberían esperar a los análisis de las muestras de sangre recogidas en el anatómico y de otros órganos y vísceras. Lo mismo que les dijeron días atrás como resultado inicial de la investigación forense realizada a los cuerpos de Alberto y Patricia.

Tenía por costumbre no desanimarse y esperar sin bajar la guardia. Sin embargo, en la presente investigación la situación se presentaba desoladora por la invisibilidad sobre las causas de las muertes o los motivos que habían desencadenado el drama...

Durante un fugaz instante, estuvo tentada de abrir el bolso a la búsqueda de un cigarrillo. El impulso fue breve y habría resultado imposible de satisfacer porque llevaba dos años sin fumar. Lo tenía bien presente, por entonces había desmontado una red criminal de Europa del Este dedicada al tráfico de drogas y explotación de mujeres que le supuso un esfuerzo desmedido. Para celebrarlo, abandonó la dependencia de la nicotina y solicitó retirarse de la Unidad contra el Crimen Organizado e ingresar en la Unidad de Delincuencia Especializada en su sección de homicidios. Ahora había caído en sus manos un caso desesperante. ¿Cómo lograba el criminal no

dejar el mínimo rastro de violencia en sus víctimas? ¿Eran todos abducidos por un poderoso Hamelín que los arrastraba hacia su propia destrucción?

Tal vez estuvieran equivocados y lo que tenían delante eran unos suicidios, a pesar de que no aparecían los elementos que se repiten constantemente en esa clase de muertes voluntarias. En tal supuesto, ellos, los de homicidios, no eran precisamente quienes tendrían que encargarse del asunto, sino un equipo de sociólogos y psiquiatras. Y si fuera así, ¿por qué los jóvenes no dejaron unas palabras a los suyos explicando los motivos? ¿Por qué personas con todo a su favor, sin problemas aparentes, iban a hacer algo tan terrible? Tenían por delante un horizonte esperanzador, no eran unos muchachos inmaduros, adolescentes perdidos entre sus nieblas e impotencias, o amenazados por el paro y atisbando un futuro lejos de su país y de sus familias.

Demasiados interrogantes sin respuestas aún y con tres cadáveres en menos de una semana, tres historias que golpeaban de manera hiriente a Elena.

Dejó el escenario del suceso para encontrarse con su jefe mientras los compañeros ultimaban la obtención de posibles pruebas con un rastreo centímetro a centímetro del dormitorio y tomaban notas para redactar los informes pertinentes. Luego, avisarían a los del anatómico para que empaquetaran el cadáver de Ángeles, lo etiquetaran y se lo llevaran para realizar el examen forense. «Un cuerpo sin vida siempre habla» era una máxima que normalmente se confirmaba horas después de un crimen, y era la esperanza que los animaba.

Localizó a Raúl Sigüenza en una construcción anexa a la vivienda principal, una especie de taller-trastero, reunido con amigas de la víctima. Era una amplia caseta de madera pintada de blanco flanqueada con parterres de flores perfectamente cuidados, al igual que el resto de la vegetación que crecía por el terreno vallado. Al entrar, el inspector la observó de reojo, a hurtadillas, como si ignorase su presencia.

Había tres muchachas sentadas, casi sin espacio, en un banco de lamas de madera. Sudaban por los cuatro costados, continuamente despejaban con las manos el pelo de las sienes, y con un movimiento nervioso, muy repetido, intentaban desplazarlo hacia la espalda. En sus semblantes se apreciaba que soportaban una situación incómoda y molesta, incluso desagradable, al estar encerradas en un lugar destartado repleto de utensilios, frente a dos hombres maduros y poco amistosos, en especial Raúl Sigüenza. A eso había que añadir el aturdimiento y la angustia que había supuesto la muerte de su amiga. Elena consideró inapropiado el lugar y el momento elegido para interrogarlas. En las paredes había colgadas toda clase de herramientas, algunas en una mesa de trabajo en la que se amontonaban botes de pintura, barnices, pegamentos y otros productos para las reparaciones de la casa. Por los rincones se almacenaban material de jardinería y la maquinaria necesaria para su cuidado. La atmósfera era espesa, cargada de partículas de polvo, y

la penumbra creaba en el interior la apariencia de una covacha. No había ventanas y tan solo pendía del techo una bombilla que emitía una luz amarillenta.

La expresión circunspecta, taciturna y cansina del subinspector Hueso, semioculto en una esquina, con los brazos cruzados, le indicaba que la tensión que había detectado al entrar era consecuencia de la presión que ejercía Sigüenza sobre las amigas de Ángeles. Tenían los ojos enrojecidos y no era por la ausencia de luz natural, lo estaban pasando mal aquella mañana y, para colmo, habían sido obligadas a soportar los modales de un poli inclinado a intervenir aplicando una especie de tercer grado. Muy pronto, asistió a una prueba de ello:

—¡Me tenéis harto! Puedo trasladaros a dependencias policiales y será mucho peor para vosotras, no os resultará agradable, pero cantaréis rápido —amenazó Raúl Sigüenza en tono acusador, intimidatorio y chulesco, con la chaqueta de su traje negro desplazada hacia atrás y asomando por el sobaco su pistola, una Compact Heckler & Koch de 9 mm alojada en una funda marrón.

Él estaba de pie y doblaba el espinazo para hablarles a pocos centímetros de la cara, con un cigarrillo de tabaco negro en la comisura de los labios. Parecía enfurecido ante el nulo resultado del interrogatorio.

—Ya le he dicho varias veces que el domingo no estuve con Ángeles...

Respondía la mayor de las tres, la única morena de pelo, y de estatura bastante alta. A Elena le resultó una joven de carácter, con rasgos muy marcados y un hoyuelo bien definido en el mentón. Parecía la líder del grupo.

—... el sábado —prosiguió— fuimos a tomar copas por Pozuelo y luego, sobre las dos, volvimos juntas en mi coche. Es todo lo que sé. Ella se quedó en casa a esa hora, venía con nosotras Mónica. —Señaló a quien estaba a su derecha, una joven de aspecto cohibido, facciones aniñadas y melena rubia hasta la cintura—. Luego, nosotras también regresamos a nuestras casas, aquí cerca.

—Y ¿qué tomasteis además de las copas? ¿Quién es vuestro camello, ese tipo que os agobia para que le compréis farlopa y pastillas, que no os deja ni a sol ni a sombra y con el que Ángeles salía alguna vez de marcha?

Se miraron unas a otras perplejas, desconcertadas, con asombro ante lo que estaban escuchando. La morena, resuelta, tomó la iniciativa después de un tenso silencio.

—Téngalo por cierto: Ángeles no se drogaba, ninguna de nosotras sabe de lo que nos está hablando —afirmó con aplomo y contundencia.

—¡Venga ya! Que no me chupo el dedo. Vais a ser las únicas que no os pegáis algún viajecito de vez en cuando, alguna fiestecita; es lo menos.

—Ya se lo he dicho —insistió la joven.

La cabeza del inspector comenzó a oscilar de un lado para otro, de manera sutil, pero resultaba

evidente su malestar. Asemejaba a una fiera ansiosa que busca una pieza y se le escapa sin saber dónde se encuentra, consciente de que carece de la capacidad para conseguirla. Se aproximó tanto a Mónica que esta tuvo que apartarse para evitar que las gotas de sudor que desprendía la frente del policía mojaran su rostro perfectamente maquillado.

—¡Decidme, coño! ¿Quién os pasa la droga? ¿Por qué vuestra amiga se largó después sola? ¿Adónde se marchó y con quién? ¿Qué hizo? Lo sabéis porque os llamó, ¿verdad? Os contaba sus aventurillas, es lo suyo, ¿verdad?

—Yo... no..., no sé, se lo he contado todo —balbuceó con voz débil, vacilante, Mónica, con síntomas de agotamiento y nerviosa.

La otra joven, de corta melena rubia, ojos muy claros y boca de labios abultados, rasgos que recordaban los de Scarlett Johansson, comenzó a sollozar al hacerse insoportable la presión.

—Vamos, nena, toma uno —ofreció el inspector sacando de su faltriquera un paquete de pañuelos de celulosa.

La chica lo rechazó como si le repugnara todo lo que viniera del hombre que las agobiaba incansablemente. Y, curiosamente, al instante se reanimó:

—A nosotras nos gustaría saber algo más, saber qué ha pasado realmente con nuestra amiga —pronunció con firmeza, como si de un milagro se tratara, debido a su repentina recuperación. La piel de la joven brillaba por el sudor y tenía los labios humedecidos con las lágrimas. Tomó las manos de sus compañeras y se aferró a ellas con toda el alma.

—Sí, eso es —afirmó Mónica. La morena observaba la escena enfurruñada, harta de permanecer indefensa en aquel lugar delante de tres policías.

Sonó un móvil y todos los presentes se miraron unos a otros de manera fugaz. Sigüenza hizo una mueca de disgusto, molesto por la interrupción. La morena sacó el teléfono del bolso y lo blandió ante las narices del inspector para simular que solicitaba su autorización. De inmediato, sin aguardar una respuesta, se acercó el auricular a la oreja.

—Sí, papá..., no, bien..., con un policía..., también están Mónica y Bea..., horrible y desagradable, ya te contaré..., bueno, un beso.

Colgó y miró retadora al inspector, animada tras la conversación.

—Tenemos que irnos. Es tarde —afirmó.

—De acuerdo, de acuerdo, seguiremos con la charla en otro momento, esto no ha finalizado, y espero que refresquéis la memoria, os conviene hacerlo —concluyó Sigüenza.

ERA LA PRIMERA VEZ que aparecía sin avisar. Lo hizo alertada al conocer, conversando por teléfono con él, que dos inspectores lo habían visitado. Marta y Sandro se veían de tarde en tarde, y cuando lo hacían era porque habían concertado previamente una cita para cenar o salir juntos a tomar copas. Ella era una especie de *sex friend*, quizás algo diferente. A los dos les resultaba adecuada la etiqueta de su relación; en realidad, no pretendían ir más allá, lo pasaban bien sin compromisos ni ataduras.

Marta poseía el don con el que están iluminadas algunas personas para descifrar antes que otras el terreno por el que conviene desplazarse; era tan certera que en ocasiones llegaba a resultar aburrida por su estricta mesura. Cuando supo lo que había pasado y las intenciones de su amigo para ignorar la demanda de la policía, se manifestó en el mismo sentido que Luis.

—Entonces pensarán que existe una vinculación indiscutible entre tu novela y esas desgracias, que ocultas algo serio, y tendrás más problemas.

—Tampoco sé qué darles y, mucho menos, cómo lograr que confíen en mí para que me dejen tranquilo.

—Colaborar es tu obligación, el resultado es lo de menos, y, de todas formas, insísteles en que no tienes nada que sir- va para esclarecer esas muertes. Por supuesto que no eres responsable, de ninguna manera, de lo que está sucediendo. Así que no te preocupes en exceso. Pero sé completamente sincero con ellos...

La propensión de Marta hacia el reino de la formalidad resultaba chocante con su aire espectacular, glorificado por un pelo rubio natural de abundantes rizos, piel blanquecina, labios bien dibujados, manos con dedos serpentinos, piernas largas que nacían de unas caderas insinuantes y de extraordinario vigor pélvico, busto abundante, terso y firme, y una altura cercana a la del propio Sandro. Los rasgos de excelente carnadura que la adornaban estarían llamados a desbocarse y ser propensos a la fogosidad, de no existir una mente tan cartesiana como la suya. A pesar de su frialdad aparente, él había hecho brotar varias veces de ella un manantial alentador.

—... lo que tienes que hacer es decirles lo que utilizaste para componer el libro. Podría ocurrir que algún asesino esté reproduciendo la muestra, que lo hayas animado a desarrollar sus instintos criminales, pero no deben ni tú puedes culparte por ello.

—Venga, anímame...

—A mí me pica la curiosidad, no me digas que a ti no te ocurre otro tanto. Yo no tendría ningún recelo en interesarme para conocer qué se encierra en todo esto, ¿no te parece?

—Ya..., muy bonito, como no te afecta directamente... De cualquier forma, lo que necesito es un poco de tiempo. Es más fácil si lo ves desde la distancia y, desde luego, si no tienes ninguna implicación.

Lo que proponía Marta distaba del planteamiento que le hizo Luis. Ella quería que colaborase a ciegas en todo lo que dispusiera la policía, como si fuera una obligación que cumplir sin rechistar, consecuencia de haber tejido un relato que supuestamente servía de modelo a un asesino. En algún sentido recordaba el propósito que le expuso el irritable inspector.

Ella se frotó las sienes y ahuecó con los dedos su melena, que le caía como una catarata sobre los hombros. Mientras frotaba su cabello, entornó los párpados como si buscara otros argumentos más convenientes. Iba vestida con un traje pantalón gris claro y una camiseta negra que estilizaba su figura; no llevaba ningún adorno en el cuello o las manos, tan solo unos pendientes de perla.

—Sandro, les dices que te prestas a lo que sea necesario, respondes a las preguntas que te hagan sin cortapisas y... ¡ya está! Asunto resuelto, dejas de preocuparte.

Al pronunciar su nombre entreabrió la boca de tal manera que los instintos de él se activaron y tuvo una fantasía pasajera. Fue algo volátil, muy agradable.

—Es fastidioso que te traten como si fueras el malo de la película, llegué a creermelo que había cometido algún delito grave cuando vinieron aquí. Si pudiera marcharme unos días por ahí... ¿Qué te parece si nos vamos juntos?

La mujer hizo un aspaviento de disgusto y desplazó la cabeza de un lado a otro mostrando inequívocamente su parecer sobre la proposición.

—Ya se te ha olvidado lo mal que lo pasaste cuando se te acabó el trabajo en Televisión Española, a pesar de que debiste dar saltos de alegría al salir de aquel espantoso programa de las mañanas, repleto de cosas insustanciales y con una presentadora que bebía en exceso. Al final te vino bien porque te hizo meterte en la novela. Dijiste, lo recuerdo bien, que el mercado estaba tan mal que si lo único que se vendían era esa clase de relatos porque los había puesto de moda la trilogía de Larsson, a ti no te importaba cambiar de registro y seguir la tendencia de los escritores nórdicos, que esperabas llegar a tiempo para integrarte en esa ola.

—Mi sueño era emular a Mary Higgins Clark. Ella, como sabes, deseaba hacer novelas históricas, la primera que escribió fue sobre George Washington, y no vendió nada. Entonces publicó una policíaca para probar, y le ofrecieron un millón y medio de dólares por la siguiente.

—Eran otros tiempos...

—Tienes razón, ahora lo que debería haber hecho es lanzarme a escribir historietas de erotismo rompedor, sadomasoquismo del fino, libros que se compran en los supermercados para consumo y gozo de las señoras y señoritas que necesiten ampliar sus horizontes en la cama. Los cargan ya en los carritos de la compra junto a la fruta y los embutidos.

—Bueno, de momento debe importarte que estás contratado para la serie de Telecinco y no

puedes dar la espalda a ese compromiso, es un trabajo bien pagado. ¿Cómo llevas la revisión de los guiones?

Marta cruzó las piernas, y él se quedó atontado al recordar la fortaleza de sus muslos y se rindió con la gracia que imponía a todos sus movimientos.

—¿Los guiones? No muy bien —respondió distraído.

Desvió la mirada hacia el exterior. Por el cielo flotaban nubes anunciando más lluvia. Las farolas iluminaban tenuemente el asfalto, la luz se extendía por la superficie húmeda como si fuera un espejo y abundantes hojas caídas de los árboles salpicaban las aceras. En aquel anochecer, el otoño se había hecho más visible, entristeciendo el ánimo. Se volvió para observar a su amiga. Tenía una expresión lánguida que apenas reducía su belleza natural y había bajado los párpados apagando la luz que emanaba de sus ojos.

—Lo único que hago es corregir una sarta de estupideces —prosiguió él—. Resulta inaudito que el público sea fiel a una comedia con escenas tan absurdas que les ofrece una realidad engañosa. Lo que hace la serie es crear una realidad absolutamente imbécil...

—Por eso funciona, porque es la realidad que muchos añoran. La gente no quiere malas noticias; las amargas, cuantas menos mejor. En la serie se tratan los problemas por encima y los sublima el tono jocoso de los diálogos de los protagonistas, que parecen estar ajenos a las desgracias, en eso tú eres responsable y con mucho acierto. Te pagan bien por afinar los diálogos. ¡Qué más quieres! Muchos te envidiarían.

A pesar de que Marta recorría el mundo como enviada especial haciendo reportajes para los informativos y programas especiales con entrevistas a los primeros espadas de la política europea, estaba al tanto del mercado audiovisual porque le interesaban, como profesional, las propuestas del medio. La serie en la que trabajaba Sandro respondía al anodino título de *Mujeres, hombres y demás* y describía los deseos, ambiciones, anhelos y dislates de un grupo de jóvenes, que superaban por poco la treintena de años, y que vivían unos enfrente de otros, en el mismo descansillo de un destartado edificio de la calle San Bernardo de Madrid. La comedia tenía bastante éxito, y, según el parecer de los directivos de una de las cadenas españolas de Berlusconi, era consecuencia del desparpajo de los ingeniosos diálogos, que lograban enriquecer las abundantes escenas de enredo protagonizadas por unos individuos inmersos en aventuras de lo más disparatadas. Durante los primeros meses, para Sandro resultó interesante el trabajo, pero, a medida que se producían más y más capítulos a una velocidad endiablada para satisfacer la demanda de la audiencia y de los programadores, terminó por convertirse en algo monótono, en una faena agobiante. Para colmo, los creadores del bodrio no lo autorizaban a salirse ni lo más mínimo del carril por el que se desarrollaban las situaciones que ya habían funcionado. La serie había consagrado una especie de jerga y lenguaje, a medio camino entre el neologismo

barriobajero y la gramática SMS, que constituía una de las claves por las que atraían a un público que antes había huido del medio.

—Te quedas, entonces. Y hablarás con la policía, es lo mejor y te tranquilizará hacerlo, te lo aseguro.

Estaba absorto en las evoluciones de las hojas mortecinas por la calle.

—Sí, sí. Voy bastante atrasado con los guiones, bueno, siempre estoy atrasado con el ritmo enloquecedor que han impuesto para las grabaciones. Te haré caso y me quedaré trabajando para los italianos.

—¿Nos vamos a comer algo por ahí? Luego..., podemos volver aquí, a tu casa, seguro que nos divertimos, ¿eh?

—¿Estás pensando...? —preguntó asombrado, pues no era costumbre en Marta destapar sus deseos íntimos, ni mucho menos expresarse con insinuaciones vagas sobre ciertas cuestiones.

—Tendrás que adivinarlo después, yo no voy a adelantarte nada, así resulta más interesante.

Estaba desconocida y, además, su voz era sugerente. Luis le dio un buen trago al *gin-tonic* y pasó a la habitación contigua para recoger ropa de abrigo.

EN SU DÍA FUE el propio Vernon quien despreció el informe que tenía entre las manos bajo el epígrafe de *Guerra en las sombras*. El tiempo transcurrido había demostrado que él, Merchante, estaba en lo cierto, y, a pesar de ello, fue injustamente expulsado del servicio, sin contemplaciones, sin agradecimientos ni honores. Lo más probable es que los burócratas no se percataran de la importancia que adquirirían los drones humanos para atajar los conflictos con el mayor enemigo de Occidente: el islamismo radical y fanático. Aún permanecían en la inopia.

Él había defendido, con toda energía y constancia, la ineludible necesidad de utilizar idénticas armas para oponerse a unos enemigos camuflados. Para ello había que poner en práctica la guerra sin dar la cara, sin riesgos ni testigos. Esa era y es la única solución para vencerlos. Y, por primera vez, los españoles tuvieron la oportunidad de ser la avanzadilla, de estar en la primera línea dando los pasos necesarios para crear agentes ciegos, de docilidad absoluta. Otros, con anterioridad, lo habían intentado sin éxito. ¿Por qué no hacerlo ellos demostrando al mundo las ventajas del sistema?

Recuerda a la perfección la reunión que celebró con sus superiores tras el asalto a la residencia-búnker de Bin Laden en Pakistán. Vernon ayudó para que tuviese lugar; en caso contrario, nunca se habría llevado a efecto. Entonces aseguró a los mandamases que con la muerte del líder talibán no sucedería el final de Al Qaeda, sino todo lo contrario: a partir de ese momento las ramas de la organización se extenderían como una hidra, se transformaría en un monstruo que regeneraría sus cabezas, a medida que fueran cercenadas, con más seguidores en cada uno de los grupúsculos, capaces de actuar como autómatas y dispuestos a morir a ciegas. El legado del líder continuaría bajo las banderas negras del Estado Islámico y la estrategia del terror en Occidente se sembraría con células integradas por fanáticos durmientes: los lobos solitarios. Había que utilizar nuevas armas para oponerse a esos ataques, a una amenaza que crecería con el tiempo. No en vano, el reclutamiento y la preparación alcanzaban, incluso, a las mujeres: cada vez era más frecuente la actuación de las kamikazes, llamadas también «bombas vivientes» o «viudas negras». Las células terroristas actuaban a la manera de la secta medieval de «los asesinos», pero en vez de opio utilizaban sustancias psicotrópicas para manejar a los ciegos adeptos.

En aquel encuentro que mantuvo con los jefes también les manifestó sus sospechas sobre la utilización de agentes ciegos en la operación contra Bin Laden. Tenían que darse prisa y autorizar los ensayos sin reservas para explorar más a fondo su viabilidad. No se lo permitieron y hubo algunos que lo consideraron un peligroso trastornado, como consecuencia de haber realizado

misiones peligrosas que, subrayaban, habrían afectado a su salud mental. Mientras tanto, los yihadistas se iban extendiendo por el Magreb, a las puertas de la Península, actuando a sus anchas, como en el asalto a una planta de gas en Argelia, donde tomaron setecientos rehenes y asesinaron a cuarenta personas, casi todos extranjeros. Al Qaeda crecía, como él vaticinó, y se fragmentaba en numerosos grupos que competían y colaboraban entre ellos, incluso sin relación unos con otros, actuando con plena autonomía, con lo que resultaban incontrolables e imposibles de neutralizar con los sistemas de antaño. Aparecían por África, Oriente Medio, Asia y el Cáucaso. La amenaza se expandía por el planeta y, después, se fue consolidando en Irak y Siria con el Estado Islámico. Los terroristas tenían ya kamikazes dormidos en numerosas ciudades: Madrid, Barcelona, Sevilla, Ceuta, Almería...; y en Londres, París, Berlín, Túnez, Boston (donde atacaron durante una maratón) y Nueva York.

Iba repasando con rabia los argumentos que expuso en su informe sobre el desafío que debían superar los servicios de inteligencia occidentales para la destrucción del enemigo o, al menos, para reducir los riesgos. Había reservado para él una copia del documento y ahora podía releer su contenido. En sus páginas anunció la consolidación de Al Qaeda en Yemen y otros escenarios en los que era indispensable actuar bajo el manto de las sombras, ¡sí, de las sombras!, con mayor prevención y astucia que en el pasado, pues era la única manera de obtener éxitos y sacar el máximo partido a sus fortalezas. Se acabaron las detenciones al uso, los interrogatorios, la utilización de soldados y agentes a cara descubierta, con armas tradicionales y enviados a combatir por medio mundo. Ya no era factible practicar ese tipo de lucha, de guerra; la situación era distinta. El enemigo había creado unas redes imposibles de atravesar con los antiguos métodos. Y, curiosamente, los servicios secretos eran más imprescindibles que nunca. De lo contrario, estaban perdidos.

Levantó la vista y dejó la copia del informe encima de la mesa. Se frotó el entrecejo para relajarse. Lo consiguió por completo admirando el paisaje que tenía frente a él: un bosque de encinas que parecía extenderse hasta los alrededores de Madrid. Destacaba en el horizonte una franja anaranjada que se abría paso entre nubarrones casi negros. Le agradaba sentarse un rato, cada día, en la galería acristalada que tenía junto al salón. Por suerte, la panorámica era amplísima desde la atalaya sobre la que se levantaba su casa. Nunca habría logrado una propiedad como aquella sin el respaldo de su padre. ¡Qué tiempos más crueles! Su progenitor había sido un gestor honrado rodeado de ambiciosos, entre los que había sindicalistas y políticos sin corazón que, cuando se destaparon los agujeros en la tesorería de la caja de ahorros, se unieron para que fuera él la cabeza de turco, lavándose las manos sin ninguna piedad. El dinero mata más que la religión o la política.

El sonido del móvil lo sustrajo de sus amargos recuerdos.

—¿Me conoces?

No lo dudó un instante, su interlocutor poseía una voz inconfundible, aflautada.

—Sí, claro, Sebastián. Y con tu proceder, apenas recelo, me lo pones fácil. Por cierto, ¿aún sigues con Rouco?

—Con él me tienen trabajando...

Sebastián era el agente que lo ayudó a elaborar el estudio sobre la *Guerra en las sombras*. ¿Casualidad?

—... enciende el televisor. Y, mientras tanto, recuerda: «el viento empuja las velas de los malos que encuentran refugios inaccesibles y engañosos. La tibieza nos empequeñece...».

Sebastián tenía buena memoria. Aquellas frases las repetían con frecuencia durante la llamada «primavera árabe», que luego resultó un fiasco, creando mayor complejidad si cabe a lugares potencialmente peligrosos para los intereses occidentales. Tampoco supieron intervenir para reducir a los enemigos camuflados como revolucionarios contra las dictaduras. ¡Qué ironía y ceguera! Más tarde llegaron las acciones contra el régimen sirio y se cometieron idénticos errores, aunque finalmente se detuvo la maquinaria bélica estadounidense que, absurdamente, iba a ponerse al servicio de los fundamentalistas. Absurdo porque el mismo error ya lo cometieron antes en Afganistán, allí ejecutaron uno de los mayores desastros al apoyar a los talibanes para oponerse a los rusos.

Encendió el televisor. Las imágenes mostraban a cuatro individuos vestidos de negro, fuertemente armados, dentro de un almacén.

—¿Lo ves ya?

—Sí, sí, perfectamente... ¿Es lo que me imagino?

—Están en un supermercado de Nairobi. Los terroristas campan a sus anchas, creo que hay una mujer también. Y morirán felices después de provocar una masacre, sin importarles ni afectarles la tragedia que provocarán para su salvación, se inmolarán por mandato divino. Y así una y otra vez, y el personal sin verlo...

—Ya no es solamente Mali, Yemen, Somalia, Níger, Siria, Irak... etcétera. Los satélites de la organización aparecen en cualquier lugar. El monstruo tiene demasiadas cabezas...

—¡Qué razón tenías! Se cortó la cúspide, pero los hijos son muchos y cada vez más fuertes, están entre nosotros y no sabemos cómo actuar contra ellos. La duda y la debilidad persisten... «la tibieza nos empequeñece...».

ELENA ARTILES INSISTIÓ al inspector para que los dotaran con más personal al considerar, con bastante fundamento, que si lograban desvelar lo que habían hecho los jóvenes durante las horas previas a su muerte, avanzarían para resolver el caso o, al menos, comenzarían a tirar por alguna dirección con garantía de éxito. Era urgente recomponer el vacío sobre lo que les aconteció antes de aparecer sin vida. El resto de las pesquisas no habían dado ningún resultado relevante.

—La situación exige más refuerzos —insistió ella mientras comían juntos cerca de la urbanización Las Colinas, en el pueblo de Boadilla del Monte.

Sigüenza era de la misma opinión, a pesar de que él prefería actuar con mayor diligencia y sin contemplaciones, especialmente cuando había cadáveres de por medio.

—Por supuesto que se lo diré al comisario hoy mismo.

Ni siquiera tomaron postres o café, porque precisamente habían sido convocados, con urgencia, por el comisario Bermúdez, en la Brigada Provincial de la Policía Judicial. Les dijeron que su jefe, el responsable de la sección de Homicidios y Desaparecidos, quería hablar con ellos para establecer una coordinación más eficaz con los servicios implicados.

Cuando se dirigían hacia la sede de la judicial, circulando por el eje principal del campus de la Universidad Complutense, recibieron de nuevo una llamada de Paula:

—El comisario ha decidido establecer el centro de mando y coordinación en Pozuelo de Alarcón. Por lo tanto, hay cambios. Deben presentarse a la cuatro, a lo más tardar, en ese lugar. Él los espera allí, ya hemos avisado a los subinspectores.

De mala gana dieron marcha atrás. El aviso de Paula, la ayudante de Bermúdez, les resultó asombroso y a destiempo.

—Nos lo podía haber dicho cuando nos llamó antes de comer, hemos pasado cerca de Pozuelo y nos habrían evitado perder el tiempo. ¡El Egipto es la hostia! No hay quien cambie al condenado.

—Es extraño que quiera reunirse fuera de las oficinas, pero tendrá sus motivos, Raúl, ya nos enteraremos. En principio, es lógico establecer el mando cerca de la zona donde están apareciendo los chicos. No me parece mal.

Localizaron la comisaría frente a un amplio parque cruzado por una avenida secundaria que no soportaba demasiado tráfico y cerca de un polideportivo. En los alrededores del moderno edificio de cuatro plantas vieron aparcado algún coche oficial, lo que les indicaba que eran de los últimos

en llegar. Tuvieron que identificarse ante el vigilante de la garita acristalada porque no los conocía y, luego, subieron de prisa la escalera que conducía al vestíbulo de entrada. A la izquierda había una amplia sala para tramitar los documentos de identidad y los pasaportes. Allí los esperaba María Santaniello.

Elena intuyó que acontecía algo infrecuente, bastante excepcional, al comprobar que la subinspectora se protegía con los brazos cruzados y se movía nerviosa. Era una mujer que apenas se alteraba por nada, siempre dispuesta a ayudar con una sonrisa en los labios. En esta ocasión, hizo una mueca de contrariedad al verlos e inmediatamente se les acercó:

—Tienes que subir a la primera planta. Te está esperando el comisario para que le informes. Y debes hacerlo ahora... so-la, tú sola —pormenorizó mirando de soslayo, cohibida, al inspector.

Sigüenza encajó mal las palabras de Santaniello y no pudo evitar que el estupor aflorara a su rostro. La subinspectora forzó una sonrisa mientras frotaba las manos con evidentes muestras de inquietud por ser depositaria de un mensaje tan incómodo. Hizo todo lo posible por ser amable, hasta el extremo de curvar la espalda con la intención de reducir su elevada estatura, algo imposible de conseguir porque tenía una altura y tamaño corporal llamativos, casi le sacaba una cabeza a Elena y duplicaba su peso.

—Lo lamento —susurró—, es lo que me han dicho, me limito a transmitirlo. Han insistido en que debe esperar aquí a que se le avise, que primero tienen que hablar con la inspectora, no sabemos nada más.

—Te acompaño —afirmó con autoridad Sigüenza mientras cogía del brazo a Elena y daba la espalda a la mensajera, que se limitó a enmudecer y retirarse discretamente hacia un rincón de la sala, como si no hubiera oído ninguna respuesta concerniente a las órdenes que había recibido de la superioridad.

Accedieron al primer piso por una escalera estrecha. Sigüenza farfullaba sonidos ininteligibles que Elena interpretó como la gestación de un pronto estallido de cólera. En el pasillo se encontraron con Ramón Hueso, acompañado por el subinspector Uriarte y varios policías de uniforme pertenecientes a la comisaría. Hueso se adelantó para hablarles:

—Elena, el comisario Bermúdez te espera desde hace un buen rato. Inspector, tiene que aguardar a que termine —lo dijo con aplomo, dirigiéndose a Sigüenza, al tiempo que Uriarte abría una puerta y levantaba sutilmente la mano indicando con esa señal la limitación para franquear el paso.

Elena y Raúl se miraron extrañados. Ella entró en el despacho y, nada más cruzar la puerta, los subinspectores se situaron a cada lado de la misma, como si tuvieran órdenes de controlar a las personas antes de facilitar su acceso. Sigüenza comenzó a caminar como una fiera enjaulada por el pasillo, dando ansiosas caladas a un cigarrillo. Estaba rabioso y a punto de comenzar a insultar al primero que se cruzara con él.

A Elena, Juan Bermúdez le recordaba por su aspecto físico a un profesor de Literatura que tuvo en el Instituto Ramiro de Maeztu. Sin embargo, había una sustancial diferencia: el comisario resultaba más adusto y distante. La inspectora había tenido escasos encuentros con él a solas, sin testigos. La mayoría de ellos fueron a raíz de la desarticulación de una red de explotación sexual que dirigían unos albaneses. Estos criminales habían asesinado a dos mujeres que no se prestaban a sus exigencias; una de ellas fue alimentada con agua salada para forzarla a ejercer la prostitución y murió de paro cardíaco. Entonces, el comisario Bermúdez, destinado en la Brigada de Delincuencia Especializada, la felicitó por haber logrado culminar la operación en un corto espacio de tiempo. El trabajo de Elena había resultado más meritorio porque llevaba menos de un año en la sección de Europa del Este, un destino que ella había solicitado, harta de proteger, como Jefa de Unidad, a los visitantes extranjeros de alto nivel y vigilar, durante los huecos en el servicio, el transporte de obras de arte por toda la península.

—Inspectora, me alegro de que aceptase venir conmigo a la Sección de Homicidios cuando fui trasladado. Quería formar mi propio equipo y su incorporación era fundamental —comentó el comisario nada más verla—. Hoy tengo que pedirle otro favor: deseo que usted encabece, personalmente, la investigación sobre la muerte de esos tres jóvenes, es algo a lo que concedemos mucha prioridad e importancia. Me temo que nos enfrentamos con algo extremadamente complicado y es esencial manejarse con sutileza y mucha habilidad.

—Y ¿Raúl Sigüenza? ¿Por qué me ha llamado a mí antes que a él? Me siento incómoda, debo decírselo...

El comisario apenas modificó un músculo de la cara; se mantenía imperturbable, como una estatua, inexpresivo. Era casi imposible detectar lo que pasaba por su cabeza, adivinar sus emociones, por esa razón en la brigada era conocido con el sobrenombre del Egipcio. Llamaba la atención su impavidez, también por el hecho de mantenerse al margen del Ghota policial, de la crema de los mandos encajados en despachos y volcados en actos oficiales. Era un excelente profesional a punto de jubilarse, una persona mayor que se cuidaba: delgado, con abundante pelo muy canoso, piel morena y porte distinguido. Semejante al profesor de Literatura, salvo que aquel apenas ocultaba sus sentimientos.

—El inspector jefe Sigüenza debe ocuparse de otras cosas en este momento, déjelo de mi cuenta.

—Debió hablar con él antes. Sigüenza conoce mejor que yo esta investigación, y no quisiera que se molestase con el cambio que me propone —objetó Elena.

Se encontraban en un despacho desangelado con paredes en las que se acumulaban varias capas de gotelé blanco, manoseadas y sucias, el mobiliario era metálico de color gris, con sillas

desconchadas y asientos desgastados. Había una foto del Rey colgada en la pared, amarillenta por el sol, y montañas de papeles encima de la mesa.

—Este es un asunto sensible y la delicadeza es fundamental. Sigüenza es un excelente policía, nadie lo pone en duda, simplemente carece de tacto para manejar algunas situaciones, como cuando se trata de interrogar a personas que no son, de ningún modo, sospechosas —prosiguió mientras olfateaba un espectacular habano sin atreverse a encenderlo delante de la subordinada—. Nos encontramos ante un caso tremendamente sensible por diversas razones, las familias, amistades... ¡Bueno! —Reaccionó raudo al darse cuenta de que podía ser malinterpretado y depositó el puro en la mesa—. Cualquier delito, cualquier muerte en extrañas circunstancias..., todo es siempre sensible. Pero, además, aquí estamos en una zona donde apenas ocurren cosas de este tipo, salvo robos, pocas veces con violencia, en mansiones lujosas, y que llevan a cabo bandas del Este. Los padres de los tres jóvenes son personas influyentes, ¿me explico?

—Ya... —pronunció Elena en un susurro, moviéndose a disgusto en el asiento—. Me hago una idea.

—¿Qué nos impide, por el momento, concretar si nos estamos enfrentando a un asesino en serie o bien, por el contrario, lo que tenemos delante es una asombrosa cadena de suicidios?

—En efecto, esa es la cuestión fundamental. Me inclino por la acción de un asesino, aunque nos faltan engarces para afianzar esa teoría.

—También está lo de esa maldita novela, una coartada perfecta para el autor, nadie escribe lo que luego pretende ejecutar, ¿verdad? Sería la maniobra habilidosa de un perfecto psicópata para apartarlo de cualquier sospecha. ¿Quién iba a pensar que es el asesino? Resultaría absurdo dejar una huella tan evidente. Muy hábil. También puede ser alguien que pretenda hundirlo utilizando el modus operandi que diseñó. ¿Recuerda lo de la escritora que interpreta Sharon Stone en *Instinto básico*? —Elena no respondió; hacía grandes esfuerzos de concentración para atisbar el sentido que tenía el análisis que exponía su superior—. Tal vez tenemos una situación similar, salvo que aquí no está la Stone. Resulta complicado dilucidar, además, si se ha extendido una enfermedad transmitida a jóvenes que lo tienen todo y deciden quitarse de en medio en el más absoluto de los silencios... En fin, extraño y apasionante; esta es una investigación para alguien como usted, de eso no tengo ninguna duda...

La inspectora respiró profundamente, se sentía agobiada por la responsabilidad que recaía sobre ella, tenía la boca seca. Bermúdez hizo una mueca agradable con los labios, como si pretendiera animarla. Ella consideró que estaba obligada a expresar su opinión sobre el caso con mayor detalle.

—En este momento desconocemos a qué nos enfrentamos: ¿asesinatos realizados con suma habilidad, según el relato que inventó Sandro Reguera, o suicidios? O ¿una mezcla de acciones, como se describe en *Amenaza final*? Me explico: jóvenes que mueren inducidos por un peligroso

psicópata al que ellos idolatran. Por ahora, carecemos de una respuesta contundente porque los análisis forenses deben, en primer lugar, ofrecernos conclusiones sobre las sustancias que provocaron esas muertes; mientras tanto, no tenemos pistas o indicios para establecer cualquier otra hipótesis. Nada nos indica que fueran muertes voluntarias, ni tampoco lo contrario. Es algo confuso; caben todas las posibilidades. Si fuera la acción de un asesino en serie, nos habría dejado su firma, es lo habitual, nunca falla ese elemento. Necesitamos urgentemente reconstruir los pasos que dieron las víctimas en las últimas horas. —Hizo una pausa y respiró con ansiedad antes de desvelar su impotencia—: Debo reconocer que estamos con las manos vacías...

El comisario Bermúdez observó detenidamente a su colaboradora. Tenía confianza en ella; era meticulosa y se volcaba en su trabajo con la máxima concentración, ajena a las componendas de ámbito interno que desgastaban a muchos policías y que él mismo repudiaba. Ella destacaba por centrarse en la resolución de las operaciones que se le encargaban con independencia profesional, sin vincularse a ninguna camarilla de la brigada. Los compañeros sabían que no pasaba por buenos momentos debido a alguna ruptura sentimental, al parecer con un empresario de Artes Gráficas, pero aquello no había mermado su entrega a la Unidad. Actuaba siempre con la máxima discreción y disciplina.

Al Egiptio lo entusiasmó percibir nobleza en la mirada de Elena: tenía en los ojos un brillo especial, sin bajar nunca los párpados, ni ocultarse ante nadie. No era una mujer que llamara la atención, pero poseía mucho atractivo por su inteligencia, aplomo y fortaleza, sin llegar a molestar a sus compañeros al carecer del veneno de la suficiencia, frecuente en otros. Bermúdez esperaba que pudiera resolver pronto aquel caso que estaba dándole excesivos quebraderos de cabeza, porque se sucedían sin cesar las llamadas presionándolo. Urgía dar carpetazo cuanto antes a la investigación deteniendo a los culpables para que no se incrementaran las muertes o estallara en los medios; entonces, las complicaciones no tendrían límites.

—Además de Ramón y María, he adscrito al equipo al subcomisario Uriarte, y si precisa más personal, dígamelo inmediatamente. Intentaré facilitarle lo que necesite —afirmó él con voz algo rota, de fumador compulsivo—. He decidido establecer aquí el puesto de mando y coordinación. Todo está ocurriendo en las cercanías, y podrá dirigir mucho mejor las operaciones con los especialistas de la Guardia Civil de la zona. Desde el Ministerio han recibido órdenes precisas para que tengan claro que usted encabeza la operación. Tendrá línea directa conmigo. Supongo que establecerá, de inmediato, reuniones con el equipo aquí mismo, y, al final del día, me pasará todas las informaciones y avances que hayan realizado. Espero que pronto demos con el culpable.

—De acuerdo, señor comisario. Pero debo insistirle: no me parece adecuado que Sigüenza abandone la investigación... Perdemos su experiencia, que es de valorar cuando el reto adquiere características especiales, como nos estamos temiendo.

—Tranquila —la interrumpió Bermúdez—. Déjelo de mi cuenta, acaban de comenzar ustedes,

como quien dice, y él será destinado a un trabajo que le parecerá más apropiado y donde será más eficaz.

En el mismo instante en el que ella puso la mano en el picaporte para salir del despacho, tuvo que detenerse para escuchar al Egipcio: este se había levantado y buscaba ansiosamente por encima de la mesa unas cerillas para simular que encendía el puro, o darle unas caladas en ausencia de Elena. Sin mirarla, comenzó a hablar:

—Inspectora, debe intentar de nuevo convencer a ese escritor y atarlo corto, ya me entiende. Por lo que conozco de sus informes puede que merezca la pena tenerlo más controlado. —Se detuvo y asomó una leve sonrisa en sus labios: había encontrado las cerillas y se las mostraba a Elena con satisfacción—. Hay que conseguir que colabore con nosotros y, al mismo tiempo, tenerlo cogido, a cierta distancia. No debemos desdeñar ninguna posibilidad. Tenga cuidado y mucha prevención.

Ella asintió con la cabeza y salió al pasillo. Allí se topó con Sigüenza, y su gesto y su mirada fría, torva, la incomodaron. Elena levantó los hombros antes de hablar, para manifestar que era ajena al embrollo que se había organizado.

A pesar de las dificultades que representaba el trato con Raúl, hubiera preferido permanecer en un segundo plano, trabajar a las órdenes del iracundo jefe. Temía ganarse un importante enemigo y como consecuencia de ello que sus pasos fueran observados con lupa por los colegas de la Unidad de Homicidios. Lamentó no haberse negado al mandato del comisario; bien es cierto que se había encontrado en un callejón sin salida, pues dedujo que si lo hubiese rechazado, esa decisión la habría perjudicado de cara al futuro. Pero el encargo suponía una dificultad extrema y escondía una trampa: si no resolvía pronto el misterio y continuaban las muertes, habría fracasado, y, entonces, las críticas se sucederían en cascada complicando su desarrollo profesional.

SANDRO APENAS SE sorprendió al escucharla por el móvil. Esperaba y temía que apareciera otro cadáver, lo que haría casi imposible que se olvidaran de él. La voz de la inspectora denotaba cansancio.

—Uno más —anunció ella.

Una hermosa joven, a punto de cumplir los veinte años, estudiante de *telecos*, atiborrada de drogas y sin ningún motivo que la arrastrara hacia un final tan dramático como inesperado, de ninguna manera previsible. Era improbable que se hubiera quitado la vida, confirmó la inspectora.

Había ocurrido esa misma mañana. En cuatro días, tres muertes. Y, en efecto, existía un paralelismo abrumador con *Amenaza final*. Cada suceso venía a confirmarlo aún más. La situación era de alarma, y la desorientación de la policía, mayúscula: tenían con razón que continuase el goteo de muertes.

—Hay que detener esto cuanto antes y no descansaremos hasta conseguirlo.

Estaba de acuerdo, pero ¿qué podía hacer él?

—Tenemos que vernos para analizar las claves que contiene su relato —pidió ella—. Si alguien está empeñado en emular su historia, en hacerla realidad, quizás encontremos alguna respuesta a lo que está pasando entre las líneas de lo que escribió y lo que pudo inspirarle. Le anticipo que iré sola a verlo, no me acompañará el inspector Sigüenza. Yo me encargo ahora de dirigir la investigación.

Sandro no puso ningún reparo. Había varias razones para ello: lo necesitaba para sentirse mejor, estaba obligado a hacerlo, tal como le habían razonado Marta y propuesto Luis, aunque recelaba de las intenciones expuestas por su amigo, y, finalmente, la retirada del bronco inspector facilitaba las cosas.

Nunca imaginó que aquella novela llevaría aparejadas tantas complicaciones. Debió persistir en argumentos de corte histórico, a pesar de que no lograba el éxito añorado. Sus inquietudes chocaron con un exceso de publicaciones de ese género novelístico, abundantes hasta la saciedad, que surgieron a partir de que Umberto Eco publicara *El nombre de la rosa*. El autor italiano lo puso tan de moda que crecieron como setas sus discípulos, como el exitoso y marketiniano Ken Follett. En España eran una pléyade los narradores de idéntico corte, comenzando por el pionero y más avisado de todos ellos: Arturo Pérez-Reverte, que tenía una personalidad y una savia bastante acusadas; y la secuela posterior, en la que había que englobar, entre otros, a Matilde Asensi, Emilio Calderón, Julia Navarro, Toti de Lezea, Isabel Sansebastián, Javier Sierra, Isidoro

Falcones y un larguísimo etcétera. Eran demasiados y escaseaban los lectores. Lo lamentó, porque le interesaban mucho la Historia y el Arte. La influencia de su madre resultó decisiva para perfilar sus inclinaciones y gustos en la escritura. Ella había sido conservadora del Museo del Prado de pintura flamenca y del *quattrocento* italiano. Viajaba con frecuencia a Italia y, sobre todo, a Bélgica, y estaba considerada una experta mundial en Rubens. Una de las ciudades que más la atraían, aparte de los enclaves belgas como Bruselas, Gante o Brujas, era Florencia. Los Uffizi recibían su visita por lo menos una vez cada año. Allí estaban colgadas las pinturas más populares de otro de sus artistas más queridos: Sandro Botticelli. Era tanta su admiración por el florentino, protegido de Lorenzo el Magnífico, que no dudó en llamar así a su único hijo.

ELENA SE REUNIÓ con el equipo en una sala destartalada de la comisaría. Allí aparecieron los subinspectores Santaniello, Hueso y Uriarte, junto a dos suboficiales de la Guardia Civil adscritos a la policía judicial y asignados al caso por la superioridad.

—Hemos revisado las últimas horas de los jóvenes y es como si se los hubiera tragado la tierra —expuso uno de los guardias, que respondía al nombre de Jesús García; su compañero era Nicolás Benítez—. También es una dificultad añadida la desaparición de sus móviles y que dejaran de funcionar durante ese tiempo. Hemos analizado, con ayuda de otros guardias especialistas y siguiendo las instrucciones del inspector jefe Sigüenza, los pasos de sus amigos más cercanos por si tuvieran alguna posible relación con los hechos, los de sus compañeros de universidad, los contactos y las comunicaciones con redes sociales por Internet, pero hay que tener en cuenta que estas conexiones son escurridizas debido a las múltiples vías que ofrece la red y seguimos analizándolas. Por ahora, no hemos encontrado nada de interés, algo que pudiera ofrecernos una pista, que nos arrojará un poco de luz o, al menos, que tuviera una mínima importancia. Lo esencial es que durante varias horas es como si se los hubiera tragado la tierra. Ahí tiene el informe completo.

El otro guardia, Nicolás Benítez, acercó hacia ella una carpeta verde de plástico con el escudo de la Benemérita. Resultaba curioso ver cómo vestían los dos suboficiales: vaqueros, camisas de *sport* y cazadora juvenil, lo que les permitiría acceder a muchos lugares sin ser identificados. Eran bien parecidos y de constitución atlética.

—Nos falta completar, como puede imaginarse, las pesquisas en el entorno de Ángeles de la Riva. Aún es pronto para obtener resultados, a pesar de que nos gustaría tenerlos cuanto antes —explicó Benítez.

—Sí, lo entiendo —observó Elena—, pero no vamos a darlos como definitivos en lo que se refiere a Alberto y Patricia, a pesar de las urgencias que nos llegan desde el juzgado. Revisad con la subinspectora Santaniello lo realizado, cuestionad todo lo que se ha hecho y, si fuera necesario, volveremos a empezar; debéis examinar otra vez sus ordenadores y el disco duro, en el que no debe quedar ni un resquicio sin mirar, volved a hablar con todo el mundo. Es imprescindible descubrir lo que los relacione, las semejanzas entre ellos, deben existir esas similitudes, tal vez así avancemos algo. Tenemos ya tres cadáveres encima de la mesa, esto comienza a resultar de una gravedad extrema. Vamos a tener que volcarnos, y si alguien carece de fuerzas, que lo diga

ahora mismo —expuso con firmeza. Todos los presentes enmudecieron. Ella los fue revisando con la mirada, uno a uno. Nadie parecía oponerse a sus exigencias.

—Lo que los relaciona, de momento, son perfiles y entornos similares, y con ese conocimiento se hace más difícil pensar que decidieran por sí mismos buscar un desenlace fatal o que alguien quisiera eliminarlos —explicó la subinspectora Santaniello rompiendo el hielo.

—Sí, pero eso no es suficientemente esclarecedor para lo que nos ocupa —objetó Elena—. Está bien tenerlo en cuenta, pero nosotros estamos obligados a desentrañar las similitudes que están por debajo de la superficie y que deben ofrecernos los elementos que permitieron llegar a esta situación. Algo así no se alcanza con una visión inicial, conformista; exige profundizar y mirarlo todo, sin desdeñar ninguna clase de información. Tenemos que estudiar sus llamadas, sus papeles, costumbres, sus gustos para vestir... Hablad con las personas que los conocían: amigos, compañeros, familiares, vecinos, profesores... Si hacemos ese trabajo a fondo, quizá podamos establecer, luego, dónde se localizan los puntos de conexión entre ellos, por qué nos encontramos ante este drama y cómo evitar que se prolongue. Debemos trabajar coordinadamente.

Los aludidos, todos los presentes, asintieron moviendo ligeramente la cabeza mientras tomaban nota de las instrucciones en sus correspondientes cuadernos.

Se encontraban en una estancia de la segunda planta de la comisaría, con un ventanal que daba al parque situado enfrente del edificio, rodeados de carpetas y papeles amontonados por doquier, y con una luz eléctrica tenue, debido al ahorro energético que se había impuesto en los últimos tiempos. Era un lugar que les permitía hablar con discreción y tener espacio para hacerlo, ya que podían reunirse allí hasta unas quince personas sin ninguna clase de agobio.

Elena decidió repasar con su equipo lo sucedido hasta entonces.

Alberto Bocada, la primera víctima, fue encontrado el viernes anterior en medio del campo, a unos cuatrocientos metros de su casa: un lujoso chalé situado en Aguasclaras, una urbanización de altísimo nivel en el término municipal de Pozuelo, no muy lejos de la comisaría; allí vivieron tres expresidentes del Gobierno, los Ruiz-Mateos, y gente con mucho pedigrí económico. El cuerpo del joven estaba apoyado en la base de una encina y no tenía ninguna señal de violencia; en los alrededores, los miembros de la científica no hallaron ningún rastro extraño. La impresión inicial era que el fallecimiento se había producido por sobredosis de alguna droga, cuya ingesta resultaba sorprendente en una persona sin antecedentes de ninguna clase como consumidor de estupefacientes. Como resultado de las pesquisas realizadas, el perfil de Alberto encajaba a la perfección con el de un estudiante de Arquitectura de vida esmerada y concentrado en su formación universitaria. También contemplaba las diversiones habituales para una persona de su edad y al mismo tiempo asombraba por su formalidad en todos los ámbitos. Nada pareció indicar que pudiera terminar su vida de manera voluntaria, no existían motivos aparentes ni tampoco dejó una nota de despedida. Desde el viernes habían interrogado, más de una vez, a su círculo familiar

al completo, a una docena de compañeros y amigos, a los profesores y hasta a su médico de cabecera. Lo único que resultaba desconocido era lo que hizo Alberto en las horas previas a su muerte. Ningún testigo supo decir dónde había estado o qué había hecho. Por supuesto, sus padres permanecieron alerta, haciendo múltiples gestiones para descubrirlo, pero el teléfono de Alberto dejó de estar operativo y el móvil no había sido encontrado. Los primeros análisis forenses confirmaron la causa de la muerte, sin especificar las cantidades ingeridas ni el tipo de sustancia que había provocado la asfixia química que desembocó en el colapso mortal.

—Quizá más adelante nos llevemos una sorpresa. Estos jovencitos deben de estar hartos de tener más que los demás a su alcance, se les habrá ido la olla o pertenecen a una secta que les ordena largarse al más allá cuanto antes.

Quien se expresaba así era Nacho Uriarte, un policía que a Elena le resultaba desconcertante porque la mayoría de las veces le costaba distinguir si hablaba en serio. De cualquier manera, a pesar de su inexperiencia y carácter complicado, consideró una deferencia del comisario que lo hubiera asignado al equipo por su excelente disposición. Estaba convencida de que sería útil.

—Lo que aventuras, Nacho, es arriesgado en estos momentos —rebatía la inspectora—. Lo único cierto es que no sabemos a qué nos enfrentamos.

—¿Por qué? —planteó él.

—Debemos mantenernos en la duda. Desconocemos si buscamos a un perverso y habilidosísimo criminal capaz de no dejar ninguna señal, o, por el contrario, asistimos a una cadena de suicidios, lo que en principio sería absurdo e inexplicable porque nada nos confirma algo de esa naturaleza.

—Tampoco podemos afirmar que hay que centrarse en la búsqueda de un asesino en serie —comentó el sargento Benítez, ahondando en el planteamiento de la inspectora—. Carecemos de un móvil que nos induciría a seguir un rastro.

—¿Por qué? —preguntó la subinspectora Santaniello.

—Esos criminales siempre dejan una firma, una firma casi evidente, y eso mismo, su ego, ya es un móvil.

—Es cierto —intervino Elena, pensando que en la academia de la Guardia Civil preparaban bien a sus hombres para la investigación judicial—. Lo que ocurre es que tal vez no hayamos dado con ella todavía, o simplemente que la ausencia de una firma constituiría la firma en sí. Desde luego, con lo que tenemos en las manos, ninguna hipótesis es desechable y, por lo tanto, seguiremos buscando sin cerrar los ojos a cualquier posibilidad.

Los presentes asistieron con gestos.

—Tú, Nacho —prosiguió—, te ocuparás de analizar a fondo la trastienda de las tres familias, quiero que revises sus cuentas, propiedades, deudas, posibles conflictos, pasado, presente... María y Ramón —dijo, dirigiéndose a los otros subinspectores—, vais a comprobar la actividad que tuvieron los jóvenes en los últimos meses, hora a hora, y, especialmente, con la ayuda de los

especialistas de la Guardia Civil, todo su círculo de relaciones. Interesa localizar a sus posibles parejas, quiénes eran sus amistades íntimas. Pedid a los agentes uniformados que sean muy precisos y exigentes para conseguir toda la información...

—Y ¿las autorizaciones del juez para obtener lo que nos pides y el acceso a sus pertenencias? —preguntó María.

—Las obtendremos, seguro que el comisario mueve los hilos necesarios, tranquilos. Nos veremos aquí, salvo urgencia o cambio de planes, dos veces cada día: a las ocho de la mañana y a las seis de la tarde, para coordinar las acciones y cotejar resultados.

A continuación, Elena pidió a Ramón Hueso que relatará lo sucedido con la segunda víctima:

—Es imprescindible que reflexionemos sobre los hechos conjuntamente para detectar posibles fallos, aspectos que estén sin revisar al completo, y reiniciar si fuera necesario un proceso de contraste.

Al escuchar las explicaciones de Ramón de cómo fue hallada Patricia Castellanos, comprobaron que era un calco de las otras víctimas. Había sido localizada el domingo semiocultura entre unos matorrales, en un prado cercano a su vivienda, un chalé de lujo perteneciente a la urbanización Montesblancos. Estudiaba Medicina en el CEU, en un centro situado cerca de su casa, y por su perfil, entorno familiar y de amistades, por su comportamiento conocido y por las causas de su fallecimiento, reproducía un esquema bastante parecido al de los otros dos estudiantes. También era imposible considerar que hubiera sido un suicidio. Lo extraño era la inexistencia de marcas que indicasen violencia en el supuesto de haber sido envenenada contra su voluntad, y tampoco se detectaron, con las exploraciones iniciales, que hubiera sido forzada sexualmente. ¿Cómo lograba el criminal dominar la voluntad de los jóvenes y por qué no firmaba sus acciones?

—Alguna explicación podríamos encontrar en el relato de ese Reguera —expuso Uriarte—. Lo tengo aquí sin leer por completo, pero creo que adelantó con una precisión milimétrica lo que está pasando, una especie de manual que estaría imitando el asesino.

El subinspector depositó encima de la mesa rectangular un ejemplar de *Amenaza final*. Destacaban en la portada las letras en color amarillo del título sobre un fondo de fotografías que iluminaban una zona boscosa de noche. Dos figuras en sombra se movían por unos senderos que se perdían en la oscuridad.

—Tengo entendido —continuó Uriarte— que, en este relato de santones y sectas, los jóvenes, mejor dicho los acólitos, son llevados a la muerte en una especie de homicidio diríamos que inducido, o lo que también podríamos calificar como asesinato a distancia. Una historia de jóvenes airados, disgustados con el mundo, y especialmente con sus padres, que les han dado de todo hasta saciarse, y que buscan unirse a otros tan perdidos como ellos, en una agrupación o secta, donde puedan explayar su servilismo y la docilidad que negaron a sus mayores.

—Un perfil que acaso rascando un poco más podríamos descubrir también en las víctimas. Los parecidos son asombrosos, aquí hay algo extraño. Y ¿si el autor tuviera algo que ver con lo que está ocurriendo? —planteó la subinspectora Santaniello.

Se produjo un largo silencio. Todos observaron la novela como si fuera el talismán que resolvería sus incertidumbres. Elena se encargó de desviar la atención.

—Sería imperdonable que este libro nos condicionara los pasos que tenemos que dar; no vamos a desecharlo, pero tampoco puede ser nuestro manual o el libro de instrucciones para empecinarnos en una única línea de búsqueda de la información que nos desvelaría lo que está pasando. Y, por el momento, es descabellado pensar que el escritor esté relacionado con los hechos.

—¿No deberíamos atender a las pautas del relato? —preguntó Ramón Hueso desabrochándose el nudo de la corbata.

Hacía bastante calor en la sala, pero Elena no se había desprendido de su chaqueta de lana, llevaba un pañuelo de seda azul anudado al cuello y comenzaba a formarse sudor en su cara.

—Hay algo que podemos hacer: estudiar a fondo a la cuarta víctima que aparece en el libro —indicó Elena—. Tratar de localizar nosotros a alguien que se asemeje al personaje de ficción; quizá nos adelantemos.

—Algo así no es sencillo, serán cientos los que responden al modelo —rechazó Uriarte. La fría mirada de su superiora le hizo corregir el aserto—. Bueno, revisaré el relato y veré si existen claves que nos orienten en ese sentido.

—Necesitamos tener cuanto antes un perfil del supuesto asesino, y nadie mejor que el novelista para apuntar posibilidades —afirmó María.

—No sé si eso nos ayudaría o nos confundiría —razonó Ramón Hueso buscando el asentimiento de sus colegas—. Yo no lo he leído, pero sé que presenta a un loco homicida que arrastra a los jóvenes a su inmolación. Es tentador pensar que alguien está repitiendo ese guión.

—Tal vez —respondió Elena—. Pero quiero decir que lo sabremos si no bajamos la guardia, somos rigurosos y no dejamos ningún cabo suelto, y si, además, estamos abiertos, preparados, para cualquier sorpresa. Sin renunciar a nada... —concluyó, dirigiéndose especialmente a María Santaniello.

—Con lo que conocemos, cualquier hipótesis es factible. Recordad la red que prostituía a las estudiantes en Mallorca; una de ellas apareció muerta por sobredosis, igual que lo que estamos viendo aquí —apuntó la subinspectora.

—¿A qué te refieres? —preguntó Elena.

—Pues al caso de las jóvenes pertenecientes a familias acomodadas, guapas, buenas estudiantes, que cayeron en manos de una red que las drogaba y prostituía. Ellas aceptaban irse con tíos a cambio de droga. Ahora tenemos elementos parecidos...

Se produjo un largo silencio que fue roto por Uriarte.

—Lo veo difícil, porque aquí no existen antecedentes de consumo de drogas y no olvides que también ha muerto un chico.

—¿Y...? —dudó con gesto de asombro Santaniello.

—Bueno, insisto: nada por el momento es rechazable, estamos abiertos a cualquier hipótesis, desde luego —terció la inspectora—, pero manos a la obra, sin reparos, ¿entendido?

A raíz de los datos y las certezas que tenían a su alcance, repletos todavía de grietas y sin resolver en lo fundamental, lo que más preocupaba es que la secuencia trágica continuase. Por suerte, daba la impresión de que existía cierto control, o autocontrol, que había llevado a los medios de comunicación a conceder un perfil bajo a lo acontecido, pasando bastante inadvertido, probablemente debido a la presión y la influencia de las familias, lo que les permitía trabajar sin presiones innecesarias. Tampoco habían dedicado ni un solo minuto a remover los hechos los programas de televisión que solían deformar, retorcer y amplificar lo más siniestro de cualquier suceso, aunque tuviera escasa relevancia social, y si la tenía, extraer lo más morboso hasta el paroxismo. Había programas que convertían un pequeño petardo que no asusta a nadie en una traca escandalosa.

Era imposible saber lo que duraría semejante milagro, dependía del número de muertes. Cuando alguien encendiera la mecha, el efecto de la explosión resultaría incontrolable.

LUIS DEJÓ EL TRABAJO a medias. Cuando supo que había una tercera víctima, se despidió de Eva.

—Acaba tú la edición del material. Han llamado Antonio y Manuel desde el periódico, ya sabes que a estos no se les escapa nada; al parecer hay otra joven muerta en condiciones parecidas a los anteriores. ¡Joder! La que se puede armar.

—Sandro estará inquieto —lamentó ella—. Sí, vete a verlo.

—No debemos perderlo de vista, hay que echarle una mano y estar atentos. Ya sabes lo neura que es, te monta un *pifostio* a la mínima... No creo que esté enterado, mejor se lo cuento yo en persona.

—De acuerdo. Acabo la edición y luego os llamo.

Estaban preocupados por cómo influiría en su amigo lo que estaba ocurriendo. Temían que «entrara en barrena», como solía decir Luis, debido a que Sandro solía exagerar los problemas, por lo que disfrutaba a medias de lo que tenía a su alcance.

Desde Prado del Rey, Luis apenas tardó diez minutos en llegar a la casa, aparcó deprisa y se abalanzó sobre el timbre. No anunció nada por el telefonillo y entró como una exhalación en la vivienda.

—No te asustes, ¿eh? Hay lo que hay: ¡otro fiambre! Esto se pone al rojo vivo y lo bueno o lo malo es que el final no está escrito...

—Ya lo sabía —intervino, raudo, Sandro.

—¡Cómo!

—Me ha llamado la inspectora.

—¡La tía esa! ¡Cojonudo, chaval! —exclamó con entusiasmo y más tranquilo al comprobar que la noticia apenas había afectado a Sandro—. Aquí hay material. Así que... ¡manos a la obra! ¿Qué le has dicho?

—Que sí.

—Que sí, ¿qué? Explícate. Estoy en ascuas.

—Pues que vamos a vernos para hablar del asunto. Ella es quien dirige ahora la operación.

—Mejor que mejor. Me gusta...

Se desplazaron por el pasillo mientras Luis hacía aspavientos incomprensibles. Después de dar unos tragos a una cerveza pareció contener su frenético impulso.

—¿Cómo te encuentras? Espero que esto no te tenga muy *acojonao*...

—Nooo... Bien, bien... —musitó de mala gana Sandro.

—Mira, lo que tienes que hacer es escuchar a esa poli, que te coja confianza, que resultes irresistible para ella, ya me entiendes, ¿eh? Después, nosotros, con información de primera mano, vamos mirando las cosas a nuestra manera, husmeando por aquí y por allá, lo haremos más rápido, creo. Es como debemos actuar, no podemos estarnos quietos, a la espera de lo que salga...

El escritor forzó una sonrisa; no estaba convencido de lo que le planteaba Luis. Llamaron al timbre.

—¿Es ella, la poli?

—No, vendrá mañana. Es Marta...

—¡La maciza! Qué suerte tienes...

Marta apareció con dos botellas de un rioja de primera marca, del marqués de Murrieta, y varios canapés que había comprado en la tienda Mallorca.

—¡La leche que te han *dao*! Esta mujer es un lujo, de bandera... —exclamó Luis.

—Mira que estás obsoleto. De bandera... ¿Qué es eso? —ridiculizó ella.

—Que estás muy buena, ¿qué más quieres que te diga? Y, además, sabes cuidar el estómago y el gaznate de tus chicos, como las de antes. Pues eso: de bandera. Y no sé si te merece este individuo que pierde la cabeza escribiendo cosas extrañas. Lo mío es más divertido, y un cambio te vendría de la leche para disfrutar de nuevas experiencias, con alguien como yo, que tengo oficio en diversas artes y, por supuesto, las amatorias.

—Eres muy listo —dijo Sandro para alabar las cualidades que adornaban a su amigo.

Los tres brindaron dando buenos tragos al vino, especialmente Sandro, que se achispó con suma rapidez.

—Fíjate, Marta, he llegado a pensar que debería hablar con los periodistas sobre este asunto de las muertes sin cortarme ni un pelo. ¿Te imaginas? Mi editora se sentiría feliz si lo hiciera, porque tendría que acelerar la salida de más libros.

—Así me gusta: animado —resaltó Luis celebrando la broma—. Bueno, chavales, os dejo, que no pinto nada aquí. Ya me gustaría lo contrario. Si queréis ensayar un encuentro atrevido, yo estoy dispuesto, se dice así en plan fino, ¿verdad? Conmigo hay confianza.

—Quédate a comer algo —lo invitó ella.

—No, prefiero otras propuestas, adiós.

—¿Cómo es ella? —preguntó Marta cuando oyó que se cerraba la puerta de la calle.

—¿Quién?

—La inspectora.

—Pues mira, a primera vista da la impresión de ser una mosquita muerta, pero si está ahí, no debe de ser muy tonta. Al hablar un poco con ella te das cuenta de que su apariencia es engañosa.

Tal vez sea una argucia, a mí me resulta algo misteriosa.

Marta encendió un cigarrillo Winston y dio las primeras caladas en actitud pensativa. Luego, se levantó del sofá, muy concentrada, y abrió las ventanas de la terraza, pues sabía que a Sandro le molestaba el humo. Él observó su armoniosa y perfecta figura. Pensó que si se lo hubiera planteado, habría sido una excelente presentadora de estudio o, incluso, una actriz, porque sabía desenvolverse delante de las cámaras. Le recordaba, en su aspecto, a Amaia Salamanca, la joven intérprete descubierta en la serie *Sin tetas no hay paraíso*.

—¿Tú crees que detrás de la muerte de esos jóvenes hay un asesino que quiere calcar los procedimientos que desarrollaste en la novela?

—No estoy seguro. Para mí que todo esto es un capricho del destino, casualidades a las que se les concede demasiada importancia porque la policía no tiene nada a su alcance, y en cualquier momento, cuando encuentren algo que los lleve al culpable, lo comprobaremos, ya lo verás.

La joven arrojó la colilla a la calle y cerró las ventanas porque el relente de la noche era bastante frío. Se acomodó en el brazo del sillón donde estaba sentado Sandro y le fue acariciando la nuca, jugando con los rizos de su cabello.

—Podría ocurrir que estos chicos llevaran una doble vida y se pasaran de rosca, igual que los chavales que mezclan el alcohol con esa hierba tan abundante y fácil de conseguir que ya ha provocado alguna muerte —comentó Marta.

—No sabía...

—Sí, el estramonio.

—A mí no me encaja en el perfil de ellos ni en el ambiente en el que se mueven, me resultaría extraño —rebatía él mientras rellenaba las copas con el resto del contenido de la botella.

—Entonces, ¿consideras que hay un elemento ajeno, como en el libro, que los induce a la muerte? ¿Piensas que alguien tiene el poder de arrastrar hacia ese destino fatal a personas con la preparación y la capacidad necesarias para superar las dificultades por los recursos de los que disponen?

Antes de responder, Sandro agotó el contenido de su copa.

—Bueno, así lo imaginé. Pero me desagradaría, y mucho, haber acertado con el supuesto.

Enmudecieron un buen rato, cada uno de ellos encerrado en sus pensamientos. Después intercambiaron una mirada, advirtiendo preocupación el uno en el otro. De inmediato, Marta relajó la tensión con una sonrisa, sin palabras. Fue a más, lo abrazó y besó con entusiasmo.

TARDÓ MENOS DE UN cuarto de hora en llegar a la casa del escritor desde la comisaría de Pozuelo. El subinspector Hueso quiso acompañarla, pero ella lo rechazó. Prefería concentrar los esfuerzos del equipo en el interrogatorio al círculo de amistades y familiares de las víctimas.

Elena clamaba hacia sus adentros para que no aparecieran más cadáveres, algo esencial porque, en caso contrario, el proceso de búsqueda y localización de pistas sería agobiante con la presión a la que se verían sometidos. Podía imaginar lo que estaría soportando el comisario Bermúdez al carecer de respuestas sólidas que, continuamente, le reclamarían los mandos, y lo difícil que le resultaría explicar que aún permanecían con las manos vacías, inmersos en un misterio que se resistía a ser desvelado.

Sandro Reguera le pareció más asequible y menos rígido que en la visita que le hizo acompañada por Raúl Sigüenza, sin las reservas con las que pretendió protegerse de ellos. Daba la impresión de estar más receptivo. Dudó si disculparse por el desarrollo de aquel encuentro que el inspector manejó con su escaso tacto.

—Podemos tutearnos —propuso él cuando se sentaron en el salón—. ¿Qué quieres tomar? He hecho café, jamaicano...

A ella le agradó la franqueza que transmitían sus ojos, la amabilidad de la que hacía gala esa mañana y su indiscutible ánimo por resultar un buen anfitrión. Sin embargo, intentó controlarse porque reconocía que los periodistas solían complicar el trabajo policial y, en numerosas ocasiones, entorpecían su labor al meter las narices, sin autorización, donde no debían hacerlo y con procedimientos que rozaban la ilegalidad. Ella lo situaba en ese colectivo por sus relaciones y actividad en la televisión.

—Apenas tomo café —aclaró ella—. Sin embargo, lo probaré.

—Corto con leche, te gustará.

Se marchó hacia la cocina sin aguardar a que ella le confirmara la sugerencia.

Entre tanto, Elena aprovechó la espera para revisar a conciencia la habitación. No había nada que destacara especialmente en el mobiliario. En cambio, llamaban poderosamente la atención los grabados de Miró, Cuixart y Tàpies colgados en las paredes, una buena colección de libros de Arte y las porcelanas de Sargadelos y Castro que estaban reunidas dentro de una vitrina aparentemente antigua.

Sandro regresó con una bandeja en la que portaba unas tazas chinas con el resto del servicio. La bebida reanimó a Elena, quien lo agradeció con una sonrisa. Le vino bien para evitar relajarse en

exceso, pues precisaba estar alerta. Apenas se fiaba de él, puesto que era consciente de que podía tener delante a un tipo poseedor de habilidades de primer orden.

—¿No te quitas la gabardina? —sugirió Sandro, acomodado en una butaca.

Ella, al oírlo, sintió un intenso escalofrío por todo el cuerpo y reaccionó haciendo todo lo contrario: cruzar las solapas sobre su pecho para conservar el calor. Consideró que no debía perder ni un minuto más, era imprescindible fijar las cuestiones que la habían llevado hasta allí.

—¿Por qué escribiste esa historia? ¿Cómo se te ocurrió abordar un asunto tan... escabroso? ¿Qué o quién te animó a hacerlo?

Las preguntas lo sorprendieron, hasta el punto de cuestionar lo que debía decir. Desvió la mirada un instante para hallar la respuesta. Estaba frente a ella, de espaldas a la calle; era imposible sustraerse a su presión, a la firmeza de aquella mujer.

—Lo hice porque pensé que algo así podía suceder en un ambiente poco frecuente para ese tipo de situaciones, tal vez buscando lo inusual. También era una manera de retratar a un grupo social que jamás aparece en las páginas de sucesos y, ocasionalmente, ocupando espacio en las revistas de papel cuché...

Elena concentró su mirada en su rostro sin afeitarse desde hacía varios días, con facciones marcadas. Él hablaba con esfuerzo, como si se viera obligado a hacerlo para desvelar algo que jamás imaginó que tuviera que dar a conocer y mucho menos en unas circunstancias como aquellas.

—... y lo situé en esta zona, en los alrededores, porque aquí nunca ocurre nada doloroso como le pasa a la gente que vive sin recursos y que muchas veces se ve forzada a caer en el delito, víctima de la desesperación, especialmente con lo que está pasando desde hace años. Bueno, tú sabes bien de lo que hablo.

—Y ¿qué te motivó a hacerlo, cuál fue tu inspiración? Porque entiendo que hay algo que te empujó a meterte en una historia de ese tipo. O ¿surgió de la nada?

Él volvió a detenerse, precisaba respirar a fondo. Observó la boca de Elena Artilles pintada con un carmín fuerte que perfilaba sus escuetos labios, entre los que asomaba una dentadura resplandeciente, nívea. De nuevo, apreció la semejanza con el personaje de Mia en *Pulp Fiction* por el peinado de su cabellera negra con un flequillo que descendía en suave e impoluta cascada sobre la frente.

—No me negarás —expuso él, sin refrenar el descaro, mientras la señalaba con las manos sin cortarse lo más mínimo, también con la intención de ganar algo de tiempo para pensar— que eres admiradora de Quentin Tarantino. A mí la escena del baile me sedujo por completo. —Emuló el recuerdo con el recorrido de los dedos en forma de uve atravesando sus ojos en horizontal.

Elena hizo una mueca de contrariedad por el comentario. Reaccionó:

—Sí, claro, me gustó *Pulp Fiction*, como otras muchas películas, sobre todo las policíacas.

—Ya...

En ese instante, se desprendió de la gabardina. Llevaba un traje gris marengo con una blusa blanca que asomaba por las solapas de la chaqueta.

—Bueno, dime: ¿en qué te inspiraste, cómo se te ocurrió? —insistió ella en la misma cuestión de antes.

Sandro receló antes de pronunciarse; había algo que lo detenía para abrirse ante ella. Acaso temía enfrentarse a una mujer que por obligación profesional cuestionaría todo lo que dijera. Carraspeó.

—Me llamó mucho la atención la noticia de la muerte de bastantes jóvenes, creo que más de quince, en una pequeña población de Gales, en Bridgend. Era algo sorprendente que apenas fue contado en los medios. A mí me afectó. A partir de ahí, decidí situar unos hechos similares en las urbanizaciones de lujo que me rodean, en un ambiente diferente. Esto ocurre con frecuencia. Descubres una noticia, o has leído un cuento, un libro, una historia que tiene algún elemento que te sorprende, y, a partir de ahí, imaginas un relato con más cosas, más complejo, que se va desarrollando sin más...

—¿Lo ocurrido en esa población galesa fueron suicidios o asesinatos?

—Ese es el quid de la cuestión. Nunca se aclaró al cien por cien, hasta donde yo pude conocer.

—Tú, sin embargo, no lo planteas igual en la novela. ¿Allí, en Gales, la solución al enigma no se determinó de la misma manera? ¿Ha sido diferente?

—No lo sé a ciencia cierta.

—¿Qué quieres decir?

—Después de publicar la novela, dejé de seguir la historia de Gales y desconozco cómo terminó todo aquello.

Elena tomó la taza y bebió un sorbo; el líquido arañó su garganta y tosió. Después, se produjo un espeso silencio entre los dos. Ella permaneció pensativa, Sandro intervino:

—Como ves, no es mucho lo que puedo ayudaros, pero si tú quieres... me gustaría pedirte algo.

—Dime —demandó ella mientras se atusaba el flequillo y la corta melena que asombraba a Sandro por su parecido con la que llevaba Uma Thurman en la película de Tarantino.

—En la medida de lo posible me apetecería, si me lo permites, ser una especie de observador, consultor, se dice también..., por supuesto, de aquellos aspectos que consideres que no entorpecen vuestra labor o forman parte del secreto del sumario, ya me entiendes —señaló con un poco de sorna.

La inspectora hizo un gesto de extrañeza e, incluso, levantó su mano derecha como impidiendo al escritor que siguiera hablando. Él aceleró la explicación de sus deseos:

—... bueno, si me necesitáis para algo, yo... yo estaría dispuesto a daros todas las facilidades, contactos..., cuando me comprometo me gusta estar a tope, ¿sabes? Esto de trabajar con la poli

sería una experiencia enriquecedora para un escritor, ¿no crees? Confía desde luego en mi discreción, eso está asegurado. No soporto estar esperando a que me informen. A cambio, te daré todo lo que esté a mi alcance, a lo mejor os sirvo de algo, no sé...

Elena lo analizó de arriba abajo, sorprendida y molesta por el descaro del individuo. ¿Con quién creía estar hablando? Se atrevía a poner condiciones alguien que tenía aún la consideración de sospechoso. En realidad, pensó que era otro periodista buscando la manera de enterarse con habilidosos trucos de cosas que nunca debían estar a su alcance. No, no podía fiarse de él. Posiblemente, contaría luego a los cuatro vientos, o al mejor pagador, lo que le interesara.

Pero también podía serle de utilidad tenerlo cerca y controlado...

—Veremos... De ninguna manera acordaremos un compromiso, ni siquiera officioso —subrayó ella con expresión ceñuda—, y antes me gustaría saber por qué decidiste darle un sesgo diferente a la novela con ese desenlace. ¿Quién o qué te lo sugirió, en qué te inspiraste para ello?

La actitud de firmeza de la inspectora lo impresionó. Retorcó los rizos del pelo en la sien mirándola fijamente.

—Espacio. Te comportas como una poli.

—Lo que está ocurriendo aquí es muy grave y doloroso. No podemos permitirnos un respiro —recalcó ella—. Debemos conocer cómo se te ocurrió ese planteamiento, cómo fue el proceso, por si alguien estuviera reproduciéndolo, lo que nos indicaría al menos una posibilidad, una hipótesis de trabajo que tener en cuenta.

—Yo soy el primer sorprendido, no creas. Al escribir la novela... —abalanzó su corpachón hacia delante apoyando los codos sobre las rodillas y descansando el mentón en los nudillos de las manos; estaba a pocos centímetros de ella, pero la inspectora no alteró ningún músculo—, la historia fue avanzando con la colaboración de unos amigos, ellos me documentan cuando lo necesito, y nos reunimos para comentar la elaboración de mis relatos. Son fundamentales para mí. La solución sectaria es fruto de esas conversaciones. Nos pareció oportuno que los sucesos, las muertes, estuvieran impulsadas por un mundo oscuro que chocaba con el que rodeaba a las víctimas. De alguna manera, fui construyendo el relato con lo que me facilitaban mis colaboradores. Trabajan aquí cerca, en Prado del Rey. Estaría bien que los conocieras y hablaras con ellos, no perderás mucho tiempo. Puede ser ahora mismo, si te parece bien. ¿Los llamo y quedamos en ir a verlos?

Elena miró su reloj de pulsera y, a continuación, revisó la BlackBerry para comprobar los mensajes que le habían llegado mientras había permanecido en la casa.

—Un momento...

Respondió a las comunicaciones que consideraba urgentes y después guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta.

—De acuerdo, vamos a verlos. Confirma que es posible hacerlo, más tarde me sería imposible.

Uno y otro se pusieron a llamar por sus respectivos teléfonos. Elena Artiles estuvo un buen rato sin parar de conversar con los subinspectores.

TOMARON LA CARRETERA de Carabanchel para dirigirse hacia Prado del Rey montados en el *escarabajo* de ella. Cerca de la casa de Sandro se cruzaron con elegantes y funcionales edificios de oficinas enclavados en la exclusiva urbanización La Finca, donde residían muchas estrellas del fútbol madrileño.

A él le resultó sorprendente que una inspectora se desplazara con un coche como aquel, para colmo pintado de color pistacho, con el que sería difícil que pasara desapercibida. Eran muchas las cosas que lo sorprendían de esa mujer, especialmente su estilo para abordar a las personas: actuaba con prudencia, casi de puntillas, y cuando menos te lo esperabas corrías el peligro de caer en sus redes. Seguramente era el mejor sistema para conseguir algunas confesiones.

Al llegar a la sede de la televisión pública del Estado, Elena enseñó sus credenciales a los vigilantes de la garita exterior y aquello motivó, al contrario de lo que cualquiera hubiera imaginado, que el personal de seguridad activase una alerta entre los miembros del colectivo y que un guardia privado del recinto siguiera, con disimulo de aficionado, los pasos de la pareja de visitantes por los jardines y los aparcamientos al aire libre. La llegada de una inspectora de la policía judicial acompañada por un antiguo colaborador de la empresa había provocado mucho interés.

En el vestíbulo del primitivo edificio levantado en el complejo, con más de medio siglo de desgaste, apareció Luis, como era habitual, con una sonrisa agradable y ojos ávidos de curiosidad bien disimulada. Antes de las presentaciones, Sandro observó de reojo lo que sucedía a sus espaldas: al pie de la escalera permanecía el vigilante que les habían asignado para controlar sus movimientos.

—Ha surgido un imprevisto —les anunció Luis—, pero en la salita de reuniones que se encuentra junto a maquillaje podéis quedaros charlando el tiempo que haga falta con Eva. Ya lo hemos organizado. Ella vendrá enseguida.

Elena analizó a Luis. Le pareció un tipo descuidado en su aspecto, pero resultaba atractivo por la energía que desprendía, con ojos escrutadores y mirada inteligente. De una edad similar a la de Sandro y abandonado en el vestir: llevaba un pantalón vaquero desgastado y un jersey de lana azul marino oscuro con cuello redondo dado de sí y completamente deformado; las mangas ocultaban una buena parte de sus manos. Tenía el rostro congestionado, como si estuviera pasando mucho frío, y una barba rala, medio rubia. Antes de conocerlo, Sandro la había puesto en antecedentes:

—Él fue el *alma mater* de un programa que se llamaba *Quién sabe dónde*, en el que se intentaba localizar a personas desaparecidas, seguro que lo recuerdas, es un espacio que se hizo muy popular, y vosotros colaborabais algunas veces en la emisión. Luis tenía un olfato casi policial y solía dar en el clavo con sus intuiciones sobre el paradero de muchos desaparecidos o indicaba con bastante acierto lo que podía haber sucedido. Es alguien perfecto para hallar explicaciones sensatas y sólidas a hechos singulares.

Acomodados en una sala con mobiliario desvencijado y antiguo, sin ventanas, Elena no desaprovechó el tiempo.

—¿A quién se le ocurrió la solución con la que se resuelve el caso en *Amenaza final*?

Luis miró a su amigo para solicitarle autorización. En su ánimo no estaba responder, a pesar de que la inspectora se había dirigido a él; jamás buscaba el primer plano y era frecuente que se escapara ante preguntas incómodas. Sandro lo invitó a que hablara con una señal de las manos.

—La verdad es que no estoy muy seguro. —Tosió para aclararse la garganta—. Muchas veces depende del alcohol o de la juerga.

—¿Cómo? ¿Puedes explicarte mejor? —solicitó ella.

—Pues mira, es sencillo. Si estamos cansados, se nos ocurren cosas alucinantes, y si hemos dado unos buenos tragos, también son alucinantes.

Elena sonrió con la chanza y el subterfugio empleados para no comprometerse en la respuesta.

—Y bien, en esta historia, ¿qué pasó?

—Sandro pretendía que hubiera un factor digamos que ajeno en las muertes, y hablamos para establecer cuál sería el más conveniente. Planteamos diversas hipótesis que explicarían el drama por el que estaban pasando tantos jóvenes y las debatimos. Al final, como es lógico, fue él quien decidió.

—¿Sin más? ¿Fue algo espontáneo?

—En realidad, lo que hicimos fue un trabajo lo mejor que sabíamos, como documentalistas y amigos, según las pautas y las necesidades que tenía él para construir su relato. Tampoco es que seamos unos genios, porque estaríamos forrados si fuera así —destacó Luis golpeando en el hombro a Sandro—. Y qué más quisiéramos. En Gales hubo una cadena de aparentes suicidios, un misterio que no estaba resuelto, y Sandro deseaba en su historia facilitar una solución, una explicación de los hechos. Creo que fue Eva la primera que propuso lo de la secta, ¿verdad? —concluyó mirando a su amigo para que lo confirmase.

—Sí, seguro que fue ella —asintió el escritor—. ¿Cuándo viene?

—Si os parece, voy a buscarla, debo acabar con una edición que corre prisa. Bueno, espero que nos veamos en otra ocasión. Cuando quieras, ¿eh? —Se aproximó a Elena para despedirse con intención de estrechar su mano; ella se levantó y besó afectuosamente sus mejillas.

—Buenos colegas, me parece —comentó Elena cuando se quedaron solos.

—Lo son, de los mejores, inteligentes y leales. Dirigen juntos un programa que se llama *Cámara directa*. Algo así ya lo había hecho Eva en Telemadrid. Ellos consideraron que era un buen producto en tiempos de recortes y dificultades para las televisiones. Hacen un seguimiento con cámara al hombro a unos protagonistas sobre diferentes asuntos y se emite tal cual, sin demasiada posproducción. Así resulta superrentable, eficaz, con sensación de mucho realismo, de algo que se ha reportado con viveza, sin tener que utilizar un guión y una edición compleja.

—¿Cómo os conocisteis?

—Trabajamos juntos los tres aquí, en un programa ómnibus, de mañana, donde cabe de todo, y especialmente muchas naderías con tal de rellenar y entretener con poco gasto, una especie de radio televisada, con bastante bla, bla, bla agotador... Yo era el guionista, y la mayor parte de lo que hacía iba al cesto de papeles.

—¡Hola!

Eva entró en la desapacible sala como una exhalación, dejando la puerta abierta de par en par y lanzándose a saludar a Elena. La policía le sacaba una cabeza. Después, abrazó a su amigo poniéndose de puntillas.

No había cumplido aún los treinta y era rubia, de corta melena algo rizada, con ojos clarísimos, piel suave y algo traslúcida en la que se apreciaban algunas venillas, especialmente en las sienes.

—¡Vaya! De manera que tú eres ya inspectora, no lo pareces. Me recuerdas a alguien, no sé...

Elena sonrió abiertamente con el comentario. Le pareció una joven pizpireta, extrovertida, con voz algo cantarina. De inmediato, le preguntó casi sin darle tiempo a que se sentara junto a ellos:

—¿Cuál fue tu papel en el desarrollo de la novela de Sandro?

Eva paralizó todos sus músculos, sorprendida ante el desparpajo de la mujer, se acomodó en una de las sillas tapizadas con plástico verdoso y apretó las manos entre las piernas. Respiró profundamente. Llevaba unos pantalones de pitillo negros y camiseta del mismo color con un letrero de letras amarillas que cubría su pecho. La leyenda afirmaba sentirse muy feliz con sueños eróticos.

—Ya veo, directa y sin respiro, bien... —Habló calmada y con expresión circunspecta—. Él ya te lo habrá dicho, lo ayudamos en todo lo que precisa. A mí me pidió que analizara a fondo lo que había ocurrido en Gales, en el pueblo de Bridgend. Aquello era una tragedia inexplicable, habían muerto en pocos meses diecinueve muchachos, y no había forma de aclarar lo que estaba pasando en aquel lugar. Era importante porque Sandro precisaba tener esa información para decidir el enfoque de su relato, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza, sin emitir un sonido, atento al diálogo entre las dos mujeres.

—Y ¿qué hiciste para enterarte de lo que estaba pasando allí?

—Lo normal. Buscar toda la documentación a nuestro alcance, intentar hablar con detectives de la Unidad de Investigación Criminal de Cardiff, para lo que no tuve éxito, y con periodistas que apenas me aportaron algo de interés porque les irritaba informar a una extranjera sobre ese asunto.

—¿Cuáles fueron tus conclusiones? ¿Sirvieron de algo tus pesquisas?

—Eso..., eso se lo dejo a él —apuntó Eva.

Nadie habló. Sandro rellenó de agua los vasos de plástico blanco que cada uno tenía encima de una mesa rectangular que ocupaba casi todo el espacio de la sala, de contrachapado oscuro y con bastante mugre, como el resto del mobiliario.

—Aquello me sirvió de inspiración y me empujó a escribir el relato —susurró él.

—A pesar de las diferencias, avanzaste en tu historia —razonó la inspectora—. Cambiaste el escenario, el contexto, y le diste una solución. ¿Cómo surgió la misma? Creo, Eva, que ahí tú fuiste decisiva y se te ocurrió lo del gurú como impulsor de las muertes.

La joven receló al ser señalada tan directamente. Demandó respaldo de su amigo con la mirada.

—Sí, cuéntaselo todo, Eva —insistió él—. No hay problema. Ella considera que puede servirle.

—De acuerdo. —Eva se aclaró la garganta—. Una noche que cenamos en la casa de Sandro...

—¿Quiénes exactamente? —interrumpió Elena.

—Los tres, también estaba Luis. Bien, allí Sandro nos comentó las diferentes soluciones que manejaba para el desarrollo y final de su novela.

—Y ¿cuáles eran?

—¡Uf! Ni me acuerdo de ellas. Las principales eran si lo dejaba en un misterio sin resolver, en una especie de solución abierta con la que no era fácil dar, concluir que habían sido suicidios motivados por un efecto «simpatía», es decir, por imitación y motivados por una existencia complicada en los muchachos, o como consecuencia de un asesino en serie...

La inspectora permanecía inmóvil, concentrada, sin perder de vista a la joven responsable del programa *Cámara directa*, mirándola fijamente.

—... hablamos mucho sobre el posible suicidio y llegamos a la conclusión de que había que descartarlo, no tenía sentido si consideramos el ambiente en el que se movían los personajes; las circunstancias eran distintas a las de Gales. Finalmente, Sandro rechazó la utilización de un asesino en serie. En esto yo le di la razón. A Luis era lo que más le gustaba, lo de un asesino en serie. Esto es así, ¿verdad, Sandro? —Él lo ratificó con la cabeza, Eva bebió del vaso.

—Y ¿entonces...?

—Pues salió lo de la secta, lo de un líder que arrastra hacia la muerte-salvación.

—¿Quién tuvo esa idea y por qué?

—Fue ella —indicó Sandro.

Eva se levantó de la silla. Lo hizo para estirar los pantalones negros, increíblemente ajustados a

su piel, que debían de molestarla cuando estaba sentada.

—Sí, creo que sí —pronunció dubitativa como respuesta a lo que había mencionado su amigo mientras volvía a sentarse.

—Desde luego, fue una ocurrencia suya que me pareció extraña en un primer momento y, más tarde, lo consideré como algo fantástico —insistió Sandro.

—Y dime, Eva, ¿cómo se te ocurrió esa solución? —preguntó Elena.

—Me vino a la cabeza, sin más. En esos momentos, y cuando hay confianza, una va diciendo tonterías y no sabe si luego tendrán alguna utilidad.

—Ya veo... —Elena comenzó a recoger su bolso y ajustarse la gabardina.

—¿Eso es todo? —preguntó Eva.

—De momento, sí. Gracias. Tenemos que seguir trabajando —afirmó la inspectora—. Tal vez volvamos a vernos.

—¿Tienen algún indicio sobre las muertes que se están produciendo estos días por aquí cerca? —preguntó Eva—. Es muy extraño que existan tantas similitudes.

—Lo es, muy extraño, y supone una amenaza preocupante. Por esa razón no podemos descansar ni un minuto —concluyó Elena.

LOS CAMAREROS HABÍAN presenciado muchas cosas extrañas, estaban curados en salud atendiendo a una clientela exigente y de costumbres peculiares, por no decir licenciosas en determinados momentos del día. Lo más común, a ciertas horas, era la presencia de ejecutivos talluditos acompañados por mujeres —predominaban las rubias de bote— veinte años más jóvenes, o incluso con mayor diferencia de edad. Lo contrario, señoras con muchachos, era menos frecuente. Allí tomaban copas o disfrutaban de una comida en un ambiente discreto, había salas adecuadas para ello. Las noches eran para las parejas oficiales, vecinos de las urbanizaciones colindantes; en ocasiones resultaba curioso ver aparecer a algunos hombres que habían estado allí mismo horas antes con diferente compañía.

Pero lo que más les impresionó aquel mediodía fueron los vehículos blindados que aparcaron en la puerta del local, situado al comienzo de una zona boscosa de Boadilla del Monte. Tres individuos como armarios otearon los alrededores antes de que saliera de uno de los coches el que debía de ser su jefe. Era el único que no se protegía con gafas oscuras, vestía con un traje en tonos más claros y tenía un aspecto y edad que lo delataban. Además, fue el que entró en el bar-restaurante seguido por uno de los guardaespaldas. El ayudante permaneció en el recibidor con intención de controlar el trasiego en el establecimiento después de haber revisado, con rapidez y determinación, a todo el personal y la clientela, compuesta en ese momento por tres parejas que estaban alejadas de la mesa que ocuparía su superior.

Vernon esperaba a alguien que se estaba retrasando. Se fue poniendo de mal humor. Consideró que el otro debería estar allí.

Merchante había sido siempre un indisciplinado, un agente problemático, imbuido de un ego insoportable, en el límite de su relación con el resto del mundo.

Al mirar su reloj Omega por segunda vez, apareció sonriente.

—Aquí me tienes, he venido para que no tengas dudas de que me preocupo por lo que estás pasando —dijo Vernon a modo de saludo, sin levantarse de la mesa.

—¡Qué esfuerzo! Después de dejarme tirado te correspondía, por lo menos, desplazarte hasta cerca de mi casa, a la que por cierto siempre te has negado a venir. Yo tengo dudas de si debía aceptar este encuentro, en realidad no sé qué hago aquí.

—Venga, siéntate y hablemos.

—De acuerdo. Ya me dirás el motivo de esta visita sospechosa. No creo que tengas necesidad de tomar un aperitivo conmigo para que hablemos de viejas batallas. Eso ha quedado muy lejos,

por desgracia, y tú las tienes bien olvidadas para que no te obliguen a nada conmigo.

Vernon apreció cierto deterioro en su antiguo compañero de misiones secretas por medio mundo, algo que se acentuaba por el descuido en el afeitado, que, al menos, soportaba ya unos cuatro días de abandono. Parecería un pordiosero, pensó, si no fuera por la cazadora de piel que llevaba y los dos anillos de oro que adornaban sus dedos, en uno de los cuales figuraba el escudo familiar en laca encarnada.

El camarero les sirvió dos copas de vino. Fue entonces cuando Vernon decidió entrar en materia.

—Me dejó un mal sabor de boca tu salida, aunque no te lo creas. A veces las exigencias del servicio llegan a ser crueles y se cometen excesos e injusticias. Pero podemos hacer algo por ti.

—¿Hacer qué? No me toques las pelotas...

—Se entendería bien que, por ejemplo, estuvieras en Libia o en Siria, a tu elección, puedes escoger lo que te parezca más conveniente; la situación está fea, y la experiencia que tienes sería bien recibida. En esos países tenemos que recomponer muchas cosas, ya sabes que hay numerosos intereses, y también podríamos estudiar algo en Egipto. Allí tienes amigos y colegas que te admiran...

Vernon se detuvo para escudriñar a su alrededor, quería asegurarse de que nadie podía oírles. Estaban sentados en una esquina del amplísimo local, junto a unos ventanales desde donde era posible admirar el extenso bosque de encinas que protegía las lujosas residencias que había por la zona. El restaurante estaba protegido de curiosos dada su situación, lejos de lugares de tránsito circulatorio o peatonal y de las viviendas.

—Libia, sí..., y Egipto, no está mal —pronunció Merchante deleitándose en su evocación—. ¿Ahora? ¡Qué cabrones! Y... ¡¿cómo?! Yo estoy fuera, y sería una relación extrañísima, no se vuelve así como así, tú lo sabes bien. ¿Dónde está la trampa?

Vernon hizo una señal a su antiguo compañero para que moderase el volumen de su voz. Dio un buen trago antes de responderle.

—Bueno, como colaborador, por supuesto, no existe otra forma, y tendremos que limar muchas resistencias para lograrlo, te lo aseguro. Pero te conviene.

A punto estuvo Merchante de golpear la mesa y provocar que las copas rodaran por el suelo. Se contuvo con gran esfuerzo. El jefe intervino raudo al comprobar que el antiguo compañero de armas enrojecía.

—Tienes que entenderlo: cuando se sale, el regreso con todas las condiciones es quimérico, inaceptable.

—Me niego... Es una vergüenza que propongas algo así. Me habéis machacado y pretendes que acepte esa limosna. No soy un novato, ni un imbécil al que se le puede manipular con un caramelo envenenado.

—No es mala idea, piénsalo, te conviene...

—De ninguna manera, estar con las manos atadas y a las órdenes de cualquier niño... ¡para nada! Para ti no tiene importancia lo que he sido. Estoy harto. ¿Por qué no os preocupáis, en serio, por lo que está ocurriendo con los islamistas? Crecen y crecen en nuestras ciudades sin ninguna clase de control, a su aire...

—¿Sigues con lo mismo?

—Sí, porque es algo importante, fundamental, y ahí tendríais que concentrar los esfuerzos.

El jefe bajó los párpados, pensativo. Tardó unos segundos en salir de su mutismo.

—Y ¿dinero?

—¿Cómo?

—Que si lo necesitas.

—No seas estúpido. Ya me conoces.

Se produjo un largo silencio. Los dos hombres se analizaron con ansiedad, buscando descifrar, uno y otro, el significado de los gestos, las reacciones... Se conocían demasiado, era casi imposible que escamotearan sus sentimientos, lo que pensaban; la desconfianza les había hecho perder afinidad entre ellos. Vernon se preocupó, percibía decepción y amargura en el que había sido su colega. Habló primero.

—¿Qué sabes de la muerte de esos jóvenes?

—¿Qué...?

—¿Vives cerca? Son de por aquí.

—¡Ah! No sé...

En ese instante pasó por su lado una de las parejas que se marchaban del local. Nada interrumpió el estudio que Vernon realizaba con verdadera concentración sobre Merchante, quería obtener información, la necesitaba urgentemente.

—Lo que está pasando parece muy serio. Tal vez tú puedas decirnos algo.

—Sí, que me importa un rábano.

Al cabo de un rato, el jefe se levantó para irse. Merchante pareció ajeno a todo, miraba el paisaje distraído, o lo parecía al menos.

—Que sepas que, a pesar de todo lo ocurrido, yo puedo ayudarte si estás mal. —Vernon escrutaba con avidez las señales que afloraban en la expresión de su antiguo camarada—. Por supuesto, teniendo en cuenta las limitaciones que los dos aceptamos en su día al entrar en la Casa. Los viejos tiempos nunca se olvidan. Nosotros no pasamos página, tú lo sabes...

—Ya...

Vernon dio unos pasos hacia la salida y, de súbito, se volvió.

—Si tienes problemas, es bueno hablarlo. Y piensa en la oferta: estarías mejor en Libia o en Siria.

—Prefiero amargarme en mi soledad antes que aceptar vuestras miserables migajas.

SANDRO RECIBIÓ UNA llamada de la inspectora ofreciendo acompañarla a visitar a la doctora que había tratado a Ángeles de la Riva.

—Creo que te gustará estar presente en la conversación. Ella fue una de las últimas personas en hablar con la joven y creemos que la conocía bien. Tu análisis me interesa...

Le resultó extraordinario que contara con él, no cabía ninguna duda de que aquello constituía una muestra de confianza. Al decírselo a Luis, este saltó de alegría:

—¡Tío, lo has conseguido! Déjate llevar, hazme caso. ¿Lo ves? Esto funciona como te dije.

—Cuidado con lo que dices, Luis, tal vez tengan pinchados nuestros teléfonos, el mío es muy probable.

—¡Qué más da! No hemos hecho nada malo, y lo saben, ¡qué te crees!

Para desplazarse hasta Boadilla del Monte llamó a un taxi que bordeó primero Majadahonda y luego circuló por una estrecha carretera. Durante el trayecto cayó un intenso aguacero, hubo algunos instantes en los que el limpiaparabrisas no lograba retirar el agua. Por suerte, al llegar al pueblo un fuerte viento había despejado el cielo y los rayos del sol secaban las calles. Se detuvo en la avenida Siglo XXI, esquina con la calle de Pío Baroja, en una zona tranquila rodeada de novísimas construcciones. No se encontraba muy lejos de la urbanización donde vivía la última víctima.

Tuvo que esperar más de diez minutos hasta que vio aparecer a Elena en su *escarabajo*. Le había dicho que iría por la M50 y seguramente la había pillado la tormenta.

—¡Vamos, deprisa! —lo apremió ella nada más salir del vehículo—. Espero que la psiquiatra no se haya marchado. Es algo tarde.

Carmen de la Gándara los esperaba sin impaciencia. No preguntó nada sobre la persona que acompañaba a la inspectora, debió de suponer que era otro policía, y Elena tampoco se entretuvo en explicar de quién se trataba.

La doctora poseía una voz sedosa con un sonido dulce, cadencioso en el ritmo, un poco empalagosa en opinión de Sandro. Era argentina, de unos cuarenta y cinco años, alta y con formas redondeadas, muy latina. Los recibió ataviada con ropa informal: vaqueros descoloridos artificialmente, zapatos de tacón y camisa azul clara. El pelo, color azabache, recogido en una coleta. Las facciones de su rostro eran rígidas, algo andróginas. Llevaba unas gafas que protegían sus pequeños ojos de color negro, los cristales apenas tenían graduación.

Vivía en un ático inundado de luz y con amplias cristalleras. El salón era espectacular, con hermosas vistas de los alrededores boscosos. Les ofreció una amplia gama de bebidas y aperitivos mientras una doncella uniformada con muchos volantes en la pechera y un immaculado mandil aguardaba para atender las demandas de los invitados y de su señora.

—Bien, Amparo, ya lo ha oído: dos té verdes para ellos y para mí una *zero*.

La chica, de origen centroamericano, salió disparada hacia el interior de la vivienda.

Estaban acomodados en dos sofás de piel blanca con capacidad para un buen número de personas. Elena intervino sin mucha dilación.

—¿Cómo calificaría el estado de Ángeles días antes de su muerte?

—Nada bien... —Tras el comentario inicial, la psiquiatra levantó la tapa de una caja de madera oscura con incrustaciones de nácar y sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Molesta? —No hubo oposición e instaló el pitillo en una boquilla dorada. Después de encenderlo y aspirar el humo con deleite, prosiguió—: Ángeles llevaba una temporada inmersa en una fuerte depresión, motivada, con toda probabilidad, por las relaciones que había tenido con un chico inglés.

—¿Cómo se llama, lo sabe?

—No debería...

El gesto de sorpresa e impaciencia de Elena Artiles deshizo sus dudas.

—Sí, Mikel Harrison.

—¿Se veían con frecuencia?

—Ella estuvo viajando a Londres cada quince días o una vez al mes, y él apenas venía a verla porque tenía allí otra pareja, ese era el problema. Rompieron hace tres meses, y Ángeles lo estaba superando con dificultades. Ya sabe: amoríos juveniles...

Elena sacó su libreta y comenzó a anotar la información sin perder de vista a la argentina.

La criada apareció y fue distribuyendo el servicio cerca del lugar en el que se encontraba cada uno de ellos para su comodidad. Acompañó las bebidas con pastas, bombones y dulces argentinos.

—¿Cuál era el tratamiento en medicamentos que dispuso para ella y hasta qué punto el desengaño amoroso, o las dificultades de la relación con ese Mikel, influyeron en su estado anímico?

—Si vos hacés la pregunta con intención de deducir si pudo constituir la causa de su muerte, tengo que decirle que nos hallamos ante un verdadero arcano. La mente humana es imposible de abarcar, y el mundo de las emociones representa una nebulosa que la tiñe hasta extremos insospechados. El conocimiento que llegamos a tener de nuestros pacientes está rodeado de grandes limitaciones, a veces la bruma es excesivamente espesa, opaca para nuestros conocimientos y para los esfuerzos que hacemos con voluntad de superar esas limitaciones...

Sandro observó a Elena. La conocía poco, pero lo suficiente para detectar su malestar ante la ambigüedad con la que se expresaba la doctora. Esta hablaba sin parar, escuchándose a sí misma y

sin precisar o comprometerse sobre el tratamiento que había aplicado a Ángeles. Decidió intervenir:

—¿Qué drogas le suministraba?

Las dos mujeres lo miraron con expresión de asombro, por su atrevimiento y por quebrar el discurso interminable de la especialista, vacío de contenido y repleto de lugares comunes. Carmen de la Gándara aspiró, entonces, con ansiedad el humo, procurando que la nicotina tuviera un efecto calmante en su organismo.

—Nada, absolutamente nada dañino, sin consecuencias graves o adversas, incluso con una sobredosis. Tranquilizantes de lo más inofensivos, les daré por escrito las prescripciones para que puedan comprobarlo —explicitó molesta y, al mismo tiempo, con la intención de subrayar lo benigno de los tratamientos recetados—. Soy una profesional que opta generalmente por soluciones versadas en el diálogo y el estímulo emocional antes de hacer uso de drogas fuertes. Repito: Ángeles ingería unos calmantes que, en ningún caso, podían tener efectos dañinos, ¿entendés? Luego les paso la indicación para que lo cotejen en sus laboratorios.

—¿Percibió, en algún momento, que ella pudiera adoptar una decisión como la de quitarse la vida? —preguntó Elena.

—Los jóvenes a veces te sorprenden, pero no..., de ninguna manera con Ángeles. No estaba sometida a una presión que ella no pudiera soportar, se lo aseguro. Y lo del chico inglés ya estaba casi superado.

—¿Sabe si él vino a verla?

—¿Para qué? A él no le interesaba Ángeles, ni España, ese era el problema.

La escasa luz del exterior iba dando paso a las sombras. Los perfiles de las casas y del bosque se iban atenuando. A lo lejos, el cielo se teñía de un resplandor brillante.

—Precisamos información de carácter personal de la que haya sido depositaria o que haya podido conocer sobre ella. ¿Tenía amistades que le hubieran resultado extrañas? Por ejemplo, y esto es importante: ¿estaba atraída por algún grupo o asociación de tipo sectario, era adepta de algún líder espiritual? ¿Había establecido contacto a través de Internet con personas que estuvieran molestándola, orientándola, por decirlo de alguna manera, en algo considerado como perjudicial para su estabilidad?

Carmen de la Gándara se sorprendió ante el aluvión de cuestiones que le planteó la inspectora. Bebió un trago largo de su refresco sin azúcar.

—Yo no debo, vos..., deben comprender... —balbuceó torciendo sus gruesos labios.

—Se lo advierto, podemos regresar con una orden judicial y, entonces, revisaré sus archivos a fondo sin dejar nada sin analizar, todos sus papeles, ¡todos!

—Hay aspectos que un médico no debería desvelar, el secreto profesional está para respetarlo —objeto la psiquiatra con gesto malhumorado y un tono de voz cantarín.

—Ángeles ha muerto en circunstancias extrañas y la información que posee quizá pueda aclararnos lo sucedido con ella para determinar la culpabilidad y las causas que produjeron ese hecho luctuoso. ¿Me comprende? —La doctora no reaccionaba, tenía, eso sí, los ojos abiertos al máximo, sorprendida ante la exigencia de Elena Artiles—. Y hay algo muy importante: si sabemos qué ocurrió con su paciente, quizá podamos impedir que aparezcan más víctimas como ella. ¿Piensa, de verdad, que vamos a perder tiempo en dilaciones sin justificar? —expuso finalmente en tono airado y con contundencia.

Sandro disfrutaba siendo testigo del diálogo. Agradecía estar allí, se lo debía a Elena y se sentía un privilegiado por habérselo permitido.

La psiquiatra frotó sus sienes con ambas manos, como si necesitara despejar su mente para tomar una decisión sobre lo que debía hacer. Con su actitud daba a entender que era depositaria de aspectos fundamentales para la investigación.

Decepcionó.

—Como todas las jóvenes de su edad, dedicaba tiempo al Facebook y al Twitter, pero como consecuencia de su exquisita preparación sabía manejarse, en mi opinión, por esas redes sociales colocando las barreras imprescindibles para preservar su intimidad. Y tampoco tenía una dependencia de esos canales, como les sucede a otras personas. Por lo que conozco, nada ni nadie habría logrado manejar o manipular a Ángeles utilizando Internet. —Carmen de la Gándara aplastó la colilla de su cigarro en el cenicero y se levantó para encender varias lámparas. Por las paredes del salón resaltaron, entonces, varias pinturas *fauves*, algo estridentes en el color y con formas abstractas. Encendió otro cigarrillo con pasmosa tranquilidad antes de regresar a su asiento—. Lo que sí puedo contarles es que le molestaban bastante y le disgustaban las continuas ausencias de su padre. Don Alberto era muy importante para ella.

—¿Ausencias de qué tipo y a qué eran debidas?

—Pues es sencillo, a la crisis económica. —Elena levantó los hombros para resaltar su extrañeza—. Ya sabrá que es un alto cargo del Banco de España, ¿verdad?

—Sí.

—Con los problemas del euro y las dificultades en la deuda soberana de los países periféricos de la Unión, tenía que desplazarse con mucha frecuencia a Bruselas o a reuniones en Fráncfort. A Ángeles le fastidiaba que fuera así...

—¿Por algo especial?

—Yo pienso que de la misma manera que les ocurre a otras chicas que tienen una excelente empatía con el padre, por nada más reseñable.

—Ya... —Elena no ocultaba su malestar ante los escasos resultados del encuentro.

El sonido del timbre los alertó a todos.

—¿Espera a alguien? —preguntó Elena al instante.

—No recuerdo...

Apareció la doncella algo acalorada después de reconocer, a través del videoportero, a la persona que se encontraba en la verja de la calle.

—Es don Pedro.

—Ábrale, y que pase al gabinete. —Observó a Elena antes de continuar, como si quisiera urgirla para acortar la reunión—. Voy enseguida.

En cuanto la doncella salió hacia la puerta principal de la casa, la doctora puntualizó:

—Don Pedro del Moral conoce a la familia.

—¿A qué familia? —se precipitó Sandro, mientras Elena anotaba el nombre en su cuadernillo.

—¡Ah! Perdón, no lo dije. A los De la Riva.

—En ese caso, no me importaría saludarlo, si fuera posible —demandó la inspectora guardando su bloc en el bolsillo de la gabardina.

—De acuerdo, voy a ver.

Carmen de la Gándara salió de prisa.

—¿Qué te parece? —inquirió Sandro nada más quedarse a solas con Elena.

—Lo que has visto. No cuenta mucho, o lo que realmente sabe, por desgracia, es más bien poco, ¿no crees?

—Hay algo que me inquieta de ella, quizá necesitaría más tiempo para saber de qué se trata. Ahora mismo no podría explicarlo. Esto es muy subjetivo, ¿eh? No me hagas caso, yo no soy un experto.

Antes de que Elena solicitara una aclaración sobre las consideraciones expuestas por Sandro, fueron interrumpidos por la llegada de la doctora y el inesperado visitante.

Pedro del Moral aparentaba unos cincuenta años e iba trajeado como si fuera un maniquí de *prêt-à-porter*, presencia que se festoneaba con una forzada sonrisa, bigote a lo Omar Sharif en sus buenos años, y pelo negro algo rizado con corte estricto a navaja. Sobresalía el descuido en el afeitado. Se les presentó como empresario del sector de las telecomunicaciones y, de inmediato, se volcó en amabilidades.

—¡Vaya por Dios! ¡Una inspectora tan joven! Un placer, ¿eh? Y ya es responsable de una investigación de tanta enjundia. Admirable. Y ¡aquí tenemos a Sandro Reguera! He leído una novela tuya: la historia de esos nazis que se ocultaron en un pueblo de La Mancha. ¡Fantástica! Por cierto, me han hablado mucho de la última que has escrito, de una secta o algo parecido. Es un tema que me interesa y la leeré cuanto antes...

—¿Sabe algo de sectas?

La pregunta del escritor contuvo los impulsos entusiastas del recién llegado, aunque con celeridad este demostró ser inmune a las sorpresas.

—Lo de cualquiera interesado por lo que nos rodea...

De la Gándara y Del Moral se acomodaron uno junto al otro en el mismo sofá. Sandro se preguntó si la partícula que precedía a sus apellidos los hermanaba o simplemente constituía un detalle casual. Había por aquellos andurriales muchas personas con el sonoro «de» en sus nombres.

—Supongo que te habrás documentado a fondo para escribir la novela... Es lo suyo, ¿verdad?

Elena se adelantó, impidiendo que Sandro se explayara en la respuesta.

—¿Cuál es su grado de amistad con los De la Riva?

—En realidad somos vecinos, vivo muy cerca de Las Colinas, en una urbanización que se llama Pino Alto. Hemos coincidido en algunas de las fiestas que se organizan, en una casa u otra de amigos comunes, especialmente durante el verano. Ya sabe cómo es eso, allí nos juntamos un mogollón de gente y todos afirmamos ser amigos aunque el trato sea superficial o esporádico.

—¿Conocía a Ángeles?

—Un poco. Parecía una joven inteligentísima, encantadora. Conozco algo más a los padres. Teresa y Alberto son una pareja deliciosa. Lo que ha ocurrido es terrible...

Se hizo un largo silencio.

—Es difícil comprender a un sectario, hay que hacer un gran esfuerzo para lograrlo. —El cambio súbito de argumento del visitante los dejó pasmados—. Me ha venido a la cabeza por lo que me has preguntado antes —añadió dirigiéndose a Sandro—. Creo que la sociedad actual genera ansiedad y puede arrastrar hacia una progresiva demanda de creencias trascendentales, no necesariamente religiosas. Ahí está muchas veces el peligro. ¿Qué te parece Carmen?

La psiquiatra celebró con una sonrisa la disertación de su amigo, o cliente, pues no precisó la relación que existía entre ellos. Tampoco Elena quiso ir más lejos en la indagación; se había hecho muy tarde para ella y debía desplazarse a la comisaría para reunirse con su equipo.

—Curiosa pareja. Y él, no sé si te has percatado de ello, tiene una mirada calculadora que me da mal agüero —comentó Sandro en la calle.

—¿Por qué piensas así?

Hacía bastante frío. Elena se subió las solapas de la gabardina y, a continuación, comenzó a frotarse las manos para entonarse. Sandro no respondía porque ella, ya más reanimada, fue revisando sus mensajes en el móvil. El barrio aparecía desolador con los establecimientos cerrados o a punto de echar el candado.

—Me hubiera gustado conocer la relación que hay entre ellos.

—¿Qué importa eso, Sandro! —Al escritor lo sorprendió que se expresara con tanto disgusto. Ella se dio cuenta e intentó modular sus palabras—. Lo que me fastidia es que la doctora no nos

ha dicho todo lo que sabe, de eso estoy casi segura. Eso no quiere decir que sea fundamental para la investigación.

—De todas formas, no habría estado mal desvelar lo que los une a los dos, por lo que sabemos tienen algo en común para este caso: conocían y trataron a Ángeles de la Riva, ¿no crees que es importante solo por esa razón?

—Pueden tener una relación en diferentes niveles —replicó la inspectora, más concentrada en los mensajes que había almacenado su BlackBerry—. Lo investigaremos, tranquilo. También estudiaremos lo del chico que vive en Londres y hablaremos otra vez con los padres, amigos, profesores... ¡qué sé yo!

—¿Quieres tomar algo? —propuso Sandro.

—¿Dónde?

Miraron a su alrededor y no vieron nada abierto. Más lejos, como a unos doscientos metros, se percibía algo de animación.

—Debo marcharme ya para reunirme con mi gente. Me esperan —observó Elena mientras manejaba su terminal telefónica—. La influencia externa de alguien que manipulase a esos jóvenes —añadió guardando el móvil y mirando fijamente a Sandro— es la respuesta que debemos encontrar.

—¿Crees que esa es la clave?

—Exacto. Tú lo desarrollaste como una posible solución al enigma, alguien se introdujo en sus vidas sin que nadie lo hubiera sospechado, un individuo que captó a sus víctimas en locales de copas a los que acudían y, posteriormente, estas fueron seducidas por su capacidad de sugestión. Ellos no pudieron oponer resistencia y se entregaron hasta ser arrastrados a una muerte casi ceremonial.

Él detectó un ligero ahogo después de que la inspectora desbrozara el nudo gordiano de su novela; estaba vinculándolo con los hechos reales, no con la ficción que él había especulado para construir una historia.

—¿Por qué tardáis tanto en establecer con precisión las causas de las muertes?

—Es un problema forense determinarlo con absoluta exactitud y se tarda algún tiempo. Lo estamos acelerando todo lo posible. Me dijiste que tu amigo Luis era capaz de encontrar lo más difícil...

—De buscar explicaciones a hechos singulares y hallar oro donde otros son incapaces de ver nada más que hojalata oxidada. Para mí es extraordinario, pero no soy muy objetivo, como comprenderás —corrigió Sandro marcando cada sílaba.

—Perfecto, ¿podéis hacer algo para localizar y ver si existe por aquí cerca un gurú, alguien con el perfil de tu relato? Confío en ti y en tu discreción, no me decepciones —resaltó la mujer—. El tiempo apremia.

Sandro asintió mientras ayudaba a abrir la puerta del *escarabajo*.

Lo había entusiasmado comprobar un atisbo de fragilidad en Elena Artiles, que hasta entonces había mostrado una personalidad firme, contundente, sin ninguna clase de tibieza o debilidad, pero aquella noche había aflorado un rictus de amargura en su rostro ante la impotencia para encontrar las respuestas que precisaba para resolver el caso con prontitud. También para él era fundamental que todo aquel asunto se solucionara cuanto antes y, al mismo tiempo, anhelaba continuar vinculado, de una u otra manera, con ella. Tenía curiosidad por descubrir qué había detrás de aquella mujer. Luis diría que era morbo y más morbo.

—Cuenta con nosotros, Elena —remarcó, mientras se despedía.

—¿No te llevo?

—No, necesito pasear un rato y, luego, pediré un taxi, pasan muchos por aquí.

—Hablamos...

HABÍA PASADO TRES DÍAS hostigado por la confusión y las incertidumbres. La mañana del jueves comenzó a vislumbrar un poco más de luz con la llamada de su amigo.

—Mira, chaval, esto te va a gustar. He descubierto un nexos entre Alberto Bocada y Patricia Castellanos, los primeros que aparecieron muertos, utilizando mis contactos en el mundo universitario y después de una correría telefónica agotadora. Al parecer, se conocieron al coincidir tiempo atrás en un grupo de teatro que hay en la Facultad de Filosofía de la Complutense. Los padres y amigos de Patricia lo desconocían porque ella, estudiante de Medicina, quiso ocultarlo, pues su padre le había prohibido que cursara Arte Dramático.

Una vez más, Luis había demostrado una capacidad extraordinaria para encontrar una pista: el vínculo entre Alberto y Patricia contenía un elemento que podía ser esencial; habían sido captados para el grupo de teatro por Juan Asensi, una persona con bastante poder de atracción entre los estudiantes, en opinión de algunos profesores de la facultad. El tal Asensi se desplazaba por los distintos centros de la universidad con intención de ojear para el reclutamiento de sus actores. Así fue como entraron a formar parte de su grupo los dos jóvenes... ¿asesinados?

La agudeza y el manejo de la información de su amigo eran proverbiales, tanto era así que la propia inspectora tuvo que reconocerlo de inmediato, al poco de descolgar el teléfono y enterarse de la buena nueva.

—Es una información excelente. Felicítalo de mi parte. Yo no puedo ir hoy. Tenemos que interrogar a numerosas personas, y encima de la mesa se me acumulan varios documentos: transcripción de interrogatorios, informes de pruebas, análisis de ADN, bocetos y fotografías de los escenarios y un largo etcétera. Os enviaré a la subinspectora Santaniello, que os acompañará y hará el informe.

Luis se empeñó en recogerlo para ir juntos a la Complutense. Resultaba inaudito que no hubiera vendido todavía el Renault rojo, un *cuatrolatas*, como fue bautizado popularmente en su tiempo, digno de exhibirse en un museo de antigüedades.

—Mejor hubiera sido ir con la subinspectora.

—¡Déjate! ¡Qué corte! Me moriría de vergüenza si nos ven aparecer con un coche de los maderos, aunque sea camuflado, allí hay personal que los controla —replicó Luis.

—Siempre sería más seguro que ir con este trasto, no entiendo cómo sigue andando.

—Ya..., y con mejor compañía, ¿eh? ¿Cómo está esa poli que debe vigilarnos?

—No la conozco —dijo Sandro rozando con su cabeza el techo del vehículo, a consecuencia de la irregularidad del suelo debida a unas obras en una rotonda de las instalaciones de la Universidad Politécnica—. Esto tiene una suspensión insoportable.

—Y más divertido, das algunos botes, pero va como un cañón. ¿Cómo nos encontraremos con ella? No tienes ni pajolera idea de cómo es, supongo.

—Sabe cómo soy, seguro, la policía no es tonta.

—Me pone cachondo todo esto.

—¡Qué burro eres! Estamos hablando de posibles asesinatos.

—No lo digo por eso, joder. Es por tener tratos con las polis, que tiene su morbillo, hombre, y con un tinglado que está repleto de sorpresas, ¡qué más quieres!

Después de bajar por la cuesta del Hipódromo, cruzar el río Manzanares y dejar a un lado el Palacio de la Moncloa, alcanzaron el campus de la Complutense. Eran casi las once y media y los habituales atascos para entrar en Madrid ya no existían.

Aparcaron el destartado vehículo entre las facultades de Derecho y Filosofía, dos edificios vetustos, gemelos, de escasa altura. Antes de salir del *cuatrolatas* vieron acercarse hasta ellos a la subinspectora. La palidez que alumbraba esa mañana el rostro de Luis se mudó por ensalmo en un color rosáceo. Su expresión adquirió mucha viveza.

—¿Qué te he dicho? Ella nos esperaba y sabe quiénes somos, ¿lo ves? —comentó Sandro.

Luis, embelesado, apenas reaccionó al comentario; mantenía la mirada concentrada en la mujer que caminaba hacia ellos; se trataba de Santaniello, no había otra persona cerca de ellos. Algo más lejos, en la misma entrada de la facultad de Filosofía, media docena de estudiantes charlaban mientras daban unas caladas a sus cigarrillos.

—¡Vaya! Me parece que te gusta...

Luis no pestañeaba. María Santaniello era una mujer que difícilmente pasaría desapercibida: aparentaba unos treinta y cinco años y era bastante alta y voluminosa, sin que tuviera un peso desproporcionado debido a su tamaño. Poseía un rostro muy agradable, era morena de piel y cabello, de formas redondeadas y busto voluminoso. Caminaba hacia ellos desde una distancia de cincuenta metros. Vestía un traje chaqueta-pantalón, de color gris marengo, y llevaba unos zapatos de medio tacón.

Salieron del vehículo para saludarla.

—Sandro y Luis, ¿verdad? —preguntó con voz nasal y tono amable.

—Así es. Subinspectora Santaniello, claro. —Ella lo confirmó con una sonrisa y asintiendo con la cabeza.

Sandro urgió con la mirada a Luis, que aún se mantenía inerte, para que la saludase. Después de hacerlo, la mujer les explicó la situación.

—El profesor de teatro, o lo que sea, nos espera en una sala junto a la biblioteca, es lo que me

han dicho. No sé si daremos con él, tal vez preguntando a un conserje.

Nada más entrar en el edificio vieron en el amplísimo vestíbulo a un tipo con el pelo rapado, con una cazadora de piel como la de los aviadores y de complexión atlética, que se les acercaba. No parecía un estudiante y, por suerte, tampoco transitaban muchos por el vestíbulo, porque se habrían extrañado del grupo que acababa de acceder a su facultad.

—Es Nicolás, de la Guardia Civil, él nos acompañará —aclaró la subinspectora.

—Está esperando en aquella sala de la izquierda, la que tiene la puerta entreabierta —indicó el agente sin estrechar la mano a los recién llegados.

—Se trata de Juan Asensi, supongo —comentó Luis para evitar equivocaciones.

—Sí, por supuesto —confirmó el guardia con firmeza, pétreo en el gesto, sin mover un músculo.

—La inspectora me ha dicho que será mejor que vosotros habléis con él, yo intentaré estar allí, sin interrumpir ni llamar mucho la atención —precisó María Santaniello.

Hallaron al responsable del área de teatro sentado solo ante una mesa rectangular en la que cabían, por los menos, una docena de personas con bastante comodidad. El recinto tenía un lateral acristalado abierto al exterior, desde donde se veían la carretera de La Coruña y la arboleda que rodea la residencia del presidente del Gobierno. En el resto de la estancia las paredes estaban cubiertas con sólidas estanterías, y todos sus anaqueles, repletos de libros.

Juan Asensi mostraba una expresión recelosa.

—Tú debes de ser Luis, supongo —planteó certero—. Os recibo porque me lo ha pedido Pomares, el profesor de Historia Medieval, amigo tuyo. Me ha dicho que estáis ayudando a las familias con objeto de resolver algunas dudas.

Era andaluz, con un acento no muy marcado y voz algo atiplada, amanerado en sus movimientos, de estatura baja, delgado, casi en los huesos, y de pelo castaño. Aún se mantenía por debajo de los cuarenta.

—¿Dónde os reunís para preparar las obras? —preguntó Sandro.

—Estáis en el sitio. Aquí mismo ensayamos, sentados alrededor de esta mesa. Nosotros no hacemos representaciones en un escenario, solamente lecturas teatralizadas en el paraninfo de la facultad o en esta sala para poca gente, no más de veinte o veinticinco personas, y sin publicidad por el campus.

—¿Quiénes forman el grupo y cómo los eliges? A los actores, me refiero.

Luis, que había recuperado el color cenizo en su rostro, planteó la cuestión. Sentado a su lado se encontraba Sandro, Asensi frente a ellos, al otro lado de la mesa de roble, y la subinspectora de pie en un lateral de la habitación, después de haber manifestado al profesor su voluntad de permanecer allí con la excusa de que se encontraba más cómoda.

—La mayoría proceden de mi clase: Latín, de primero. De esa forma, consigo convencer a algunos para que participen, algo que resulta complicado, porque no les apetecen los esfuerzos

añadidos al estudio. Y tampoco hay muchos que tengan condiciones apropiadas para hacer una buena lectura interpretada. Para ellos es una actividad enriquecedora y los une mucho, se hacen buenas amistades aquí. El teatro los ayuda a conocerse mejor.

Era inaudito que les hablara con los párpados medio cerrados, ocultándose la mayor parte del tiempo de sus miradas; nunca hubieran imaginado que un profesor y director de teatro fuera tan temeroso. Llevaba la barba sin rasurar de casi una semana y su vestimenta, pantalones de pana azules y suéter del mismo color con cuello redondo por el que asomaba una camisa *beige*, tenía un uso excesivo y hacía una eternidad que no entraba en una lavadora.

—Pero Alberto Bocada y Patricia Castellanos no estudiaban en esta facultad —observó Sandro.

—A veces, para papeles que responden a unas características determinadas, por su registro vocal y capacidad expresiva, no podemos cubrirlos con los que se han integrado en el grupo y los buscamos en otros centros. De esa manera, se va reforzando el club de lectura.

—Y ¿cómo se realiza esa búsqueda? ¿Tú mismo te desplazas centro por centro para elegir a los intérpretes?

Fue entonces cuando Asensi levantó la cabeza y se enfrentó a su interlocutor. Estaba molesto con el tono que Sandro había empleado en las preguntas, y este consideró que los ojos del profesor poseían el brillo de alguien lunático, de carácter obsesivo hasta la extenuación. Enseguida se dio cuenta de que era una impresión con escaso fundamento, precipitada e influida por la necesidad de encontrar un culpable, de poner el foco en una persona que respondiera, de algún modo, a las características del guía o líder que buscaban, y, desde luego, Juan Asensi, profesor de Latín de primero, poseía en sus pupilas un destello avieso que encajaría con el perfil. Consideró que debía esforzarse para analizar, con criterios menos emocionales, la expresión de Asensi. Concluyó, para sus adentros, que probablemente tenían delante a un tímido de trato cálido, alguien que no soportaba la presión de un tribunal como el que estaba examinándolo, de arriba abajo, aquella mañana.

—No, no funciona así —dijo, al fin, el profesor de Latín con una mueca amable de sus finísimos labios, reanimado y decidido a no hundirse ante el examen que estaban haciéndole—. Unos compañeros traen a los otros, ¿me entiendes? Tienes amistades en otros lugares de la universidad. No lo recuerdo, pero seguramente fueron Rocío y Esther quienes los conocían, y vinieron con ellas.

—¿Alberto y Patricia?

—Sí, claro. Su primera lectura con nosotros fue *Tío Vania*, de Chéjov.

—¿Qué te parecieron?

La cuestión hizo vacilar, de nuevo, a Juan Asensi, provocándole una turbación que lo dominaba. Luis tocó la espalda de Sandro para que persistiera en el interrogatorio; el escritor movió la

cabeza para localizar a la subinspectora. Permanecía de pie en un rincón de la sala, con las manos entrelazadas sobre su regazo, sin moverse lo más mínimo para pasar desapercibida. Los tres aguardaban con el máximo interés la respuesta del profesor, a la que precedió un mutismo acerado.

—No sé qué decir... —balbuceó antes de concretar una reflexión con sentido—. Eran como otros, entusiastas, excelentes personas, tenían mucho interés por el teatro, especialmente Patricia. Ella disfrutó con la lectura y quería aprender, mejorar su dicción y capacidad para dramatizar, perfeccionar su capacidad expresiva.

—¿Tenían alguna relación entre ellos?

El profesor mostró su extrañeza arrugando el entrecejo, como si no hubiera comprendido lo que Luis preguntaba.

—Quiero decir que si eran novios o... lo que sea, una relación de cualquier tipo —insistió Luis.

—No, no lo creo. Eso se nota, aunque yo puedo equivocarme. De cualquier manera, en mayo abandonaron el grupo y lo dejaron casi al mismo tiempo por los exámenes. Es algo frecuente. Patricia me dijo que regresaría con nosotros en octubre, pero después de las vacaciones de verano me llamó para decirme que no podía. Le dolió más al saber que estábamos preparando *Espectros*, de Henrik Ibsen, una obra que ella adoraba. La verdad es que no entiendo por qué nos dejó. Aunque esto no es nada extraño, nos ocurre muchas veces, cada año se renueva la mayoría del grupo.

Juan Asensi estaba de espaldas a la cristalera y no podía contemplar el maravilloso espectáculo del otoño madrileño, con un cielo de celajes esponjosos desplazándose por un azul intensísimo. Poco a poco, la atmósfera se iba espesando con nubes oscuras que se acercaban presagiando una próxima tormenta. El resplandor aún era potente, y la sala de ensayos estaba inundada de luz exterior.

—¿Conoces a Ángeles de la Riva? —preguntó Sandro.

El profesor se detuvo un rato a pensar si entre los numerosos alumnos que habían pasado por su clase hubo alguien que respondiera a ese nombre. El inquieto movimiento de sus ojos así lo indicaba.

—No, no ha sido alumna mía, que yo recuerde, porque han sido muchísimos.

—Claro que no, era estudiante de Telecomunicaciones. Lo que queremos conocer es si estuvo en el grupo de teatro, o tal vez alguien te mencionó su nombre.

—No, la verdad, no me suena de nada. Ángeles de la Riva... —pronunció pausadamente con el ceño fruncido y los ojos a medio cerrar.

Sandro calculó que poco más podían hacer allí, salvo buscar a los compañeros de Alberto y Patricia para obtener alguna información más. Giró la cabeza para escudarse en Santaniello y ver

si ella les sugería los siguientes pasos que dar. La subinspectora continuaba en el mismo lugar, imperturbable, sin ofrecer ninguna señal orientativa.

—¿Te reúnes con los estudiantes fuera de la facultad? Por ejemplo, ¿habéis viajado a algún lugar para representar las obras o celebráis fiestas? ¿Algún tipo de convivencia fuera de las aulas? Una dosis de cachondeo y relax —curioseó Luis, de repente, sin previo aviso.

—No es fácil que se den esas vivencias, ellos apenas tienen tiempo, y yo tampoco. Después de hacer alguna lectura pública nos hemos ido a tomar unas cervezas por algún bareto de Argüelles. Poco más, y no siempre lo hacemos. Ellos es posible que queden para verse, fuera de aquí.

—¿Patricia y Alberto os acompañaron en esos festejos? —remarcó Sandro.

—Pues mira, Patricia nunca estuvo en esas celebraciones, siempre andaba con prisa para regresar a casa, y Alberto vino una vez, nada más, que yo recuerde. —El profesor sacó un pañuelo de la faltriquera del pantalón y se lo pasó por la frente para atrapar el sudor que comenzaba a cubrir su faz. Bajó la cabeza y se volvió para protegerse. De súbito, y de espaldas a ellos, profirió entre dientes—: No me hago a la idea, pobres chicos...

Pasados varios segundos sin que nadie pronunciara una sola palabra, el profesor de Latín tuvo el atrevimiento de mirarlos uno por uno.

—Esto es todo lo que yo puedo contaros y... lo sé —dijo, dirigiéndose a la subinspectora—, supongo que tendré que repetirlo con todo detalle otra vez, pero lamentablemente no poseo más información. Me gustaría ayudar, pero es todo lo que sé...

—Pasaré el informe a la inspectora Artiles y comenzaremos a buscar a todos los integrantes del grupo que hayan coincidido con Patricia y Alberto, especialmente a las chicas que los trajeron a esta facultad, Esther y Rocío —les adelantó María Santaniello una vez que estuvieron fuera del edificio.

El guardiacivil se metió en un Citroën plateado y se puso al volante esperando a la subinspectora. El día se había estropeado y comenzaba a chispear. Sandro y Luis se protegieron bajo el paraguas que abrió María.

—Inspectora...

—Subinspectora. Dime, Luis.

—No creo, realmente, que ese tipo haya lavado el coco a los chicos para que cometan locuras, ni creo que los haya utilizado para otra cosa que no sea disfrutar de las lecturas teatrales en un ambiente de lo más habitual, pero puedo estar equivocado. Las referencias que tenía de él eran buenas, de tío majo, sin maldad ni cosas extrañas, salvo las normales: alguna juerga y porritos...

—Yo esperaba algo más de esta visita —añadió Sandro—. Para mí, tampoco es lo que buscábamos. Y el hecho de que nunca estuviera en el grupo Ángeles de la Riva desmonta la

posible relación que se hubiera podido establecer entre las tres víctimas con ese profesor, algo fundamental, ¿no crees?

—Nunca se debe desdeñar, a priori y en un primer contacto, la información de un testigo. A veces surgen muchas sorpresas inesperadas y que no habías previsto. Una pista debe ser analizada todo lo que dé de sí, y aquí no hemos acabado todavía —concretó Santaniello.

—Estoy de acuerdo —refrendó Luis—. La subinspectora tiene razón. Ellos saben cómo trabajar estos asuntos, nosotros somos unos meros aficionadillos dispuestos a ayudar, eso que quede claro —concluyó con entusiasmo nada reprimido.

La sonrisa de ella encandiló a Luis, mucho más sus palabras:

—Os estamos muy agradecidos y espero que volvamos a vernos.

—¡No te vayas!

La llamada de atención los sorprendió a todos, mucho más a Santaniello, que había sido retenida del brazo por Sandro.

—¿Qué ocurre?

—Allí, junto al coche negro aparcado en la puerta de la otra facultad, hay dos personas haciendo fotografías...

—¿Y?

—Tengo la sospecha de que nos siguieron, me he dado cuenta ahora y puede que sean periodistas.

—Estás un poco *p'allá*, tienes complejo de famosillo —ironizó Luis.

La subinspectora se acercó, sin mediar palabra, al vehículo donde esperaba el otro agente. De inmediato, el guardiacivil, tras recibir las explicaciones de Santaniello, salió del Citroën y se encaminó hacia el lugar que había descrito Sandro.

—Pronto sabremos de quiénes se trata —advirtió ella al regresar junto a ellos.

Al cabo de un rato, recibieron las explicaciones del guardiacivil.

—Nada de qué preocuparse. Están haciendo unas fotos de publicidad.

—Gracias, Nicolás. Bueno, tranquilos —dijo la mujer dirigiéndose al escritor—, nos vemos en breve...

MALDECÍA LOS ANODINOS fines de semana, mucho más cuando la niebla entristecía el ambiente y desdibujaba los perfis del escuálido paisaje que asomaba detrás de sus ventanas: una pequeña porción de arboleda que aún resistía después de la ampliación de la autovía para acceder al centro de Madrid y, en dirección contraria, para huir hacia la sierra de Guadarrama. Desde su pequeña terraza, la panorámica más próxima era escasamente sugestiva: la estación Bélgica del metro ligero, con un solitario apeadero la mayor parte del día.

Para colmo, aquel sábado se le hacía más agobiante. Marta estaba en Berlín para cubrir las elecciones alemanas y tenía que conformarse con revisar a fondo varios guiones de la serie *Hombres, mujeres y demás*. Lo hizo a regañadientes, sin mucho entusiasmo, porque su cabeza estaba ocupada con lo ocurrido a lo largo de una semana tan especial para él. Una llamada a primera hora del director de la serie había despejado cualquier reticencia para volcarse en un trabajo que tenía abandonado.

—Sandro, el próximo lunes comenzamos a grabar el penúltimo de los guiones que me entregaste, ¿entiendes lo que significa encontrarnos en esta situación?

—Claro...

A Julián Espejo lo encrespó el tono poco convincente que había utilizado y, a decir verdad, le habría gustado colgar el teléfono con cualquier pretexto.

—No te veo muy entregado, y debo decirte que las excusas que empleaste con Nuria, con la jefa de producción, llegaron a enfadarme. ¿Qué es eso de que tienes un jaleo con la policía? ¿En qué te has metido? Me gustaría que fueras claro y que no nos fastidies el trabajo, ¿eh?

—Nada importante. De hecho, ya estoy avanzando para recuperar el tiempo perdido —mintió sin demasiado aplomo—. El lunes os entregaré tres guiones más, creo que así nos ponemos al día. Lo de la poli es un lío del que ya te hablaré, tranquilo.

—¿Qué has hecho? ¡No me jodas! A ver si vamos a tener un follón —demandó el director.

—Nada, nada... te digo que tranquilo, de verdad. No soy un delincuente, no he cometido ningún delito. Simplemente me pidieron que los ayudase en una investigación porque les interesó lo que yo había planteado en mi última novela. Eso es todo. Ya lo hablaremos en otro momento.

Julián Espejo soltó algunos exabruptos para desahogarse; no había leído la novela, ni la suya ni la de ningún otro autor, era incapaz de dedicar tiempo a la lectura encuadernada. Lo único que le interesaba eran las fiestas con *celebrities* en locales nocturnos y el cine de baratillo, modelo que

inspiraba los capítulos de la serie que le había encargado una compañía de producción especializada en culebrones cómicos para la pequeña pantalla.

Sandro no pretendió que Julián Espejo lo comprendiera, en realidad era un tipo que entendía pocas cosas que no fueran las que le exigían los responsables de la productora; apenas tenía oficio como director y carecía de la experiencia imprescindible para afrontar algún reto que mereciera la pena. La calidad no era lo suyo, ni falta que le hacía para obtener los niveles de audiencia que exigía la cadena; manejaba la serie como el que fabrica piezas mecánicas, cumpliendo con los plazos y sin rechistar. Con esa disciplina, las acciones de la emisora subían, era lo fundamental.

Tenía por delante un fin de semana tremebundo, sin posibilidad de darse un respiro, metido de lleno en afinar unos diálogos estúpidos sobre lo que cinco jóvenes en plena trapisonda, los principales protagonistas del culebrón, vecinos del mismo inmueble, comentaban sobre unas vidas ociosas en las que los amores, desamores y sus relaciones íntimas se entremezclaban sin ninguna clase de pudor. Él perfilaba los guiones para adornarlos con un lenguaje ocurrente, algo surrealista, al gusto de los productores y del público. Cuanto más chocantes eran las expresiones, más éxito tenía su labor. Había comprendido que lo que mejor funcionaba era lo extraño con una buena dosis de absurdo; también era fundamental resaltar la ambigüedad de los personajes, pues las modas se imponían. Se había adaptado a los gustos existentes y consideraba aquel trabajo un sustento esencial al que no había que plantear demasiadas objeciones, a la espera de propuestas más interesantes.

Al finalizar la jornada estaba satisfecho con los avances logrados. Tenía casi resueltos dos guiones y había dado un primer repaso, con algunas correcciones, al tercero. No supondría mucha dificultad cumplir con el plazo convenido.

Cogió un anorak y salió a dar un paseo para relajarse antes de meterse en la cama. Por la avenida envuelta en una fría bruma se cruzó con algunos vecinos acompañados por sus perros. Era una imagen habitual en aquel barrio. Anduvo un rato por la peatonal y oscura calle Bruselas, deseando alcanzar las zonas más animadas, pues necesitaba distraerse, olvidar las tramas a las que había incorporado diálogos jocosos que en la posproducción serían potenciados con risotadas de librería recogidas en el archivo sonoro de la productora.

Al rato, entró en una cervecería. El local tenía una luz tenue y poco bullicio, era lo que buscaba. Pidió unas pulgas de jamón ibérico y una caña. Luego más cañas. Precisaba beber algo de alcohol, como una pulsión obsesiva para evadirse del entorno y de sus preocupaciones, con el ferviente deseo de que las horas fueran fugaces.

La camarera, una rubia del Este con un cuerpo de formas marcadamente sensuales, pareció sentirse atraída por él. En cuanto se desocupaba de la atención a los pocos clientes que había en la

barra, acudía presta hacia su rincón para entablar conversación. En otro momento, quizás hubiera aprovechado para tirar del hilo simbólico que la joven se empeñaba en enhebrar en su cuello mediante un interés nada reprimido. No tenía ánimos para ciertas aventuras. De hecho, aquella situación provocó que pensara en Marta; lamentaba que se hubiera ausentado.

—¿Quieres algo más fuerte? Invita la casa, creo que te vendría bien animarte un poquito.

Unos ojos verdes como un mar repleto de luz y una boca grande, jugosa, de labios insinuantes, fueron como un latigazo que lo sacaron de su ensimismamiento y letargo.

—Mira, te lo agradezco mucho, pero es tarde y necesito descansar, tal vez otro día.

—Tú verás...

Por las calles se respiraba bastante tranquilidad, todo lo contrario de lo que sucedía durante el verano, cuando se transformaba en un espacio muy concurrido. Sin embargo, en los bares se detectaba un hervidero de gente con ganas de divertirse y protegerse de una noche desapacible, envuelta en niebla.

Cualquiera de los jóvenes que él veía sonreír relajadamente en el interior de los locales podía ser la próxima víctima de un hábil asesino, deseoso de cumplir con una secuencia infernal e interminable, al parecer. La buena noticia era que habían transcurrido ya cuatro días sin que apareciera otro cadáver.

Esperaba hablar con la inspectora el lunes. Debía insistir a Elena Artilles en la importancia que tuvo la charla con el profesor de Latín y lo que les dijo sobre los integrantes del grupo de teatro. Juan Asensi era un nexo palpable entre dos de las víctimas, y quién sabe si tirándole de la lengua y hablando con los compañeros de Patricia y Alberto aparecían nuevos elementos para relacionarlos a todos, incluida a Ángeles de la Riva.

Mientras abría la puerta de su casa, pretendió dejar a un lado la historia de las muertes. Le apetecía prepararse una bebida, comenzar a leer la última novela de Vargas Llosa y olvidarse de las recientes preocupaciones. Pronto caería dormido, tampoco era mal plan.

HABÍA SIDO TANTO su fastidio al leer el reportaje sobre la muerte de los chicos que agradeció la ducha de agua fría que tuvo que soportar debido a una avería en la caldera. Elena estaba acostumbrada a los desperfectos en su apartamento de la calle Orense, que, para colmo, le costaba un dineral por encontrarse cerca de la Castellana. Poco antes, y mientras desayunaba en la cocina, leyó estupefacta y sin perder una línea o una palabra el cuadernillo dominical del diario con un titular destacado: «Extrañas muertes de tres jóvenes. Alarma y temor en las lujosas urbanizaciones de la zona noroeste de Madrid».

Hacia las seis y media de la mañana ya fue advertida por el Egipcio, que la despertó sin ocultar el enfado:

—Me dijeron que lo tenían controlado, ¡pandilla de inútiles! El reportaje provocará una auténtica psicosis y una alarma que nos traerá problemas. La noticia se esparcirá por los demás medios y comenzarán a difundirse toda clase de especulaciones, seguramente creando un pánico que nos impedirá trabajar a conciencia. Por lo tanto, inspectora, estamos obligados a darnos mucha prisa, muchísima...

Juan Bermúdez estaba en lo cierto. El reportaje describía con exactitud la inquietud que se había extendido en Madrid y los numerosos interrogantes que se desprendían a raíz de la «misteriosa muerte de jóvenes con brillantes expedientes académicos, de vida modélica y sin problemas aparentes, exceptuando los que adornan a muchachos rodeados de toda clase de comodidades». El autor del reportaje destacaba a continuación «la incapacidad de la policía para hallar una explicación a lo que está sucediendo», y consideraba el silencio de las autoridades una señal de la ineficacia para detener el goteo de muertes. Todo ello estaba trufado con declaraciones de amigos y amigas de las víctimas que mostraban su preocupación y, al mismo tiempo, razonaban su temor ante lo que pudiera ocurrirles si no se conseguía una rápida solución al enigma y se detenía al asesino.

Era evidente que después del miedo que sucedería a la publicación, la presión sobre ella se incrementaría; debería esforzarse para ofrecer avances y demostrar progresos, impedir que aparecieran más víctimas con la detención del culpable o los culpables y que el drama se diluyera cuanto antes. En caso contrario, de no aparecer pronto un sospechoso o practicar alguna detención, la policía en general sería considerada como una pandilla de ineptos y ella, la inspectora Artiles, a nivel interno, la principal responsable del deterioro de la imagen de la institución.

Aquello modificó sus planes. No tenía pensado reunirse con el equipo ese día, salvo que surgieran novedades. Los convocó de inmediato, para esa misma tarde. Pidió a Nacho que hablara con todos ellos; entre tanto, ella llamó al doctor López Vizúete, jefe de los forenses.

El doctor le dijo que continuaban con la exploración, a la espera de los resultados de los análisis definitivos sobre tejidos y muestras de las vísceras, que solían ser bastante engorrosos. Aún desconocían las causas que provocaron la asfixia química a los tres jóvenes. Pero, eso sí, aportó algo llamativo y fundamental.

—El origen fue, casi con toda seguridad, una sobredosis de drogas, eso nos parece una evidencia. Tuvieron que sufrir intensas convulsiones antes de morir, ya que es una manifestación característica. La parálisis respiratoria nos lo indica así —expuso el forense con voz agradable, pausada—, pero nos falta determinar qué producto provocó una acción sedativa tan mortal y cuál fue el proceso y los plazos de su administración. Lo que sorprende, desde luego, es el hecho de la redundancia, ya que en las tres víctimas fue similar, por no decir idéntico, el proceso que las llevó a la muerte, y hay algo que nos lo confirma: durante la autopsia hemos descubierto en las paredes de sus intestinos restos de barbitúricos por el color amarillento que persiste varias horas tras su ingestión y por el hecho de que el contenido gástrico en todos ellos tenía el mismo tono, de idéntico color.

—¿Eso qué significa? —preguntó Elena con sumo interés.

—Pues que los tres tomaron lo mismo. Tenían restos de almidón de maíz y eosina teñida de azul en el estómago. Nuestra patóloga, la doctora Peralta, afirma que ese fue el vehículo que contenía la droga venenosa que los destrozó, las cápsulas que albergaban el tóxico que, curiosamente, dejó rastro en las paredes del intestino. Pero necesitamos saber mucho más: tipo de droga, cantidades y cómo fue la ingesta. Los análisis que debemos completar para conocerlo a ciencia cierta son complejos, porque tenemos que estudiar muestras del cerebro, hígado, riñones, sangre del corazón y periférica, humor vítreo, bilis, orina y contenido gástrico. Todo esto lleva su tiempo para que los resultados sean completamente indiscutibles.

—No lo tenemos —urgió Elena—. Es imprescindible volcarse en esos análisis. Me gustaría saber si hoy mismo estáis con ello.

—Los análisis toxicológicos en las muestras de tejidos son de una gran complejidad, inspectora, hoy hacemos lo que podemos, como todos los días.

Contuvo su irritación ante el comentario. No era cuestión de forzar el proceso y que, más tarde, tuvieran que arrepentirse porque las conclusiones fueran erróneas debido a las premuras. Conocía al doctor López Vizúete, era un especialista riguroso y muy colaborador.

—Solo te pido un esfuerzo porque es un asunto de máxima gravedad y ya ha saltado a los medios...

—Hoy es domingo, hay menos gente y las peticiones se nos acumulan.

—En este caso no podemos permitirnos muchos descansos —subrayó Elena con firmeza.

Estaba preocupada. La investigación forense podría avanzar mucho más rápido de no ser por la maldita burocracia y los recortes presupuestarios. Eran una muralla infranqueable para ella y sus superiores jerárquicos.

Había transcurrido poco más de una semana desde que apareció el cadáver de Alberto Bocada y apenas habían localizado una brizna de rastro que les permitiera considerar que se movían en una dirección esperanzadora, salvo lo que acababa de ofrecerle el doctor, que confirmaba una sospecha: la relación casi indiscutible entre los tres jóvenes por lo que había acabado con sus vidas.

Tenía entre manos un caso de lo más singular y extraño, sin determinar las causas concretas de las muertes, sin arma homicida... Resultaba descorazonador.

MARÍA SANTIBÁÑEZ SALÍA del reluciente templo, enjalbegados sus muros de blanco sin mácula y de sencillas formas, en el que acababa de asistir a la misa dominical acompañada por sus padres.

—Enseguida voy a casa, mamá, quiero decirles algo a mis amigas.

Había visto a Piluca y a Soraya sentadas en un banco de piedra cerca de la iglesia a la que acudían los fieles que residían en la urbanización de Las Colinas. Hacía bastante frío a la intemperie, a pesar de que el cielo lucía con un azul espectacular y despejado de nubes. A las amigas de María también les urgía hablar con ella. Todas precisaban intercambiar información sobre lo ocurrido durante la noche del viernes, en la que coincidieron en una discoteca de Aravaca para festejar el triunfo de la selección universitaria de rugby contra la selección italiana. Disfrutaron bastante con la euforia de los chicos, entre los que se encontraba Javier Torres.

—Bueno, decidme: ¿también os han llamado sus padres y algunos del equipo?

—No —negó Soraya.

—A mí tampoco —ratificó Piluca—. Nosotras no tenemos tan buena relación como tú con los padres, ni hemos estado tantas veces en su casa. Y no conocemos a los otros miembros del equipo.

—Tenemos que dar con él cuanto antes. Ninguno de ellos ha recibido una llamada y no responde a las que le hacen, ni siquiera a los mensajes que le dejamos. Esto es preocupante, ¿no os parece? —concluyó María con gesto apesadumbrado.

La inquietud iba en aumento a medida que las horas pasaban. Había varias razones para ello. Javier Torres, estudiante de Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos, se había caracterizado por un comportamiento muy formal en todos los sentidos, quizás excesivo para su edad y el ambiente que lo rodeaba. Sin embargo, esa forma de ser se había transformado recientemente, hasta el punto de ser multado por conducir su BMW deportivo de alta gama con una tasa de alcohol en la sangre muy por encima de la permitida. Hubo muchos comentarios en la *urba* sobre este hecho, se dijo que en realidad su padre había maniobrado para que la sanción no reflejase la cantidad real de alcohol que había ingerido y evitar que le fuera retirado el carné de conducir. Lo que era indiscutible es que últimamente tenía abandonados los estudios y que salía muchas noches de juerga, algo que no podía permitirse un estudiante de Caminos si pretendía culminar esa difícil carrera en un tiempo razonable. Lo que sí hacía era regresar temprano a su casa y, en caso contrario, acostumbraba a avisar a sus padres cuando se encontraba camino de Las Colinas, una urbanización situada a unos veinte kilómetros de Madrid.

—Lo que resulta preocupante es lo que se habla por aquí después de la muerte de esa chica. ¿La conocíais? —preguntó Soraya. Las dos amigas lo negaron con la cabeza—. Mis padres, os lo aseguro, están de los nervios y van a ser más estrictos. Están asustados y resulta comprensible.

—Los míos también —dijo María—. Por esa razón tuvimos que dejar a Javier en la discoteca. Era demasiado pronto y él se negó a regresar con nosotras, me parece lógico.

La conversación les iba arañando el ánimo. Poco a poco, unas a otras se restaron tranquilidad y confianza. Durante la semana se había comentado por los chalés muchas cosas: que si había un violador y asesino por la zona, que existía un peligro para todas, se especulaba abiertamente sobre cualquier hipótesis y, en especial, se aseguraba que los jóvenes estaban siendo envenenados. La sospecha se había incrementado al llegar noticias de otras muertes en Aguascaleras y Montesblancos, urbanizaciones no muy alejadas. Algo grave estaba ocurriendo, y la policía no era capaz de resolver el caso. Para colmo de males, aquel domingo un reportaje en el periódico había acelerado la inquietud. Comenzaba a cundir el pánico.

Las tres amigas deseaban acogerse al optimismo, pero el mínimo comentario de alguna de ellas las dejaba inermes.

—Tías, ¿os imagináis que Javier sea una nueva víctima? —preguntó Piluca, derrotista como ninguna, estudiante de ICAI con un expediente desastroso—. Me pongo histérica solo de pensarlo...

—¡No digas bobadas! Si alguien te oye, nos encerrarán en casa —expuso Soraya, la más lanzada de todas, estudiante de Periodismo, rubia de bote y ataviada con un vestuario provocativo, y con ansias por llegar a ser cuanto antes presentadora de televisión—. Lo que pasa es que Javier ha decidido volcarse en la juerga durante una temporada. Estará en casa de alguien durmiendo la mona, ya lo veréis.

—No, no le haría eso a sus padres, lo conozco bien, no me encaja. Javier no permitiría que ellos pasaran un mal rato por su culpa. Lleva casi dos días sin dar señales, con su teléfono inactivo, sin atender a los mensajes que se le envían; es muy extraño y para preocuparse seriamente. De verdad, esto parece grave.

Se despidieron, era muy tarde y estarían esperándolas para el almuerzo. Quedaron en llamarse en cuanto tuvieran alguna noticia sobre el paradero de Javier. De cualquier manera, volverían a reunirse a media tarde para ir juntas al cine, en la Ciudad de la Imagen, para ver una película de Jennifer Aniston, actriz que las atraía a todas ellas.

En el mismo instante en el que María maniobraba la cancela para entrar en el jardín de su casa, sonó su móvil. Pensó, con algo de disgusto, que sería una de sus amigas para plantearle alguna cuestión que podría ser resuelta más tarde.

Para su sorpresa, en la pantalla de su pequeño iPhone aparecía escrito el nombre de Javier Torres. Le dio un vuelco el corazón y se apresuró a contestar con entusiasmo no contenido:

—¡Javier! ¡Javier! ¡Qué alegría que llames! ¿Dónde te has metido? Dime...

Se produjo un silencio que terminó por inquietarla. Oía lo que parecía una respiración agitada. Nada más.

Aguardó unos segundos. Afinó todos sus sentidos para intentar entender lo que oía. Se puso nerviosa, agitada..., no logró contenerse y gritó:

—¡Dime algo! ¿Por qué no contestas? ¿Qué te pasa, Javier? Por favor, responde... ¡Responde, te lo ruego!

Silencio. Una vibración producida por el viento golpeaba el micro emitiendo un ruido como de arenilla rozando el auricular.

—Javier, Javier..., habla..., dime algo... ¿Qué te ocurre? ¡Habla, por favor!

Comenzó a sentirse agobiada, el corazón golpeaba con fuerza en su pecho. Su mirada se perdía entre las llagas mohosas de los sillares de piedra con los que se levantaba el muro de su parcela. Iba a correr hacia la entrada de su casa como una reacción inconsciente cuando, al fin, oyó una voz ronca, temblorosa.

—Quiero..., quiero... acabar..., necesito curarme...

Dudó un instante antes de reconocerlo por completo. Sí, era su voz..., tuvo la certeza de que era él. Y se asustó con lo que interpretó como una petición de auxilio. Era evidente que Javier estaba mal, enfermo, herido... Intentó reanimarse, hablarle calmada.

—¿Qué te ocurre? Dime. No te entiendo. Háblame, por favor. No creo que estés de broma, ¿eh? ¿Dónde estás? Por favor, habla...

—No... sé, no..., per... dido...

Y fue todo. La comunicación se cortó abruptamente. Ella llamó varias veces al teléfono de Javier apretando las teclas con desesperación. Lo intentó sin descanso.

«El teléfono está apagado o fuera de cobertura.»

Ella balbuceó un mensaje que resultaría incomprensible si alguien lo escuchaba.

Sintió horror, desconcierto.

Corrió apresurada hasta su casa, necesitaba hablar con sus padres, con sus amigas...

Tenían que llamar a la policía. Era urgente.

LA SALA SITUADA EN la cuarta planta de la comisaría de Pozuelo resultaba desahogada por el escaso mobiliario y la blancura de sus paredes, deteriorada con manchurroneos que indicaban cierto descuido. Hacía frío, era algo más que una sensación, seguramente provenía del exterior atravesando los débiles muros del edificio y también porque la calefacción estaría al mínimo debido a la austeridad impuesta con la crisis. Una densa niebla ocultaba el parque y apenas se distinguían las luces de las farolas. La humedad se adhería a los cristales. Tomó su gabardina, colgada en el respaldo de la silla, para protegerse y se la puso sobre los hombros; a continuación, cruzó los brazos con la pretensión de retener algo de calor.

Repasó los avisos de desapariciones de las últimas horas. Había una inquietante y a tener muy en cuenta: un joven que vivía en Las Colinas. A esto se sumaba la denuncia de una amiga que había recibido una llamada confusa y extraña. Tenían que actuar rápido. Decidió enviar a un par de agentes a la casa del desaparecido para obtener más información y hacer un seguimiento meticuloso de los hechos.

Luego, después de poner en marcha la operación de Las Colinas, miró el reloj. Se retrasaban los miembros del equipo, que habían ido al centro comercial El Torreón, situado a pocos metros de la comisaría, para tomar un café o una cerveza, según le había anunciado el guardia que vigilaba en la garita de la entrada.

Se hacía de noche y las sombras se iban adueñando de la sala. El mobiliario se componía de una mesa rectangular con un tablero de conglomerado oscuro sobre patas de metal oxidado por los bordes y diez sillas de idéntico material, sin adornos ni comodidades de ninguna clase. Una de las paredes estaba cubierta con una estantería modular de metal en la que se amontonaban papeles sin orden, viejos periódicos y revistas profesionales. En la de enfrente existía un amplio ventanal que daba al parque. En la pared opuesta a la entrada destacaba un tablón de anuncios de corcho pegado al muro, repleto de papeles amarillentos, y en un rincón había una mesita con jarras con asa metálica para el café y el agua, vasos de plástico y una caja con sobrecitos de azúcar y edulcorante. Del techo colgaban dos tubos fluorescentes que iluminaban malamente la sala creando una atmósfera tristonca, invitando a permanecer allí poco tiempo.

—Buenas tardes, inspectora.

Juan y Nicolás, los agentes judiciales de la Guardia Civil, la saludaron amablemente. Enseguida aparecieron el resto de los integrantes del equipo: Ramón Hueso, María Santaniello y Nacho Uriarte, que había ido a buscarlos.

—Era imprescindible que nos viéramos, aunque no estaba previsto, para contrastar la información que tengamos y coordinar próximas acciones —comenzó Elena—. Ya habéis visto lo del periódico, nos ha cogido por sorpresa, no nos lo esperábamos tan pronto. Tengo novedades que deseo comentaros porque despejan el posible factor casual que nos ha inquietado estos días y elimina, posiblemente, la consideración de muertes voluntarias de los jóvenes. Esto creo que es determinante y se desprende de las primeras conclusiones de los forenses. Es algo que puede ayudarnos y que nos situará mejor ante los hechos.

Contuvo un instante su exposición para levantarse y encender las luces. Los dos tubos de neón del techo esparcieron un resplandor mortecino y desvaído por la sala. Extrajo de su bolso una libreta negra y comenzó a leer sus notas.

—«Hallada en el estómago la misma sustancia que teñía de azul el contenido gástrico. Idéntica en los tres. Al parecer, son restos de las cápsulas que contenían el tóxico o veneno.» ¿Os dais cuenta de la importancia del hallazgo? Esto representa un avance que permite establecer lo que les produjo la muerte.

—Es evidente que tomaron lo mismo —intervino Ramón Hueso—. No quiero decir, por lo que conocemos, que ellos se pusieran de acuerdo para hacerlo, o que fueran forzados a ingerirlo por alguien con la intención de eliminarlos con una habilidad que nos desconcierta. Es imposible desechar por completo el factor casualidad, aunque resulta más difícil que se dé una coincidencia de este tipo.

—Deberíamos localizar el origen de esos venenos, ¿no creéis? —planteó uno de los guardias civiles—. Es posible que se estén suministrando por la zona, y si son letales, hay que detener a los culpables de su distribución y evitar el consumo de los mismos. Cortar de inmediato el tráfico, o tendremos más muertes.

—Me parece improbable que hayan sido voluntarias —objetó María—. Por lo que sabemos, hay que descartar el suicidio o que cayeran en una red de prostitución para pagarse las drogas. Nada nos permite asegurar que fueran consumidores de drogas, tampoco que existiera una relación entre ellos, a pesar de que los perfiles personales, familiares, económicos o sociales sean tan semejantes. Solo conocemos la esporádica vinculación, y durante unas pocas semanas, entre Alberto y Patricia.

—¿Te refieres a su participación en el grupo de teatro de la Facultad de Filosofía? —quiso precisar Elena.

—Sí, eso es. Fue un acierto del escritor y de su amigo Luis dar con esa pista.

—¿Hay algo más sobre ese particular? —preguntó la inspectora. Todos los presentes, menos Nacho, que no dejaba de mirar su *notebook*, se concentraron en María a la espera de su respuesta.

—Por el momento, no tengo nada más, aún me queda por encontrar a algunos integrantes del grupo, solo he tenido un día y medio para hacerlo, y ayer, sábado, no resultó fácil localizarlos. Por

lo que sabemos, Patricia y Alberto no salían juntos, ni tampoco se vieron después de participar en las lecturas de teatro. Es extraño, desde luego, que acabaran de la misma manera, pero, hoy por hoy, es lo que tenemos. En principio, poco esperanzador para asentar relaciones que nos permitan seguir un rastro fiable.

Nacho, que hasta ese instante había dado la impresión de encontrarse incómodo, seguramente con el deseo de que la reunión terminara pronto, se dirigió a su compañera en un tono excesivamente áspero:

—¡Tonterías! Sabemos que las casualidades no existen, sí las coincidencias, y estas deben ser exploradas para atrapar el sentido de las mismas, porque pueden despejarnos algunas incógnitas.

—Es cierto —terció Elena con gesto cansado, frotándose el entrecejo; precisaba un poco de cafeína, había tomado lo que dispensaban las máquinas de la comisaría, que solo era un sucedáneo de café imbebible—. Y es lo que haremos. María, mañana te encargarás de esa operación, hablarás con todos los del grupo. Tenemos que conocer hasta dónde llegó la relación entre Patricia y Alberto, y si Ángeles, aunque fuera circunstancial, también puede estar relacionada con ellos. Tú, Ramón, te pondrás en contacto con la Sección de Estupefacientes, es preciso tener información sobre sustancias nuevas que hayan detectado por esta zona y que te faciliten el encuentro con confidentes.

—En eso tenemos contactos. Es una labor que desarrollamos a fondo porque, en parte, nos encontramos en una zona de nuestra competencia —dijo Nicolás Benítez, el guardiacivil. Era, como su compañero, una persona de apariencia tímida y, al contrario que los componentes de la Policía Nacional, iban vestidos con bastante sencillez.

Elena sonrió ligeramente. Estaba sentada a un costado de la mesa y tenía a todos distribuidos a su derecha e izquierda. La excelente actitud de los agentes suponía un verdadero estímulo para ella, tanto era así que se había reanimado con la reunión. Hacía mejor temperatura en la sala y se desprendió de la gabardina. Al mirar hacia el exterior la asombró la imagen fantasmal de la noche: la niebla se había espesado hasta el extremo de hacer opaca cualquier forma, el parque había desaparecido al completo y ni siquiera se apreciaba el resplandor de las farolas que delimitaban los senderos. De tarde en tarde, oían el ruido de los motores de los coches que circulaban por la carretera que pasaba cerca.

—Ramón, me comentaste en uno de tus mensajes que tenías información relevante sobre el comportamiento de los chicos antes de aparecer muertos, y que se deducía claramente, después de hablar con los padres y los amigos más cercanos, un patrón similar en ellos.

—Creo que existe ese patrón, sí, es cierto —ratificó el subinspector—. Después de conversar con los padres, todos terminaron confesando que, en los días previos a la muerte de sus hijos, estos habían modificado aparentemente su carácter y forma de comportarse, sin que ello, y creo que es fundamental, supusiera ninguna clase de conflicto en el seno de las propias familias. Para

ellos tenía la consideración de algo pasajero, por lo tanto no le concedieron demasiada importancia. Lo fundamental para nosotros es que se repitiera el mismo modelo de conducta en las tres víctimas. Los padres emplearon un término similar, dejadme que lo busque...

Ramón miró entre sus notas. Entre tanto, como solía ser habitual en él, se ajustó el nudo de la corbata. Por nada del mundo le apetecía mostrarse con una imagen descuidada, ni siquiera ante los ojos de sus compañeros se permitía aparecer sin atildar su aspecto. Era cuidadoso en todos los detalles. Elena consideraba un acierto haberlo destinado a moverse entre el ambiente familiar de los chicos, y los resultados venían a demostrarlo.

—Aquí lo tengo —dijo levantando el pulgar, victorioso, y señalando la hoja—. ¡Ausentes! Esa es la palabra que emplearon, y me llamó poderosamente la atención por la coincidencia: ausentes. No significaba un cambio drástico en la forma de ser de los jóvenes; sin embargo, a mi entender, la coincidencia en esa valoración resulta especialmente llamativa.

—Muy bien, pásame los informes —solicitó Elena—. Pero hay algo que debemos tener muy en cuenta. Aún no hemos descubierto nada fundamental que le dé sentido a todo esto. —Hubo una reacción de incomodidad en todos ellos—. Ya, ya lo sé —dijo en tono tranquilizador—. Poco a poco iremos encajando las piezas, será cuando tengamos algunas más, esto es lo que debe movernos: necesitamos más elementos para que las cosas cuadren y aparezca la pista que nos lleve a resolver este caso.

—¿Qué es lo que hizo a los tres comportarse de manera diferente a lo acostumbrado? Ahí está el meollo —reflexionó María.

—Sería un error mayúsculo que nos entusiasmemos con un avance mínimo. Corremos el riesgo de dar validez a la impresión bastante subjetiva de unos padres, muy afectados y comprensiblemente confusos, que anhelan una explicación externa, fuera de ellos, a lo ocurrido —razonó el subinspector Uriarte—. De todas formas, a medida que las víctimas se conectan, resulta más probable la idea de que nos estamos enfrentando a un asesino, un supuesto que va adquiriendo sentido, y ¿cuál sería el móvil?

—¿El móvil? Sí, eso es esencial, y ahora estamos lejos de despejar la incógnita —razonó la inspectora—. Una incógnita que, si fuera desvelada, modificaría sustancialmente el sentido de las pesquisas y nos daría una ruta que seguir. En efecto, el móvil...

—Durante mis encuentros con los padres estuve acompañada por la psicóloga de la Unidad, Cristina Martínez —resaltó Ramón Hueso dirigiéndose a Elena—: te pasará mañana mismo sus informes. Los dos coincidimos en valorar como verosímil lo que nos dijeron los padres sobre el estado de sus hijos antes de morir.

—Bien, veremos esos informes —dijo Elena—. Es un elemento cuya dimensión tendrá que ser valorada a medida que vayamos progresando. De entrada, nos sugiere la intervención de un tercero, de un agente externo que influyó sobre los estudiantes, acaso lo que los supedita para

arrastrarlos a la muerte. Quiero que investiguemos al profesor de Latín: sus llamadas, cuentas corrientes, amistades..., en fin, todo. Por cierto, ¿qué hemos encontrado en los móviles y en los ordenadores?

—Poco que nos sea de utilidad sobre sus movimientos durante las horas previas a la muerte — notificó uno de los guardias—. La Unidad Tecnológica ha revisado sus llamadas, mensajes, correos y contactos en redes sociales sin hallar elementos que nos sirvan. Apagaron o durmieron sus móviles horas antes.

—Eso nos confirma, de nuevo, un proceder idéntico —resaltó Elena.

—Inspectora, también hemos localizado sus vehículos —indicó Nicolás Benítez—. Estaban en los aparcamientos de sus respectivas facultades, menos el de Ángeles, que lo condujo hasta su casa.

—¿Huellas? —preguntó Elena.

—Los estamos analizando más a fondo, la científica ha desarmado los coches para ver si aparece algún rastro, pero nada importante en un primer análisis.

—Lo curioso es que se desplazaran o se movieran durante muchas horas sin utilizar sus coches, como si hubieran sido secuestrados antes de ser asesinados —reflexionó Uriarte sin levantar la cabeza de su iPad.

—Y ¿por qué alguien desearía secuestrar o manipular a estos jóvenes con intención de eliminarlos? ¿Cuál sería el móvil? Y ¿cómo lo hizo? —planteó María con voz titubeante, inquieta ante la duda que contenían sus palabras.

—Esa es la respuesta que necesitamos, la que buscamos con desesperación y que tenemos que resolver cuanto antes si queremos evitar que esto continúe —reiteró Elena.

Se produjo un largo silencio inesperado. Nacho revisaba su iPad, y María y Ramón escribían en sus pequeños cuadernos. Los guardias civiles los observaban a todos preguntándose qué había provocado la inmersión de los demás en sus apuntes.

Finalmente, la inspectora rompió la pausa:

—Bien, algo vamos sabiendo a pesar de que las dificultades ahora mismo nos sobrepasan y pueden desanimarnos: que la sobredosis que segó la vida de los muchachos tenía idéntica procedencia, que antes o mientras ingerían el tóxico venenoso hubo una alteración perceptible en sus comportamientos, calificada por sus padres como de «ausentes». Así mismo, desconectaron sus móviles y desaparecieron de sus entornos abandonando sus propios vehículos. En definitiva, hay elementos comunes, singulares, pero insuficientes para concretar si se conocían y adoptaron por voluntad propia una terrible decisión, a todas luces inexplicable. Hasta ahí hemos llegado y nos faltan elementos para dar con el meollo de este caso: quién ha movido los hilos de la tragedia y su móvil, cuál es el propósito de estas muertes —dijo con firmeza, mirando a los ojos a todos los agentes, uno por uno.

Cuando se disponía a repasar y especificar las acciones inmediatas que correspondían a cada uno de ellos, apareció en la puerta una policía de uniforme.

—Inspectora Artiles, tiene una llamada urgente.

—¿De quién?

—Es desde la Brigada de la Policía Judicial. El comisario, me dijeron. Han llamado a su móvil, y debía de tenerlo en silencio por la reunión.

Antes de regresar, Elena se detuvo en el aseo para recomponer su aspecto con colorete y pintarse los labios.

Al acceder a la sala de reuniones, sintió el cuerpo destemplado, no en vano un desagradable escalofrío caló en sus huesos mientras escuchaba al Egipcio.

Carraspeó antes de hablar a los subinspectores y a los agentes de la Benemérita.

—Lo peor ha ocurrido, de nuevo, y trastoca cualquier plan que hayamos pensado —advirtió mientras se abrochaba la chaqueta de lana, de pie, y haciendo un gran esfuerzo para que nadie detectara su honda preocupación—. Tenemos una nueva víctima, un joven de veinte años, Javier Torres... Habíamos recibido una denuncia sobre su desaparición y teníamos agentes en su casa. Hemos llegado tarde.

—¿Cómo sabemos que se trata de lo mismo? —se apresuró a preguntar María.

—Por varias razones. —Respiró al máximo de su capacidad pulmonar y se acomodó en la silla—. Por edad, síntomas de la muerte, por ser vecino de Las Colinas, de la anterior fallecida, Ángeles de la Riva, etcétera. Solo hay una diferencia: lo han encontrado bastante lejos, en un descampado a las afueras de Galapagar, cerca de la carretera de El Escorial. Así que lo primero es lo primero. Comenzaremos por dilucidar si este chico encaja en todo lo que hemos comprobado: si perteneció al grupo de teatro, si también estuvo «ausente», o distante en la relación con sus padres durante los últimos días, si conocía a los otros tres... Hablaremos con sus padres, de eso te encargas tú, Ramón. María, de sus amigos y compañeros. Nacho, te vas con los guardias al lugar donde ha aparecido el cadáver, allí están los de la científica. Yo me voy inmediatamente al anatómico, necesitamos saber cuanto antes, por los informes previos de los forenses, si los restos hallados en su estómago contienen las mismas sustancias.

Antes de partir comprobó si tomaban notas con las instrucciones. Era consciente de lo que los esperaba a todos, incluida ella: un esfuerzo sin límites, porque la situación adquiriría tintes alarmantes, y podía ir a peor.

—Hay que indagar convenientemente en el escenario antes de que amanezca —añadió dirigiéndose a Nacho—. Y, a continuación, revisarlo otra vez para ver si aparece algo más.

El subinspector Uriarte cerró el dispositivo, se puso un chaquetón azul marino de paño grueso y repeinó con los dedos su espesa cabellera ondulada mientras asomaba en su rostro una sonrisa tenue, que Elena interpretó como deslumbrante y animosa atendiendo a lo que lo esperaba durante aquella noche.

LOS DOMINGOS POR la noche abrían pocos restaurantes y las calles estaban vacías. Pozuelo se asemejaba a una ciudad fantasma, silenciosa en exceso, como preludio de la vorágine que se pondría en marcha horas más tarde al comenzar la semana. Marta y Sandro decidieron pasear hasta La Pulpería, un local excesivamente ruidoso cualquier otro día, que se encontraba en una amplia plaza cercana a la comisaría. Hasta llegar al figón tuvieron la sensación de caminar por un lugar misterioso, desapacible, debido a la espesa niebla y a la ausencia de tráfico de vehículos y de transeúntes.

Sandro había hablado un poco antes por teléfono con Elena. La inspectora le anticipó la mala noticia: la aparición de otro cadáver.

—No hay respiro en esta secuencia de muertes —lamentó ella.

Él le propuso que cenaran juntos, anticipándole que iría acompañado por una amiga de toda confianza que acababa de regresar de Berlín y que se encontraba en casa.

Elena apareció muy tarde, protegida con su gabardina, completamente abotonada, y con una larga bufanda que apenas permitía apreciar su rostro entumecido por el frío de una noche gélida.

—Pareces cansada.

—Lo estoy —respondió al comentario de Sandro mientras se despojaba de la bufanda y de los guantes.

—Hola, Elena, me presento yo misma. Marta...

Las dos mujeres se besaron en las mejillas y se abrazaron.

—Las cosas se complican —comentó él.

—Está siendo una jornada atroz e interminable. —Lo expresó frotándose las sienes y, al mismo tiempo, esbozando una sonrisa algo forzada—. Acabamos de activar un plan de emergencia para vigilar algunas urbanizaciones y, por supuesto, todas las rutas de entrada y salida cerca de esos lugares.

Mientras les hablaba, no perdía de vista, de soslayo y con disimulo, a Marta, estudiando sus gestos. La periodista tenía unos rasgos perfectos, como si estuvieran esculpidos en mármol miguelangelesco, translúcido y sin mácula. Por el contrario, la inspectora tenía el rostro marcado por las secuelas del esfuerzo y las preocupaciones, lacerado también por la falta de cuidados que había ido depositando profundas huellas en su piel, especialmente intensas alrededor de los ojos y la boca. Su frente seguía cubierta con su impoluto flequillo.

Sandro solicitó al camarero una botella de albariño y Elena pidió que le sirviesen una ración de empanada, especialidad del restaurante.

—Vosotros ya habéis cenado, lo siento. —Sonó como una disculpa innecesaria mientras miraba su reloj. Respiró a fondo y prosiguió—: Bueno, Sandro, se cumple lo que anunciaste en su día: otro joven, de veinte años, estudiante, de la misma urbanización que la de Ángeles de la Riva. Lamento decírtelo: ya tenemos cuatro. —Se detuvo para mirarlo fijamente—. ¿Hay algo que no me hayas contado aún?

—¿No crees que están jugando? —planteó él.

—¿Con ambos?

—Tiene toda la pinta, ¿no crees?

—Tú sabrás, no sé, con la policía suelen hacerlo algunos asesinos con un ego exagerado. Lo que vendría bien es que volvieras hacia atrás y analizaras el proceso de elaboración de tu historia; tal vez encuentres algo, una explicación a todo esto o cómo se reproducen los hechos copiando tu relato...

Apareció el camarero, permitiendo un respiro que a Sandro le vino bien. No lo precisaba para elaborar una evasiva ni para reforzarse en una ocultación: resultaba imprescindible para oxigenarse ante la avalancha que había brotado, como una catarata inesperada, de la inspectora. Menos mal que había tenido un día agotador, pensó con ironía.

Elena miró recelosa a Marta, sin ocultarse.

—Es periodista, de absoluta confianza —se apresuró a aclarar él para eliminar cualquier duda que pudiera recaer sobre la presencia de su amiga—. Por ella estamos hablando nosotros: me animó a que colaborara, me lo pidió enérgicamente.

—Entiendo...

—Si lo prefieres, me voy a fumar un cigarrillo. La verdad es que es buena idea, os dejo. —Marta se levantó agarrando con determinación su chaquetón, situado en el respaldo del asiento.

—No hay problema, de verdad, quédate —insistió Elena—. Hace muchísimo frío fuera. Nadie va a denunciarte por fumar.

Marta hizo caso omiso de la propuesta y salió del restaurante sin pronunciar una palabra. Desde la barra, varios parroquianos se volvieron al verla pasar delante de ellos, atraídos por el movimiento de su larga cabellera rubia y el vaivén acompasado de su cuerpo.

—¿No se habrá molestado?

—¡Para nada! —dijo Sandro llenando los vasos de vino.

Ella dio un bocado a la empanada antes de beber.

—Hay una pequeña diferencia en esta ocasión con lo que contaste en el libro. Un detalle que tú no recogiste. El joven había sido detenido, hace poco tiempo, por conducir ebrio.

—Eso no tiene demasiada importancia, pero algo es algo, un detalle.

—Quiero decirte una cosa, antes de que se me olvide. Transmítele a Luis mi agradecimiento por la localización del profesor de Latín. Pero insisto: ¿has pensado si existe alguna cosa que debemos observar con interés?

—No lo sé, la verdad. Estoy tan sorprendido que no se me ocurre nada, salvo la búsqueda de alguien que aglutine a los jóvenes, que los mueva hacia la tragedia. Es algo determinante, ¿no crees?

Elena dibujó una mueca de contrariedad con los labios. Sus ojos tenían un destello de tristeza, producto del cansancio.

—Y, por cierto, me parece una buena decisión lo que dijiste de montar un amplio operativo para vigilar a posibles objetivos del asesino.

—Es un despliegue de protección global. Solo puede hacerse así y los resultados no son definitivos siempre —pronunció ceremoniosa después de beber un buen trago. Antes de continuar, miró sin disimulo a su alrededor y pareció satisfecha al comprobar que las únicas mesas ocupadas estaban bastante lejos—. Es imposible poner un policía a cada uno de los jóvenes de veinte años y a todas las chicas de diecinueve años de la zona, ¿te imaginas el número de personas que habría que vigilar?

Él negó con la cabeza tener conocimiento de lo que planteaba.

—Yo tampoco tengo la cifra exacta, pero son cientos, te lo aseguro —resaltó ella expulsando todo el aire que contenían sus pulmones—. Tampoco queremos lanzar un llamamiento general para que nos alerten cuando un joven se retrasa en llegar a casa o se den situaciones consideradas extrañas. Después de lo que ha publicado hoy la prensa, provocaríamos un miedo incontrolable y muy peligroso. Lo que me pregunto es si los hechos que narraste se cumplirán al cien por cien.

—¿Te refieres a si servirá de modelo en todos los aspectos?

—Eso es. Si tendremos una infausta serie de siete muertes, si permaneceremos a ciegas en lo que se refiere al arma homicida, sin pistas de ninguna clase, y si habrá que esperar casi hasta el final para dar con el culpable después de consumada la tragedia por completo.

—Tengo mis reservas sobre ese particular.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy seguro de que ese enfoque terminará por quebrarse y que esto tendrá otro derrotero, ya lo verás.

Marta regresó después de fumar un cigarrillo. La piel de su cara se había enrojecido con el relente.

—He tenido algún acompañante ahí fuera. Uno de ellos insistía mucho en hacerme toda clase de preguntas. He sospechado que era un colega de algún medio, pero no he logrado desenmascararlo. Tal vez se tratara de otro policía... ¡yo qué sé!

—¿Cómo? —exclamó Sandro, alarmado. Elena también pareció preocupada con el comentario

y se giró para observar el movimiento de personas en torno a la puerta de la calle—. Esperemos que fuera un admirador.

—¿Quién es? ¿Dónde está? —preguntó la inspectora.

—Tranquilos. Le he dicho que estábamos celebrando una cena familiar de hermanos y creo que se lo ha tragado. Ya no está ahí —confirmó mirando hacia la puerta de la calle—. Al menos, no a la vista.

Los tres cruzaron miradas ávidas de curiosidad. Al cabo de unos segundos, Sandro rompió el silencio:

—Deberíamos encontrar al Jim Jones, al asesino a distancia, al supuesto autor de este drama, si es que se inspira en mi historia.

—¿Pensáis que los jóvenes eran tan impresionables como para caer en una red de ese tipo? Me parece alucinante que pueda ocurrir algo así en estos momentos, que gente preparada se deje influir hasta esos extremos y decida sacrificarse —planteó Marta.

—Esa es la cuestión: yo creo que no —dijo Elena—. A pesar de que la realidad suele ser más compleja, casi siempre, y termina por sorprenderte más de lo que imaginabas. Pero de momento no es mala hipótesis, aunque haya que tener en cuenta otras posibilidades.

—Y también las personas pueden sorprendernos, solo hace falta leer los periódicos cada día para ver cosas que te parecían imposibles —concluyó Sandro.

«HAY UN MOMENTO en el que, sin atisbarlo, se desborda el mundo que te rodea hasta derrumbarse por completo, a pesar de que creías tener protección ante cualquier desventura. Sientes cómo la soledad se adueña de ti, percibes la presión del vacío, una insoportable angustia al carecer de respuestas válidas según tu confuso criterio, necesitas con desesperación encontrar alguna clase de explicación que se ajuste a tus deseos, que se adapte a tu persona. Deambulas como si estuvieras envuelto en una bruma espesa y opaca y, casi sin darte cuenta, te introduces en un grupo en el que hay personas que te ofrecen soluciones a todo y para todo, que te organizan la vida, te la explican y clarifican. ¡Al fin desaparece la sensación de caos que te agobiaba! Te sientes seguro, muy seguro, te abrazas a los demás, ves que te apoyan y te acogen sin ninguna clase de hostilidad. A partir de entonces, estar lejos del grupo representa un doloroso desgarró, porque se desvanece el universo que han formado a tu medida, que han hecho para ti. Decides darlo todo, te entregas por completo, y llegado el momento aceptas hasta tu propia desaparición por el bien común, para salvar algo de la sociedad podrida que te rodeaba y para alcanzar la felicidad más allá de la Vía Láctea. No eres capaz de discernir sobre las drogas que te van anulando, por encima de todo se va conformando la maravillosa experiencia emocional que te activa hacia el infinito.»

Sandro releía la reflexión de uno de sus personajes en *Amenaza final*, alguien que fue recuperado milagrosamente de la congregación de acólitos que lo arrastraba sin remedio hacia una muerte ritual contemplada como culminación de una experiencia mística y vital. Unas páginas más adelante, un especialista en grupos sectarios analizaba la situación a la que habían sido arrastrados los protagonistas de la historia, a un submundo que, a primera vista, les permitía experimentar sensaciones revitalizadoras, algo diferente a lo que estaban acostumbrados y donde hallaban el manto que les facilitaría entender los arcanos de la propia existencia:

«Al verse envueltos en un universo protector, quedaban seducidos y anulados, los jóvenes eran engañados y manejados al antojo del líder. Terminaban por aceptar cualquier cosa antes de sumergirse de nuevo en la inminencia del desequilibrio y la angustia. El consumismo fácil y una estructura familiar anquilosada, e hipócrita en muchos de sus comportamientos, los impulsaba, especialmente a los muchachos afectados por algún tipo de crisis, al encuentro de una comunidad en la que resplandecía el amor, algo puro y auténtico. Eran captados por amigos para integrarse en el grupo dirigido por un líder carismático que los arrastraba hacia su propia destrucción como posibilidad cierta de salvación. Antes de aceptarlo recibían comunicación, amistad, convivencia, aventura, orientación y apoyo para resolver cualquier tipo de problemas que los aquejase. Y algo

fundamental: obtenían respuestas sobre lo trascendente y el más allá, respuestas que resultan imprescindibles a cierta edad al rechazar lo institucionalizado o las religiones clásicas».

Descolgó el teléfono para hablar con Luis, a pesar de lo avanzada que estaba la noche. Marta se había ido a su casa de Madrid unas horas antes, cansada del viaje a Berlín. El lunes debía madrugar para editar la entrevista con Angela Merkel.

—¿Qué tripa se te ha roto? ¿Has mirado el reloj? Estaba completamente dormido. Te lo perdono si hay de por medio algún encuentro con pibones.

—Tenemos otro muerto más...

—¡Joder! ¡Vaya putada! —Luis enmudeció unos segundos—. Habérmelo dicho mañana, de día, y no me fastidies a estas horas. Ya no tiene solución; lo del fiambre, claro.

—Pienso que alguien se está montando a mi costa una especie de Jonestown en los alrededores de Madrid.

Al otro lado del auricular se oyó carraspear. Al rato, Luis reaccionó con brío:

—No sé, tu suposición resulta exagerada. Una cosa es que tengas una imaginación calenturienta, y otra, que esos muchachos sean impresionables hasta ese punto, tan fáciles de manejar. Recuerda que discutimos mucho sobre ese particular en su momento. Aquí, en todo este asunto, hay algo muy, pero que muy extraño. Yo no me fío ni un pelo de nada, tenemos que ser cuidadosos.

—¿De qué desconfías?

—De lo que nos estamos montando y creyendo a pies juntillas. Algo no encaja. Me explico: lo que parece, confunde. Es una buena regla. Tal vez estemos ofuscados por una coincidencia y perdemos foco para analizar la situación. Que lo hagan los polis es razonable, porque están más perdidos que una zorra en un pajar; ellos soportan una presión descomunal para obtener alguna respuesta, y eso debe de ser angustiante. Pero nosotros no debemos caer en lo mismo. En la novela describías a un líder destructivo con una especie de delirio paranoide, y a las víctimas, los adeptos, como personas que carecían de la suficiente fortaleza para enfrentarse a los problemas habituales en jóvenes de su edad y superar los trastornos que tenían. Y yo no veo esos perfiles en la realidad, por lo que me habéis contado. No creo que sean la parroquia ideal para caer en las redes de cualquier iluminado, fáciles de adoctrinar por un loco. A mí, sinceramente, no me encajan en ese rol, no...

Se hizo un largo silencio.

—¿Estás ahí?

—Sí, aquí estoy, me estaba tomando un chupito, menuda faena me has hecho, ahora me costará bastante recuperar el sueño. Me veré obligado a poner una peli de brasileñas cu-lonas, acompañada con un traguito profundo de ron, para despejarme del todo.

—Lo siento, Luis, necesitaba hablar contigo. Y quiero insistirte en que busquemos a esos tipos cuanto antes. Al menos, para quedarnos tranquilos, te lo pido por favor.

—Bueno, mañana con Eva intentaremos localizar a líderes como los que tú imaginaste. No creo que haya muchos por allí. Eva me dijo que tenía localizado a alguien, lo veremos.

De nuevo, Luis enmudeció. Estaba encendiendo un cigarrillo.

Con el silencio se hizo más potente el estruendo que provenía del entorno de la vivienda de su amigo. Era excesivo.

—No sé cómo puedes dormir en esa casa.

—¡Qué quieres! Todos no podemos permitirnos lo tuyo. Ya sabes que vivo en las proximidades del puente de Vallecas, y sin vecinas que merezcan la pena para ligar, son todas señoras orondas y machacadas por el trabajo, la mayoría de Latinoamérica, sin el brillo de las ricachonas de por allí o de las viciosas de la estética. Esta M30 es como una bomba para los oídos, peor que una tortura china. Pero a todo se acostumbra uno...

—¿Qué otras pistas te parece que habría que seguir?

—Yo creo que es fundamental buscar conexiones entre las cuatro familias, además de las que existan entre las víctimas, entre otras cosas. Espero que la policía esté haciendo ese trabajo. Pero bien, nosotros haremos lo que tú quieres.

A PRIMERA HORA, Luis apareció frente al portal de Sandro. Antes lo despertó sin piedad, de madrugada, para devolverle la putada de la noche anterior: «He hablado con Eva, hemos movido algunos hilos y tengo localizados a dos tipos a los que les va lo de hacerse con adeptos. Voy a buscarte y nos vamos de visita».

Circular por las autovías que bordean Madrid con el *cuatrolatas* de su amigo no era plato de buen gusto; suponía, entre otras incomodidades, ir dando el cante y, por supuesto, soportar algunas chanzas de conductores maleducados, y de estos últimos había toda una legión en la capital, bastante afamados por su desparpajo.

—Aquí hace un frío de mil demonios, no sé cómo lo soportas. Es un verdadero suplicio.

—Ya ni me acuerdo de cuándo tuvo calefacción este trasto, menos mal que eso no influye para pasar la ITV —explicó Luis, que se protegía con su chaquetón de paño azul y con la mitad del rostro cubierto por una gruesa bufanda del mismo color—. Pero tío, es lo que hay, y mola, no creas, el presupuesto no da para más. Además, este vehículo cochambroso tiene otras ventajas: puedes aparcar en un sitio justito, casi de oídas, y no temes dañar la chapa porque está hecha un acordeón, te da igual si te lo arañan y sabes que nunca lo robarán, ya no sirve ni para chatarra. Yo lo quiero como a la mejor amante, y si esta hablara..., ¡menudo escándalo! —concluyó dando un sonoro golpe al volante con ambas manos.

Sandro no entendía el apego por aquel cacharro. Ajeno a los placeres sibaritas, por condición y presupuesto, lo máximo que Luis se permitía era comprar, de tarde en tarde y cuando la necesidad apremiaba, unos vaqueros de mercadillo como expresión sublime de la pulcritud y el buen gusto. De tal manera que su apariencia encajaba como un guante con la antigualla de su destartado vehículo.

—¿Adónde me llevas?

—Tranquilo, no me pierdo, lo he mirado por Internet y vamos por el buen camino —afirmó con retintín.

Habían cruzado la autovía de Extremadura, que tomaron desde la carretera de circunvalación M50, y se adentraban por San José de Valderas, un barrio cercano a Alcorcón, una de las poblaciones más importantes del extrarradio de Madrid.

—¿Tú crees que por estos andurriales vendrían los muchachos? No me lo parece.

—Pues claro, estamos cerca de la Universidad Rey Juan Carlos y no hay mucha distancia hasta sus urbanizaciones. Y ellos, además, sí que manejaban buenos coches: Minis y Audis. No tendrían

muchas dificultades para moverse de un lado a otro.

El escándalo del motor del *cuatrolatas* y el de los frenos al detenerse ante los semáforos hacía que los ocupantes de los coches cercanos intentaran curiosear, sin forzar disimulos. También el hecho de circular con un vehículo casi de museo atraía la atención de los viandantes.

Fueron avanzando por espaciosas avenidas, trazadas para espolear el desarrollismo urbanístico de los últimos años, cortadas por rotondas mareantes debido a su extensión interminable. A izquierda y derecha se levantaban construcciones recientes, junto a otras de aluvión y escasa calidad, muy antiguas, de finales de la década de 1960. Después de analizar a las personas que caminaban por las aceras o cruzaban los pasos de peatones, Sandro dedujo que estarían ocupadas por obreros, trabajadores autónomos con negocio reducido o alquiladas a estudiantes.

—Eva ha investigado las profesiones y lo que hacen los padres.

—Y ¿ha encontrado algo que los relacione? —preguntó Sandro sin dejar de mirar a un lado y otro del bulevar por el que se desplazaban.

—De momento, nada. Tenemos un abogado, el padre de Patricia; un economista, el de Alberto, el primero en aparecer muerto; un inspector del Banco de España, el de Ángeles; y finalmente un asesor financiero que presta servicios de consultoría a diferentes empresas, el padre de Javier, el último en aparecer. Por cierto, por Internet ya circulan muchos comentarios.

—Estallará en cualquier momento.

—Estamos llegando, espero no haberme equivocado porque me vas a matar después de sacarte de la cama a estas horas con lo gandul que eres.

Sandro observó un cartel que indicaba el nombre de la calle: Japón. Había muchas tiendas en los bajos de los edificios y bastante animación a pesar de la hora: las ocho y media de la mañana. Aquel era un barrio que se levantaba pronto, posiblemente con un índice de desempleo notable, porque no era normal que las terrazas de los bares, el establecimiento que más abundaba por los alrededores, estuvieran repletas de hombres ociosos en edad de trabajar.

Luis detuvo el *cuatrolatas* junto a un gigantesco bloque de viviendas de doce plantas y varios portales deslucidos. La fachada era sobria, monótona en su configuración, de ladrillo visto y con pequeños balcones que difícilmente servirían como desahogo en los meses de estío por sus reducidas dimensiones. Luis revisó sus notas, encaminándose, a continuación, hacia una pequeña puerta metálica rebozada con pintura ocre oscura, que se hallaba entre uno de los portales y una panadería. Golpeó con suavidad en la chapa.

Durante la espera, comprobaron que eran observados por los parroquianos de las tascas, de las tiendas e, incluso, por los transeúntes. Aquello les hizo suponer que, o bien era inusual la hora para visitar el templo donde residía el cabecilla o sacerdote de la secta, o bien no encajaban en absoluto con el típico devoto que entraba y salía de aquel lugar, a pesar de que ellos mismos tenían apariencias dispares.

Fueron atendidos pasados unos segundos. Oyeron que alguien liberaba el cerrojo, abriéndose una reducidísima rendija que impedía distinguir bien a la persona que desde el interior les hablaba con una voz aguda.

—¿Qué queréis? Es muy temprano, no tenemos ninguna actividad a esta hora, y no esperaba a nadie.

—Somos periodistas y nos gustaría charlar contigo unos minutillos —se apresuró a decir Luis sin permitir que el individuo pudiera plantear más cuestiones—. No queremos fastidiarte a estas horas, ¿eh?, pero estaría bien que nos abrieras un poquito más la puerta, ¿no crees? —No hubo ninguna reacción, y la rendija se mantuvo igual—. Tengo que decirte que si tú rechazas una entrevista, vamos a respetarlo, jamás publicaremos nada, de eso puedes estar seguro. Somos gente seria, nada de *paparazi* de tres al cuarto. Al menos, déjanos conocerte un poco, nos han dicho cosas extraordinarias de ti y de lo que haces...

El ungüento verbal de Luis terminó por convertirse en milagroso y tuvo un efecto balsámico. La puerta se abrió, al fin, y... ¡apareció el «maestro»!

Los analizó con ojos atónitos, mezcla de sorpresa y curiosidad. Iba ataviado con un sayo negro, de seda, sin botones, que lo cubría desde el cuello hasta los pies. Tenía la cabeza rapada hasta la mitad del cuero cabelludo y por la espalda le colgaba una larga trenza. A Sandro le pareció un español disfrazado de chino volandero, de los que abundaban en películas como si fueran supermanes de Oriente.

Después de franquearles el paso y pedirles que se descalzaran, se movieron, casi a tientas, por un largo pasillo hasta llegar ante un pórtico clásico con columnas dóricas adosadas, de cartón piedra, pintadas con purpurina dorada. Allí había un poco de luz artificial. Durante el trayecto, los conminó:

—Acepto vuestra propuesta, hermanos, sin entrevistas ni reportajes.

Accedieron a una sala donde la purpurina había sido utilizada en demasía, como enfermiza obsesión. Los pocos espacios sin cubrir con el dorado tenían cortinajes rojo chillón. Había numerosos cojines, también de tela dorada, y abundantes velas, decenas de cirios cuya combustión convertía el aire en algo dulzón y cargado. Las paredes y los estantes carecían de imágenes, libros o escritos religiosos. Con aquella decoración, el lugar podía ser cualquier cosa, tener diferentes funciones, incluso la de un puticlub barriobajero.

Sandro, con la primera impresión, consideró una exageración conceder algún valor, como sospechoso, al individuo. Le resultaba casi imposible imaginar a los jóvenes atraídos hacia aquel lugar por el santón que tenían delante. Hizo ademán de darse la vuelta. Luis lo detuvo sujetándolo por el brazo con disimulo.

—Sentaos.

Lo hicieron como él, sobre almohadones de gran tamaño y espesor, pues no había ninguna silla

en la habitación de unos cuarenta metros cuadrados. El sacerdote o líder adoptó la postura de un Buda. Era muy blanco de piel, con ojos saltones de color negro como su pelo, y labios grandes, carnosos, exagerados de tamaño para su rostro redondo e insustancial.

—Nos dijeron que te conocen como «divina gracia Karfam».

El hombre, de unos cincuenta años, cruzó las manos apoyándolas sobre el pecho y dirigió su mirada hacia lo alto, donde estaba colgada una lámpara de papel, como si fuera un sol.

—Así es. Es como me llaman mis seguidores y discípulos. Vosotros aún no lo sois y, por lo tanto, podéis llamarme Rodrigo, Rodrigo Karfam.

—Bien, Rodrigo: en primer lugar, gracias por recibirnos, y dinos, ¿qué pretendes transmitir a tus seguidores? —preguntó Sandro.

—Pues muchas cosas esenciales, por ejemplo, degustar el néctar de la devoción, el conocimiento trascendental, la autorrealización, zambullirse en las fuentes del placer, cómo viajar por los espacios más lejanos y regresar hacia el Supremo —respondió de inmediato, recitando una salmodia de manera automática.

—No está nada mal, ¿eh? Un repertorio completito —ironizó Luis mientras cruzaba un guiño de complicidad con Sandro, que tenía cara de asombro.

—Y ¿qué les exigis a tus fieles? —remachó Sandro.

—Muy poco. Fijaos: estar aquí es voluntario, para empezar. Y si se unen a nuestra hermandad, les pido que atiendan con respeto cuando les hablo, que cumplan con el compromiso de asistir a las sesiones plenarios que se celebran cada quince días, y que lleven una vida devocional. Insisto, esto es algo voluntario que ellos eligen. Los devotos no están obligados a nada más. Eso sí, a colaborar para mantener este ágora espiritual... —Repentinamente pareció caer en la cuenta de algo fundamental, enmudeció mientras cerraba los ojos y aspiraba con fuerza el aire. Hacía bastante calor, Sandro se desprendió del chaquetón y Luis del jersey—. Decidme: ¿cuál es vuestro periódico? —preguntó con voz chillona regresando de su «viaje».

—Trabajamos para Televisión Española. Hacemos reportajes de cosas singulares, como lo tuyo —aclaró Luis.

La respuesta debió de ser de su agrado.

—Y ¿a qué hora se emite vuestro programa y cómo se llama?

—*Cámara directa*, y se emite en *prime time*, en buen horario, por la noche.

—Estoy pensando que podría ser interesante estar ahí para revelar a los jóvenes la causa de todas las causas, que conozcan de qué manera se desarrollan los universos materiales que a ellos los ciegan y los coaccionan. Hoy es muy necesario difundir la espiritualidad, ¿no creéis?

El estupor se había incrementado en los dos amigos al escuchar la plática de la «divina gracia Karfam». Sandro no quiso perder más tiempo y del bolsillo interior de su chaqueta sacó tres fotografías que le había proporcionado la inspectora Artiles.

—Mira con detenimiento estas imágenes, Rodrigo. Luego, hablaremos de la tele.

El santón las tomó con manos temblorosas y mirada aviesa. Era palpable que comenzaba a desconfiar de los visitantes.

—No te equivoques, estúdialas despacio, y no intentes engañarnos —dijo Luis con firmeza.

El gesto de Karfam se endureció aún más. Entonces, desplazó las fotografías para depositarlas encima de su almohadón, entre las piernas, fuera del alcance de su mirada. Algún extraño resorte había removido su amabilidad como anfitrión y analizaba a los desconocidos con desdén, molesto. Arrepentido de haberles abierto el templo.

—En mi vida no caben el engaño ni la mentira —pronunció con altanería fingida—. Vosotros, en cambio, no decís la verdad y habéis llegado aquí con intenciones ocultas...

—De acuerdo —intervino Luis velozmente para despejar dudas—. Sí, somos periodistas, no te hemos engañado en eso, trabajamos para la televisión, eso también es cierto, pero estamos buscando a personas que se dedican a orientar con esa mezcla de espiritualidad que nos has descrito. Y queremos saber si por aquí han pasado esos muchachos, si tú los conoces o son de los tuyos.

—Por favor, recoge las fotografías —pidió Sandro con un tono más sosegado y menos hiriente—. Y solo dínos si alguna vez estuvieron por aquí, si sabes quiénes son. Es importante.

Lo hizo con mucha parsimonia, con una lentitud irritante, aunque muy concentrado en la revisión de las imágenes. Casi un minuto más tarde se las devolvió a Sandro.

—En absoluto, no los conozco. Y por lo que aprecio son distintos, muy diferentes a las personas que se acercan hasta aquí para buscar consuelo, orientación o respuestas para entender lo que significan sus vidas y su presencia en el mundo... ¿Hablamos de la tele ya?

ELENA DECIDIÓ ACOMPAÑARLOS en la siguiente visita con un vehículo policial y les comentó que, a pesar de la impresión que les hubiera producido a ellos, investigarían a fondo al tal Rodrigo Karfam. Luis y Sandro lo habían juzgado como un oportunista, incapaz aparentemente de protagonizar delitos de cierta enjundia, un pícaro vendedor de falsas esperanzas.

Durante el trayecto hacia el santuario de Veda, del otro individuo que habían localizado en el noroeste de Madrid dedicado al proselitismo espiritual, debatieron sobre el perfil que encajaría con el manipulador de conciencias capaz de arrastrar a la muerte a sus seguidores.

—Lo fundamental es dilucidar si debemos obsesionarnos en la búsqueda de un perturbado que aplica la imitación hasta sus últimas consecuencias, idéntico al que tú creaste, Sandro —destacó Elena.

—Estoy de acuerdo con ese planteamiento, pero si tú vieras a ese Karfam... —replicó Luis—, es un pinta con una única preocupación: la de salir en la tele como sea y sacarles unos euros a los incautos. Me temo que encima sablea a muchachos que las están pasando canutas en estos momentos.

—Yo creo que estaba dispuesto a ofrecernos dinero, incluso, para que le hiciéramos un reportaje, así tendría el marketing del negocio más desarrollado —ratificó Sandro.

—Es un cantamañanas, de verdad —comentó Luis.

—¡Cuidado! No podéis fiaros. Los hay que son unos maestros del fingimiento y de la teatralidad para confundir. Es preciso ahondar para descartar como sospechoso a un individuo como ese.

Sandro ocupaba el asiento delantero. Estudió, de reojo, a Elena. No, no era hermosa, pero eso mismo era una cualidad en ella. Llevaba su peinado característico, impecable en el trazado al caer sobre la frente y la nuca, y apenas había esmerado su maquillaje: una fina línea sobre los párpados y carmín rojo en los labios, el resto del rostro casi sin tocar. Las manos, bien agarradas al volante forrado de cuero, tenían la piel agrietada y las uñas sin cuidar, como las de una fregona, aunque, dedujo, ella no se ocuparía mucho de tareas domésticas estando soltera, sin hijos, y con una profesión tan exigente como la suya. Llevaba el bolso abierto entre los dos asientos y por él asomaba la culata de una pistola. Un descuido imperdonable para una profesional, o acaso suponía una confianza desmedida en ellos.

Seguía la ruta que le marcaba el GPS instalado en el Peugeot de gran cilindrada.

—Vuestro trabajo es agotador y debéis de desesperaros, supongo, cuando no hay resultados — comentó Luis. Ella hizo una mueca con los labios, afectada por tener que asumir esa realidad.

—Suele ocurrir, por supuesto —reconoció Elena.

—Hace ya una semana que te presentaste en mi casa con tu compañero, el inspector Sigüenza, ¿recuerdas? —dijo Sandro.

—Y ya lo ves, seguimos como entonces, y con dos muertos más. —Se giró para mostrarse ante ellos con una sonrisa—. Lo vuestro, vuestra colaboración, es excepcional, impagable, os lo agradecemos.

Llegaron a la urbanización Olimpo, un conjunto de bloques con cuatro plantas más otra de buhardillas, levantados a principios de la década de 1970 por un sindicato obrero en lo que entonces se consideraba el extrarradio de Majadahonda. La urbanización estaba próxima a una zona de abundante vegetación cortada por varias carreteras de circunvalación del área metropolitana de Madrid.

No dieron con un templo como el de Alcorcón, ni nada semejante.

Se encontraron con una vivienda sin señales de elementos religiosos o veneraciones extrañas, repleta de libros, frascos con flores y hojas secas, y con tientos hasta el último rincón. Era un piso bajo que daba a un jardín privado donde crecían árboles y parterres vistosos. La vegetación exterior se apreciaba desde el salón, donde charlaban con su propietario, que respondía al nombre de Veda. Los había recibido de mala gana, con gesto hierático, muy hosco. Su mirada de ojos negros y penetrantes resultaba turbadora. Era alto, con rasgos angulosos en el rostro. Cuando salió a la cocina para llevarles agua y unos zumos, les advirtió que no tenía otra cosa para ofrecerles. Sandro hizo una señal tocando sus propios colmillos para indicar el parecido que había encontrado en el individuo. Le recordaba a Christopher Lee en sus películas de la Hammer. Curiosamente, el aspecto tremebundo del guía espiritual no se correspondía con sus aparentes inclinaciones.

—El amor a la naturaleza se está perdiendo, estamos destrozando el entorno y nos cargamos el futuro. Esto se dice, se repite, lo oímos con frecuencia, pero no hacemos nada para evitarlo. El calentamiento del planeta es una realidad, terminará por destruirnos a todos, ya que supone alterar el equilibrio natural, algo que es necesario para la armonía y la pervivencia de la humanidad. Debemos apartarnos de ambiciones absurdas, del culto al dinero que espolea el capitalismo y acaba con la vida de muchas personas. El capitalismo se ha hecho dueño de todo y ya no puede ofrecer más que Apocalipsis. Nuestra misión es buscar la felicidad, respetando lo que hemos recibido, admirando la creación del Supremo.

—Eso es lo que enseña a sus seguidores, supongo —sugirió Elena, que se había presentado como inspectora encargada del caso acompañada por dos colaboradores, algo que no había impresionado a Veda.

—Yo no enseño, aquí no hay ninguna secta ni nada parecido. Tengo amigos que vienen a hablar conmigo de algunas cosas, les muestro los secretos y las propiedades curativas de las plantas y nos preocupamos por cambiar algo. No creo que eso sea malo ni perseguible, ¿verdad? En el sótano fabricamos preparados con plantas y flores, luego las vendemos en los mercadillos, tienen bastante aceptación entre el público y los amigos.

—¿Podemos verlo? —preguntó Luis.

—¿El qué?

—Esa especie de laboratorio donde envasan las plantas.

—Sí, por supuesto. Encantado de que lo conozcan. Con el dinero que obtenemos apoyamos los movimientos de indignados, lo hicimos con los del 15M y otros grupos antisistema... Esta crisis por la que estamos pasando exige una auténtica revolución, muy profunda, para desembocar en un tiempo nuevo, estimulante...

—Vaya, interesante —apuntó Elena—. Y bien, dígame: ¿estos jóvenes han estado en la casa o en ese laboratorio? ¿Los ha visto alguna vez? —preguntó pasándole una copia de las fotografías de las víctimas.

—No, en absoluto, con toda seguridad —replicó raudo, devolviendo las fotos a la inspectora—. Se trata de los que han aparecido muertos, ¿no es así? Es probable que, a pesar de mi negativa, duden de la veracidad de lo que les digo. Les facilitaré los nombres de algunos muchachos que vienen por aquí para que les pregunten también a ellos, ¿les parece bien? —Sus ojos acerados y ardientes se desplazaron en un barrido que los atravesó.

—De acuerdo, se lo agradezco —dijo Elena.

Los acompañó hasta la calle para despedirlos. Hacía bastante frío, pero no parecía afectar a Veda, a pesar de calzar unas alpargatas sin calcetines y vestir un pantalón negro de tela fina, una camisa blanca con rayas negras, de cuello mao, y un chaleco de pana azul.

Al estrechar la mano de la inspectora la miró con toda la energía que desprendían sus ojos oscurísimos. Por un instante, ella se quedó paralizada, sorprendida por el descaro del que hacía gala el santón naturista.

—Voy a ser muy sincero, me dijo que se llamaba Elena, ¿verdad?

Ella lo confirmó con un ligero movimiento de la cabeza; después, algo confusa, observó a Sandro y a Luis, que permanecían a la espera de ver cómo se resolvía la situación.

—Pues bien, Elena, hay algo importante que me atrevo a decirle y espero que disculpe mi desvergüenza, pero estoy obligado a hacerlo —prosiguió él sin dejar de mirar fijamente a la mujer—. No asuma más ninguna clase de violencia como la que tuvo que soportar en su día. Debió ser muy desagradable y no creo que lo aceptase por placer. Creo que debía decírselo, hay personas con las que no merece la pena relacionarse, ¿no le parece?...

El envasador de plantas medicinales y rebelde anticapitalista desvelaba un supuesto secreto con el mayor desparpajo, sin reprimir su descaro, arriesgándose con una especulación lanzada al aire. Pero lo cierto es que, observando a Elena, parecía que hubiera dado en el clavo. Ella dio la impresión de quedarse paralizada, incapaz de reaccionar.

ELENA ARTILES NO QUISO rebatir la insolencia del santón o no tuvo fuerzas para hacerlo.

En un primer momento, exteriorizó sutilmente el estupor que le había producido el comentario de Veda, luego cayó en un profundo mutismo, muestra indiscutible de que estaba afectada por la sorprendente confesión que le dedicó el líder espiritual. Resultaba inaudito que conociera algo de su vida, supuestamente personal e inescrutable. ¿Cómo estaba al tanto de una experiencia íntima de la mujer y qué significaba en realidad lo que había dicho? Sandro y Luis no se atrevieron a preguntar nada sobre el incidente, y ella, quizá bastante afectada por lo ocurrido, les respondió a otras cuestiones con monosílabos. Apenas abrió la boca mientras los llevaba a casa del escritor. Solo les dijo que analizarían a «ese individuo naturista antisistema y a sus adeptos» y que le urgía acudir a la comisaría de Pozuelo.

—¡Joder con la tía! Algo esconde y lo alucinante es que el Veda ese creo que acertaba en el diagnóstico. ¿Viste la cara que puso? Blanca como la cal. Era una autoconfesión. ¡Quién la habrá zurrado!, como él decía. Esto se pone al rojo vivo, me va cantidad, enorme, chaval...

—Bueno, no nos importa —dijo Sandro a pesar de que estaba impresionado con lo sucedido y no hacía más que dar vueltas intentando entenderlo.

—Puede, pero no me digas que no tiene mucho morbo la tía, y luego está lo del jodido cultivador de hierbabuena y plantas varias... ¿Cómo puñetas sabía por lo que ella ha pasado? Ahora va a ser cierto que tiene poderes y nosotros sin enterarnos, no te fastidia... Tal vez debamos tenerlo muy en cuenta y seguirle el rastro.

—La poli se encargará, seguro, mucho más después de esto.

—De cualquier manera, yo no lo veo con ramalazos destructivos. Ese me parece que es otro negociante, sin más, con un discurso a la contra, que es lo que se lleva en estos tiempos para vender mejor sus plantitas curativas.

Sandro preparó algo para comer: un sándwich de pavo con tomate que su amigo rechazó diciéndole que prefería la bazofia del comedor de la tele, y se marchó hacia allí de inmediato.

Al rato de irse Luis, llamó desde Barcelona Blanca, su editora, entusiasmada por cómo iban las ventas del libro. Por primera vez en los índices Nielsen, una de sus obras destacaba escalando posiciones día a día, hasta el punto de convertirse pronto en un *best seller* si continuaba creciendo con la misma velocidad, según el análisis que hacía ella.

—La noticia que relaciona tu libro con las muertes en Madrid se ha ido filtrando, el boca oreja empieza a funcionar, Internet arde con comentarios sobre los asesinatos y la novela. Fíjate en que ya habían comenzado las devoluciones cuando, de repente, se ha producido todo lo contrario. Y te anuncio algo más: la demanda es tan fuerte que vamos a sacar una nueva edición, porque no tenemos fondos para atender todas las peticiones que nos están haciendo. Nos gustaría, claro está, que aceptaras algunos bolos, porque nos están solicitando tu presencia en muchos lugares. Desde marketing nos piden una operación de refuerzo. Tenemos que aprovechar el tirón. ¿Qué te parece?

La editora estaba feliz y se lo merecía, después de apostar por él cuando no tenía ninguna seguridad de que sus relatos de corte histórico tuvieran una aceptación suficiente. Blanca había publicado las novelas a pesar del exceso de oferta en el género y la saturación del mercado. Nunca rechazó uno de sus manuscritos. Por esa razón, Sandro anhelaba ofrecerle un éxito de ventas y dedujo que *Amenaza final* contenía los ingredientes necesarios para conseguirlo. Él hubiera preferido que las ventas se sustentaran en la calidad de la historia y no en el morbo con el que se había adornado a la misma por el hecho de estar considerada inspiración para un asesino. En la mayoría de las ocasiones, el público se vuelca masivamente en un libro cuando es impulsado mediante la curiosidad por motivos ajenos a la propia publicación y a sus cualidades. Recordaba la historia que le contó en su día una librería sobre *El código Da Vinci*: «Han llegado en tropel un montón de señoras a comprarlo después de que el cura en la iglesia donde escuchaban la misa les dijera que no debían leerlo».

Después de conversar con la editora y resistirse, por el momento, a realizar una gira de presentaciones, recibió una llamada de Eva. Eran casi las cuatro de la tarde.

—¿Te ha dicho Luis que los autores del reportaje que se publicó ayer son amigos nuestros? Si los llamo, nos apoyarán en las búsquedas, y sabemos que les gustaría conocerte. Creo que es bueno que les hagas una visita. Ya verás como no te arrepientes, son unos tipos fantásticos y puedes confiar en ellos, nos ayudamos unos a otros...

Antes de acudir al encuentro, Marta le informó diciéndole que se trataba de buenos periodistas, y que lo confirmaba el resultado de lo que habían publicado en el dominical, ya que no habían muchas objeciones que hacer a su trabajo. Además, había que considerar un dato importante: no habían utilizado la posible relación de los hechos con su novela.

Decidió cruzar en taxi buena parte de Madrid hasta llegar a la avenida de San Luis, sede del periódico.

LAS PRIMERAS PALABRAS de los reporteros, después de las presentaciones, lo tranquilizaron, a pesar de que, como era previsible, actuaban como profesionales de la información.

—No queremos fastidiarte, Sandro, ni crearte problemas por nada del mundo. Evitaremos pedirte cualquier tipo de colaboración hasta que todo esto se aclare. Pero, si finalmente se confirmase que había un loco asesino que pretendía imitar tu libro, tienes que darnos la exclusiva de tu entrevista. Será bueno para ti explicar, entonces, cómo te ha afectado este asunto, lo que ha supuesto en tu vida, y que se conozca que no estuviste con los brazos cruzados, que te volcaste para averiguar lo que estaba pasando dentro de tus posibilidades y sin interferir en el trabajo policial.

—De ninguna manera queremos forzarte. Y otra cosa que debe quedar clara: Eva es una chavala adorable y por ella hacemos lo que sea; nos ha pedido que esperemos, y lo cumplimos, ¿eh? Podemos trabajar juntos y tal vez logremos avanzar.

Los periodistas parecían dos personas serias y de las que nunca bajan la guardia para olfatear un buen reportaje, como le había advertido Eva. Hablaban sin respiro: cuando uno de ellos terminaba de exponer algo, el otro recogía el testigo y enhebraba el siguiente argumento para reforzar lo que había expuesto el compañero. Se llamaban Manolo y Antonio. Al poco de conocerse en el vestíbulo del periódico, y tras exponer sus condiciones, le ofrecieron que los acompañase porque tenían que verse con alguien urgentemente.

—Vamos a tomar café aquí cerca con una especie de *garganta profunda*, que no lo es tanto porque lo tenemos bastante identificado. Tú te quedarás en la barra, entras un poco después que nosotros —propuso Manolo, el mayor de los dos, frisando la cincuentena. Vestía con traje y corbata.

—Cuando nos haya transmitido información de un tema que tenemos entre manos con él, le diremos que has comenzado a colaborar con nosotros, lo cual no es falso del todo, no se le puede engañar, son las reglas de esta relación; que eres escritor y guionista de la tele, lo que también es cierto, y que vamos a presentarte —continuó Antonio, más joven que su colega, de aspecto desaliñado y sin desprenderse nunca del cigarrillo en la boca.

—Ya sentado a la mesa, le diremos que sigues lo de los jóvenes supuestamente suicidas, que te han encargado continuar con esa historia. Y seguro que nos pasará información si sabe algo.

—¿No teméis perder ese contacto con mi presencia?

—No, tranquilo —dijo Antonio palmeando la espalda de Sandro—, es de confianza y suele darnos frutos interesantes, y con mucha prevención no le desagrada conocer gente, si llega con nuestro aval, claro.

Mientras caminaban por la acera de un espacioso bulevar le explicaron que no se les había ocurrido a ellos trabajar en el caso de los jóvenes; su especialidad era desvelar escándalos con ramificaciones políticas, no los sucesos. Se lo habían propuesto sus jefes y coincidían en que lo más interesante lo constituía el perfil de las víctimas y que todo aquello pudiera responder a la acción de un maníaco seducido por imitar su novela. Confesaron que habían intentado localizarlo para una entrevista y que ahora sabían que Eva los despidió para protegerlo.

—Es una tía genial y buena amiga, a pesar de que en esta ocasión tú has sido más importante para ella, por encima de nuestros intereses.

—Bueno, ahora te tenemos localizado, si tú quieres, ¿eh? —puntualizó Antonio, con la boquilla amarillenta en la comisura de los labios.

—Hemos llegado. Quédate aquí un rato, como te hemos dicho —ordenó Manolo—. Y pasados tres o cuatro minutos, entras en aquel bar.

Le señalaron una tascucha situada en la acera de enfrente, en los bajos de una torre de viviendas antiguas, en cuyo desconchado rótulo se podía leer: «Bar Victoria». En la puerta había una pizarra sujeta por un trípode de madera, con tiza blanca en la que se destacaba la especialidad de la casa: «Pincho de tortilla y caña: 1,50».

Durante la corta espera, meditó sobre la habilidad de los periodistas: ¡qué manera tan asombrosa de establecer contacto con él y ganarse su confianza! Apenas le importaba porque le habían caído bien y hasta tenía curiosidad por conocer a uno de sus informadores. Tal vez fuera útil.

Habían transcurrido más de cinco minutos cuando se adentró en la tasca. Era el lugar idóneo para mantener una charla discreta, pues carecía de la luz imprescindible para identificar a los parroquianos. Estaban ocupadas tres mesas, la de los periodistas con su informador, frente a la puerta para vigilar, dedujo, a quién entraba o salía; en otra mesa había una joven pareja, a lo suyo, y en la última, cuatro jubilados jugando al dominó, que, al saturar de ruido el local con el golpeo de las fichas sobre el mármol, apagaban las conversaciones del resto de los parroquianos. La barra, vacía. Allí se situó Sandro. Pidió una cerveza, sin pincho de tortilla, y aguardó a ser reclamado.

El *garganta profunda*, o lo que fuera, llevaba gafas oscuras, hablaba despacio, sin respiro, y era inexpresivo, algo ceñudo. Era flaco, de rostro enjuto, y vestía una cazadora de ante con el cuello alzado. Manolo y Antonio atendían a sus palabras, muy concentrados. El primero tomaba, de tarde en tarde, algunas notas en su bloc. Antonio fumaba como un descosido.

Al rato, los tres rieron alguna broma. Manolo miró a Sandro y le susurró algo al tipo, que se

giró hacia la barra. Entonces, Antonio le hizo una señal para que se acercase a la mesa.

—Este es Sandro. Comparte con nosotros ese asunto de interés, es de absoluta confianza.

—Hola —saludó el informador casi sin inmutarse por la presencia del desconocido, sin apenas moverse para mirarle la cara, con una voz profunda, bien timbrada.

Manolo, que había hecho las presentaciones, arrimó una silla para que se sentara con ellos.

—Cuéntale las dificultades para avanzar en la historia de los suicidas o lo que sea, que todavía estamos en ascuas para conocer lo que está ocurriendo de verdad —propuso Antonio.

Sandro carraspeó antes de lanzarse a hablar. Bebió del botellín de cerveza que había consumido a medias mientras había permanecido en la barra.

—En efecto, el mayor problema estriba en el hecho de que nadie nos dice si nos encontramos ante una cadena de suicidios o si, por el contrario, se trata de la obra diabólica de un asesino en serie con una habilidad pasmosa para no dejar ningún rastro y confundirnos. También carecemos de información suficiente sobre las posibles conexiones entre las víctimas o sus familiares. Es todo bastante extraño por el momento. Antonio y Manolo ya apuntaron ayer que podría tratarse de un ritual mortífero, así como de un misterio sobre el que caben diferentes hipótesis —concluyó Sandro después de hablar rápido y sin pausas.

El informador no alteró ni un músculo de su rostro mientras escuchaba las explicaciones. Respiró con tranquilidad y se tomó unos segundos antes de decir algo.

—De acuerdo. Actuaremos como siempre.

Se levantó y salió hacia la calle con paso tranquilo. Era muy alto y espigado.

—¿Servirá de algo? —preguntó Sandro sin ocultar su extrañeza.

—No lo dudes. Lo que ha dicho y su actitud son una excelente señal —destacó Manolo ajustando el nudo de su corbata.

—Lo que ha dicho... —dijo Sandro.

—Sí, así es este *tinglao* —reafirmó Antonio—. Tiene sus códigos, y cuando dijo «de acuerdo», significa que el asunto le parece bueno y que va a estudiarlo; también que algo conoce sobre el tema, pero que aún es pronto para darnos alguna cosa que merezca la pena, y actuará «como siempre», es decir, recibiremos su aviso para encontrarnos o nos hará llegar por cualquier conducto la pista o los indicios que debemos explorar —concluyó, levantándose para ir a pagar al camarero que había detrás del mostrador.

—Pues sí que ha dicho cosas este individuo —comentó con sorna Sandro. Manolo sonrió.

—Suena extraño, pero créenos, llevamos mucho tiempo con él, y esta es la ceremonia. Compartiremos lo que nos cuente, y hasta podría ocurrir que se pusiera en contacto directo contigo, ya veremos.

—Sabéis quién es, ¿verdad?

—Lo llamamos Loren, que por supuesto no es su nombre real, y sabemos, eso sí, que se trata de

un agente del CNI, nada más y nada menos.

A TODOS LES RECORDÓ a Sigourney Weaver. Y fue la doctora quien provocó la comparación hablándoles de *Copycat*, la película que protagonizó la actriz estadounidense en la que un asesino pretendía emular a famosos criminales reproduciendo con morbosa perfección sus acciones sangrientas.

Pero en realidad quien se dirigía a ellos en la desangelada sala de reuniones de la comisaría de Pozuelo era la neurocientífica Sonsoles Vidal, una española experta en comportamientos de asesinos en serie que trabajaba para la policía neoyorquina y contaba con una extraordinaria reputación en el ámbito de la investigación criminal. La doctora Vidal estaba en Madrid para impartir un curso en la sede central de la policía judicial, y el comisario Bermúdez le pidió que se encontrara con los agentes que intentaban resolver el caso de los universitarios muertos en el noroeste de la capital.

—En ocasiones, esos depredadores actúan como un acto de venganza —expuso la doctora con una tímida sonrisa y retirando sus gafas, que impedían detectar la calidez de su mirada a todos los asistentes, cautivados por su voz envolvente—. Y no lo hacen porque sufrieran durante su infancia malos tratos o abusos sexuales, o por puro placer matando, o porque anhelan protagonismo; no, no..., es un error pensar que solamente existen esos perfiles. Por ejemplo, un arresto previo, injustificado en opinión del individuo, podría despertar al animal sanguinario que lleve dentro. Y tampoco tienen perfiles extraños, ni son en apariencia personajes siniestros. Recuerden al coronel canadiense Russell Williams; este hombre carecía de antecedentes con episodios de malos tratos o de abusos. Era un militar con una alta posición social, de brillante carrera al mando de la principal base aérea de Canadá. Nadie pudo imaginar que se dedicaba a violar y asesinar mujeres y que, luego, se disfrazaba con la ropa interior de sus víctimas.

—De todas formas, aún no hemos confirmado suficientemente que los jóvenes fueran asesinados, a pesar de que todos los indicios nos hacen concluir que son el resultado de una muerte provocada o inducida. Y entre las víctimas hay hombres y mujeres —subrayó Elena—. Es un caso rodeado de bastante confusión, y lo más asombroso es que no hallamos pistas fiables.

La doctora re peinó con los dedos su corta melena retirándola de la cara hacia la nuca. Al mismo tiempo, movió la cabeza y cerró los párpados en un gesto que a muchos les hizo evocar a la psicóloga Helen Hudson, sobre todo al estar sugestionados por la mención que había hecho ella misma de la película *Copycat*.

—Por lo que me han contado, una sobredosis de medicamentos o drogas ha acabado con la vida de esos muchachos. Pues, fíjense, una sobredosis fue el procedimiento que utilizó el asesino en serie más terrible que haya existido jamás. Harold Shipman eliminó a más de doscientas treinta personas, repito, doscientos treinta seres humanos asesinados, a los que administraba morfina o heroína para acabar con ellos. Y también se convirtió en un criminal por venganza al ser incapaz de aceptar como beneficioso el tratamiento que aplicaron a su madre, enferma de cáncer. Por lo que conozco del caso que los ocupa a ustedes, debido a la personalidad de las víctimas, las circunstancias que rodean sus muertes y su entorno, concluyo que se enfrentan a un asesino en toda regla, muy hábil, desde luego, como lo fue Shipman. Tengo la impresión de que es alguien que suministra drogas a los muchachos para que terminen desembocando en una crisis que mata. Lo que deben descubrir es quién puede tener tanto poder sobre ellos, o cómo adquiere ese poder para que ellos no se opongan a ingerir el veneno.

—Y según su criterio, ¿qué perfil de sospechoso debemos tener en cuenta? Ofrézcenos un perfil aproximado —propuso el subinspector Nacho Uriarte.

—Como nos ha explicado al principio, doctora, ha estudiado escáneres de los cerebros de los asesinos en serie y podría ayudarnos bastante —insistió Santaniello.

Sonsoles Vidal abrió una carpeta de plástico donde guardaba las imágenes electrónicas a las que había aludido la subinspectora. Se las fue entregando a Elena, que se encontraba a su derecha, para que las pasara al resto del equipo empujándolas por la superficie de la mesa. La doctora se puso las gafas mientras les mostraba una de las fotografías que seguía en su poder, señalando con los dedos una zona de color violáceo.

—Aquí mismo, en la placa, nos encontramos con una parte borrosa del cerebro, similar a la que podéis ver en las imágenes que os he entregado de otros asesinos; podría contarles las brutalidades que han llevado a cabo esos personajes... ¿Lo ven? Es una zona algo apagada... Y se trata de la corteza cerebral situada encima de los ojos, que interviene como activador de la ética, la moral y la toma de decisiones. Se conoce como el córtex orbitofrontal. Debajo se encuentra la amígdala, que procesa las agresiones, las emociones y la violencia.

La voz de la doctora emitía un sonido como de suavidad esponjosa que los mantenía cautivados. Sus labios eran finos y estaban rodeados por dos profundas arrugas. Una marca en el centro del mentón le concedía aspecto de persona con mucha firmeza, resolutiva.

Los rayos del sol se colaban en la sala y, a pesar del frío exterior, el ambiente dentro era acogedor.

—... son personas que tienen dificultadas para emocionarse y no las impresiona el sufrimiento ajeno. Carecen del freno que impone el lóbulo prefrontal derecho a la hora de controlar los impulsos asesinos. En todos ellos, he comprobado que estos circuitos —los señaló con precisión en la imagen— estaban dañados.

—Los cerebros funcionan de manera distinta al resto, eso ya lo imaginábamos. Lo sorprendente, doctora, es apreciarlo de esta manera —comentó Uriarte.

—Este estudio es un avance importante en la criminología. Ahora podemos ver cuál es el deterioro del cerebro de los psicópatas, dónde se localiza el daño, el patrón que vincula a estos asesinos.

—Aún no nos ha definido, si es factible, un perfil de nuestro sospechoso —recalcó el subinspector Hueso.

—Lo intentaré...

Guardó la placa en su carpeta, bajó la cabeza y se frotó las sienes con las manos.

—... creo que deben esmerarse en analizar el círculo próximo a las víctimas, a sus familias, probablemente es alguien que puede haber padecido recientemente una situación personal dolorosa y que, por supuesto, tiene dañado el córtex al que hacía referencia. O alguien que ha recibido un choque emocional que no logra dominar por fallo en su autocontrol. No sé cómo ayudarlos..., es lo que puedo ofrecerles con los datos que tienen a su alcance. —Los miró a todos, uno a uno, con una sonrisa delicada, y contrastó al analizar las caras de los asistentes que su exposición había provocado bastante incredulidad en la mayoría.

—¿Cómo llega a esa conclusión? —preguntó Elena.

—El método elegido para eliminarlos, nada sangriento, nos indica esa proximidad con los jóvenes y nos describe de alguna manera al potencial sospechoso. Se trataría de un individuo egocéntrico, imitador de emociones porque no las siente. Esto es solo una sugerencia —abrió las manos mostrando las palmas y levantando los hombros—, y no es sencillo acertar o facilitar más detalles de un posible perfil.

—Gracias, doctora, nos ha dicho mucho y ha arriesgado bastante en su descripción del posible sospechoso, ¿verdad? —Los demás confirmaron la impresión de Elena con monosílabos o con un movimiento de la cabeza—. Nos damos un respiro, muchachos, mientras acompaño a la doctora Vidal; abajo tiene un coche esperándola y nos hemos pasado un poco del tiempo que habíamos acordado con ella.

Al regresar, los encontró charlando animadamente, de pie, sobre la impresión que les había suscitado la neurocientífica.

—Esto es fantástico. Nos ha planteado una vía de exploración nueva en algunos aspectos y bien definida. Busquemos esas posibles coincidencias en el círculo familiar.

El comentario procedía de Nacho y fue respaldado inmediatamente por el resto de los agentes, que lo expresaron con gestos de asentimiento mientras se acomodaban alrededor de la mesa.

—Nosotros recogimos nombres de algunas amistades de la familia, no creo que estén todos ni mucho menos —destacó Juan García, uno de los guardias civiles que hasta el momento habían permanecido impassibles atendiendo a las lecciones de la doctora Vidal.

—De acuerdo, es algo que debemos indagar, y lo haremos atendiendo al consejo que nos ha hecho la neuróloga. Tenemos mucho que inspeccionar, añadiremos esta tarea para vosotros.

Elena habló a los guardias al mismo tiempo que se abrochaba la chaqueta. El sol se había ocultado bajo unas nubes densas y soplaban un viento gélido del norte que se filtraba por las indetectables rendijas de la endeble construcción. Un oxidado radiador no proporcionaba el calor imprescindible para caldear la habitación.

—Apenas concedimos importancia al entorno social de los padres. Creo que la doctora nos ha hecho una sugerencia interesante, desde luego —expresó María Santaniello.

—Está bien, pero fijaos en que resulta complicadísimo obtener algo de ellos. Están destrozados después de perder a sus hijos y porque somos incapaces de decirles qué ha pasado —explicó Ramón Hueso con pesar—. El encuentro que mantuvimos con los padres de la última víctima, Javier Torres, fue..., no sé cómo expresarlo —lamentó el subinspector con rabia contenida—; fue desolador, y sin posibilidad de conversar serenamente. Están confundidos, bloqueados, son los primeros en mostrarse incapaces de entender lo que ha sucedido, incapaces de facilitarnos una explicación mínimamente razonable. Resulta casi imposible que nos ayuden en el estado en que los encontramos, de ofrecernos algo que resulte interesante.

—Todo eso es cierto —reconoció Elena—, y las dificultades no deben afectarnos. Tenemos que esforzarnos y ser exigentes, para interrogar a los testigos, sean padres o amigos, con objeto de indagar en todos los aspectos que nos permitan localizar pistas. Debemos ser estrictos a la hora de realizar las comprobaciones pertinentes que consideremos imprescindibles.

LAINSPECTORALO LLAMÓ muy tarde. Parecía sosegada a pesar de la gravedad de lo que tenía que contarle.

—Ha aparecido otro. Y todo se repite: entorno, perfil, familia, etcétera. Pero en esta ocasión hay algo diferente: le han seccionado la carótida, posiblemente con un cútter. Ha ocurrido en Las Jaras, una urbanización cercana a Las Matas.

—Eso significaría que nos hallamos ante una situación distinta y en una zona algo alejada de las anteriores —razonó Sandro—. Y, desde luego, en un supuesto diferente: un asesinato con violencia, o un suicidio con otra práctica y más extraño que los anteriores...

Quedaron en verse más tarde.

Al apagar el móvil, Sandro se sintió aliviado y se avergonzó. Por fin, el esquema establecido hasta entonces se alteraba: la muerte del estudiante se había producido como consecuencia de una acción directa de otra persona y con extremada violencia. ¡Era una buena noticia!

—Tienes razón, estamos obligados a analizar el caso con otra perspectiva —razonó Elena mientras cenaban en un restaurante italiano situado a pocos metros de la casa del escritor, en una plaza recoleta y tranquila.

—Supone un respiro grande para mí, no sabes cuánto me alegro, aunque suene mal que hable así, tú me entiendes. Cabe la posibilidad de que sea algo completamente distinto, otro caso.

—No lo creo...

Ella daba la impresión de estar agotada, bajo sus ojos hinchados aparecían unas marcadísimas ojeras violáceas, tenía resecos los labios y los sutiles surcos de su rostro se habían hecho más profundos. Lo más destacable, sin embargo, era la mueca de disgusto, o de tristeza, incluso una mezcla de las dos, que mostraba la expresión de su cara.

—Nos encontramos ya, en estos momentos, con la quinta víctima, y si no ponemos remedio, mucho nos tememos que continúe. Esto es lo fundamental.

Lo pronunció a bocajarro, sin pensárselo dos veces. De igual manera había actuado cuando decidió llamarlo esa tarde. Ella misma se extrañaba de la excesiva confianza que mantenía con Sandro. Constituía una ayuda relativa, apenas aportaba elementos sustanciales para resolver el caso, y todos creían que escondía datos sobre el proceso que había utilizado para elaborar su relato. Para colmo, representaba un riesgo de filtración que podía perjudicarla y complicarlo todo. ¿Qué diría el comisario si llegara a saber que mantenía una relación fluida y constante con él, intercambiando información sobre el desarrollo del caso? Es cierto que al principio, por

obligación, quiso estar cerca de él para controlar sus movimientos, porque tenía la consideración de sospechoso. ¿Había que descartarlo por completo?

Aquella noche, inmersa en el ambiente sosegado del restaurante, se frotó la frente con las dos manos cerrando los ojos un buen rato en una muestra de debilidad que nunca desvelaría ante otras personas. Estaba rozando sus límites.

—¿Por qué sumar esta muerte a las anteriores? —insistió Sandro sin aguardar a que ella se despejara.

—Tenemos que hacerlo —replicó ella sin abrir por completo los ojos—. Las coincidencias son numerosas.

—Vamos a ver. Alguien ha degollado al muchacho, ¿cómo relacionarlo con los otros? No tiene mucho sentido.

Elena apenas había probado bocado del *antipasto* que le habían servido hacía ya media hora y, por el contrario, dio buena cuenta del Ribera del Duero que escogió para acompañar la cena. Comenzaba a sentirse aturdida. Tenía serias dudas sobre si retomar la conversación con Sandro haciéndole confidencias.

Finalmente, animada después de dar un buen trago al vino, decidió desvelar alguna información, a sabiendas de que estaba cometiendo una transgresión grave:

—Los forenses me llamaron un poco antes de venir al restaurante para decirme que también han encontrado, en un análisis preliminar durante la autopsia realizada a Antonio Jiménez Alcocer, este es el nombre completo del joven, restos de un fármaco hipnótico sedante, en cantidades importantes y dosis muy dañinas. Algo bastante similar a lo que apareció en los demás.

—¿Cómo es posible? —rumió Sandro entre dientes—. ¿No lo mató entonces el tóxico porque alguien decidió adelantarse, sin aguardar a que lo eliminara el veneno?

—Puede ser. Lo cierto es que este hecho relaciona a Antonio Jiménez con el resto, además de múltiples aspectos de su perfil. Se ha producido una variable, eso es cierto. Sin embargo, no podemos descartar todavía la imitación, ni desvincular esta muerte de hoy con las otras.

—Ni que se detengan.

—Eso es.

El entusiasmo inicial se había diluido como un azucarillo. A pesar de lo que había escuchado, Sandro se reforzó en la diferencia. Para él comenzaba a recular el proceso imitativo que tanta zozobra le había causado. No tardó mucho la inspectora en enfriar su afán al referirse a la sugerencia que había anunciado al equipo de investigadores, esa misma mañana, la neurocientífica Sonsoles Vidal.

—Nos dijo que era probable que nos encontráramos ante un asesino en serie emulador, algo que se da con cierta frecuencia. Que a esos individuos les agrada reproducir, para realzar como heroicidades, las acciones de otros psicópatas, y para ello nos recordó la película *Copycat*, donde

se describe una situación de esas características. Por supuesto, subrayó que nosotros teníamos a un imitador de la ficción, porque de la misma habría obtenido la inspiración necesaria para activar su cerebro enfermo, capaz de empujar hacia el abismo a sus víctimas con una habilidad sorprendente.

—Y¿ tú estás de acuerdo con ese análisis? Para empezar, yo pienso que el asesinato de Antonio Jiménez es una alteración significativa del guión y que el psicópata va por su cuenta, sin copiar nada ni seguir un patrón definido.

—Todo es posible, Sandro, a estas alturas no podemos rechazar ninguna hipótesis, porque contamos con muy poco para rebatirlas. Puede ser el mismo asesino, al que algo le ha fallado y se ha visto obligado a actuar de otra manera, y que nos enfrentemos ante un caso diferente, ¡quién sabe!

Se habían quedado solos en el restaurante. Eran las once y media de la noche. Sandro comprobó que las dos camareras eslavas permanecían acodadas en la barra, pendientes de ellos. Elena iba recuperando un poco el color en sus mejillas y el ánimo. Le sentaban bien la charla y la bebida.

—He conocido a los dos periodistas que hicieron el reportaje este domingo.

—¿Cómo? Eso está muy bien —alabó Elena de manera espontánea para, a continuación, modificar su actitud—. Confiamos..., confío en ti, nunca he pensado que nos decepcionarás. Tengo que decirte que cualquier filtración complicaría las cosas, las agravaría, no puedes imaginarte el daño resultante, y para mí sería terrible.

—Tranquila... Mientras no se resuelva este asunto, nada se sabrá por mí, ni nadie obtendrá ninguna clase de información o comentario sobre el desarrollo de la investigación. Los periodistas me presentaron a uno de sus contactos, que se prestó a pasarme información sobre las muertes en el supuesto de que tuviera algo a su alcance. Creo que es una oferta como para no rechazarla.

—Y ¿por qué tendría algo de valor lo que pudiera facilitarte? ¿De quién se trata?

Elena tenía curiosidad. El reportaje había levantado muchas ampollas en el seno de la policía judicial y sería relevante conocer a otras personas que hubieran pasado información a los periodistas. Se desprendió de la chaqueta, pues el vino había incrementado su temperatura corporal, miró a su alrededor y retiró de la espalda la funda con la pistola HK USP 9 mm que llevaba prendida en el cinturón de su pantalón. A continuación, la introdujo en el bolso.

—Me dijeron que era un agente del CNI.

Ella sonrió. Levantó la cabeza para mirar hacia el techo como si sopesara la ventaja que se le suponía al individuo. Luego, clavó en Sandro su mirada escrutadora, que se había acerado con la última parte de la conversación. Le agradaban las facciones del escritor: angulosas, recias, como si fueran las de una persona que trabaja a la intemperie, todo lo contrario del espacio donde se suponía que desarrollaba su actividad. Así mismo, la atraía la calidez en el trato que mantenía con ella. Decidió plantearle:

—Si tienes la oportunidad de volver a verlo, o hablar con él, pregúntale sobre estas tres personas, a una de ellas tú la conoces.

Extrajo del bolso una *moleskine* de pastas negras y la abrió por la hoja marcada con una cinta de tela marrón. Se la enseñó sin soltar el cuaderno de la mano, él colocó la palma de la suya sobre el dorso de la de Elena y la acercó para leer lo que había escrito sobre el papel. Eran tan numerosas las anotaciones que, en un primer momento, estuvo perdido y no pudo localizar los nombres a los que ella aludía. Percibió, eso sí, la piel suave, casi helada, de la mujer. Le extrañó. Había calculado que estaría ardiendo. De súbito, vio escrito y remarcado con bolígrafo rojo los nombres de Pedro del Moral, justo debajo, Cristina Ripollés y, a continuación, Gonzalo Galipienso, con caracteres impecables, con una ortografía de manual, como el resto de las notas que rellenaban por completo las hojas.

—¿Qué han hecho, o qué buscáis?

—La neurocientífica nos ofreció un pretendido perfil del asesino y destacó la probable relación con todos los padres de las víctimas por la facilidad para abordar a los estudiantes sin dejar un mínimo rastro. —Después de comprobar que Sandro había escrito en una tarjeta del local los tres nombres, guardó la *moleskine*—. Hemos preguntado a todos y estos tres reúnen esas características. Cristina Ripollés y Gonzalo Galipienso conocen a cuatro de las familias, al padre o a la madre, y Pedro del Moral a tres...

—Entonces, no sirven, y lo de la mujer sería además rechazable en principio. Ninguno de ellos está relacionado con todos —objetó Sandro.

—Ya... —asintió ella con gesto mohíno—. Pero así están las cosas, algo es algo, y todo nos vale por el momento, incluso esta teoría de la doctora, que, a priori, resulta demasiado descabellada como para concederle mucha importancia.

Sonó el teléfono de la inspectora, hizo un gesto como para disculparse y se giró para buscarlo en el bolso colgado en el respaldo de la silla.

Sandro pidió la cuenta y pagó mientras ella hablaba con un médico, el doctor Vizuite. Sin finalizar la conversación, volvió a colocar la pistola en su cinturón y a repeinarse con la mano que tenía libre. Él no dejó de observarla y le resultó agradable la cadencia de sus movimientos mientras permanecía a la escucha de la llamada recibida.

Al salir del restaurante se encontraron con las calles vacías, en completo silencio. Elena se despidió con un abrazo juntando su cuerpo al de él como nunca lo había hecho antes, tanto que Sandro quedó paralizado por la intimidad y el afecto que le transmitió.

—Siento tener que irme, pero debo acudir al Anatómico Forense. Nunca hay descanso en este oficio. Seguimos en contacto, ¿eh?

—¿Hay novedades?

Ella no respondió.

EL EQUIPO DE SONIDO reproducía *Saving all my love for you*, la balada de Whitney Houston que más lo conmovía. Esa noche resultaba especialmente turbadora, viendo caer esponjosos copos de nieve detrás de los cristales, envolviendo por completo el apeadero del metro ligero en el que se refugiaban varias chicas que regresaban a sus casas después de finalizar la jornada como asistentes de familias con hijos pequeños, de personas mayores que viven solas, o como camareras en algún restaurante.

La carretera refulgía con el manto brillante que iba formándose sobre el asfalto, y hasta la luz amarillenta de las farolas se transformaba en un resplandor sedoso con el filtro del agua helada. Pocos vehículos circulaban a esas horas de la noche. El silencio reforzaba persistentes imágenes y sensaciones que había atrapado durante la cena con Elena. Las penosas vivencias de los últimos días habían dejado de ser tan amargas; por fin lograba liberarse del mordiente rapto que supuso estar señalado como el inspirador del doloroso drama.

La potencia seductora y jazzística de la voz de Houston lo hizo sumirse en un sopor dulzón. A pesar del frío exterior, abrió las ventanas de par en par y aspiró a fondo el aire renovado. Ahora Whitney interpretaba *Shoop Shoop*, un delicioso *soul* que abrigaba con la perfección de su madurez vocal.

Cerró las ventanas y se acomodó en el sofá con las piernas apoyadas en la mesa baja. Saboreó lentamente el *gin-tonic*. El trago cargado de alcohol provocó un efecto demoledor en su cerebro y aportó algo de confusión a su mente.

Fue salvado por el móvil. Llamaba Marta. En las últimas horas se había olvidado de ella.

—Finalmente, decidí quedarme en casa —dijo su amiga al comenzar la conversación.

—¿Por qué?

—No lo sé, iba a ir a verte, pero me dio pereza hacerlo. Reconozco que no es normal algo así.

—¿Qué ha pasado?

—Te veo distante, no me llamas; te disculpo porque entiendo que no es fácil pensar en nosotros con lo que estás pasando.

—No creas, estoy mejor, mucho mejor.

—¿Sí...?

—Claro, el último joven ha muerto de manera violenta, no como los otros.

—Lo sabía, ya circula información por la red y los digitales. Y ¿por eso te encuentras bien? No sé si deberías... Es otra pérdida, un nuevo asesinato.

Sonó a reproche y algo amargó su boca, tal vez el regurgitar de la ginebra que erosionó su garganta. Comenzó a toser. Dio un trago a la botella de tónica para refrescarse. Se temía algo peor por el tono punzante con el que le hablaba Marta. Debía estar preparado para la sorpresa.

—¿Cómo va la relación con la inspectora? Os veis a menudo, ¿verdad?

—Apenas avanzamos, pero yo presto toda mi ayuda, lo que me piden, desde luego.

—Es una mujer extraña y atractiva, seguro que gusta a cualquiera.

—Ya lo creo.

Sonaba *It's not right but it's okay*. Su ritmo insinuante logró evadirlo y suavizar la tirantez de la conversación. Era inexplicable, pero temía que el conflicto se estaba fraguando, y se agarró a la oportunidad que se le presentaba.

—Marta, te llamo mañana, veo por la pantalla que intenta hablarme Julián Espejo y ya sabes cómo se las gasta. Un beso.

No le dio a ella ninguna ocasión de réplica.

—Necesitamos que retoques, de inmediato, el último guión que nos entregaste.

—¿Qué exactamente? ¿Qué tengo que hacer?

—La escena de Leandro acompañado por su amantísima madre para participar en el programa *Quién quiere casarse con mi hijo* resulta algo endeble. No podemos mezclar de esa manera nuestra serie con el *docurreality*, no me agrada cómo está resuelto —se quejó Espejo en tono airado.

—Eso no fue cosa mía, Julián. Lo hicieron otros para verdear la trama metiendo a esa madre lagarta y a unas cuantas candidatas *stripper* jamonas. Yo lo único que añadí fue la escena en la que la madre solicita a una de esas descocadas que le explique cómo desvirgaría a su polluelo, en sintonía con el resto del despropósito. Así creo que le daba al menos un poco de fuerza cómica, aunque para mí el conjunto resulta..., ¿cómo decirlo? Un poco estomagante. A pesar de todo, y como es mi obligación, afiné los diálogos para que resultara verosímil.

En unas pocas horas, mucho habían cambiado los gustos del director de la serie para que saliera con aquel resquemor, pensó Sandro. La escena de la madre participando en el absurdo programa de televisión seguramente era una invención suya. Quizá Julián, dedujo, había buscado una excusa para hacerle otras propuestas. Imposible imaginarlas.

—Bueno, te pido que lo repases de nuevo para ver si se puede mejorar en algo, ¿qué te parece? No quiero que te agobies por ello.

Sonaba a cantinela, poco convincente. Jamás se dirigía a él con tanta benevolencia y delicadeza.

—Por supuesto que lo haré. Le daremos otro repaso a ese capítulo. ¿Para cuándo lo necesitáis?

—Estaría bien mañana, aunque, si tienes mucho jaleo por ese asunto de los asesinatos a estudiantes, podemos esperar al jueves. ¿Cómo lo ves? Supongo que lo estarás pasando fatal. Y ya van cinco fiambres con el de hoy...

Sandro comenzaba a preocuparse seriamente por la asombrosa e inédita actitud de Julián Espejo, que acostumbraba a mantenerse ajeno a la realidad; era el paradigma de lo frívolo, de la existencia inmersa en una burbuja alimentada con la diversión a cualquier precio.

—Sí, es terrible...

—Me han dicho que estaría bien que participaras en algún *talk show* de la cadena, te lo tendrían muy en cuenta. Yo creo que es buena idea y te ayudaría. Mejor en uno de la noche, en *prime time*. Sería fantástico para que promocionaras tu novela, ¿no crees?

¡Aquel era el motivo de la llamada!

Querían la exclusiva, montar el escándalo, y forzarían la máquina para conseguirlo. Los italianos de la cadena eran constantes cuando atisbaban una pieza para organizar el *show*.

—Diles de mi parte, Julián, que no deseo promocionar nada, que mi timidez me impide sentarme en un estudio de televisión para hacer frente al tercer grado que me impondrían unos sucedáneos de informadores engañatontos. Que ya me lo sé, que llevo mucho tiempo en esto, tú tienes que comprenderlo.

Fue lo más suave que pudo para oponerse el ofrecimiento venenoso que le hacía Julián actuando como portavoz de la emisora; al mismo tiempo, tuvo que controlar su disgusto para evitar desbordarse.

Nada más colgar el teléfono, expulsó con fuerza el aire que retenían sus pulmones. Se preparó otra copa y la consumió con algo de ansiedad. Después se puso a trabajar en el estúpido guión, pues no quería proporcionarles argumentos para que criticasen su actitud de resistencia al espectáculo del sensacionalismo barato.

LO MEJOR DE Prado del Rey eran los profesionales que se habían formado allí, en la televisión pública estatal. Lo único que dañaba esa impresión se originaba cuando alguno de ellos ascendía a directivo, ya que dejaba de ser un compañero y solía transmutarse, la mayoría de las veces, en alguien insoportable. La última moda consistía en importar a ejecutivos que no conocían el negocio, ni a las personas, lo que creaba serios problemas en la organización y había hecho perder calidad a muchos de sus productos por intentar parecerse a lo que hacían las otras cadenas. Sandro estaba muy agradecido de su paso por allí y de las relaciones que había establecido con algunas personas, especialmente con Eva y Luis.

Cuando a primera hora del miércoles fue convocado por su amiga, se desplazó sin dudarle a la televisión.

Nada más cruzar la barrera de seguridad, y sin bajarse del taxi, hizo una llamada por el móvil para que ella se acercase hasta la entrada del edificio principal, tal como habían acordado previamente.

La vio bajar corriendo la escalinata, sonriente.

Se abalanzó sobre él con la efusividad que la caracterizaba, colgándose de su cuello para darle un abrazo. Era una mujer preciosa; de haber tenido más altura —apenas superaba el metro cincuenta—, habría llamado la atención de muchos productores con todo tipo de propuestas. A él lo atraía su carácter afable, su optimismo y vitalidad, aunque algunos la consideraban un poco aniñada.

—Demos un paseo, será mejor. Luis está montando un programa y no ha podido dejarlo. Luego, subimos a verlo, si quieres.

Estaba chispeando y hacía frío. Eva le propuso caminar por el aparcamiento sin que él comprendiera el motivo hasta que avanzaron unos metros.

—Necesito fumar —le dijo, mostrándole un paquete de cigarrillos que había sacado de su pantalón, tan ajustado que lo tenía pegado al cuerpo como un guante. Encendió el tabaco aspirando con ansiedad la primera calada—. Vaya pasada, ¿eh? ¡Menudo cirio se está organizando con la muerte de esos chicos! Algo comprensible, por otra parte. Y no sabes cómo nos están presionando para buscarte desde las otras teles y desde todos los periódicos, incluso aquí también. Pero puedes estar tranquilo... nosotros somos una barrera que no romperán y tenemos la promesa de Antonio y Manolo, ellos esperarán a que esto termine.

—Yo creo que lo del asesino que se inspiró en mi relato se ha desvanecido bastante. El último fue liquidado de un tajo en la yugular y eso no estaba en el guión, así que esto cambia —afirmó Sandro frotándose las manos.

La sonrisa de Eva y sus ojos, de un inmenso azul, resultaban reconfortantes. Asentía con la cabeza, y para satisfacción de Sandro lo ratificó al instante:

—En efecto, me parece que podemos comenzar a estar tranquilos en ese sentido —confirmó ella exhalando una bocanada de humo—. Yo, por si las moscas, sigo buscando líderes espirituales y, al mismo tiempo, no dejo de revisar biografías. Te aseguro que mi ordenador está echando humo...

Había bastante neblina que los protegía suficientemente de los curiosos, pues no dejaban de cruzarse con gente caminando o con vehículos que circulaban por el amplísimo recinto. También ayudaba a Sandro para enmascararse el chaquetón de paño azul con amplias solapas levantadas que ocultaban casi todo su rostro.

—... y por fin, creo que tenemos algo bueno o, al menos, nos lo parece —añadió Eva con entusiasmo—. Por esa razón necesitaba verte rápidamente. Es algo que podría relacionar a los padres de las víctimas, y tal vez explicarnos en parte lo que está pasando. No existía un elemento común como el que hemos encajado, lo que significaría que nos alejamos de la hipótesis que hasta ahora ha obsesionado a la policía.

Detectó el palpitar de su corazón algo más acelerado después de escucharla.

—¿Qué tenéis? Suena bien. —La atrajo hacia él cariñosamente, pero con tanta fuerza y nulo control que ella estuvo a punto de caer por el suelo después de tropezar con un bordillo.

—Todos tienen algo en común, creemos que puede ser relevante —insistió mientras aplastaba la colilla contra el suelo.

Se acercaban a la parte trasera del edificio de la Casa de la Radio, la zona más recóndita del conjunto que formaba Prado del Rey. Allí resultaba más complicado que se fijaran en ellos. El trasiego de personas y vehículos era mucho menor.

—Resulta extraño que la policía no lo sepa aún, o puede que no te lo hayan dicho, sin más. ¿Qué tal te llevas con la inspectora Artiles?

La pregunta lo desconcertó.

—Bien, claro.

—Es una tipa legal, eso parece. Y es atractiva, ¿eh? Tiene una especie de frialdad misteriosa que deslumbra a cualquiera, sea hombre o mujer...

—Venga, Eva, ¿de qué se trata? No te enrolles ni te vayas por las ramas.

Ella sabía que así era su Sandro: impulsivo, directo, impaciente...

—De acuerdo, vayamos por partes. Los padres de todos los chicos están relacionados a través de Caja Central. Todos lo están... Supongo que conoces el lío que hubo con esa entidad financiera

y los problemas que provocó, no es una tontería.

—¿Quieres decir que las familias son clientes, que tienen créditos de esa caja de ahorros? Es decir, como miles y miles de personas.

—No seas tonto —rebatíó con rotundidad la ironía empleada por él—. La vinculación se establecería por su actividad profesional. —Sandro intentó interrumpirla de nuevo, pero ella lo detuvo con un gesto de la mano indicándole que fuera más calmado—. Es mucho más importante, muchísimo. Dos de ellos son consejeros de la caja, bueno, uno lo fue: el padre de Alberto. Pero aún continúa allí, en el consejo, el padre de Patricia. Por otra parte, el de Ángeles es inspector del Banco de España y, al parecer, dirigió al equipo encargado de inspeccionar el estado de las cuentas de la entidad, por cierto, catastróficas. La relación de los otros no resultaba tan evidente, pero Luis movió sus hilos, ya lo conoces, no para hasta dar con algo, y logró establecer la vinculación. La madre de Antonio Jiménez Alcocer, la última víctima, es Isabel Alcocer. Pues bien, esta señora es abogada y ha llevado muchos asuntos de Caja Central, digamos que se puede considerar la institución financiera como el principal cliente de su despacho. Y, finalmente, el padre de Javier Torres tiene una empresa de consultoría y la caja de ahorros representa su facturación más notable. ¿Qué te parece?

Sandro no reaccionó de inmediato. Pretendía evaluar la dimensión de lo que le había contado Eva y no lo conseguía, estaba confuso.

—Tiene buena pinta, sí. Tal vez signifique mucho, o no, pero es algo para ir tirando —pronunció, al cabo, pasados varios segundos, y en voz baja, como si fuera una reflexión que se hacía a él mismo.

Sandro se sentó en un pretil de cemento levantado para detener los desprendimientos de un terraplén, pues necesitaba meditar un rato sobre lo que acababa de escuchar. Frente a ellos tenían la fachada trasera del edificio de la radio, con los almacenes y el aparcamiento de unidades móviles y coches de producción.

—Es importante —afirmó Eva, animosa—. Y lo es porque establece un vínculo entre ellos, entre los padres. Es poco, aparentemente, pero vale más que nada.

—Sin duda, la madre de ese chico, de Antonio Jiménez, la última víctima, tendrá otros clientes, y el padre de Javier, lo mismo. Y con ello podríamos encontrarles otras conexiones, ¿no crees?

Ella se acomodó a su lado e intentó echarle un brazo por encima de su hombro sin conseguirlo. Acarició su espalda afectuosamente. Sandro había bajado las solapas del chaquetón.

—Es bastante, nos parece fundamental, los vincula a todos.

Él sonrió. Cogió sus pequeñas manos.

—Tienes toda la razón. Y resulta fantástico lo que estáis haciendo. Os lo agradezco muchísimo.

—No tienes que agradecer nada, tú harías lo mismo por nosotros.

—Puedes estar segura de ello.

Algunas personas, las pocas que transitaban por el lugar, no fueron capaces de reprimir la curiosidad y escudriñaban a hurtadillas. Sandro y Eva no modificaron su actitud. A él dejó de importarle que lo vieran por allí.

Antes de abandonar Prado del Rey, subió a hablar con Luis a la redacción. Allí pidió a los dos que miraran en cuanto les fuera posible el perfil y la trayectoria, personal y profesional, de los amigos de los padres que Elena le había facilitado la noche anterior, sin contarles la hipótesis de la neurocientífica, que incidía en la búsqueda de un sospechoso que estaría relacionado con ellos.

—Saber quiénes son y de qué pie cojean resultará sencillo, eso está hecho —avanzó Luis—. Pero tiene un precio. Habrá que montar una juerguecita, con las polis o con amiguitas de esa maravilla de Marta.

—Haremos que los ordenadores trabajen sin descanso, no tardaremos mucho en obtener información —añadió Eva.

UN SOL BRILLANTE, sin nubes que lo debilitaran, calentaba los jardines del edificio principal del CNI, animando las escuálidas plantas y los arbustos castigados por las intensas heladas nocturnas.

El agente Rouco consideró ese hecho como el motivo que había llevado a su jefe a citarle en el exterior; no se le ocurría otra circunstancia, ya que la discreción del encuentro peligraba si permanecían fuera de sus despachos. En realidad, Vernon necesitaba fumar, por la tarde tendría visita y no deseaba que en su despacho permanecieran indicios de que él se saltaba las reglas.

001, como fue conocido en sus tiempos de gloria, agarró a Rouco del brazo llevándoselo a una zona protegida de las miradas, en el epicentro de un pinar de poca altura que impedía ser vistos desde los innumerables ventanales que daban a la parte trasera de la sede del CNI y constituía una zona muerta para las cámaras domo panorámicas de 360 grados. Ofreció un cigarrillo a su colaborador, pero este lo rechazó alegando estar indispuerto, mientras se distraía con el efecto de los rayos del sol moteando el césped.

—Y bien, ¿cómo consideras que debe manejarse el asunto?

A Vernon no lo atraían las distracciones y tenía por costumbre ir al grano. Antes de responder, Rouco observó con curiosidad el impoluto traje de su superior, la calidad de su paño azul marino, la corbata Loewe de color claro, la dimensión sospechosa de su abdomen curtido en el sillón y el acerado brillo de sus ojos. Había cambiado mucho en los últimos años, transformándose en una persona sombría ante los demás, con atisbos de mal humor. 001 le había encargado días atrás que estudiara las circunstancias que rodeaban la muerte de varios universitarios en la zona noroeste de Madrid.

—Como otras veces, es decir, que podríamos facilitar algo a los periodistas, alguna migaja, y que indaguen ellos sin que perdamos por completo nuestro control —respondió Rouco.

—Para nada, es arriesgado, en esta ocasión sería insensato mezclarlos; nos conviene hacerlo para otros asuntos —replicó Vernon con voz grave, abrasada por el tabaco—, cuando nos interesa confundirlos o por intereses promovidos de más arriba, entonces está bien. Ahora, de ninguna manera debemos animarlos para que sigan un rastro que sería comprometido si los condujera hacia aquí. Por supuesto, peligroso... y estúpido. Debemos permanecer al margen.

—Pues no se me ocurre qué hacer, entonces... —lamentó el avezado agente.

Después de dar una calada infinita, el jefe aplastó con rabia la colilla contra el césped, arrugó el entrecejo e hizo un gesto de contrariedad marcando unas arrugas profundas en toda la cara.

—Ayer me dijiste que a la judicial, nada —se precipitó a añadir Rouco con el deseo de que se relajara el encuentro. El agente era conocido con ese sobrenombre de connotaciones de liderazgo episcopal, idéntico al cardenal gallego, por defender con firmeza, a veces recalcitrante, sus posturas.

—Cierto, a ellos no podemos darles nada, lo complicaría, corremos idéntico riesgo: que den con nosotros y alguien se vaya de la lengua después. Sería imposible pararlo. Tenemos que ser extremadamente cuidadosos —advirtió el superior mientras sacaba otro cigarrillo Marlboro y lo encendía con un mechero de oro, regalo de Manuela, su amorosa italiana, como él mismo se encargaba de publicitar en las escasas y reservadas celebraciones festivas con contados miembros del CNI.

—Lo mejor sería darles una sutil pista a la *canallesca* y que comiencen ellos a levantar historias. O deberíamos esperar algo más porque todavía no tenemos muchas certezas; no existe confirmación de que sea lo que hemos deducido con la información que poseemos y, de cualquier manera, establecer una relación creo que está al alcance de pocas personas. Hay que esperar y conseguir más elementos. Tal vez nos estamos precipitando, aunque, si dejamos que esto avance, por ahí fuera nos crecerán los enanos. —El agente comenzó a frotarse las manos para entrar en calor, pues había salido al exterior sin abrigo—. La situación es de una dificultad extrema y con pocas salidas para nosotros si, finalmente, se confirma esa locura.

—Sí, lo es, y también te digo que es urgente, es preciso actuar cuanto antes, ya mismo, en este instante; porque, si es lo que sospechamos, no debe continuar ni un minuto más, y a nosotros, como puedes entender, nos está vedado intervenir, esto se sale de nuestra competencia, es preferible que las piezas se muevan fuera. La sutileza y la habilidad son nuestras armas...

Una brisa suave comenzó a balancear las hojas de los árboles. Rouco miró a su alrededor intentando comprobar si estaban protegidos de los ávidos compañeros dispuestos a no perderse nada de lo que sucedía en los alrededores de los edificios. En efecto, era difícil que pudieran ser localizados o grabados con las cámaras entre las espesas ramas de los pinos. Era evidente que el jefe tenía controlado el escondrijo para sus charlas discretas sin tener que acudir a Aravaca o a Madrid.

—Se me ocurre algo que quizá pueda darnos resultados.

—Dime —instó 001.

Rouco había llegado a la conclusión de que era ineludible acelerar el soplo.

—Conocimos a un escritor que está metido en este jaleo sin quererlo porque los judiciales se empeñaron en que el asesino se había inspirado, o incluso copiaba, el procedimiento descrito en una de sus novelas. Lo cierto es que ha caído bien, colabora con la inspectora y lo mejor es que unos colegas suyos que trabajan en Televisión Española se han revelado como excelentes sabuesos; consiguen resultados rápidos y ayudan al otro a la hora de encontrar cualquier pista.

Podemos impulsar a ese individuo, y quizá se mueva con sus colegas en la dirección conveniente. Yo creo que esto funcionaría, y si no es así, lo paramos y volvemos a dirigirlo de otra manera.

A medida que escuchaba la propuesta, Vernon sopesaba los posibles riesgos y ventajas que supondría aprobarla. Dio unas caladas rápidas al cigarrillo y comenzó a desplazarse por el reducto boscoso.

—Puede ser una vía interesante si lo animamos a meter las narices donde nos interesa y lo tenemos bien controlado para que no haga ninguna estupidez. Tendremos que hilar fino —dijo 001—. ¿Estás seguro de que esos tipos serían capaces de desarrollar un análisis adecuado hasta dar con la respuesta si les facilitamos una vía? O con la más adecuada al menos, lo que ya nos serviría.

Vernon miró por encima de su hombro al subordinado y con el rabillo del ojo comprobó que asentía con un ligero movimiento de la cabeza.

—Y ¿piensas que envueltos en la historia podrían culminar la operación como si fuera un hallazgo de ellos mismos?

El jefe se dio la vuelta y se colocó frente al agente clavándole sus acerados ojos a la espera de una respuesta convincente.

—Son gente muy hábil y con una curiosidad y vocación para levantar cosas que ya quisiéramos muchos de nosotros. Se entregan en la búsqueda, y los resultados llegarán a la policía como si hubieran surgido de su propio esfuerzo. Estoy seguro de que será así porque ya han conseguido encajar algunas piezas.

—Bien, pues adelante, pongámonos manos a la obra. Que por nada del mundo puedan deducir que parte de nosotros.

NUNCA LO HABRÍA definido como una obsesión, ni tampoco como curiosidad insana, aunque se revolvía intentando comprender qué le estaba ocurriendo para ser incapaz de desprenderse de aquella dolorosa situación. Incluso había hablado, haciendo uso de sus limitadas dotes diplomáticas, con Julián Espejo para que dejara de presionarlo con los guiones de la serie. Necesitaba tiempo y, finalmente, le había concedido una tregua de tres días.

Marta viajaba esa misma tarde a París, pues le habían encargado entrevistar a Christine Lagarde, directora gerente del FMI. Regresaría el sábado.

—Tómalo con calma, Sandro. Descansa un poco, por favor, ¡vaya rollo que te han soltado! — le dijo a modo de despedida por el móvil—. Este fin de semana nos vamos a dar un garbeo por ahí, así te alejas...

—Y me lo sugieres tú..., tú, que me metiste de cabeza en este berenjenal. Mejor hubiera sido desaparecer como yo quería.

—Es verdad, lo reconozco. Pero ahora la situación ha cambiado, todo indica que eres ajeno, por completo, a lo que está ocurriendo y puedes distanciarte sin problemas.

—¡Cómo!

—Bueno, ya me entiendes, al principio nos parecía una cosa, lo que nos alarmó, y ahora tiene otro sesgo. Podemos respirar más tranquilos. ¿Has hablado con la inspectora para que te confirme si el último fue asesinado con violencia?

—He quedado con ella después de comer, en la comisaría de Pozuelo. No tenía mucho interés en hablar, he tenido que insistirle mucho. Y sí, debería distanciarme, pero tengo que reconocer que ahora me atrae esta historia y me gustaría seguirla hasta su desenlace.

—Has cambiado mucho, desde luego, en la última semana... —balbuceó ella.

La endeble frontera que representaba el teléfono no logró escamotear el tenue amargor que provocaron en Marta las palabras de su amigo admitiendo que, a pesar del último suceso, permanecía involucrado en aquella tragedia.

Elena prefirió encontrarse con Sandro en el quiosco-bar situado en el solitario parque que había frente a la comisaría. Era un lugar discreto y apacible, sin ningún cliente cuando ellos aparecieron. Ya anochecía y la creciente penumbra del crepúsculo resaltaba las luces de la comisaría y de los chalés aledaños.

Ella tenía los ojos enrojecidos y en sus resecos labios quedaban imperceptibles restos de un carmín completamente desvaído, y, para colmo, mostraba algo de descuido en su vestimenta: pantalones crema hechos un guiñapo y su blusa, de color blanco, tenía rozaduras en los puños; además, le faltaba algún botón, que dejaba entrever su sujetador de color carne. Al darse cuenta de ello, se puso la rebeca por encima. De cualquier manera, ninguna de las huellas que remarcaban los esfuerzos que estaba realizando en las últimas horas afectaba a su presencia contundente y a su elaborado carácter, tal como Sandro lo enjuiciaba.

Un café con leche, de aroma intenso, la reanimó en pocos minutos.

—No existe ninguna duda al respecto: Antonio Jiménez Alcocer fue asesinado con extraordinaria violencia y perfección para ejecutarla. Los forenses han elaborado un informe concluyente en ese sentido. Al mismo tiempo, reconocen que había ingerido algún tipo de barbitúrico dotado de propiedades hipnóticas, similar al que han detectado en el organismo de las anteriores víctimas, mezclado con alguna otra droga, como la ketamina.

—Has dicho propiedades hipnóticas, ¿verdad?

—¿Te interesa conocer esos detalles? —interrogó ella con cierta reserva, extrañada y con prevención. Dudaba si debía ofrecer más información.

—Me gustaría...

—Pues sí, es lo que nos señalan: pequeñas cantidades de un sedante como la ketamina con la administración de un ácido barbitúrico, tal vez fenobarbital, secobarbital... Los patólogos han determinado que los otros murieron de asfixia química provocada por una intoxicación aguda de estos hipnóticos. Para llegar a esta conclusión han tenido que realizar un exhaustivo análisis toxicológico en los tejidos, y en el estudio rápido, urgentísimo, que hicieron al cuerpo de Antonio encontraron en su intestino restos de fármacos similares. Con todo esto, no creas, hemos avanzado, pero, al mismo tiempo, nos surgen numerosas preguntas.

—Como, por ejemplo: ¿qué significa el modus operandi empleado con el último y su relación con los anteriores? —planteó Sandro.

—Desde luego. Y no es menor la complicación cuando no hemos resuelto nada de la primera incógnita. También, según los forenses, es bastante improbable que la administración de algunas drogas la hubieran realizado las propias víctimas, entre otras cosas porque no están al alcance de cualquiera, lo que nos confirmaría que intervino otra persona para provocar las muertes. ¿El asesino? Es lo más probable. Pero ¿cómo logró dominar la voluntad de los muchachos? Y ¿por qué ahora, con Antonio, ha modificado su manera de actuar?

Le agradó sobremanera la calidez en la mirada de la mujer. Era curiosa, pensó, la mezcla de sensaciones que emanaban de ella: la mayoría de las veces emitía señales de firmeza y, a ratos, de cierto desvalimiento. En esos instantes, él la hubiera abrazado para transmitirle energía.

—Bueno, lo mejor es que ya puedes librarte de nosotros. Aquí ha habido un cambio notable en

el procedimiento y se ha roto el esquema anterior que te unía a esto.

—No, de ninguna manera, tú lo estás diciendo: hubo intervención de otra persona en los cuatro primeros, y en la muerte de Antonio Jiménez con mayor certeza, y aunque no coincida en el procedimiento, también se le administró previamente idénticas drogas que a los demás y, por lo tanto, pudo haber acabado con él de la misma manera. No os vais a librar de mí, ya estoy metido hasta el tuétano —reiteró Sandro con una sonrisa—. Tengo en marcha, además, diferentes acciones que pueden servir para encontrar respuestas. También me pica la curiosidad, no voy a negarlo, y esta experiencia como ayudante de la policía me enriquecerá, eso creo, en el buen sentido.

—Es infrecuente una colaboración como la tuya, se aceptó porque no había más remedio al suponer que existía inspiración en tu relato —expuso ella con severidad.

—No es desechable en absoluto, todavía, y vosotros me habéis empujado a seguir este proceso y..., claro, ahora ya no os conviene.

Antes de que ella reaccionara con otra negativa, se adelantó con más argumentos.

—Y lo más importante, Elena, es que me lo debéis. Yo estaba muy tranquilo, y vinisteis a incordiarme. Tampoco vais a perder mucho, todo lo contrario, porque sigamos colaborando con vosotros. Tú puedes poner los límites en donde te parezca más necesario. Y, por supuesto, los respetaremos, tanto yo como mis amigos.

Elena Artiles pareció inquietarse con el alegato. Estaba intranquila, era bastante visible en su rostro y en el trasiego de sus manos encima de la mesa.

—No sé...; me juego mi futuro en el cuerpo aceptándote, es un riesgo excesivo...

—Te lo ruego, creo que merezco esa confianza.

Sandro insistió mientras acariciaba con delicadeza el antebrazo de la mujer. El gesto y sus palabras surtieron un efecto paliativo.

—De acuerdo, seguimos hablando y...

En aquel momento le hubiera gustado abrazarla. Miró a su alrededor, al local habían llegado varios parroquianos.

Elena comprobó la hora en su reloj de pulsera y se levantó para ir a pagar la consumición en la barra. Se había hecho tarde y la esperaban en la comisaría.

CUANDO VEÍA A Laurita salir del edificio —y era excepcional que coincidieran— con su simpático fox terrier, imaginaba la vida de lujo y desenfreno que disfrutaría el animal acariciado, mimado y jugueteado por su espléndida ama, modelo de alta costura de las de antes, con formas de mujer sin paliativos. Un placer para los ojos de los curiosos de cualquier género, pues muchas féminas se morían de envidia al contemplarla.

Aquella noche del miércoles, ella se detuvo por primera vez a hablarle cuando se cruzaron en el portal.

—Ya sé por lo que está pasando.

Laurita le habló con voz sedosa, turbadora, de timbre esmerilado y femenino en el tono, sin que él lograra determinar con precisión en qué consistía esa cualidad sonora; sin embargo, no cabía ninguna duda de que era así, extremadamente femenina. Lamentó que se hubiera dirigido a él en esos términos, tratándolo de usted cuando apenas existía diferencia de edad, y para comentarle una particularidad que tendría que ser ajena o desconocida para la modelo. Tanto lo sorprendió que se quedó paralizado.

—En Internet —aclaró ella al verlo confundido.

—¿Cómo?

—Sí, ahí he visto lo suyo con lo de los chicos que están muriendo sin que se sepan cuáles son las causas. ¡Menudo drama! No sabía que fuera un escritor tan importante.

—Ya...

—Leeré su novela, desde luego.

Sandro no reaccionaba y fue ella quien intervino de nuevo:

—Buenas noches, salgo a pasear al perrito. Y encantada...

Y, sin más, se dio la vuelta encaminándose hacia la puerta de la calle. Él estuvo un rato anonadado, desaprovechando la oportunidad de disfrutar con sus evoluciones y alimentar deseos imposibles con algo de fundamento.

Dentro del ascensor se comportó como un animal enjaulado: miraba a su alrededor en la creencia de que las paredes y el techo estaban repletos de cámaras *lápiz* captando, sin pausa, su imagen. Se sentía observado como si fueran atrapándole el alma, después de haber sido castigado por el despliegue de las redes sociales, que habían tejido a su alrededor una tela de araña asfixiante.

Una vez que llegó al descansillo, y frente a la puerta de su piso, se detuvo unos instantes para frotarse las sienes y tranquilizarse, con intención de superar la paranoia que había supuesto el encuentro con la vecina y su falta de ocurrencia para reaccionar como merecía la situación. Lo irritaba haberse comportado como una persona recelosa y, más concretamente, como si se tratara de alguien asustadizo o medio imbécil que oculta cosas escabrosas y está atemorizado.

Introdujo la llave en la cerradura y dio las dos vueltas de rigor. Oyó liberarse el pestillo y respiró sosegado. Duró muy poco la calma.

En el suelo de parqué había un sobre de color ocre amarillento de unos veinte centímetros de largo. No parecía propaganda, ni un aviso de algún servicio pendiente. Lo cogió y antes de abrirlo lo revisó con curiosidad y prevención. Era de buen papel, grueso, y tenía un cierre poco común: una presilla de metal dorada. En su superficie, anverso o reverso, carecía de textos o señales escritas, estaba en blanco.

Quitó el cierre y extrajo una cartulina del mismo tamaño que el envoltorio, de color crema, y con un texto que ocupaba la mayor parte del papel, realizado con letras que habían sido recortadas de un periódico o revista:

BUSCA EMEKA

¿Una broma, un juego...? Es lo que pensó de inmediato. ¿Qué pretendían? ¿Fastidiarlo? ¿Qué puñetas era aquello?

La añagaza de quien fuera su impulsor estaba bien montada.

Segundos más tarde, y después de analizar la cartulina, dedujo que, probablemente, se trataría de una equivocación. Debía ir destinado a otra vivienda y no se percataron del error. Claramente.

A continuación, vino a su mente Laurita. ¿Por qué no?

Absurdo. Aquella preciosidad no se dedicaba a esa clase de majaderías. ¿Qué puñetas significaba EMEKA, qué quería decir? De Laurita, de una mujer con tanto calado, solo podía imaginar otra clase de sugerencias, planteadas sin tapujos ni anonimatos.

Había que restarle importancia... Seguro.

Al rato, se acomodó en el sofá con una cerveza entre las manos. La cartulina con el extraño mensaje —¿dirigido a él?, ¿tenía alguna relación con los asesinatos?—, permanecía encima de la mesa. No dejaba de mirar cada una de las letras de papel impreso pegadas sin demasiada simetría para componer un texto al que no lograba encontrarle sentido. Entre tanto, pensativo, iba dando pequeños sorbos a la lata.

Tampoco era cuestión de rechazarlo sin más. Tal vez tuviera un significado importante, quizás un alma caritativa había decidido entregarle una pista. Pero ¿por qué a él? Es lo que lo inquietaba. Allí había algo extraño.

No lo dudó ni un instante más y llamó a Luis. Antes de hablar con la inspectora era preciso realizar averiguaciones, pues no quería quedar en ridículo delante de ella ofreciéndole algo de nulo valor. Seguramente, a la policía estarían llegando numerosos mensajes y los agentes acusarían el esfuerzo para dilucidar si merecían la pena.

—Nada de nada, Sandro, no tengo ni idea de acertijos. Pero me peta, ¿por qué no? Puede que se refiera a una página web o al nombre de alguna maciza que quiere ligar. Así, a la primera, no me dice absolutamente nada. ¿Cómo se llama ese bellezón que tienes de vecina y de la que me has hablado en más de una ocasión?

Curioso que, precisamente aquel día y en aquel segundo, llegara a la mente de su amigo la imagen de la modelo.

—Laurita. ¿Por qué se te ocurre preguntarme por ella?

—Ya sabes lo mío, siempre pensando en lo importante. Pero bueno, vamos a lo tuyo, para que no digas que me despisto. Veamos lo de e-me-ka. Yo creo que no hay que darle muchas vueltas, seguro que es una broma de alguien que te ha visto por Internet, un vecino que sabe cuál es tu casa, claro. No obstante, poco perdemos por echarle un vistazo, a lo mejor se nos abre una puerta. Hablaré con Eva y lo miraremos.

—Esto añade más incertidumbre al asunto.

—¡Venga ya, hombre! Así tiene más salsa, ya me gustaría a mí que me enviaran anónimos. Acaso exista una buena historia detrás de algo así.

—No cambiarás. Aquí hay gente que está acojonada, y tú, de cachondeo, eres incorregible.

—¡Qué le voy a hacer! Mejor tomárselo con un poco de filosofía. De todas formas, vamos a estudiar lo de esa palabreja.

—Bien, yo no se lo comentaré a la inspectora hasta que sepamos si se trata de una chorrada o de algo distinto. ¿Cuándo lo haréis?

Se produjo un largo silencio en el teléfono. El trasiego de los coches por la avenida Europa de Pozuelo se coló por la línea. Luis debía de meditar la respuesta.

—¿Qué me dices? —insistió Sandro.

—Perdona, estaba dándole un bocado a la pizza. Como te digo, lo vamos a mirar de inmediato, y cuando sepamos de qué se trata se lo decimos a las polis. Me gustaría encontrarme de nuevo con la gordita, la subinspectora Santaniello, un poco rolliza, pero fantástica... —Volvió a enmudecer para seguir masticando. Sandro aguardó—. Entonces, les pasamos el sobre por lo de las huellas y esas cosas. Tú, por si acaso, no lo manipules mucho. Y, por cierto, mañana, si puedes, acércate al periódico para hablar con Antonio y Manolo, creo que tienen algo sobre los amigos de los padres. Me hicieron el favor de investigarlo y nos pasarán la información.

Se despidió de Luis, deseándole buen provecho.

ACUDIÓ A LA CITA con Antonio y Manolo en una lóbrega tasca cercana a la sede del periódico, distinta a la del primer encuentro que mantuvo con ellos y no muy alejada de la anterior. Llegó antes de la hora fijada y se entretuvo en ver la televisión, que se encontraba en una repisa al final de la barra, mientras daba algunos sorbos a un café demasiado amargo y carente de aroma.

El local estaba vacío. Una camarera de origen centroafricano se esforzaba por dar algo de lustre al mostrador de piedra azul y a las estanterías que tenía detrás, repletas de botellas con el cristal grasiento. El suelo aparecía repleto de desperdicios y daba la impresión de que la bayeta hacía una buena temporada que no había acariciado su superficie. En el monitor se reproducían imágenes de famosos y famosillos perseguidos por ávidos *paparazi* que, de inmediato, servían de excusa para un debate en el estudio, resuelto con un griterío ensordecedor e indescifrable que lograba paralizar a la joven camarera, desmotivándola de sus tareas de limpieza.

Nada más entrar los periodistas, la empleada salió como enloquecida a recibirlos. Antonio la abrazó de la misma manera que se hace con una persona muy querida, llegando a tocar el sólido y respingón trasero de la mujer con verdadera delectación. Manolo también la abrazó cariñosamente, más comedido en los afectos.

Después de saludar a Sandro lo arrastraron a una especie de reservado separado por una cortina multicolor. La camarera impidió que se llevara el café.

—Ahora te preparo otro. Podías haberme dicho que venías con ellos y te habría servido el que tengo para mis amigos —rubricó ella con una amplísima y luminosa sonrisa, luciendo unos piños relucientes como perlas y guiñándole al mismo tiempo un ojo.

—La chavala es así, protege los productos para sus clientes elegidos.

Fue Antonio quien hizo la aclaración sin desprender el cigarrillo de la comisura de sus labios. Él había pedido un whisky «de mi botella», advirtió a la africana. Manolo «lo de siempre», que resultó ser un refresco de *ginger-ale*.

—Hemos hablado con nuestros informantes y sabemos algo de los amigos de los padres —destacó Manolo entrando en materia mientras se arreglaba los puños de la camisa, siempre atento a su atildada apariencia—, de los nombres que nos pasaron Luis y Eva.

—¿Con Loren?

—No, esta vez no ha sido con él. Hemos hablado con Rouco —especificó Antonio—. Cada cosa tiene su trato. Es complicadillo entender el funcionamiento del *tinglao*, no creas.

De súbito, se oyeron voces en el local. Antonio retiró disimuladamente la cortina para comprobar quiénes habían entrado. Hizo un gesto a su compañero de batallas, autorizándolo a proseguir sin prevenciones.

—Veamos. —Sacó una libreta con pastas rojas del interior de su impoluta americana de color gris—. La tal Cristina Ripollés es miembro de un gabinete de abogados, con un nivel poco destacado porque, al parecer, fue algo díscola y estuvo vinculada años atrás con grupos antisistema en Londres y París hasta que le hizo caso a su padre y se corrigió. Trabajó después con la madre de Patricia Castellanos y se hicieron amigas. También conoce al padre de Javier Torres porque él ha realizado para la empresa de Cristina algunos servicios de consultoría. Lo fundamental es que el padre de Cristina fue consejero delegado de Caja Central. —A medida que Manolo avanzaba en sus explicaciones iba revisando sus notas—. Nos falta información sobre la posible relación que pudiera tener con otros padres. De Gonzalo Galipienso sabemos que es ingeniero aeronáutico, de los más importantes en Airbus, trabaja en la factoría de Illescas, en Toledo. Conoce a los padres de Ángeles de la Riva porque veranean en Menorca, en Ciudadela tienen los dos amarradas allí sus embarcaciones de recreo. Había contratado ocasionalmente al padre de Javier Torres para que realizase labores de asesoramiento a la compañía de aviación, y también al padre de Antonio Jiménez para que lo representase como abogado en una operación inmobiliaria en el extranjero, concretamente en Túnez.

—Y ¿son ellos, estas personas, un nexo de unión entre las familias de las víctimas? —preguntó Sandro.

—A pesar de las coincidencias, no existe confirmación en ese sentido y dudo que se conozcan entre ellas —precisó Manolo.

Su compañero parecía ajeno a la conversación. De hecho, se levantó y los dejó solos para leer un mensaje que había recibido en el móvil.

—Pedro del Moral también tiene amistad con algunos padres. Era el tercero de la lista que nos pasaron Eva y Luis. Del Moral conoce a varios de los padres de los jóvenes, a tres de ellos, al parecer a menos que los anteriores. Lo que sí hemos encontrado es una vinculación entre todos con una entidad financiera, Caja Central, aunque la de algunos resulta casual o circunstancial, según los datos que manejamos en este momento.

Manolo sacudió unas motas de polvo de la manga de su chaqueta. A continuación, bebió de su refresco con parsimonia, retiró con una servilleta de papel la humedad de sus finos labios, casi inexistentes, y revisó los cristales de sus gafas para comprobar si los tenía limpios. Debió de parecerle que estaban bien porque se decidió a hablar. Detrás de las cortinas se oía a Antonio mientras mantenía una conversación por el teléfono.

—Que sepamos, no existe una relación de ninguno de los tres con todos los padres. Destacaríamos lo de Cristina Ripollés.

—¿Por qué? —preguntó Sandro.

—¡Hombre! Por lo de su padre, claro está. Y hay algo que llama la atención de Pedro del Moral y también de la mujer...

El relato fue interrumpido por la llegada de Antonio.

—Cuéntaselo tú —le pidió Manolo.

—¿El qué?

—Lo del exagente. Rouco te lo dijo, tú hablaste con él.

—¡Ah! ¡Joder! Lo del vendido al oro de Moscú. Tal vez no sea nada que merezca la pena, pero supuestamente Pedro del Moral fue expulsado del CNI por pasar información a los rusos. Eso es lo que dijeron. Lo curioso es que, después, lo han diluido, es decir, le han quitado importancia, y desconocemos realmente lo que pudo suceder con el tipo. Rouco dijo que al gachó le gustaba la pasta gansa. No sé qué valor puede tener este hecho.

—La poli debería daros más nombres, localizar a alguien que los conociera a todos. Repito: a todos los padres, para que tuviera sentido una investigación que confirmara esa hipótesis de que el asesino es alguien que tiene relación con las familias, como nos comentó Luis. Tal vez así... —dijo Manolo, dejando entrever la importancia de hallar una persona que respondiera a esas características—. Por nosotros, encantados de ayudar, aunque puede que resulte un poco estúpido obsesionarse con esta idea. Me resulta más interesante la red de la Caja...

Se hizo un silencio que ninguno de los tres alteró. Creció el guirigay de la tele, era ensordecedor. Antonio saltó de su asiento con el vaso vacío. Al rato, hubo más silencio. Seguramente, él había apagado el televisor.

—Dijiste que había algo llamativo con la mujer —señaló Sandro.

—Es verdad. En algunos círculos se dice que su padre se quitó la vida al descubrirse el pastel que había en la caja de ahorros.

—¿El pastel?

—Sí, créditos multimillonarios a los amiguetes para el pelotazo inmobiliario, despilfarro, operaciones con excesivo riesgo, pérdidas no reconocidas, altísima morosidad, saqueo, maquillaje de las cuentas, valoraciones irreales de activos... En fin, lo acostumbrado en bastantes entidades durante los años del festín que se vivió en España.

Antonio regresó con una botella de whisky y dos vasos.

—¿Quieres que te sirva uno?

Sandro lo rechazó con un gesto de la mano.

—Y tú, ¿qué nos cuentas? —preguntó Manolo—. Tendrás algo para nosotros.

El escritor negó con un movimiento de la cabeza, y con la expresión de su rostro mostró que sería posible compensarlos con algo que les sirviera. En su mente se iban mezclando datos y lo único que percibía en aquel instante era desconcierto.

—En otro momento, puede... Tengo que dejaros, debo regresar a casa, tengo muchas cosas que hacer.

—Porque vienes de parte de Eva y nos caes bien... —comentó Antonio.

La confusión resultaba visible en los ojos de Sandro, lo que precipitó una apostilla del mismo periodista mientras encendía un cigarrillo.

—Por nuestros amigos comunes. De lo contrario, no te daríamos información. Lo nuestro es recibirla, ¿entiendes?

SIN PENSÁRSELO DOS veces, se presentó en las oficinas donde trabajaba Cristina Ripollés. Estaban en Castellana, 41, en la quinta planta de un edificio con fachada de cristal verde oscuro, moderno y funcional.

—Mírela, está a punto de salir a la calle —alertó el portero en el recibidor del edificio—. Es la del traje oscuro.

Acababan de cruzarse en la recepción. Jamás pudo imaginar que se tratara de aquella elegantísima mujer que había visto fugazmente. Sandro se le adelantó cuando ella aún no había abierto la puerta.

—¿Cristina Ripollés?

El gesto amable de la mujer, bastante joven, no habría cumplido la cuarentena, y su semblante relajado le hicieron creer que podría ser atendido sin demasiadas reservas si actuaba con delicadeza y cautela.

—Perdona por el asalto. Soy periodista y estoy haciendo un trabajo sobre los problemas que tuvieron las cajas de ahorros. —Ella tensó los párpados y torció apenas los labios, Sandro se esforzó—: Tranquila, no..., no pienses que pretendo contar algo relacionado con la vida privada de tu familia. Te lo aseguro. Solo quería comprobar unos datos, aclarar algunas dudas, ni siquiera citaré este encuentro.

Lo hizo hablando lentamente, con ardorosa suavidad, a pesar de haber renunciado a cualquier clase de prudencia por el hecho de presentarse sin una llamada previa, su osadía podía acarrearle dificultades.

Ella atendió con gestos ligeramente esbozados que no descompusieron el encanto que definía su rostro de piel brillante. Mantuvo los ojos fijos en los labios de Sandro, y cuando él finalizó las explicaciones, estuvo un buen rato mirándolo en silencio. La pausa se hizo eterna.

—Bien, tengo prisa, te concedo unos minutos, nada más —especificó finalmente. Sandro respiró tranquilo—. Podemos charlar ahí fuera —dijo señalando una zona ajardinada en el exterior del edificio, próxima a un puente elevado que cruzaba la avenida—. ¿Cuáles son esas dudas que quieres aclarar?

Sorprendía su aplomo y desenvoltura, lo arriesgada que era al prestarse a hablar con un desconocido al que ni siquiera había preguntado su nombre. Seguramente estaba acostumbrada a manejar situaciones delicadas, críticas, debido a su profesión en el terreno jurídico. Vestía un traje de chaqueta negro brillante, blusa de seda de color crema, zapatos de tacón alto y medias

oscuras; solamente se adornaba con un collar de perlas grises y diminutas. Era morena, con ojos grandes muy negros y labios gruesos con restos de brillo, tenía una buena altura, superaba el metro setenta y cinco. Iba sin maquillar, con lo que ofrecía un semblante natural que contrastaba con la ropa de firma.

—Lo ocurrido en Caja Central se dijo que había sido responsabilidad de tu padre. ¿Él se sintió respaldado cuando se descubrieron las cuentas, el agujero de la entidad? ¿Hubo otros responsables?

Sin apartar los ojos de él con un descaro que imponía, se mantuvo varios segundos sin decir nada. En ese instante, Sandro receló salir airoso del envite.

—Nada es lo que parece —respondió con voz trémula, aunque rápidamente se reanimó—. El engaño y la falsedad han estado a la orden del día y nos han arrastrado a una situación complicada, provocando dolor y miseria en muchas personas ajenas a muchos tejemanejes. Y sí, ha habido agujeros en las cuentas, pérdidas ocultas, morosidad por gestión voraz y ciega, egoísta, miserable e irresponsable, engaños con las preferentes y productos híbridos vendidos a personas sin ninguna preparación financiera... El que esté libre de pecado que tire la primera piedra. — Hablaba observando la reata de automóviles que se desplazaban por la calzada a unos veinte metros del lugar en el que se encontraban ellos, rodeados de arbustos y jardineras de piedra blanca repletas de flores; dirigiéndose a Sandro, añadió—: Me has hecho unas preguntas a las que yo poco puedo aportar. Conocer de verdad las responsabilidades del mastodonte de esa entidad financiera manipulada al antojo de partidos y sindicatos, que se repartían el botín, y, a la vez, hidra con múltiples cabezas y tentáculos, representa una tarea que me supera. Yo no poseo las respuestas.

—Lo ocurrido le afectó terriblemente a tu padre, ¿verdad?

La mujer levantó la cabeza para encararse con su interlocutor mientras deslizaba una mano apoyándola en el brazo de él sin ninguna clase de pudor.

—Mira, sé quién eres y lo que pretendes —soltó con firmeza, de súbito y a bocajarro; él enrojeció—. No te hablaré de mi padre, tampoco de mis amigos, que están sufriendo mucho por la pérdida de sus hijos. Y lamento que la policía siga el rastro del asesino en función de tu novela, Sandro Reguera. —Silabeó el nombre con contundencia—. Leí *Amenaza final* y pienso que están equivocados y te están haciendo pasar un mal rato. Pero en mí no encontrarás nada que te aclare el conflicto. Eso es todo, cada uno debe seguir en su papel. Y yo, mi camino... lo siento.

La tensión se había incrementado por encima de lo esperado. El silencio que sucedió era tan palpable que ni siquiera el trasiego en la calle fue capaz de amortiguarlo. El rostro de la mujer se cuajó con fuerza.

—Perdona... —susurró él.

—Tienes que comprenderlo. La confianza, los afectos no son cuestionables ni revisables, deben

protegerse y mantenerse en la esfera más íntima. No modificaré por nada del mundo esa máxima. Todos estamos pasando malos momentos, unos más que otros. Lo mejor es que cumplamos con lo que tenemos que hacer.

De súbito, se levantó una ráfaga de aire que deslavazó los residuos vegetales que estaban posados en el suelo, creando remolinos. Comenzó a llover.

La despedida se precipitó.

Sandro llamó a un taxi y pidió que lo llevara a casa.

La curiosidad y las prisas le habían jugado una mala pasada. Se sentía mal y dudaba si había sido un error presentarse sin avisar. Ella caminaba por la acera sin cubrirse, soportando estoicamente el chaparrón. Le sonrió al verlo pasar dentro del vehículo. El gesto funcionó para Sandro como un espléndido sedante.

ALGUNOS CORONABAN el grado más elevado, el más profundo. Sin embargo, convenientemente preparados con la toma de la «medicina», compuesta por pastillas de diversos colores para que no se confundieran en la ingesta, terminaban por perder la voluntad, aunque la vertiginosa adicción había provocado varios desastres. Urgía controlar su disolución y tener mayor conocimiento sobre la absorción en el metabolismo para evitar riesgos en el proceso de adaptación.

Creía que lo estaba consiguiendo, perfilaba poco a poco una especie de clímax alentador.

La que más intensamente había alcanzado el trance conveniente, la más entregada a la experiencia, a ser dominada, era ella. La acumulación en dosis más pequeñas estaba demostrando que representaba un mayor éxito al facilitar el sonambulismo hipnótico que se buscaba con el ensayo, un estado ideal para inhibir la corteza cerebral. Habían existido diversos errores en el proceso y en las acciones. Era imposible evitar los daños.

Pero los avances comenzaban a ser espectaculares.

Por fin estaba logrando lo que perseguía desde que recibió en Londres las enseñanzas del maestro Liberhart, que inspiraba el método empleado.

Con anterioridad, y como era previsible, hubo imperfecciones en el plan. Para la experimentación se precisa voluntad, paciencia y fortaleza, algo que los ignorantes y los impresentables trepas apenas aceptaron y comprendieron. Desperdiciaron una de las herramientas más eficaces para moverse entre las tinieblas de la maldad, donde inevitablemente deben transitar, en ocasiones, los que defienden causas imponentes. Despreciaron uno de los sistemas más definitivos para dominar las cloacas y conseguir ser temibles, incuestionables en el oficio de las sombras, donde solamente triunfan quienes manejan resortes que alivian los escrúpulos.

La joven estaba resultando perfecta, el mejor espécimen, tenía incluso el rostro triangular. Ya Liberhart, su sabio hacedor en estas materias, le había mencionado que quienes tienen la cara con esa forma son propicios para el trance mayúsculo, personas dispuestas a concentrar su atención donde desea el inductor y ser manejadas como mascotas amaestradas.

La muchacha permanecía sentada en una butaca supercómoda, tapizada de cuero negro y con el respaldo ligeramen- te inclinado hacia atrás. La cabeza descansaba perfectamente apoyada y tenía los párpados cerrados. Llevaba el pelo corto, muy rubio y brillante. Vestía pantalones vaqueros y

una sencilla camiseta de algodón, sin mangas, de color azul. Las manos reposaban sobre los muslos de sus piernas extendidas y ligeramente abiertas.

Los ojos se desplazaban detrás de los párpados, hacia arriba, concentraban la mirada en las profundidades de su ser, en un punto donde no había ninguna clase de imágenes, siguiendo los mandatos introducidos en su cerebro. Respiraba lentamente, con mucha calma, y en cada movimiento de su tórax la sensación de placidez y bienestar era mayor, infinitamente placentera. Comenzaba a flotar. Su cuerpo era liviano, y se desplazaba en una especie de éter o magma que la arropaba como si aún permaneciera en el seno de su madre.

Oía la voz de su inductor y repetía, sin tener conciencia de nada, un conteo descendente mientras caía en un sopor delicioso. Con cada número se incrementaba la pérdida de conocimiento racional.

—Ahora intentarás abrir los ojos y no te será posible hacerlo. Cuanto más lo intentes, los párpados pesarán más y más, párpados de plomo, de plooo-mo..., te dejas llevar..., muy bien..., mira hacia dentro, al interior. Bien..., descansa..., déjate llevar..., entra en lo más recóndito de tu ser...

Mientras le hablaba, iba presionando suavemente con los dedos el puente de su nariz. Después acarició la nuca de la joven, con idéntica suavidad y delicadeza.

—... déjate llevar..., relax..., relax..., tu mano se introduce... —lo decía al mismo tiempo que tomaba su mano sujetándosela en el aire, elevándola unos pocos centímetros—, se introduce en un cubo helado..., no sientes el frío... —observaba sus reacciones; era semejante a una momia—, estás anestesiada..., te pellizco y no te duele..., muy bien, buena chica, la mejor..., deja que tu cuerpo se vaya..., seguirás mis órdenes. —Volvió a depositar la mano sobre el muslo de la joven — ¿Sí? A-ban-dóo-na-te..., eres poderosa escuchándome, a mi único servicio..., feliz..., tenemos un código propio, secreto..., hacemos cosas necesarias..., al despertar, obedecerás..., y tomarás siempre «la medicina» como te indico...

La voz que se colaba en el epicentro de la mente de la joven tenía una sonoridad cautivadora, envolvente, en ocasiones casi inaudible, susurrante.

—... te repetiré mis órdenes y permanecerán en tu cabeza..., no las recordarás ante nadie..., lo que yo te diga es para ti y para mí, nadie sabrá de nuestro secreto.

Por primera vez, la joven sonrió levemente, de manera imperceptible para cualquiera que hubiera presenciado la escena.

Tuvo que perseverar dictando instrucciones a la pupila, que ella repetía incansablemente hasta llegar a un punto en el que consideró imprescindible una pausa, suavizar la tensión mientras se sellaban en su mente los mandatos como si formaran parte de su ADN, mientras flotaba en una especie de nube con la voluntad perdida y, al mismo tiempo, libre de cargas y limitaciones.

Dominaba su voluntad, la controlaba... Esta vez lo había logrado con mayor perfección si cabe.

La muchacha ya había culminado una misión y repetiría la acción con la misma eficacia y frialdad. Necesitaba aquietar el momento y retiró las cortinas de las amplias ventanas, salió a la terraza a dar unas caladas a un cigarrillo.

La joven, durante la espera, sentada en el sillón, no movió un solo músculo.

—Recuerda las órdenes..., las acciones que te mando, la toma de «la medicina», todo lo haces porque es imprescindible..., necesario... A cada respiración, comenzarás a moverte..., poco a poco..., un pie..., el otro..., lentamente..., con suavidad..., las manos..., el cuello... Vas a abandonar el estado de relajación máxima, de quietud corporal, hasta abrir los ojos. Será con el número diez. Contamos: uno..., dos..., tres... Estírate perezosamente, saliendo del sueño reparador..., más y más..., cuatro..., cinco..., seis..., siete..., ven..., regresa..., la espalda..., las caderas..., los muslos..., ocho..., nueve..., todo tu cuerpo regresa en paz..., con mucha paz..., para seguir mis órdenes..., por el bien de todos..., en tu mente, recuerda..., tienes el mandato..., has crecido..., eres mejor..., vida y muerte están en tus manos. ¡Diez!

La muchacha abrió por completo los párpados mostrando unos ojos luminosos de extraordinario azul que relucían en la penumbra del cuarto. Apenas se desplazaban, los tenía fijos en un punto indeterminado de la pared vacía de elementos. Allí no había nada que debiera ser analizado; en realidad, traspasaba el muro con la mirada, atendía al mandato grabado en su mente como si fuera una señal marcada a fuego.

Acercó un vaso de agua a los labios de la joven y le entregó una cápsula, que ingirió obediente, sin poner ningún reparo.

Todo permanecía bajo control con la ayuda de la ciencia química.

HABÍA IMAGINADO QUE estaba en París con Marta. No era frecuente en un plazo tan corto de tiempo que precisara acariciarla, tenerla cerca para saciar sus apetencias. Ante la imposibilidad de hacer realidad sus deseos, consideró como alternativa y leve consuelo pensar en su vecina Laurita, la modelo de alta costura. En un primer instante especuló si el anónimo mensaje pudiera tener alguna relación con ella, lo que constituiría un perfecto estímulo. ¿Emeka? ¿Por qué iba a enviarle ella aquel mensaje? El anónimo debía de ser una broma o una confusión en el destinatario.

Esas cavilaciones dieron vueltas por su cabeza mientras abría con máxima prevención la puerta de su casa. Giró la llave y se detuvo. Primero, miró a su alrededor, oteando minuciosamente el descansillo y las escaleras. Luego, empujó la puerta suavemente con las dos manos, temeroso. ¿Quién sabe lo que podían haber introducido? ¿Otra pista?

Decepción y respiro, una mezcla de sensaciones que le agradó finalmente. El suelo entarimado con piezas de roble estaba ligeramente sucio y sobre el mismo no había ninguna clase de papel o aviso.

Sonó el móvil y se alteró. Antes de aceptar la llamada observó la pantalla para identificar, si era posible, a la persona que quería hablar con él.

Era Eva.

Dudó de que hubieran avanzado tan pronto en las pesquisas.

Había llamado a sus amigos tan solo una hora antes, nada más terminar el encuentro que mantuvo con Cristina Ripollés, la hija del consejero delegado de Caja Central. Pero Eva y Luis sacaban lustre al tiempo, de eso no había ninguna duda para él, siempre respondían con rapidez a sus requerimientos.

—¿Habéis conseguido algo?

—Era sencillo —respondió Eva—. El follón en esa caja de ahorros está al alcance de cualquiera, es muy reciente, tú mismo lo recordarás. Menuda tostada tienen ahí. Los directivos de la entidad se negaban a reconocer lo que pasaba hasta que los inspectores del Banco de España, instados por las autoridades del Banco Central Europeo, se tomaron en serio mirar a fondo las cuentas, los balances y esas cosas, los números... Lo hicieron con diligencia y en secreto para evitar filtraciones y que se viniera abajo el castillo de naipes, el tinglado en el que se había convertido el negocio financiero de las cajas en los últimos años.

—Me estás mareando, no entiendo... —dijo Sandro.

—Pues espera. Ya verás. Allí se descubrió un agujero de más de dos mil millones y créditos por valor de otros diez mil más que eran dudosos. Además, tenía numerosas pérdidas y decían lo contrario en sus comunicaciones a los inversores. Y una morosidad cercana al veinte por ciento. Vamos, un auténtico desmadre, la bancarrota. Se consideró conveniente liquidar la entidad o intervenirla con un fuerte desembolso del Estado.

—No comprendo, Eva, la importancia que pueden tener esos hechos con el caso, al margen de que existan vinculaciones de los padres, de alguna u otra manera, con esa entidad financiera. Esas cifras escandalosas no parece que tengan relación con lo sucedido a sus hijos.

—Hay un hecho que quizá sea muy importante...

Sandro acababa de prepararse una copa de vino y detuvo en seco su degustación. Depositó encima de la mesa la bebida.

—Dime —la urgió.

—El padre de Cristina Ripollés era el consejero delegado y falleció en medio de todo ese jaleo.

La voz de Eva tenía un timbre más ronco de lo acostumbrado, como si pretendiera llamar la atención de Sandro sin haber precisado el porqué de tanto misterio.

—Ya, y... ¿qué pasa?

—Al parecer, su muerte no fue tal, pudo suicidarse, aunque se quiso tapar esa circunstancia para evitar más incertidumbre en los mercados.

Ahora Sandro había sido atrapado sin comprender la relación de esa muerte con lo que estaban buscando. Cogió la copa de la mesa y dio un trago largo de vino. Eva aguardaba su reacción al otro lado de las ondas.

—Sí... —musitó él—, tal vez sea interesante el asunto. Pero esa mujer no conocía a todos los padres, y no me imagino que por el hecho de que el suyo estuviera agobiado, ella se convirtiera en una asesina en serie de muchachos, hijos de algunos conocidos. La policía la tiene ya bajo control, llamé a la inspectora Artiles para contarle lo que sabía de Cristina Ripollés, y yo, después de conocerla, no me la imagino cargándose a universitarios. Es ilógico e impensable.

—Es cierto. Sin embargo, ahí puede haber algo. Ya sabes: donde huele mal...

La periodista no quiso finalizar la sentencia, era una frase que utilizaba Luis con relativa frecuencia: «... alguien la ha cagado».

—Bueno, pequeño, te dejo, y que sepas que estamos mirando lo del mensajito.

—¿El qué?

—Eso de *emeka*.

—Vale, un beso, Eva.

Salió a la terraza. A esa hora había finalizado el colapso de entrada a Madrid y se respiraba tranquilidad. Lo único arriesgado eran las numerosas antenas de radio y de telefonía móvil que

tenía frente a su casa, al otro lado de la autovía. No le agradaba aquel paisaje, tampoco vivir al borde de una carretera con la gran ciudad en la lejanía. Aquel barrio residencial era más apropiado para matrimonios jóvenes con niños, no para él. Tenía que salir de allí cuanto antes, buscarse otro lugar urbano de verdad, con más vida y propuestas.

Vació la copa mientras meditaba sobre qué hacer con la investigación. Dudaba si retirarse y dejar toda la operación a los profesionales. Pretendía evitar desligarse de Elena, pues esa mujer lo atraía y, al mismo tiempo, lo desconcertaba la sensualidad gélida que poseía. Lo mejor que le podía pasar era que se olvidasen de él. Sin embargo, el veneno de la curiosidad había inoculado en él y deseaba asistir al final de la historia, incluso, si fuera posible, en primera fila.

El timbre del teléfono le hizo dejar la terraza. Era Julián Espejo, y se temió que le planteara alguna petición rara, como así ocurrió.

—Sandro, tienes que perfeccionar una situación que se nos ocurrió después de verla en nuestra cadena de televisión. Es algo rompedor, genial...

—¿De qué se trata?

—¡Es buenísima! Y tú sabrás cómo darle un giro para que no piensen que nos limitamos a copiarla sin más. Será la bomba, tío.

Comenzaba a irritarlo tanto suspense sobre lo que, seguramente, terminaría siendo una estupidez del director de la serie *Hombres, mujeres y demás*. En Julián, era habitual esa clase de divagaciones de tal manera que era imposible determinar lo que en realidad era importante para él, porque se entusiasmaba con todo. Carecía de matices y se expresaba con un griterío desaforado, fuera cual fuese el motivo. Por suerte, no tenía que verlo en persona mientras le hablaba, enrojecido como un cangrejo recién escaldado.

—Bien, pero ¿de qué se trata?

—Mira..., la madre de uno de los protas, de los que viven frente al piso de los gais, está harta de que no se case, que es el sueño de ella, llevarlo al altar con una chica de bien, me entiendes. Entonces, para conseguirlo, decide participar en un programa de televisión donde a Leandro le presentarán varias mozas, algunas busconas de buena presencia que se prestan al juego por hacerse famosillas, para mejorar en su negocio o, simplemente, por si suena la flauta y enganchan a un incauto enmadrado. Bueno, pues hablan con las mozas delante de las cámaras y él, asesorado por la mamá, que no le quita la vista de encima, termina por decidirse y hacen la prueba. Tiene morbo, ¿eh? ¿Qué te parece?

Se quedó sin habla. Aquella escena ya había sido trabajada por él a petición del propio Julián, y enviado el guión para su producción. O no lo había recibido, o estaba drogado, o no se había enterado de la revisión completada del mismo; también era posible que lo utilizara como excusa para mantener una conversación con él y detectar si había meditado su participación en un programa de la cadena para hablar de los asesinatos. Lo último era probable. Le dio una respuesta

vaga para cortar la conversación, reprimiendo los insultos que le ardían en la boca y recordándole que le había concedido unos días de asueto.

EN UN PRIMER MOMENTO insistió en que tenía mucho trabajo y resultaba complicado quedar con él. Aún no había despejado por completo la desconfianza hacia él y sus amigos periodistas, y consideraba temerario mantener un vínculo permanente con ellos. Sin embargo, decidió verlo a primera hora de la tarde. Apareció en la terraza acristalada del parque, cerca de la comisaría, con muestras de cansancio que ahondaban las arrugas de su cara.

—Compruebo que nada os detiene ni asusta —dijo Elena.

—De alguna manera, forma parte de nuestro oficio. En realidad tenemos mucho en común con vosotros: paciencia, método y tesón para desentrañar una pista, y búsqueda de información para comprobar la veracidad de una sospecha...

Ella asintió con un leve movimiento de la cabeza mientras asomaba en su boca una mueca de complacencia. El gesto encandiló a Sandro, aún no entendía por qué tenía tanto magnetismo; era consciente de que cuanto más tiempo estaba a su lado, se enganchaba con mayor intensidad a su velado atractivo y a su sombría amargura. Era inusual verla sonreír o que sus músculos se relajasen por completo. Daba la impresión de convivir con una marcada tensión y ausencia que descolocaban a los que tenía enfrente. No parecía una pose estudiada, probablemente era lo que le permitiría adentrarse con mayor facilidad en los vericuetos de las investigaciones, asegurar incluso la rendición de los testigos ante la confusa frialdad con la que ella estaba revestida.

Él aguardaba ansioso que dejase brotar algún atisbo emocional; su única flaqueza eran las huellas del cansancio que iba haciendo mella en ella, día tras día, desde que apareció la primera víctima.

Aquella tarde desveló el esfuerzo que estaban haciendo para resolver el caso y proteger a los posibles blancos.

—Hemos activado una operación para vigilar a los hijos de los consejeros de la caja con edades aproximadas a las de los que fueron asesinados.

—Me parece excelente esa medida. ¿Cuántos os salen? Debéis tener en cuenta que no todos los padres de las víctimas son consejeros, lo que complicará mucho la cobertura si pretendéis controlar y dar seguridad a tantas personas.

—No puedo desvelarte el número de personas vigiladas, Sandro. Hay limitaciones, compréndelo —razonó con una mirada fría y opaca—. Ampliaremos el operativo lo que sea necesario para cubrir el máximo de posibilidades. Es cierto que no todos son consejeros, pero

existen vínculos fuertes con la actividad de la entidad. Bueno, nos adaptaremos a los perfiles de las posibles víctimas de acuerdo con lo que sabemos.

—Desde luego, creo que es un buen sistema para prevenir más muertes. ¡Menuda maldición es todo esto! —exclamó Sandro observando, detrás de los cristales, el vaivén de las ramas movidas por un viento fuerte.

—¿A qué te refieres?

—A la pérdida de vidas a una edad tan..., tan corta, al temor que sufrirán los padres que hayan tenido alguna relación con la caja de ahorros y que tengan hijos universitarios. No me gustaría estar en el pellejo de ellos, te lo aseguro.

Elena sentía frío, una minúscula estufa de gas era la única calefacción que había dentro del local, insuficiente para su amplitud y construcción con muros acristalados sin el adecuado aislamiento. Aún no se había desprendido de la gabardina y retenía con las dos manos la taza de café caliente pegada a su cuerpo. Miró fijamente a Sandro, en silencio, sus ojos estaban cargados de líquido lacrimal debido a la temperatura.

De súbito, recibió varios avisos y se dispuso a responder a los mensajes más urgentes.

El fuerte viento, casi huracanado, arrastraba arenilla que golpeaba los cristales de la terraza, que hacía las veces de merendero en las tardes soleadas de primavera y que apenas servía como refugio para el duro invierno. Ellos eran los únicos clientes, porque ni las condiciones atmosféricas ni la hora avanzada de la tarde reunían las condiciones apropiadas para deambular por el parque. El dueño y también camarero se distraía en una esquina de la barra viendo la televisión, ajeno, por supuesto, a lo que ellos hablaban en una mesa pegada a la cristalera.

Una vez que Sandro la vio guardar la BlackBerry en el bolsillo de la gabardina, decidió continuar con la conversación:

—¿Sabéis si realmente se suicidó el consejero delegado de la caja?

Elena dudó en responder. Había depositado demasiada confianza en él, hasta el punto de comentarle aspectos de la investigación que no le estaba permitido dar a conocer a cualquiera, salvo a sus superiores o a los miembros de su equipo.

—No hay muchas dudas sobre el tema. Ingerió una cantidad desmesurada de somníferos, creo que orfidal, con intención de quitarse la vida. Se cuidó de que no tuviera mucho eco para evitar una retirada desmesurada de depósitos en la caja y crear una situación complicada, imposible de manejar al ser una institución de las que llaman «sistemáticas», que en el supuesto de quebrar se cargan el sistema financiero en su conjunto.

Pretendía mantener cierta distancia con el escritor, algo que apenas lograba. Había endurecido últimamente su relación con los hombres, hasta alcanzar un punto en el que apenas le importaba que descubrieran sus recelos si de esa forma impedía ser agredida, ya que así consideraba las relaciones que había tenido con alguna de sus parejas.

La BlackBerry alertó con más pitidos la entrada de nuevos mensajes. Mientras los examinaba, apareció Luis por el quiosco para sorpresa de los dos. Pronto comprobarían que su llegada estaba relacionada con los correos que estaba recibiendo Elena.

—Joder, Sandro, eres la leche. Tienes el móvil apagado, seguro. Míralo, coño, vives en la inopia. Eva me dijo que estabas aquí, y he venido en persona cuando me dirigía hacia Madrid.

Tenía razón. Antes de abandonar su casa, Sandro le había dicho a Eva que salía hacia el parque para encontrarse con la inspectora.

Elena saludó a Luis con un movimiento de la cabeza, sin dejar de revisar el contenido de los mensajes que le habían llegado.

—¿Por qué tanta urgencia? Venga, siéntate y toma algo con nosotros —dijo Sandro tirando de su brazo—. Y bien, dime, ¿a qué se debe tu presencia no anunciada?

—Tengo información sobre los hijos de los consejeros con una edad parecida y perfiles similares con los de las víctimas. Los que serían los principales que proteger, desde luego.

—Hay dos familias que responden a esas características —intervino Elena—. Me lo acaban de confirmar por el móvil.

—Lo que no sabéis —dijo Sandro— es el número de muchachos cuyos padres son proveedores de la caja con las diferentes modalidades que pueden existir en ese sentido.

—Cierto, y tendremos que afinarlo, desde luego. Pero esas dos familias son de partida un objetivo prioritario, esencial —objetó Elena.

—Y hay más. No sé si lo sabes o te lo han comunicado ya —subrayó Luis a la inspectora—. Me he enterado de que una de las hijas de esas familias lleva una temporada con un comportamiento errático, bastante anormal y extraño, igual que sucedía con alguno de los jóvenes antes de morir. Puedo darte sus datos, si los quieres.

La afinada elocuencia de Luis resultaba extraordinaria. Iba a pedirle la información cuando fueron interrumpidos por una llamada a su móvil.

Al contemplarlo mientras escuchaba lo que le decían a través del teléfono, Sandro y Elena comprobaron que algo muy grave había sucedido. El rostro de Luis se congestionó en fracciones de segundo y sus ojos parecían que iban a salirse de las órbitas. Le temblaban las manos, era incapaz de articular palabras...

Salieron precipitadamente del bar.

Los tres se introdujeron en el vehículo de Elena porque ella se lo impuso sin darles otra opción. No hubo discusión, ni otra clase de comentarios, cuando vieron que la mujer actuaba con la máxima diligencia demostrándoles que sabía mantener la calma. Sin su compañía, el descontrol se habría apoderado de ellos hasta límites insospechados.

La inspectora se puso al volante y activó las luces de alarma del techo de su Peugeot negro y la sirena, mientras daba instrucciones por radio; no dejó de hacerlo durante todo el trayecto, conduciendo a una velocidad endiablada.

No cesaba de tranquilizarlos y mantenerlos informados.

—Sí, me insisten en que se encuentra bien, sin heridas de consideración, visibles al menos. Allí hay un verdadero caos, como es normal en estas situaciones, pero lo importante es que parece que Eva está fuera de peligro, así que tranquilos, pronto llegaremos.

Les hablaba con una serenidad sorprendente, casi sin mirarlos, mientras conversaba, casi al mismo tiempo, por la radio del vehículo. A pesar de ello, la angustia en los dos hombres apenas se redujo. Precisaban llegar a Prado del Rey urgentemente.

EVA SE RECUPERABA en la enfermería. Tuvo mucha suerte porque la bomba adosada en los bajos de su coche no fue accionada a tiempo; quien pretendía asesinarla reaccionó precipitadamente al verla acercarse a su vehículo. Cuando estaba a punto de introducir la llave en la cerradura, la periodista decidió regresar a la redacción para recoger unos papeles que había olvidado. Sus primeros pasos los dio por detrás de una ranchera de gran tamaño, aparcada al lado, que sirvió como muro protector para contener la deflagración. Esta circunstancia permitió que salvara la vida.

—Eso le ha evitado heridas de consideración. La persona que activó el explosivo debió de hacerlo a bastante distancia, posiblemente desde la carretera y fuera del campo cubierto por las cámaras, lo que nos impide identificar al supuesto homicida... La joven se encuentra bastante bien si tenemos en cuenta lo cerca que estuvo de la explosión. De todas formas, el artefacto, creemos que compuesto por cloratita y RDX según las primeras estimaciones de los especialistas, no tenía como objeto producir daños colaterales. Se buscaba que la carga impactara en el interior de la cabina de su pequeño Toyota —detalló a Elena el oficial de la Guardia Civil que llegó primero al lugar del atentado junto con los artificieros que estaban revisando todos los alrededores por si hubiera más explosivos ocultos—. Ha tenido muchísima suerte. Por segundos...

La zona se había colapsado. Eran cientos los curiosos que se agolpaban junto a las cintas que acotaban los espacios bajo control de las fuerzas de seguridad. No en vano, en las dependencias de la radio y la televisión trabajaban miles de personas.

Al principio, se pretendió trasladar a Eva a un hospital que se encuentra a menos de un kilómetro, luego se rechazó la idea cuando los facultativos de la televisión comprobaron que solo había sufrido unos rasguños por el estallido de los cristales, y que mostraba síntomas de recuperación del *shock* que produjo la onda explosiva en su organismo.

Luis y Sandro se quedaron más tranquilos después de hablar un rato con su amiga, lo que no fue suficiente para evitar que se hicieran numerosas preguntas y surgieran otro tipo de preocupaciones. En la puerta del servicio médico donde Eva completaba su declaración a los policías que realizaban el atestado, le plantearon sus dudas a Elena Artilles.

—Esto no es una casualidad. Una putada en toda regla. Es absurdo que alguien quisiera eliminar a Eva, carece de sentido —destacó Luis—. La única explicación es que tenga relación con el caso.

—Estaba moviendo muchas cosas y quién sabe si descubrió algo. ¿Qué piensas? —comentó Sandro.

Elena, algo sudorosa después del trajín que supuso alertar a los miembros de su equipo y establecer las medidas adecuadas para coordinar la operación, se desprendió de su gabardina y secó su cuello con un pañuelo. Estaba acompañada por la subinspectora Santaniello, que no cesaba de hablar por sus teléfonos. El suceso avivaba sus recelos y temores por aceptar que ellos intervinieran, de cualquier manera, en el proceso de la investigación; nunca debió relajar sus reglas y el resquemor que le producían los periodistas, todos ellos en general.

—Pienso que hay que dar por finalizada vuestra colaboración —afirmó con rotundidad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sandro.

—Me parece evidente que ha llegado el momento de que abandonéis por completo vuestras indagaciones y cualquier tipo de gestión relacionada con el caso. Es por vuestra seguridad y porque es una exigencia necesaria.

—¿Abandonar? ¡De eso nada! ¡Ni soñarlo! —exclamó el escritor.

—Ahora, ¡ni de coña! Ahora es cuando debemos darle mil vueltas a todo lo que hayamos hecho —reafirmó Luis—. Sería una traición a Eva. Seremos más moscas cojoneras que nunca. Esto debe aclararse por completo, ver lo que hay detrás de todo este *tinglao*, no hay que confundir Roma con Santiago. Dentro de nuestras posibilidades y sin intención de incordiar en vuestra labor, por supuesto —concluyó dirigiéndose a Elena.

—No debéis precipitaros, en absoluto. La situación es preocupante, muy seria, y comprendo vuestra desazón y alarma. Este atentado lo complica aún más. —Expulsó aire con muestras evidentes de disgusto—. Tampoco podemos empeñarnos en establecer una relación con el caso. El modus operandi es completamente diferente, en principio no hay relación posible. De verdad, creo que lo más conveniente es que nos dejéis hacer a nosotros, por nada del mundo debéis arriesgar vuestras vidas, no podemos permitirlo.

—Elena, ¡esto muy serio! Tú lo has dicho —reafirmó Sandro, que hasta ese momento había controlado, a duras penas, su malestar y desconcierto—. Aquí está pasando algo de lo que no tenemos ni tenéis idea. Y esto nos obliga a meternos más y más en este cirio.

—Mira, puede ser algo aislado, con sentido por sí mismo, sin relación con lo demás. Hay que pensar con la cabeza fría. Vamos a analizar los hechos, y la subinspectora —señaló a la agente que se había acercado a ellos después de guardar los móviles— se encargará de la colaboración con los responsables de investigar este atentado.

—Debo hablar contigo, Luis —propuso Santaniello—. Es necesario que me cuentes con el máximo detalle los movimientos que estabais haciendo Eva y tú...

—¿Algún problema? —preguntó la inspectora.

Él no puso ninguna objeción indicándolo con un gesto de la cabeza y abriendo las palmas de las

manos.

—Por ejemplo, tenemos que revisar los temas que preparabais para vuestro programa, los reportajes y las personas con las que habéis trabajado recientemente —detalló Santaniello—. Así mismo, y esto es fundamental, conocer las gestiones relacionadas con el caso de los jóvenes de las que aún no nos habéis informado convenientemente e, incluso, analizar de nuevo aquellas de las que tenemos conocimiento por vosotros.

—El último reportaje contaba lo de los desahucios de pisos, no era un asunto de mucho riesgo, salvo que algún banquero se haya vuelto majara —respondió Luis con sorna, más tranquilo conversando con Santaniello.

—No vamos a despreciar ninguna información ni ninguna hipótesis...

—Ni siquiera la del banquero enloquecido —interrumpió Luis a la ayudante de Elena.

—Eva nos ha explicado, por encima, lo que estaba moviendo del caso —prosiguió la inspectora Artiles, haciendo caso omiso a la broma del Luis—. Es fuerte y se ha sobrepuesto al atentado con una entereza prodigiosa, eso es una buena noticia. Pero yo os aconsejaría, os insisto en ello, que no mováis nada, que lo dejéis en nuestras manos por completo, hasta que sepamos qué está ocurriendo. Confíad en nosotras —expresó en tono conciliador, rebajando el perfil de su planteamiento inicial—. O, al menos, os pediría que no toméis ninguna clase de iniciativa sin consultarnos previamente.

Quería obtener un compromiso de los dos hombres, pero tan solo alcanzó un asentimiento gestual de ellos, bastante tibio. Le hubiera gustado insistir en su postura, pero no fue posible; tuvo que atender una llamada telefónica y se apartó de su lado unos metros. La oscuridad caía rápidamente sobre el lugar, era casi de noche, muy cerrada. Las luces de los vehículos de emergencia irritaban la vista.

Hablaron entre ellos para decidir que Eva pasara la noche en casa de Sandro.

—Tendrá protección policial durante varios días —les aseguró la subinspectora Santaniello—. Lamentablemente, en este tipo de acciones es muy difícil encontrar huellas. Lo fundamental es que nos diga si ha recibido algún tipo de advertencia y lo que hizo durante los últimos días casi minuto a minuto.

Luis, que se revelaba complacido con la presencia de la subinspectora, se quedó charlando con ella mientras Sandro entraba en el edificio del servicio médico, iluminado con los fogonazos de los vehículos policiales y los de las grúas, algo más lejanos, que estaban retirando los restos del Toyota de Eva y otros vehículos dañados por la deflagración, en el aparcamiento al aire libre del complejo. La intención de Sandro era recoger a su amiga y trasladarla en cuanto fuera posible.

La encontró en la sala de curas hablando muy animada por teléfono con su familia y rogándoles que no se desplazaran hasta Madrid.

—Ha sido un petardo sin mayores consecuencias, salvo que tendré que pedir os un préstamo

para comprar otro cochecito. Algún novio despechado —concluyó bromeando.

FALTABA POCO PARA la hora de la cena y una doncella la hizo pasar al salón de la inmensa vivienda, situada en la urbanización Aguasclaras, próxima al chalé donde residían los padres de Patricia Castellanos, la primera de las víctimas. También estaba cerca la residencia de la familia Sánchez-Armiño, que tenían gemelos con edades y características que demandaban una protección especial, idéntica a la que habían establecido para Sonia, la joven que aún le quedaba por visitar esa noche. Todos eran hijos de consejeros de Caja Central y respondían al perfil más sensible y prioritario para ser atendido con medidas de vigilancia.

Antes de acceder a la casa de Sonia, la inspectora revisó a conciencia el cordón de seguridad y el control establecido en torno a los jóvenes. Nadie podría merodear por sus viviendas sin que pusiera en alerta a los agentes, nadie se acercaría a ellos con posibilidades de agredirlos utilizando cualquier sistema o mecanismo, por muy sofisticado que fuese. ¡Lástima que no lo hubieran activado con anterioridad! Habrían evitado alguna muerte. El problema consistía ahora en establecer un cinturón de seguridad en torno a familias con hijos de la misma edad y que hubieran tenido alguna relación o negocio de importancia con los servicios de la Caja. Porque de algo no había duda en ese momento: la entidad era el principal foco de las sospechas, el elemento común que parecía alimentar al asesino.

A Elena la inquietaba el entorno de la urbanización Aguasclaras, rodeada de una zona boscosa con múltiples salidas a diferentes rutas rápidas para acceder a Madrid, o abandonar la capital por autopistas radiales. Aquello, que suponía cierta ventaja para quienes vivían allí, complicaba la cobertura de vigilancia. Se precisaba todo un ejército para establecer un control absoluto del lugar, que, por cierto, estaba cerca de Prado del Rey, el recinto que ella había abandonado tan solo una hora antes.

Sebastián Ruipérez, el padre de Sonia, consejero de Caja Central, daba la impresión de estar intranquilo, a disgusto con la presencia policial en los alrededores de su chalé e inquieto con la visita de una mujer que, a su juicio, no encajaba con la imagen que debía adornar a una responsable policial. Elena había retocado a fondo su maquillaje para camuflar el cansancio que arrastraba y el efecto demoledor que había supuesto en su semblante el atentado reciente contra Eva.

—Comprenderá que estemos muy asustados y desconfiemos de casi todo. Si ustedes hicieran mejor su trabajo... —Así fue recibida por el señor Ruipérez mientras la observaba con recelo no disimulado.

A ella no le pasaron desapercibidos los numerosos elementos que decoraban el salón, apilados, en algunos rincones y mesitas, como si fuera un bazar y, especialmente, le resultaron llamativas las numerosas fotografías de la familia con los dos papas anteriores a Francisco, con el presidente de la conferencia episcopal y con el fundador de una organización religiosa muy criticada por su oscurantismo.

—Entiendo perfectamente que se sienta agobiado, pero es imprescindible para proteger a su hija...

—¿Será suficiente con la vigilancia que han dispuesto? Comprenda que no resulta agradable estar permanentemente controlados, como si fuéramos unos vulgares delincuentes...

—Lo hemos estudiado y consideramos que estarán protegidos. Es necesaria la vigilancia constante, e imprescindible, sí.

—Ya... —dijo con escepticismo.

Sebastián Ruipérez tenía la piel bastante cetrina, pelo negro y espeso, barba casi imposible de rasurar por su densidad y unos ojos pequeños, muy negros, medio ocultos por unas cejas abundantes, exageradas. Si le quitabas su atuendo, compuesto por un traje de excelente corte, posiblemente un Zegna o Canali, una corbata Hermes y zapatos Prada, asemejaría a un facineroso de poca monta.

Nada más aparecer Sonia, la inspectora lo tuvo claro: la chica poseía, al cien por cien, los genes de la madre. Era casi albina, con unos ojos clarísimos, transparentes como el hielo e igual de gélidos. Lo que más la sorprendió fue el hieratismo de su rostro, la dureza pétreo en sus gestos, que apenas mudó. Su madre estaba de viaje en Rusia.

—Esta policía quiere hacerte algunas preguntas. Ya le he dicho que no son horas, pero asegura que es necesario. Volverá en otro momento, entiendo —expuso el progenitor con intención de complicar el trabajo de la investigadora, con los brazos cruzados y una mirada turbia—. Ya sabes que intentan protegerte después de los sucesos de estos días.

La chica, estudiante de Periodismo, ni se inmutó. Se recostó en la barandilla de madera, en la misma escalera por la que había descendido para atender a la visita, anunciada en su dormitorio por una pulcra doncella de origen sudamericano.

—¿Has notado algo extraño en los últimos días? ¿Algo fuera de lo común, que te haya llamado la atención?

Sonia cruzó fugazmente una mirada con su padre para concentrarla, después, en el suelo de mármol grisáceo. Asomó un sutil rictus de desagrado en sus labios casi inexistentes.

—No... —hizo una pausa sin dejar de observar el suelo—, no. Estoy cansada...

—¿Alguien se ha acercado a ti proponiéndote algo sospechoso, raro...? ¿Un desconocido?

La joven no modificó un ápice su actitud distante, alejada y ausente.

—No..., desde luego que no... Debo irme..., tengo que hacer.

—Es importante por tu bien, piénsalo, tal vez con un poco de esfuerzo recuerdes algo que te haya llamado la atención.

—Ya le he dicho que no.

—Déjela, por favor, es muy tarde, se lo ruego —pidió con mansedumbre fingida el padre.

EL EGIPCIO DEMOSTRÓ comprender a la perfección, sin reservas de ninguna especie, la situación de emergencia a la que se estaban enfrentando después del atentado sufrido por la periodista. Sin embargo, como correspondía con su papel de superior jerárquico, estableció algunas instrucciones para Elena:

—Me disgusta que ese escritor y sus amigos periodistas estén cerca de nosotros. Temo, inspectora, que está asumiendo un riesgo elevado y nunca debió permitirlo hasta el extremo que lo ha hecho, salvo que sea desconocedora de las razones que la han llevado a mantener en la primera línea al escritor —alertó por teléfono a su subordinada después de que ella le informase sobre lo ocurrido en Prado del Rey—. Y bien, ya que lo ha hecho y no podemos modificar acciones pasadas, que yo mismo aprobé para tener un control sobre el señor Reguera, deberíamos pararle los pies, con extrema delicadeza, no vaya a ser que nos mareen más tarde y se arme un buen jaleo ahora con la prensa. Y, sobre todo, inspectora Artiles, tiene que conseguir que esa chica, Eva, le cuente con pelos y señales en lo que estaba metida, ¿me explico? Por ahí podemos sacar algo de importancia, visto lo sucedido esta tarde. Y en lo que respecta a reforzar el equipo, déjelo de mi cuenta, yo me ocupo de ello. Pero debe estar atenta, no se relaje, ¿eh?

El Egipcio aseveró que resolvería de inmediato la dotación de más agentes, entre otras cosas porque el propio ministro del Interior había demostrado mucho interés en el desarrollo de la situación, considerándola, desde un punto de vista político para el departamento, de especial relevancia. Bermúdez había recibido, incluso, presiones para relevar de la investigación o situar por encima de Elena a otro mando, a lo que él se había negado porque confiaba plenamente en ella.

Al filo de la medianoche, la inspectora convocó a Ramón Hueso y a Nacho Uriarte con la intención de redistribuir áreas de trabajo al ampliarse el equipo. María Santaniello estaba volcada en la búsqueda de pruebas relacionadas con el atentado en Televisión Española.

Los subinspectores habían realizado un examen minucioso y bastante exhaustivo sobre las familias de las víctimas, con algunas sorpresas que modificaban las pautas que seguir.

—Estábamos engañados a la hora de establecer su comportamiento —expuso Hueso con un inexplicable ramalazo de arrogancia, teniendo en cuenta su preámbulo mientras comprobaba, de reojo, que los gemelos de su camisa se exhibieran lo suficiente. Sorprendía que una persona con tanto esfuerzo y dedicación por las apariencias hubiera decidido ser policía. Y era bastante bueno—. Por ejemplo, si nos fijamos en Patricia Castellanos, hemos descubierto por unas amigas que

había sido forzada sexualmente durante una fiesta que tuvo lugar en el domicilio del jefe de su madre, quien, al mismo tiempo, tenía una sociedad de inversión con el padre de la chica. Era una fiesta juvenil tipo Proyecto X.

—Ya..., es un hecho importante, pero ¿qué relación tiene con el caso? —preguntó Elena.

Ramón estiró los puños de su camisa antes de responder.

—El violador fue el hijo del socio del señor Castella- nos. Ahí está la cuestión. Patricia sufrió heridas de consi- deración, además del daño moral que supuso para ella. Sus padres hicieron todo lo posible para que no denunciara el asunto, convenciéndola de que era mejor arreglarlo con discreción, sin escándalos, no fuera a enturbiarse la relación que tenían con la otra familia. Ella terminó conformándose con una disculpa del chico y así zanjaron el asunto. ¿Puedes imaginarte el calvario que supuso para ella no contar con el respaldo de sus padres? A partir de entonces se abrió una importante brecha entre ellos.

—Situaciones parecidas, aunque quizá de menor gravedad, hemos encontrado en otras familias —añadió el subinspector Uriarte—. En cuanto levantas las alfombras persas de seda que recubren sus casas, puedes descubrir lo inesperado. Lo que nos demuestra que los estudiantes muertos eran carne de cañón de una agrupación de carácter sectario, porque en sus hogares vivían un infierno particular, más allá del eterno y recurrente conflicto entre padres e hijos. Otra de las víctimas, Alberto Bocada, tuvo una experiencia homosexual siendo un adolescente y, al parecer, no había resuelto aún cuál era su inclinación definitiva. Pues bien, a los quince años, sus padres lo ingresaron por la fuerza en un centro de recuperación de conductas extremas para que lo empujaran por el buen camino. Un tinglado que dirigían miembros de una extraña organización religiosa. Alberto se escapó de allí, y lo encontraron un mes más tarde en Toulouse en una especie de comuna medio *hippie*. A partir de ahí, la relación con sus mayores se deterioró hasta límites insospechados. Tenemos también el caso de Javier Torres, ingresado dos veces con coma etílico y detenido en una ocasión por una pelea contra marroquíes. El resto de los jóvenes también tienen sus historias particulares de deterioro, de dificultades paterno-filiales que podrás ver en estos informes.

—Me temo que estáis condicionados por algunos prejuicios que empañan vuestras conclusiones, a pesar de los hechos —objetó Elena.

—En absoluto.

—No, no, para nada. Aquí tenemos los perfiles y es lo que se detecta en estos chicos, lo que no quiere decir que sea común para todos los de su edad y en un entorno similar. Lo fundamental es que se destaca, precisamente, en las víctimas, tal vez por esa razón han sido seleccionados. No pienso, ni me atrevería a decir, que sea algo así como un estigma de clase, en absoluto —razonó Uriarte.

—Ese deterioro en la personalidad de los jóvenes podría explicarnos muchas cosas. Se

evidencia que son personas necesitadas de tratamiento, débiles debido a lo que han tenido que soportar —añadió Nacho Uriarte.

La inspectora fue revisando despacio los documentos de la investigación que perfilaban el retrato de unos hogares conflictivos donde se habían cuidado las apariencias hasta el extremo, de tal manera que en una aproximación epidérmica resultaba casi imposible desentrañar sus interioridades.

Uriarte aguardó a que ella finalizara la lectura, antes de sugerir un nuevo enfoque:

—Yo creo que deberíamos considerar seriamente el proceso que estamos llevando, inspectora —pronunció con voz ronca, rubricando con el sonido de su garganta la fortaleza de la que hacía gala en todas sus acciones, afectadas, seguramente, por su extraordinaria dimensión corporal y energía.

Elena no reaccionó de inmediato, parecía ausente, con la mirada perdida en la sala sujetando con las manos los informes protegidos por una carpeta azul que le habían entregado los subinspectores.

—Esto nos obliga a analizar el lado oculto, oscuro, de la vida de los jóvenes —dijo al fin Elena— y la relación que mantenían con sus familiares. Habíamos confiado demasiado en los primeros testimonios...

—Apenas hemos tenido tiempo de revisarlos, todo está resultando muy rápido e imprevisible, como el atentado contra esa periodista de la televisión de hace unas horas —señaló Uriarte.

—En lo que afecta a las posibles víctimas que tenemos señaladas como tales, investigaremos directamente lo escabroso de sus vidas —apuntó el subinspector Hueso—. Si te parece bien, claro. Y te insisto, Elena, no existe ninguna clase de prejuicios. Lo fundamental es que existen elementos que enlazan a los fallecidos.

—Por supuesto, no dejaremos sin engarzar ningún eslabón, por débil que sea —rubricó ella, animosa.

AL LLEGAR A CASA de Sandro, Eva se empeñó en desmenuzar lo sucedido por pretender resolver una serie de asesinatos careciendo de la preparación y los medios necesarios. Ellos mismos se habían convertido en un objetivo que eliminar. Por lo tanto, era urgente descubrir la metedura de pata, el error que lo propició, lo que inconscientemente ella había palpado para que casi saltara por los aires en añicos irreconocibles.

—Debo de haber pisado, sin darme cuenta, una tecla explosiva, nunca mejor dicho, y si acertamos con ella, este misterio se irá despejando —comentó con una sonrisa deliciosa que no habían sido capaces de borrar de su faz—. Es imprescindible que nos movamos...

—¡Déjalo, Eva! —gritó él con firmeza, quizás excesiva—. Tú..., tú no estás hoy para disquisiciones, para pensar con claridad, ni importa que así sea. La ofuscación no resulta lo más conveniente para especular sobre lo que debemos o no debemos hacer.

—No, no estoy de acuerdo, tenemos que ponernos a trabajar... ¡Ya!

Ella se precipitó con todo su peso, que no era nada destacado, sobre uno de los sillones y arrojó el bolso al suelo. De inmediato, sacó una libreta de su pantalón vaquero y un bolígrafo Bic transparente que enganchó en el borde de su camiseta azulona, colgando en la mediana de sus pechos, definiendo su redondez y firmeza.

Era conocedor de su insobornable testarudez. Cuando adoptaba una decisión, era imposible detenerla, a pesar de los riesgos que conllevara la iniciativa. Recordaba las numerosas ocasiones en las que se había lanzado a realizar acciones peligrosas, como cuando se marchó a Bagdad sin tener la experiencia y el rodaje necesarios para afrontar una misión de esas características y sobrevivir en un escenario bélico. De hecho, fue herida, no de gravedad, y a los pocos días tuvo que ser trasladada a Madrid. Regresó entusiasmada con la experiencia, que, según sus palabras, había sido muy enriquecedora.

Sandro decidió intervenir sin permitir un respiro a su amiga. La sujetó por los hombros con mimo, intentando que su espalda quedara sellada con el respaldo del asiento. Luego, masajeó sus sienes con la yema de los dedos, con mucha suavidad y delicadeza. Ella no podía verlo, ya que se había colocado detrás de la butaca.

—Mañana, mañana... Juntos le daremos al magín y lo veremos todo con claridad. Ya sabes que te ayudaremos y estaremos a tu lado, Luis, yo... —Con cada palabra, Sandro iba reduciendo el volumen de la voz hasta mantener un susurro apenas audible.

El efecto terapéutico del masaje resultó cicatrizante, las fisuras que avivaban el volcán de Eva iban cerrándose, su mente se alejaba del suceso que la había conmocionado, aunque ella lo negara. Él se ilusionó, pero fue en vano. Lo percibió cuando, de súbito, Eva arqueó la espalda como si un resorte eléctrico hubiera descargado una fuerza descomunal en el epicentro de su columna vertebral.

—De ninguna manera, no podemos relajarnos ni un minuto. Estamos metidos hasta la médula en este asunto y el tiempo va contra nosotros.

—Lo primero es lo primero —destacó él con firmeza, de nuevo, sin reprimir la molestia.

—Y ¿qué es lo primero?

—Que te recuperes, que tengamos la certeza de que estás bien y no quedan secuelas del atentado.

—¡Bah! ¡Chorradas! ¿Tú me ves mal? —dijo pícaramente, levantando el busto mientras desprendía el bolígrafo de su camiseta—. Aquí, en el cuaderno, tengo anotadas varias cosas que quiero comentar contigo.

—De acuerdo, lo haremos, pero antes déjame que llame para que nos suban algo de cenar. Tú y yo lo necesitamos y luego trabajamos un poco si ese es tu deseo. ¡Qué le vamos a hacer!

Dos lingotazos de vodka tuvieron un efecto beneficioso sobre ella. Después de rechazar el sushi y otros manjares de la cocina japonesa que Sandro había solicitado a un restaurante que servía a domicilio, Eva exigió algo fuerte y estimulante. En un primer momento, evitó darle algún tipo de bebida alcohólica por temor a la reacción que pudiera provocarle, dado su estado de tensión. Entonces, ella se fue hasta el mueble-bar y revisó a conciencia los suministros para, a continuación, llenar una copa que deglutió casi sin respirar, de un solo trago. No hubo descanso para la siguiente, pues repitió, de inmediato, la operación. Así fue como dio por terminada su elocuencia y nerviosismo, que tantos dolores de cabeza habían producido a Sandro. Fue invadida por un sopor que alcanzó todos sus capilares hasta caer derrumbada en el sofá con los párpados a medio cerrar. Y él respiró tranquilo viéndola desfallecer bajo su protección.

Pocos minutos más tarde dormía como un bebé, con su pequeño y armonioso cuerpo relajado por completo encima del sofá. Las huellas de aquella jornada eran palpables en su vestimenta cubierta de polvo, en el pelo desgredado, en los restos desvaídos de su maquillaje. Había rechazado asearse hasta que se fuera al dormitorio. Él la llevaría a la cama cuando el sopor la impidiera volver por sus fueros.

Salió a la terraza. Las estrellas eran poco visibles debido al inmenso resplandor que se elevaba desde la ciudad. A pesar de la distancia en que se encontraba Madrid, su potencia y palpitar restaban negra y contraste al cielo. De tarde en tarde, circulaba algún vehículo por la autovía.

Se reanimó con el aire humedecido y saboreó con regusto especial el *gin-tonic*, tan necesario después de unas horas cargadas de confusión, desconcierto y temor. Le disgustaba haber puesto en peligro a personas que quería. Ahora no podía huir, dejar a sus amigos metidos en aquel cirio, era imposible, una cobardía si lo hiciera. Además, resultaba evidente el control al que estaban sometidos él y las personas con las que se relacionaba, como Eva. Un maldito loco, un asesino deseaba quitarlos del medio y tener solo enfrente a la policía, no a unos aficionados. Había que descubrir lo que estaba pasando, era necesario para recuperar la tranquilidad.

Bebió de un solo trago el resto del combinado y disfrutó con su amargor. El aire del exterior estaba enfriando la casa. Cerró el ventanal y fue hasta su habitación a buscar una manta con la que cubrió a Eva. Ella se revolvió en el sofá, inquieta.

Llamó a Marta a París. Se había enterado de lo sucedido por una amiga común y estaba disgustada.

—Me ha costado mucho encontrar información en los digitales, ya era hora de oírte, iba a llamarte en este momento. ¿Cómo se encuentra?

—La tengo aquí, en el sofá, completamente dormida y sin un rasguño, con el susto encima, por supuesto. ¿Cómo están las cosas por allí?

—Bien, ¿podrás soportar la situación?

—Si te digo que lo que de verdad me apetece es tomar esta misma noche un avión y presentarme en París...

—Sería una gran noticia. Te recibiría con los brazos abiertos, incluso dejaría el trabajo aparte —subrayó ella con tono insinuante—. Estoy finalizando el cuestionario para la entrevista con Lagarde que se grabará mañana, a primerísima hora.

—Necesitaría distanciarme de esto y dejar tranquilos a Luis y a Eva.

—No, no debes hacerlo, y mucho menos ahora. Tienes que estar ahí, a pesar de que me atraiga tu sugerencia de venir.

Era el maldito y odioso sentido común de Marta, que se imponía con su habitual crudeza haciendo la vida menos placentera, un verdadero despropósito considerando que era una mujer tentadora a ojos de cualquier hombre que no estuviera ciego. ¡Lástima que nunca rompiera sus esquemas!

Pasada la medianoche atendió una llamada de la inspectora. Se percibía en su voz agotamiento. Acababa de finalizar una reunión en la comisaría.

—No tenemos descanso, no podemos. Hemos vuelto de alguna manera al principio, a considerar, de nuevo, los perfiles de las víctimas...

Resultaba inaudito que lo mantuviera informado de tantos detalles y que ante él se mostrara tan cercana.

—... no es oro todo lo que reluce en esta vida, y después de estudiar a fondo los comportamientos de las personas, las interioridades de las familias, hemos llegado a la conclusión de que las víctimas bien podrían necesitar incorporarse a grupos sectarios.

Se hizo un largo silencio. Sandro intentaba comprender lo que representaba el análisis de Elena. Ella prosiguió:

—De cualquier manera, es importante protegeros. Delante de tu casa hay un coche patrulla y durante varios días no perderán de vista a Eva. ¿Cómo está?

—Bien, mucho mejor, no se asusta fácilmente y la explosión no parece haberle producido ningún daño. La tengo aquí a mi lado, descansando. Bueno, ahora duerme como una bendita. ¡Por fin!

—Me alegro de oírlo, y sí me parece una persona fuerte.

—Gracias por interesarte por ella.

—Es mi trabajo y debo hacerlo, Sandro. Lo que me disgusta es que tenía la impresión de que comenzábamos a controlar algo todo esto, que el asesino se había frenado, teníamos localizadas a las posibles víctimas y controlada su seguridad, pero el atentado contra Eva añade más confusión y complicaciones a la investigación. Vosotros os habéis convertido en objetivos inesperados y esto se solucionaría si evitarais hacer gestiones.

—Ya...

—Tenemos que hablar y comentarlo a fondo.

—Mañana.

—Sí, mañana, y habla con Eva para conocer los pasos que había dado. Es fundamental para controlar los riesgos.

LALLUVIA TORRENCIAL daba grima.

Era una mañana de perros, tan oscura y negra que parecía imposible que llegara a despejarse. El atasco de vehículos en la autovía apenas permitía a los coches moverse dos o tres metros cada minuto, provocando angustia e intranquilidad en los sufridos conductores. Imaginó el calvario que soportaban aquellos que tenían que llegar a una hora fija; seguramente eran la mayoría de los que despotricaban contra tirus y troyanos para desahogarse y liberar algo la tensión. La población había crecido en exceso en los últimos años, sin que las autoridades calibraran el despropósito que representaba la concentración de habitantes sin dotarlos de los servicios públicos necesarios para cumplir con las expectativas de una excepcional calidad de vida fuera de la gran ciudad que, en realidad, supuso el reclamo que impulsó a muchos matrimonios jóvenes y profesionales solteros, como él, a comprar viviendas a precios desorbitados y endeudarse con esa adquisición hasta la ancianidad.

Abrió una rendija de la puerta del dormitorio donde descansaba Eva. Llevaba durmiendo unas nueve horas. Fue hasta la cocina y comprobó con pesar que carecía de los suministros imprescindibles para preparar un desayuno en condiciones. Miró el reloj y dedujo que estaría abierta la panadería que tenía cerca de casa, pues era el establecimiento más madrugador del barrio. Allí podría comprar todo lo que necesitaba para animar a su amiga con un excelente ágape mañanero.

Escribió una nota y la pegó con cinta adhesiva en la puerta del cuarto para que ella supiera que había salido a por víveres, advirtiéndole que regresaría en unos minutos.

La tormenta arreciaba con truenos y aparato eléctrico. Pensó que san Juan debió de ser alcanzado por una visión parecida antes de comenzar a escribir su Apocalipsis. El viento huracanado le impidió colocarse la capucha del chubasquero y resultó imposible abrir el paraguas. Las calles que delimitaban los bloques de su vivienda estaban desiertas. Para colmo, el ruido no muy lejano de los cláxones activados con persistente y doliente rabia por los conductores atrapados en la ratonera de la autovía inundada por torrentes de agua, concedía a la atmósfera el ambiente idóneo para imaginar una nueva llegada del Salvador tras el paso del Anticristo. Observó que en la estación Bélgica del metro se apelotonaban chicas centroamericanas que trabajaban en el servicio de las casas pudientes de la zona para rellenar sus bolsillos de esperanza. Apenas cabían debajo de la marquesina de plástico donde intentaban refugiarse de un

aguacero con resabios tropicales por el volumen que estaba descargando aquella mañana, no por su temperatura.

Caminó a duras penas haciendo grandes esfuerzos por la avenida Bruselas para dirigirse hacia la panadería. Se vio obligado a chapotear por los innumerables charcos que inundaban la calle peatonal; los calcetines se le empaparon de agua y sentía el frío en los huesos. Por fin, en la esquina apareció el letrero del establecimiento Ramírez.

En la puerta permanecía refugiado un hombre alto, enfundado en una gabardina de color negro. Se saludaron. Le pareció un tipo muy extraño, mal encarado, como un personaje de cine negro de la década de 1940.

Al salir de la tienda se dio de bruces con el mismo individuo. Llevaba levantadas las solapas de la gabardina y se tapaba los ojos con unas gafas oscuras de pasta negra.

—¿Sandro Reguera?

Quedó paralizado. Y mayor fue la sorpresa al analizar con algo más de precisión el aspecto del desconocido. El sonido del viento y del aguacero al golpear el suelo concedía al momento una sensación de irrealidad pasmosa. El extraño personaje tenía la cara, la escasa parte que permanecía visible, carcomida por las erosiones que le habían quedado en la piel maltrecha tras sufrir una viruela o una enfermedad similar. Sus rasgos parecían tallados a conciencia por un buril de carpintero.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere...? —Reaccionó con asombrosa rapidez, dominando su inquietud para impedir que percibiera el desconcierto que le había provocado.

—La novela que escribiste es una historia que no está mal, pero eso no debería animarte a escarbar en asuntos que no te competen, ¿verdad? Especialmente si no estamos preparados para enfrentarnos con algunos retos. Espero que lo comprendas, es por tu bien, no pretendo otra cosa al decírtelo.

—Pero... pero ¡qué locura es esta! ¿A qué juega? ¿Qué pretende?

Lo retó en tono airado mientras consideraba la conveniencia de reprimir sus arrestos. Aquel individuo podría tratarse incluso del propio asesino. No, dedujo al instante, resultaba demasiado arriesgado para él, su apariencia de malvado era tan evidente como imposible que fuera real. Le recordaba, en mucho, a Christopher Lee. Por lo tanto, no..., no era posible. Los malvados se enmascaran con más habilidad, los más peligrosos tienen aspecto de personas inteligentes y seductoras.

Atisbó en sus labios cárdenos una mueca de cierta complicidad hacia él, era un leve gesto tranquilizador que le permitió aceptar una afinidad comprensiva con el sujeto. Concluyó que, a pesar de su apariencia amenazadora, aquel tipo no pretendía hacerle daño. Las escasas reservas que tenía quedaron relegadas al oír de nuevo su voz visceral y tenebrosa.

—Tú y tus amigos..., dejad a los profesionales que metan las manos en los asuntos sucios, que

ellos se encarguen. Vosotros, a lo vuestro. ¿Para qué asumir riesgos innecesarios? Abandonad esas búsquedas, os jugáis demasiado...

Sandro no supo qué hacer o decir. La bolsa de plástico donde llevaba la botella de zumo, la mantequilla, los huevos, los cruasanes, el pan..., estuvo a punto de rodar por el suelo. La estrechó con los brazos uniéndola a su pecho.

—... es lo mejor, no queremos que sufráis daño, el terreno por el que os movéis es de los más arriesgados. Escribe, es lo tuyo...

—Dígame, ¿quién es? ¿Por qué hace esto, quién le ha encargado hablarme, seguirme...? —demandó sin ninguna clase de temor, con un aplomo que lo sorprendió—. Si sabe algo debería acudir a la policía, hay gente que está muriendo, ¿sabe? Esto es muy importante para jugar con ello. Haga lo mismo que me pide, vaya a hablar con los profesionales, ¿no? Lo mismo que me propone, aplíqueselo, ¿no le parece?

El tipo esbozó una sonrisa más amplia que las anteriores, descubrió unos dientes de color amarillento, algunas piezas destacaban por el tono verdusco. Era desagradable en su totalidad.

Se hizo un silencio que pareció eterno, apocalíptico por la tormenta que se desencadenaba junto a ellos.

—No es posible... —pronunció al fin el personaje.

—¿Cómo?

—No tiene que importarte quién soy, lo que importan son vuestras vidas, entiéndelo. Te lo advierto una vez más: ¡dejadlo!

De súbito, sin previo aviso, giró violentamente el cuerpo, como un rayo más de aquella mañana aterradora, cargada de agua, de electricidad que se expandía en todas direcciones, y de truenos espantosos. El hombre dio una zancada ágil y poderosa para sortear a Sandro, luego se encaminó por la calle como un alma perseguida por Belcebú, casi flotando sobre el suelo. En décimas de segundo, desapareció envuelto por la bruma y la lluvia.

El aguacero daba la impresión de comenzar a calmarse un poco, sin que esa circunstancia mejorara el desconcierto y el asombro ante la habilidad del individuo para moverse con inusitada presteza. Sandro se quedó inmóvil, aturdido, anclado en el porche del edificio donde se encontraba la panadería. Instintivamente, después de varios segundos, respiró ansiosamente y metió una mano en la faltriquera del pantalón para coger el móvil, pero se contuvo. Por su mente circularon en ráfagas endiabladas, palabra a palabra, todo lo que acababa de escuchar como si fuera el mantra que debía permanecer atesorado en su interior. Luego, se hizo numerosas preguntas que era incapaz de responder, preguntas que urgía resolver para reanimarse y adoptar alguna decisión inteligente e imprescindible.

¿Había sido un ultimátum lo que había planteado aquel hombre o una recomendación de alguien con conocimiento de causa? Después del atentado contra Eva, sus palabras adquirían inusitada

relevancia.

Era consciente de que él y sus amigos se desplazaban por terrenos tremendamente arriesgados. Habían metido las manos en un fuego que estaba a punto de dejarlos fulminados y, de continuar arriesgándose, lo más probable es que terminaran convertidos en cenizas. Porque eso es lo que había ocurrido con Eva el día anterior, alguien había pretendido liquidarla y, al mismo tiempo, hacer que ellos reaccionaran.

Mientras abría el portal de su casa, vio aparcado en la esquina un vehículo policial camuflado, con dos agentes dentro. Aquello lo tranquilizó.

AL ENTRAR EN CASA oyó a Eva hablar por teléfono. La conversación se entretecía con aspectos relacionados, precisamente, con la investigación. Al otro lado supuso que estaba Luis. Oírlos lo alteró aún más.

—Te lo confirmen o no te lo confirmen, no podemos esperar mucho, entiéndelo. Esto tiene que funcionar a todo gas —decía ella.

Se fue a la cocina. A duras penas controlaba el nerviosismo mientras preparaba el desayuno. No se había repuesto de la preocupación que le había suscitado el encuentro en la panadería. Aquel hombre le había advertido de que peligraban seriamente sus vidas si continuaban colaborando con la policía. Al mismo tiempo, resultaba evidente que estaban acercándose a algo sensible, delicado y muy peligroso; acaso demasiado importante para ser manejado por ellos.

Eva estaba preciosa recién salida de la ducha, vestida con una camiseta blanca pegada a la piel y unos vaqueros. Caminaba descalza por la tarima del pasillo y, cada cierto tiempo, se asomaba a la cocina sin abandonar la conversación con Luis. Parecía relajada, tranquila, recargada de energía después del descanso. Era asombrosa su capacidad para recuperarse.

—Ya voy, Sandro. Estoy deseando desayunar...

Apareció radiante colgándose del cuello de él para besar sus mejillas.

—¿De qué hablabais? —preguntó él mientras servía en la mesa zumo de naranja, café con leche, tostadas, mermelada de arándanos y cruasanes. Eva se apoyó en un taburete y se le iluminaron los ojos de entusiasmo al contemplar lo que le había preparado.

—De la necesidad de que los colegas del periódico hagan cuanto antes una serie de comprobaciones. Bueno, tienen que hablar con sus «colaboradores». Pero que te lo explique Luis porque venía hacia aquí. Me ha cortado porque estaba ya aparcando el coche.

—¡Tío! Si pareces el hombre de las nieves...

El recibimiento de Eva apenas lo incordió. Y ella, a pesar de que él estaba empapado, aceptó ser levantada en volandas y recibir un afectuoso abrazo. Después, Luis le entregó un pequeño ramo de violetas. Eran sus flores más apreciadas. Sandro fue a buscar una toalla para que pudiera secarse la cara y el pelo. Luis tardó un buen rato en adquirir una apariencia normal, que, por otra parte, se componía de un desarreglo en su aspecto general hasta el punto de que el sobrenombre que había utilizado Eva le encajaba a la perfección.

—Oye, Sandro, la tipa que me he cruzado en el descansillo es una provocación y un estímulo para hacerte perder la cabeza, te lo juro. Yo no podría soportarlo, alguna noche me lanzaría a recitarle poemas en su puerta y, no sé, hasta cometería una locura. ¡Qué cuerpazo, Dios mío!

Eva quería saber más y exigía con el gesto que se le ampliara la información.

—Ha visto a Laurita, mi vecina... —aclaró Sandro.

Un café bien cargado hizo que Luis se entonara lo suficiente como para que sus mejillas adquirieran un tono más rosado y, reanimado, insistiera en lo impresionante que estaba Laurita. Finalmente, reconoció que contemplar a Eva constituía la razón que lo había lanzado a una insoportable aventura bajo el temporal.

—¡Vaya pasada! Las carreteras parecen ríos y el colapso es casi total. Resultaba imposible salir de Madrid, y lo contrario supone una temeridad.

—¿Qué comprobaciones tenéis que realizar? Escuché la conversación que teníais antes —preguntó Sandro.

—Bueno, son varias cosas —dijo cruzando una mirada con ella—. Lo más importante es lo de tu mensaje anónimo.

—¿*Emeka*?

—Sí, eso es. Eva tiene una teoría y los Loren y Rouco, que tú conoces, son muy eficaces para contrastar informaciones, siempre que se le plantee una cuestión sencilla, directa, sin demasiados matices.

—Creí que había limitaciones para hacerlo.

—Lo que hay son reglas para interpretar sus respuestas —explicó Luis con las manos atrapando la taza caliente; aún se desprendían de su pelo gotas de agua que caían sobre la mesa de madera de la cocina a la que estaban sentados los tres—. Te lo explico. —Bebió un sorbo del café antes de proseguir. Eva permanecía atenta al desarrollo de la conversación mientras mordisqueaba un cruasán—. A petición nuestra, Antonio y Manuel les hacen una pregunta que nos pueda interesar mucho y que precisamos para avanzar en el trabajo. Y si la fuente responde que «ni confirma ni desmiente», esa frase significa que hay algo, expresan de esa manera que la pista no es rechazable, que merece la pena indagar por ahí...

—¡Vaya! Es complicado y excesivamente sutil. Y si, por ejemplo, quieren negarlo o simplemente ellos evitan decir algo sobre el tema, ¿cómo os lo comunican para que se entienda el código?

—En ese supuesto, la respuesta es que «no saben nada del asunto».

—Y ¿si realmente no saben nada del asunto?

—«No tienen nada que añadir.» Suelen confirmar pocas veces, pero si nos atenemos a la formulación expresada por ellos, se pueden conseguir pistas que te permiten seguir una ruta correcta, sin dar demasiados palos de ciego.

Se hizo un silencio que aprovecharon los tres para degustar el tentempié. Al cabo de un rato, Sandro preguntó:

—Y ¿cuál es tu teoría, Eva, la que precisa de comprobación?

—¡Por fin! ¡Ya era hora! Llevo desde ayer intentando decírtelo y no me dejabas. Voy a por el *notebook* que tengo en el bolso.

Regresó a la cocina con el pequeño ordenador de tapas metálicas brillantes, de color azul. Lo puso sobre la mesa retirando algunos platos y lo encendió. Mientras se estabilizaba la pantalla fue hablando:

—Creo que emeka tal vez nos señala las siglas MK, que en inglés aluden a dos palabras: *mind kontrol*, control mental. Podría referirse a un proyecto que desarrolló la CIA bajo el nombre de MK Ultra, *mind control ultra*; es decir, «más allá del control mental».

—No comprendo bien.

—Tranqui, ya verás. La CIA puso en marcha hace tiempo un proyecto para conseguir controlar la mente, de ahí el nombre, claro está. Tenía como finalidad obtener información de los potenciales enemigos, de los prisioneros de guerra, pero a alguien se le ocurrió que estaría bien utilizarlo para crear una especie de agentes robots, de asesinos que desconocerían lo que realmente hacían bajo efectos hipnóticos y que se moverían al antojo de quienes los dominaran. Se buscaba manejar el comportamiento de esos agentes, controlar sus conductas, eliminar en ellos cualquier rastro de sentimientos. Para ello era preciso que esa clase de ciegos asesinos nunca recordaran lo que hacían o por qué actuaban de una u otra manera.

—Era una forma de responder a los soviéticos, que habían desarrollado un plan similar de lavado de cerebro —amplió Luis.

—Y ¿unos y otros lograron los resultados que buscaban? —preguntó Sandro.

—Sí, con mayor o menor éxito —añadió Eva—. El MK Ultra, del que conocemos más, se puso en marcha en Estados Unidos a mediados del siglo pasado y permaneció activo durante quince años.

—¿Cómo funcionaba?

—Lo realizaban combinando un meticuloso programa de hipnosis con la administración de drogas. La narcohipnosis. —Eva tecleaba en su pequeño ordenador al mismo tiempo que iba dando explicaciones. Buscaba en la memoria del disco duro los archivos que le proporcionaban la información—. El proyecto había sido el sueño de muchos servicios secretos. ¿Te imaginas?: tener individuos que actuaban sin recordar lo que habían hecho, fuera lo que fuese, incluso en contra de su voluntad, en contra de su naturaleza. La CIA llegó a utilizar en la fase de experimentación a ciudadanos como cobayas, personas indefensas a las que ni siquiera se había solicitado su consentimiento, que desconocían lo que se experimentaba con ellas. El MK pretendía modificar su conducta para crear al asesino perfecto, puesto que ni él mismo sabía que lo era. Los

llamaban «candidatos manchúes», por aquello del estado títere de Manchuria durante la ocupación japonesa, supongo. Los experimentos se hicieron, de eso no hay duda: existen testigos y algunos documentos, aún quedan muchos por desclasificar en Estados Unidos, y pretender algo igual en Rusia es una utopía, de allí apenas hay información sobre la experiencia. Otra cosa es que los ensayos tuvieran éxito y esos superagentes marionetas intervinieran en acciones determinadas. Es probable que los «Manchuria» o «manchúes» interviniesen en algunas, pero no hay constancia de las mismas. Lo cierto es que se experimentó con cientos de personas; por lo tanto, crearon autómatas de carne y hueso sin memoria. Esto es así, a pesar de que nos falten testimonios contundentes sobre el MK.

—¿Tú piensas que el mensaje que recibí alude a esto? Y ¿qué relación tiene con lo que está ocurriendo aquí y ahora? No encuentro ese vínculo —planteó Sandro con extrañeza.

—Bueno, es bastante probable —se adelantó Luis a responder—. Y no sé de qué te asombras. Tu propia novela trata del lavado de cerebro, es la causa que empuja a los muchachos a quitarse la vida, una especie de automutilación ordenada a distancia, algo de lo que la policía tuvo sospechas desde el principio como argumento inspirador para las muertes de los jóvenes en esta zona de Madrid. Y sobre lavado de cerebro hay mucho que hablar, desde los jesuitas, con sus eficaces ejercicios, hasta la secta de los templarios de la Guayana, liderada por Jim Jones, que precipitó al suicidio a novecientas personas, lo que demuestra la eficacia malvada del proceso, la aplicación de una metodología que puede funcionar hasta esos extremos. Y hoy mismo, en Corea del Norte, están muy avanzados en su utilización, ¿no te parece? La pretensión de convertir en un muñeco a un ser humano y dominarlo es algo bastante común y no es ninguna novedad. Por esa razón, es probable que alguien haya querido darnos una pista, y no resulta nada rechazable.

Sandro cerró los párpados y bajó la cabeza. A continuación, se restregó las sienes con los dedos. Estaba aturdido. Lo que le estaban contando resultaba, cuando menos, sorprendente y se sumaba a la intimidación que recibió en la calle y al atentado contra Eva. Era demasiado para asimilar, para ser controlado en tan corto espacio de tiempo.

—Entonces, ¿de verdad consideráis que puede existir alguna relación con lo de *emeka*, una operación de espionaje sin escrúpulos del pasado que llega hasta hoy? No..., no le encuentro sentido. ¿Pensáis que recibí una pista válida que debe preocuparnos y darle carta de naturaleza? —preguntó abriendo los ojos enrojecidos y mirándolos fijamente—. A mí, si me perdonáis, me cuesta aceptarlo...

—Nosotros tampoco estamos seguros de que el mensaje nos indique esa dirección y, por eso mismo, precisamos hacer las comprobaciones necesarias con los que tienen más claves que nosotros o información que no está a nuestro alcance. Tenemos que saber si debemos centrar nuestro esfuerzo por ahí y si la policía también debe hacerlo. ¿Se lo has contado a ellos? —preguntó Eva. Sandro negó con la cabeza.

—La verdad es que no creemos que haya otra explicación al anónimo que recibiste. Nos sugiere una pista: drogas, sobredosis, muertes, ausencia casi completa de indicios... —comentó Luis—. Yo pienso que hay alguna relación.

—Si fuera así, si alguien quiso avisarnos, sabe lo que está pasando, tiene las claves precisas y rechaza denunciarlo, lo que lo convierte en un peligro porque evita dar la cara. Además, nos utiliza y... quizá nos controla. Conclusión: nos hemos convertido en un objetivo que eliminar, como ya vimos ayer... Lo mejor sería desaparecer una buena temporada y que actúen los que tienen los mecanismos para hacerlo... ¿No os parece?

La situación era confusa y difícil de manejar: recibían una asombrosa pista que, supuestamente, los ayudaría a resolver los asesinatos y, por lo tanto, se los consideraba una pieza fundamental en el proceso, y al mismo tiempo se los coaccionaba para que se apartaran del caso.

«NI CONFIRMAN, ni desmienten.»

La sentencia no permitía interpretaciones. Indicaba que era preciso tomarse en serio el mensaje con la palabra *emeka*, o MK, y comenzar a trabajar teniendo en cuenta que representaba algo serio.

—Sí, es bueno —recalcó Luis—, así es como debemos considerarlo. Esto se pone a cien...

—Pero ¿cómo abordarlo? —cuestionó Sandro a través del móvil—. No tengo ni idea de cómo deberíamos actuar.

—Yo voy a hablar con colegas y a mirar archivos para ver si, aquí en España, se hizo en algún momento algo similar y se experimentó con la intención de encontrar la droga perfecta para fabricar asesinos, autómatas de carne y hueso, que actuaran bajo ciertos estímulos.

—Ya..., pero de entrada la relación resulta un disparate, no sé dónde ni cómo se establecería la conexión con los hechos conocidos.

Luis lo llamó cerca del mediodía, después de dejar a Eva en su casa, con bastante enfado por parte de ella, ya que se negaba a permanecer inmovilizada con la excusa de protegerla ante posibles atentados.

—Me insistió en que era una chorrada porque resultaba improbable que se repitiera. Y tiene razón cuando dice que no hay certeza de que sea el agresor de los muchachos quien haya ido por ella.

El rubicundo Luis tuvo que esforzarse al máximo para convencerla de que se tomase unos días o, al menos, unas horas de descanso.

—¿Se te ocurre qué pudo hacer para convertirse en un objetivo del asesino, con quién habló de todo esto? ¿Ella no te ha contado nada sobre el tema? —le preguntó Sandro.

—Me gustaría haber tenido una charla con más detalle, pero la considero prematura tal como está. Eso tendrá que esperar por nuestra parte. De cualquier manera, estamos muy conectados en todo lo que hacemos, y no se me ocurre nada que pudiera alertar a los malos. Hay que esperar a que se reponga. Lo que nos urge es mirar lo de MK. Tú, Sandro, tienes que explicárselo a la inspectora. Ella debe saberlo, tal vez encuentre la conexión que no somos capaces de ver...

—Lo fundamental ahora es ocuparnos de la seguridad de Eva, eso es lo esencial y lo único que debe interesarnos.

—No seas cagueta, coño. Y ¿no has pensado que, precisamente, una y otra cosa pueden estar relacionadas? Ella fue quien estudió lo de tu anónimo.

Durante el resto de la tarde, Sandro intentó repasar los guiones de la serie *Hombres, mujeres y demás*, sin conseguirlo. Quiso aprovechar el silencio y la calma que sucedieron a la espectacular tormenta de la mañana para volcarse en algo diferente. Imposible. Tenía la mente ocupada y deteriorado el ánimo por lo ocurrido con Eva, y ni siquiera era capaz de perforar leves fisuras por las que introducirse para adquirir la concentración que precisaba y lograr involucrarse en otra actividad. Estaba implicado, a fondo, en el caso y era imposible echarse atrás. Y, para colmo, sentía una extraña ansiedad que enlazaba con la relación establecida con Elena Artiles.

AQUELLA MAÑANA, la del viernes, fueron apareciendo por la vivienda de los Ruipérez varias personas. Todas ellas tuvieron que soportar ser cacheadas e identificarse. Los padres de la joven estaban fuera: él trabajando en su oficina de Madrid, y la madre haciendo lo propio en Rusia. Por lo tanto, la vigilancia era rigurosa, llevada al extremo, sin fisuras ni veleidades. Se presentaron por el chalé un revisor del gas, un mensajero y un amigo de Sebastián Ruipérez que dijo que iba a darle unos documentos a Sonia para que se los entregara a su padre. Todo controlado y los movimientos detallados en el informe que las agentes pasarían a sus superiores.

Habían transcurrido ya tres días sin que apareciera otro cadáver, y la policía razonaba con ansioso optimismo que acertaban con las medidas de protección establecidas en el entorno de las posibles víctimas, que sus acciones estaban comenzando a funcionar. Se confirmaba así que los objetivos eran los señalados por los responsables en la investigación. Sin embargo, no podían permitirse bajar la guardia. El esquema establecido en origen consagrando la amenaza ceñida a siete muertes, algo que llegó a ser considerado un dogma pergeñado por Sandro Reguera, se iba diluyendo y crecía algo de esperanza.

Cada vez que Sonia Ruipérez salía de su chalé, solía detener el vehículo junto al que ocupaban las agentes que la custodiaban para observarlas fijamente, con desparpajo y descaro, a veces con expresión de vacío, de ausencia, y otras veces parecía querer retarlas... Era complicado expresar la mezcla de sensaciones que provocaba en ellas. Y, de repente, incitada por una especie de deseo enloquecedor, daba un acelerón descomunal al motor, y las ruedas de su Mini chirriaban sobre el asfalto provocando una salida precipitada, de urgencia absurda, que desvelaba un comportamiento errático, algo infantil si pretendía escapar de la tutela a la que estaba sometida.

Las policías asignadas al seguimiento y protección de Sonia no perdían de vista ese mediodía el Mini Cooper de la joven, de color azul metalizado, que circulaba por la carretera de Pozuelo a Majadahonda en dirección a la universidad. Era la ruta que debía realizar a diario a partir de las dos de la tarde. Ramírez y Delgado eran policías avezadas en las misiones de custodia, por esa razón les habían encargado el servicio. Lo que más las asombraba de la estudiante que debían proteger era el trato que mantenía con ellas: distante, altiva, desagradable incluso, pues las miraba con un aire marcadamente circunspecto.

—A mí me resulta fría como un témpano, con ese aire de suficiencia y de pija redomada...

—Sí, te corta con la mirada, es difícil encontrarse con alguien así, a mí me da un poco de miedo la tía. Tal vez sea el reflejo o la consecuencia de una reacción contra el miedo que está pasando, hay estudiantes que aparecen muertos por donde ella vive, chicos y chicas que son como ella.

Comentarios similares habían reproducido las dos policías en varias ocasiones y coincidían con los juicios emitidos por las compañeras que realizaban otros turnos de vigilancia sobre Sonia: «Esa muchacha parece de otro mundo, es gélida como una cobra...».

Al llegar a las instalaciones de la universidad, Sonia aparcó el Mini en la puerta del módulo en el que se impartían los estudios de Periodismo y Comunicación Audiovisual. El centro privado se componía de varias construcciones de escasa altura, asemejando unas residencias privadas, en un entorno con abundante vegetación.

Como habían acordado con los responsables de seguridad del centro, la vigilancia de Sonia en el interior la realizaban ellos. Habían considerado que era lo más apropiado para no crear alarma y, al mismo tiempo, tenían en cuenta el hecho de que los riesgos eran mínimos mientras permanecía en clase, junto a sus compañeros y profesores.

El ambiente en el campus era de sosiego, apacible, apenas había muchachos por el exterior, salvo grupos de tres o cuatro fumando unos cigarrillos o charlando en la puerta de algunos módulos. Justo al final de los edificios alineados como si fueran chalés adosados, casi a unos trescientos metros de distancia, detectaron la presencia de un vehículo policial que debía de estar realizando labores de vigilancia a otra persona. La agente Ramírez decidió acercarse para hablar con los compañeros. Delgado permaneció dentro del vehículo mientras atendía las explicaciones de un monitor de inglés que tenía grabadas en un CD.

Sobre las cuatro, la paz en la zona fue alterada. Ocurrió por sorpresa. La agente Ramírez seguía con su paseo y su compañera dormitaba en el asiento del vehículo policial, cansada de las lecciones. Se sobresaltó al ver que el jefe de seguridad de la universidad intentaba de malas maneras, apresuradamente, abrir la puerta del coche mientras gritaba como un poseso.

—¡Deprisa, deprisa...! Vamos dentro. ¡Ha ocurrido algo! Hemos tenido que esposar a la chica y llamar a una ambulancia, esto es grave, ¡salga rápido!...

Corrieron hacia la entrada principal, situada en la mitad de la serie de edificios, y vieron que los policías que estaban en el otro vehículo salían del mismo a toda velocidad porque habían sido alertados de la situación por un guardia de la universidad. Delgado ni siquiera tuvo tiempo de avisar a la compañera.

El responsable de seguridad hablaba como un descosido, sin concretar las razones de la alarma.

—... ¡Alucinante! Se ha metido en el servicio de los chicos, inesperadamente, nadie podía imaginar algo así, y ha sido un milagro que no lo matara, increíble...

SALIÓ A LA TERRAZA. La circulación de vehículos era escasa y por las calles cercanas todavía se deslizaban los restos de las torrenceras formadas por el agua caída durante la mañana. Se sentía triste, temía morar durante los últimos días en un mundo que le era extraño y, por supuesto, fuera de su control.

Ver a Elena lo reanimó. Apareció con un semblante más luminoso y su rictus de amargura y firmeza se había tornado en una apariencia de quietud. Debía de haber disfrutado de una noche de reposo.

—La descripción que me hiciste del individuo que te abordó en la panadería no nos ayuda mucho. Y por lo que te dijo, no sé, puede responder a diferentes perfiles: un admirador, un psicópata, un ocioso aficionado a las películas de misterio, el imitador de un personaje famosillo de la tele o, simplemente, una persona que te desea lo mejor y quiere evitarte los peligros. Hasta puede que actúe de buen corazón y mejor criterio al aconsejarte que te alejes de la investigación —concluyó la inspectora.

—Vaya análisis el tuyo, jamás imaginé tanta bondad en las hipótesis para definir a un posible agresor —objetó Sandro sin ocultar su sorpresa—. Y ¿no has pensado que puede ser el propio asesino? Tenía información sobre lo que hacíamos, ¡menudo aficionado!

—No creo que fuera el asesino...

—¿Por qué?

—Porque te dijo que dejaras a los profesionales el trabajo, al parecer por tu propia seguridad. De ninguna manera un criminal arriesgaría tanto haciendo una aparición pública, ni se pronunciaría en esos términos. Es como puedo contemplarlo teniendo en cuenta lo que me has facilitado.

—Espero que no haya interpretaciones sobre la indispensable cobertura de protección destinada a Eva.

—Ten la completa seguridad de que nadie podrá acercarse a ella fuera de nuestro control. Puedes estar tranquilo. Las instrucciones son muy precisas sobre eso y la vigilancia la realizan personas experimentadas en estas labores.

Elena estaba sentada en el sofá y él permanecía de pie frente a ella. Llevaba una blusa blanca, como la de Mia en *Pulp Fiction*. Y el pelo asombrosamente exacto al de la protagonista de la película de Tarantino: idéntico color, caída, tamaño de la melena y flequillo como si estuviera trazado con regla y cartabón. La figura, semejante a la actriz, aunque Elena era de menor estatura;

el rostro, diferente, y diferente el color de los ojos, el tamaño de la nariz y los labios. En Elena, mucho más discretos los perfiles, menos sensual la boca que la de Thurman, y de rasgos más suaves.

—¿Quieres beber algo? Lo necesitarás cuando te explique lo que Eva y Luis han deducido del anónimo que recibí. Ellos lo relacionan con los cinco asesinatos.

—Una tónica, si tienes...

Al regresar de la cocina, la encontró enfrascada en responder mensajes. Se acercó por detrás mientras retiraba la pestaña de aluminio que abría la lata y tropezó en la mesa derramando bastante contenido sobre el busto de Elena.

—Lo siento, vaya desastre, perdona...

La inspectora, desconcertada, lo primero que hizo fue analizar el estropicio sobre su ropa y tardó en reaccionar. Por suerte, el móvil se había salvado.

—Sandro, tráeme una toalla, por favor —urgió.

Apareció con dos paños. Uno se lo entregó a Elena, que, de inmediato, desabrochó su blusa y fue secándose el pecho. Sandro se sentó a su lado y con delicadeza hizo lo propio retirando el líquido que había mojado su cuello. Ella se volvió hacia él sonriéndole, agradecida. En ese instante, la sangre golpeó las sienes de Sandro y, confuso pero animoso, aproximó la cabeza de la inspectora hacia él besándola en los labios superficialmente, como una caricia en su piel, temeroso. Ella mantuvo la boca firme. Entonces, se le aceleró aún más el pulso, estaba trastornado, como si fuera un chiquillo en su primer beso. Dejó caer la toalla en el suelo mientras intentaba forzar los labios ligeramente entreabiertos de Elena y, simultáneamente, retiró su blusa hacia atrás descubriendo parte de su espalda, de piel blanca y transparente.

—Sandro, quizá más adelante, con tiempo, no..., no puede ser...

Él se separó de ella con la sensación de estar haciendo algo vetado. De súbito, descubrió unas marcas sanguinolentas rasgando la delicada espalda de la mujer.

—¿Qué es eso? Parecen...

Elena mudó el semblante, tenso por la rigidez de los músculos de la cara. Se cubrió velozmente la espalda y cerró con las dos manos las solapas de la blusa. Dudó si hablarle de algo tan personal y, al mismo tiempo, sensible. Él aguardaba con la máxima atención.

—Algún tipo... —balbuceó ella—, bueno, los hay que aún creen que una mujer es una especie de objeto..., como una máquina de placer, sin más. Y se comportan como animales si no aceptas sus caprichos...

Un sabor amargo abrasó la garganta de Sandro. No quiso hurgar en la herida, le apetecía y precisaba saber más, pero balbuceó:

—Yo... no...

—Tranquilo, dejémoslo ahí —cortó ella, reanimada y recomponiendo su atuendo—. No pasa

nada. Lo que son las cosas, al principio llegamos a considerarte el posible asesino, con la coartada más perfecta que pueda llegar a imaginarse al ser difícil, casi imposible, que te consideren el malo de una película que tú mismo has construido.

El comentario hizo que mudara el semblante de Sandro. Por su mente circularon demasiadas cosas, aceleradamente: imágenes de los últimos días, sensaciones, incertidumbres, palabras, sonidos ininteligibles... Sonrió irónicamente.

—¿Ya no me ves así? Te estás arriesgando, piénsalo bien. ¿Por qué me descartas? Soy peor de lo que te imaginas. Te la estás jugando al afirmar algo así ante un peligroso sospechoso...

Ella hizo una mueca de contrariedad con los labios. Había abierto una brecha que la obligaba a pronunciarse sin ambages, apenas le quedaba un resquicio por el que escapar.

—No encajas en el perfil. Te he controlado y sí, está mal que lo diga a estas alturas, sé que no es muy profesional y tendría un correctivo serio si llegara a saberse que he mantenido esta clase de conversación contigo. Es cierto que no encajabas en el modelo de asesino en serie, esto es algo evidente, pero además la intuición también influye a la hora de establecer posibles culpabilidades o confirmar sospechas.

—Y ¿es tu intuición la que lo rechaza?

—Absolutamente. Mis compañeros no apartarían la sospecha hasta descubrir al asesino, pues no estamos en condiciones de descartar nada hasta que existan más elementos y aparezca el culpable. Pero yo no mantengo esa postura contigo, de ninguna manera...

Sandro recogió el estropicio que había causado por su torpeza y camino de la cocina anunció:

—Esta vez, la tónica vendrá servida.

Minutos después, bebía lo mismo para acompañarla mezclándolo con abundante ginebra que ella había rechazado. Precisaba un poco de alcohol para relajarse.

—¿Por qué entraste en la policía?

—Es una larga historia. Soy hija única, mis padres eran maestros y soñaban con algo diferente para mí. Me decidí pensando que era una forma de ayudar a la gente, me atraía también enfrentarme a los malvados. Tal vez, algún día, cuando todo esto acabe, podamos hablar tranquilamente sobre estas cosas. Ahora explícame lo del anónimo y las conversaciones de Luis y vuestros amigos periodistas con los espías.

De nuevo, lo sorprendía. Se comportaba ante él como lo que realmente era, una policía; destacaba ese perfil, de ser ajena a lo que había sucedido entre ellos tan solo unos minutos antes. Y para demostrárselo desvelaba su conocimiento de los contactos que Luis había mantenido con los informadores, a través de Antonio y Manolo.

—Te aplaudo. Nos tienes controlados al segundo...

—Es parte de mi trabajo —respondió con rotundidad—. De todas formas, me interesa conocer los detalles, si no te importa.

Sandro dio un buen trago a la bebida antes de responder; lo necesitaba como la droga que le permitiría controlar los nervios y que ella no se percatara de su estado, de su agitación.

Elena cruzó las piernas, se apoyó en el respaldo del sofá, relajadamente, y depositó las manos en el regazo, encima de una falda negra bastante ajustada.

—Eva y Luis piensan que *emeka* es el nombre de una operación de la CIA para fabricar asesinos sin conciencia de serlo, algo así como unos autómatas fríos, despiadados, máquinas de matar, perfectos para hacer el trabajo que nadie, en su sano juicio, querría ejecutar, lo más sucio de todo. Lo importante es que nos han confirmado que se trata de una pista fiable y que merece la pena considerar el mensaje anónimo como algo serio. Lo que desconocemos es por qué y quién me lo hizo llegar...

El teléfono de Elena interrumpió el relato.

Las señales que asomaban en su rostro eran esclarecedoras. Estaban transmitiéndole algo importante y urgente. Apretó los párpados y afiló los labios.

—¡Estáis seguros?! —exclamó—. Sí..., ahora mismo voy... De acuerdo... ¡No hagáis nada hasta que llegue! ¡Impedid que alguien cometa una tontería! Controlad el lugar y evitad que se contaminen las posibles pruebas.

Introdujo el teléfono en el bolso, en el mismo lugar en el que tenía la pistola. Se levantó del sofá, recogió la gabardina y con voz trémula dijo:

—Han detenido a Sonia Ruipérez. Ha intentado cargarse a uno de los gemelos utilizando un cúter.

Sandro expresó sin pensarlo mucho:

—Tal vez esa chica sea una candidata «manchú». ¿Por qué no?

—¿Qué es eso?

—Te lo explico más tarde.

EL AVISO DE PAULA, la secretaria del Egipcio, no dejaba margen a dilaciones o a cualquier clase de interpretación: tenía que abandonar de inmediato el interrogatorio a Sonia, sin demora. Al salir al pasillo se encontró con la psiquiatra forense, que acababa de llegar a la comisaría. La sorprendió su juventud, pues tendría poco más de treinta años, era de estatura baja, delgada, con una melena negra, larga y descompuesta que ocultaba parte de su rostro. Además, llevaba unas gafas de pasta en la que se alojaban gruesos cristales para corregir la miopía. Tenía un aire de despistada que no encajaba en absoluto con una colaboradora del Grupo de Homicidios de la Policía Judicial.

—La detenida se encuentra en un estado lamentable, mi impresión es que está catatónica, por decir algo —comentó Elena—. Tengo la sensación de que ha tomado drogas fuertes que la mantienen aún en un nivel de irrealidad, lo que nos impide avanzar con ella. Es muy peligrosa, violenta, te lo advierto. Dentro la tenemos permanentemente vigilada.

—Bien, en cuanto haga el examen pertinente, os digo lo que me parece y cómo debería ser tratada —aclaró la doctora con gravedad—. Antes de entrar me gustaría conocer detalles del caso, más allá de la información que me ha transmitido el subinspector cuando me ha localizado. Me sería útil para analizarla y preparar el informe.

Señaló a Ramón Hueso, que la había acompañado hasta la puerta de la sala utilizada como lugar para los interrogatorios preliminares, a pesar de tratarse de un pequeño almacén de material de oficina situado en el sótano del edificio. Esa misma noche trasladarían a Sonia a la central para, en un plazo máximo de setenta y dos horas, presentarla ante el juez. Su abogado, uno de los mejores de la capital de España, estaba en camino hacia la comisaría de Pozuelo.

—No puedo entretenerme ni un minuto más, tienes que estudiarla con los elementos que ya posees, y antes de que aparezca por aquí su abogado necesitamos tu primera impresión, date prisa. Yo debo subir a hablar con el comisario —se excusó Elena.

La irritó toparse con el padre de la detenida en el despacho que ocupaba el Egipcio. La secretaria debió informarla antes para evitar la desagradable sorpresa.

—El señor Ruipérez está destrozado. Tal vez estemos dando excesiva importancia a lo que tan solo sea una disputa entre compañeros de clase por motivos que con frecuencia los chicos exageran, ¿no le parece, inspectora? ¿Qué les han dicho ella y los testigos en la universidad? Supongo que las cosas irán en esa línea, eso espero.

La pretensión del comisario por endulzar la situación le produjo una sensación insoportable. Decidió sobreponerse cuanto antes, inhaló pausadamente aire del despacho, bastante enrarecido, y evitó acomodarse junto al padre de Sonia, en una de las sillas junto a la mesa que ocupaba su superior. Hizo todo lo posible por distanciarse de ellos y del clima amigable que pretendían contagiar. Detectó ansiedad en los dos hombres; aguardaban su respuesta y tenían una idéntica en la cabeza, la que habían deducido ya por su cuenta y anhelaban escuchar. Mantuvo las manos en el regazo, cruzadas y con los nudillos a punto de rasgar su delicada piel. Habló lentamente, todo lo que fue capaz de articular, marcando bien el sonido de cada palabra y el sentido que deseaba transmitir con ellas.

—Ha faltado poco, muy poco, para que muriera Javier Sánchez Armiño. Lo impidió, por suerte, que fuera descubierta por otro estudiante que estaba allí mismo, metido en un retrete, y que ella al parecer no había controlado. Los gritos de ese compañero y su intervención han resultado decisivos. De lo contrario, estaríamos hablando de un homicidio consumado, no de una tentativa, y lamentando seriamente lo sucedido, mucho más de lo que hacemos ahora. La acción de Sonia es de una gravedad incuestionable.

—Im-po-si-ble. Sonia no..., no es posible —recalcó el señor Ruipérez con el disgusto marcado en la cara.

—Lo siento. Así es como ha sido, lo corroboran los testigos, el estudiante que presenció el atentado, los guardias del centro que la detuvieron con el cúter en las manos, y los médicos que atendieron a Javier. A punto estuvo de seccionarle el cuello. ¿Qué la llevó a ese comportamiento? Tenemos que saberlo, precisamos indagar hasta el fondo porque los hechos son lo que son y no caben demasiadas interpretaciones.

El Egipcio mudó el semblante reflejando su incomodidad, encendió el puro que tenía entre los dedos a medio consumir y el humo protegió su gesto malhumorado.

—Bueno, de cualquier manera, al final solo ha sido una herida que no ha tenido secuelas graves. Por lo que tengo entendido, el chico ya está en su casa —dijo el padre de Sonia intentando fingir normalidad—. ¿La dejarán en libertad, supongo, a la espera de un juicio de faltas? No creo que los Sánchez Armiño quieran sobreactuar en la denuncia, he hablado con ellos y sé que aceptarán arreglarlo de manera amigable. Por supuesto, Sonia se disculpará y recibirá el tratamiento más conveniente para corregir esos accesos de ira.

Elena tragó saliva. Contempló a su jefe percatándose de que él era consciente del inmenso problema que se debatía allí. El Egipcio cruzó una mirada con la inspectora, y ella preparó el mazazo que el padre iba a recibir. Sebastián Ruipérez observaba con ojos acorados a la inspectora, sus mandíbulas se iban hinchando, le desagradaba aquella persona maquillada y con atavíos y aspecto, según su criterio, como los de una mujer de las que disfrutaban con la noche, aunque él solamente las había visto en las películas que emitían por la televisión.

—Por lo que ha intentado hacer y cómo lo ha hecho, por información que hemos contrastado y, en fin, por lo que sabemos, tenemos pruebas de que su hija pudo intervenir en el asesinato de Antonio Jiménez Alcocer. Esa acusación va a recaer sobre ella, y el comisario la ratificará cuando tengamos una conversación sobre este particular. —Volvió a dirigirse a él buscando su respaldo e implicación. Bermúdez asintió con un gesto—. Si usted colabora, tal vez ayude a su hija, es lo mejor; cualquier información puede desvelarnos cómo y por qué ha actuado de esa manera. Pensamos que lo hace en contra de su voluntad, bajo los efectos de drogas alucinógenas. Demostrarlo sería beneficioso para los cargos. Es posible que esté manipulada...

La sangre se agolpó en las sienes de Sebastián Ruipérez y se reflejó en el sofoco que mostraba su rostro. Iba a estallar sin control. Fue el comisario quien resolvió la situación.

—Tranquilo, Sebastián, tienes que saber que en los comienzos de cualquier investigación se acumulan datos desordenados y que, más tarde, al encajar las piezas con exactitud, lo que resultaba concluyente, indiscutible en un principio, se va matizando y surgen otras culpabilidades distintas de las iniciales, aparecen nuevos elementos que modifican lo que se había calculado originalmente, no te alteres... Hay que esperar, aunque debo reconocer que la situación es delicada.

El padre de Sonia recibió las explicaciones del comisario como un bálsamo, su mentón se fue relajando, sus ojos se dulcificaron con la esperanza creada por Bermúdez y hasta su rostro fue adquiriendo el color cetrino que lo caracterizaba.

—Mi hija es inocente de esos cargos, ya lo comprobarán, no me cabe la menor duda. Todo se aclarará —subrayó enfáticamente mientras marcaba con la mirada una especie de distancia imposible con la inspectora, como si deseara tenerla lo más lejos de su lado—. No saben lo disgustada que está su madre, ella que es tan cuidadosa con la educación de Sonia. Ha tenido que ser atendida en una clínica moscovita antes de tomar el avión de regreso. Por esa razón, no llegará hasta mañana.

—¿Me permite hacerle una pregunta?

El señor Ruipérez se sintió casi agredido porque la inspectora se dirigió a él de manera imprevista y tan directa. A pesar de ello, asintió con la cabeza.

—¿Por qué la doctora De la Gándara estaba tratando a Sonia? ¿Quién se lo recomendó?

Antes de responder, Sebastián Ruipérez enderezó su cuerpo en la silla, luego miró en todas direcciones, con desconfianza, deseando salir de aquel cuartucho policial decorado como si fuera una oficina de tercera categoría, con mobiliario sin estilo.

—Porque últimamente detectamos que tenía comportamientos airados y la dedicación al estudio había bajado. Bueno, es algo frecuente en los chicos, en algunas etapas de su vida —pronunció con desgana—. Usted..., usted no creo que sepa lo que significan esa clase de problemas. De todas formas, sabemos que es algo circunstancial...

—¿Quién les recomendó a la doctora?

—No..., no lo recuerdo. Posiblemente, fue mi mujer quien recibió la sugerencia, sí, creo que fue ella.

—Ha dicho «airados», ¿se rebelaba contra ustedes? ¿Estaba como ausente...?

—Dejémoslo, no creo que lo comprenda. Me gustaría ver a mi hija, por favor...

Dirigió la petición al comisario, y este lo autorizó al instante con algunas condiciones.

EL REGISTRO REALIZADO en casa de Sonia había ofrecido una pista inesperada: estaba en tratamiento con la psiquiatra Carmen de la Gándara. Encontraron en su dormitorio recetas e indicaciones recomendadas, de puño y letra, por la doctora. A partir de ese descubrimiento, el subinspector Nacho Uriarte llevó a cabo una serie de comprobaciones hablando con familiares y con Carmen de la Gándara que permitieron establecer un vínculo entre Sonia y Antonio Jiménez, la persona que fue degollada días atrás.

Al parecer, Sonia coincidió con Antonio en el gabinete de la psiquiatra poco antes de que su asesino terminara con él, curiosamente con idéntico modus operandi al que pretendió utilizar ella en los baños de la universidad para intentar eliminar a un compañero. Por añadidura, la doctora también había atendido a Ángeles de la Riva, muerta por sobredosis. Demasiadas coincidencias. Por fin, hallaban una nueva conexión que vinculaba a varios de los jóvenes, al margen de cómo fuera su muerte, siempre trágica e inesperada y con sospechas cada vez más sólidas sobre la posible acción de un ejecutor homicida. Los elementos que se les presentaban permitían considerar la intervención culpable de Sonia al menos en dos actos de raíz criminal, y se relacionaba con Antonio y Ángeles a través de la psiquiatra.

—No me imagino a esa muchacha como el asesino que buscábamos, el líder espiritual o lo que sea, que empujó a sus adeptos a morir con la boca sellada. Tampoco es explicable que sea la persona que corta el cuello con la destreza de un carnicero y la frialdad de un psicópata a su compañero de consulta psiquiátrica. ¿Cuáles son sus motivos para comportarse de esa manera? ¿Por qué intentarlo en su universidad cuando sabe que está vigilada? Vosotros siempre consideraréis fundamental conocer el móvil, ¿lo habéis establecido con ella? ¿De verdad crees que es la asesina? Me parece impensable...

Las preguntas que le hacía Sandro carecían de momento de una respuesta concluyente. La inspectora le había ofrecido que la acompañase para hablar con la psiquiatra. Tenía la seguridad de que a él le apetecería encontrarse de nuevo con la doctora, y sabía que la charla resultaría más eficaz y los resultados serían mejores si participaba en la reunión. Se desplazaban por una carretera estrecha en el poco discreto *escarabajo* de Elena; la ruta estaba flanqueada por espesas arboledas de encinas que sumían el trayecto en la oscuridad. La noche era bastante cerrada.

Elena se esforzaba por controlar al máximo sus emociones al atisbar que el laberinto, por primera vez, adquiría forma y permitía atisbar una salida. Aún carecía de elementos suficientes como para desentrañarlo, pero desde que comenzó aquel drama cedía por fin el desánimo. El

hecho de que tres jóvenes asistieran a sesiones curativas con la misma doctora era un dato esclarecedor, mucho más que Sonia saliera de la consulta acompañando a Antonio Jiménez minutos antes de recibir la agresión mortal en las cercanías de su casa. Sobre ella recaían las principales sospechas, ya que había sido pillada en plena acción intentando degollar a otro joven, precisamente hijo de un consejero de Caja Central. En efecto, el círculo endemoniado iba tomando forma. Las claves para cerrarlo definitivamente tenían que aparecer sin tardar mucho; entre tanto, ella debía mantener la cabeza fría.

Al llegar a Boadilla del Monte, la negrura de la noche envolvía las calles y los edificios. Aparcaron el *escarabajo* frente a la casa de Carmen de la Gándara. Elena se dirigió, de inmediato, al vehículo camuflado en el que permanecían dos agentes encargados de controlar los movimientos de la psiquiatra y los que pudieran darse en su vivienda. Después de comprobar que no había novedades en la vigilancia, subieron al ático. Amparo, la doncella sudamericana, ataviada con un impoluto uniforme adornado con delantal y cofia de puntillas almidonadas, les abrió la puerta y les mostró una sonrisa forzada, exageradamente servicial.

—Pasen, pasen..., la señora los estaba esperando, se encuentra en el salón.

Cruzaron el amplísimo recibidor repleto de joyas escultóricas orientales y cubierto con mullidas alfombras.

El salón parecía preparado para impresionar, como un escenario de absurdas pretensiones. La noche se colaba, provocando un efecto casi irreal, al atravesar las galerías acristaladas que cubrían, casi al completo, los paramentos, daba la impresión de sobrevolar las arboledas en una especie de viaje fantasmal adornado por las estrellas que titilaban en la oscuridad de la cúpula celeste, visible incluso por los huecos del techo. Al fondo, en el horizonte, surgía majestuoso el resplandor de la capital. La estancia asemejaba la cabina de un zepelín flotando suavemente en el éter de la noche, los imaginarios mandos de la nave destellaban con los leds situados estratégicamente por la sala. La penumbra invitaba a dejarse arrastrar por el espectáculo del exterior.

Ella, nada más verlos, se levantó del mullido sofá de piel immaculada desplazándose con amplios movimientos. Vestía unos pantalones negros y una blusa de seda, color crema, muy transparente, con un ampuloso lazo formado en la cadera, cuyos extremos descendían sobre uno de sus muslos. Elegante y espectacular, con el pelo de color azabache sujeto en un moño con una redecilla dorada, maquillada a la perfección, los ojos muy marcados con sombra. Emergía como una sacerdotisa en su moderno y funcional santuario, un lugar decorado para estimular los sentidos. Su voz, dulce y profunda, seductora, se oyó como una agradable melodía.

—Bienvenidos, de nuevo, a mi casa. Ya saben que estoy para ayudarlos. Por favor, acomódense.

Lo hicieron en uno de los sofás, frente al que ocupaba ella. La doncella aguardaba

instrucciones.

—Díganme, ¿qué toman?

La expresión de su rostro no era detectable debido a la iluminación sutil del salón, utilizando gotas de luz como si fueran alfileres brillantes. Ella estaba situada de tal manera que su cara quedaba fuera del haz de los minúsculos focos.

—Nada, no es necesario —rechazó Elena—. Lo que le pido es algo más de luz aquí. Así no podemos hablar...

De la Gándara no logró ocultar la sorpresa ante la solitud. La inspectora señalaba con las manos las numerosas lámparas, de pie y de mesa, que los rodeaban, indicando así la imposibilidad de buscar subterfugios para no complacerla.

—De acuerdo, sin problemas.

La doctora se levantó y encendió dos viejos quinqués con teselas de cristal de diferentes colores, el ambiente se hizo algo espectral al proyectarse la luz por los rincones de la habitación como si fueran brochazos de pintura; no obstante, permitieron ver mejor a su dueña y los cuadros chillones de gama cromática *fauve* que colgaban de la única pared libre de ventanales. Las facciones de la argentina mostraron ahora rigidez, sus ojos enmarcaban una mirada turbia, sus labios tenían un rictus de tensión. Pero la música de su voz seguía presidiendo el encuentro.

—Y ¿vos?

—Para mí, un *gin-tonic*, si es posible —pidió Sandro.

—Por supuesto, quee-riido. —Deslizó las vocales dejando volar su acento sureño e hizo una señal para que la doncella preparase el servicio—. Y bien, estamos consternados con lo de Sonia, es serio, ¿eh? ¿La hacen culpable, entonces?

Elena se alegró de que entraran en materia. De inmediato, tomó la iniciativa.

—¿Qué problemas tenía para necesitar asistencia psiquiátrica? ¿Eran tan graves como para pensar que podía desembocar en acciones violentas?

La doctora sonrió tenuemente a la vez que desplazaba su cabeza como negando el aserto de su interrogadora.

—A Sonia le atribuían lo que se conoce como el mito de la esfinge, ¿entendés? —Ninguno de los dos dio señales de comprenderlo—. Así era observada por los suyos y les hizo solicitar mis servicios.

—Y ¿de qué se trata? —preguntó Elena.

Amparo reapareció y sirvió a Sandro su bebida y depositó una *zero* para Carmen en una mesita contigua al sofá que ocupaba, ella dio un trago antes de continuar.

—En la India también se conoce a estas personas como «mujeres del jaguar» para describir su supuesta malignidad. —Elena y Sandro cruzaron una mirada de incredulidad, algo les decía que la especialista estaba imbuida de cierta charlatanería que utilizaba para despistarlos. Por el

contrario, ella parecía entusiasmarse con la exposición—. En realidad, define aquí a personas algo caóticas, incongruentes a veces, y que, al mismo tiempo, reúnen capacidad de seducción con malicia, sin llegar a la crueldad que supondrían las acusaciones que recaen sobre ella.

—No me responde —insistió Elena, airada en el tono.

—Sí, sí respondo, pero no me comprendés. Si desea que diga que ella está loca, enferma de la mente, afirmaré que es así. Algún grado tiene de locura, para que lo entienda, pero estaba conducida, había encontrado asilo...

—¿Qué quiere decir con conducirla y darle asilo? —interrumpió Sandro.

—Lo que digo es que en su estado se precisa tener ayuda. Asilo, sí. Muchos no lo encuentran en los amigos o en la estructura familiar, pues incluso allí hasta existe un nivel esquizoide, germen en ocasiones del problema. Y la «mujer del jaguar» desata sus poderes, ¿entendés?

—Y ¿desató maldad como para cometer acciones sangrientas contra compañeros sin que lo detectarás? ¿Qué pudo motivarla a actuar de esa manera, sin tener en cuenta esa supuesta malicia seductora que dice que poseía como «mujer del jaguar»? ¡Vaya ocurrencia! —recalcó Elena con firmeza, intentando cerrar las salidas teóricas, los circunloquios de la doctora.

—¿Pretendés que yo la acuse? ¡Nooo...!

Elena comenzaba a inquietarse. Para colmo consideraba, al igual que algunos de sus compañeros, que los psiquiatras son individuos que han encauzado de manera socialmente aceptable sus propias perturbaciones, capaces de observar en otros todo lo que no logran observar en sí mismos.

—Con lo que descubre en la mente de sus pacientes resulta factible, supongo, conocer qué individuo tiene tendencias asesinas, capaz de cometer atrocidades, ¿no es así?

La reflexión de Sandro provocó un largo silencio. Su planteamiento exigía concreción en la respuesta. Carmen de la Gándara se refrescó con la bebida los labios.

—Sonia necesitaba gritar, como les ocurre a muchos de estos chicos, como a Antonio Jiménez Alcocer, a Ángeles de la Riva o Alberto Bocada, y a nadie se le ocurre dejarles gritar. ¿Por qué no deben hacerlo? En eso consiste gran parte de mi trabajo: encauzar esa necesidad, esa fuerza... La gente debe gritar y no por eso son culpables. Precisan estallar, desahogarse, desatar su poderosa energía, en ocasiones incontrolable si antes no hicieron sus deberes, indispensables para moverse por el mundo sin problemas. A muchos de nosotros nos ocurre igual en ciertos momentos, ¿no creen?

—¿Todos ellos sufrían de lo mismo, del mismo diagnóstico? —preguntó Elena.

—De Ángeles ya les hablé, los chicos sufren situaciones de depresión, de confusión...

—Una cosa es gritar, estallar, y otra matar —subrayó la inspectora—. Y, por cierto, mezcla verdugos y víctimas, y nos ha mencionado otro paciente que también apareció muerto y no teníamos constancia de que hubiera pasado por su consulta: Alberto Bocada.

Sandro hizo un gesto sutil a Elena para destacar que hubiera resaltado la presencia en el mismo escenario de otra de las víctimas.

—No lo mencioné porque no hubo ocasión de hacerlo antes. Después de la conversación con el subinspector Uriarte revisé mis archivos y comprobé que Alberto estuvo aquí hace tiempo. Unos padres hablan a otros y de esa manera me llegan los pacientes, hasta el punto de que se me considera ya una especialista en problemas de los estudiantes que soportan mucha presión y viven con demasiada exigencia de sus mayores.

—Después de lo que ha sucedido, creo que ya nada será igual, tendrá que buscarse otra clase de clientes. Mucho me temo que será distinto su negocio —comentó Sandro.

Se produjo un momento de calma.

—¿Qué relación existía entre Sonia y Antonio? —preguntó Elena.

—Que yo sepa, ninguna, no se conocían de nada.

—¿Fue casual que coincidieran aquí unas horas antes de la muerte de él? —planteó Sandro.

—Sí, lo fue porque ella aguardaba que vinieran a buscar- la y, finalmente, se tuvo que ir sola, casi al mismo tiempo que él.

—¿Juntos? —insistió Elena.

—No recuerdo bien.

La música que surgía de la garganta de la doctora era envolvente. Hablaba con serenidad y sus músculos se mantenían estables, no había perdido la compostura o la solidez después de la catástrofe ocurrida con sus pacientes, ni siquiera por la visita. Mantenía la calma como una gacela en su refugio bien protegido. Por el contrario, Elena parecía contrariada con sus respuestas, la descomponía la fortaleza de la argentina ante una presión que soportaba con llamativo estoicismo.

—Además de consternación por lo de Sonia, una acción que está probada y reconocida por testigos y la propia víctima, ¿cómo se siente al saber que su clientela muere en circunstancias extrañas, probablemente asesinadas? ¿Qué siente ante su fracaso al no haberles proporcionado «asilo»? ¿Al saber que la joven que «necesitaba gritar» se dedica a cortar el cuello a otras personas? ¿Qué veneno tenían o qué agravó su situación? Tendrá respuestas para este drama que, de alguna manera, representa su fracaso como profesional.

Carmen de la Gándara encajó malamente aquella sarta de acusaciones lanzadas por la inspectora. Retiró el leve sudor de su frente y bebió con parsimonia. Era fácil detectar agitación en su pecho. Elena había clavado certeramente sus dardos.

—Este mundo es injusto y cruel, vos lo sabés mejor que yo por lo que debés ver cada día. Me afecta, sí, lo que está pasando, pero debo continuar..., pensar en los demás, intentar salvar a otros enfermos, así es como los considero, no como clientes. Por supuesto que aprenderé con todo esto.

—Me entregará los informes de esos jóvenes, el estadillo de cada una de las sesiones que mantuvo con ellos...

La psiquiatra hizo un gesto mohíno.

—... o, si lo prefiere, traigo una orden judicial.

Al salir de la casa, un escalofrío recorrió el cuerpo de Elena, que aún no se había abrigado con la gabardina y seguía dando vueltas al resultado del encuentro, ajena a cualquier otra sensación. Estaba irritada con el comportamiento de la doctora, con su frialdad y contundente dominio delante de ellos. Estalló:

—¡Me gustaría detenerla, interrogarla durante horas hasta que se abra y nos cuente algo! ¡Por Dios, hasta convertirla en alguien humano!

Sandro jamás la había visto tan fuera de sí.

—¿Estás segura de que esconde información relevante para resolver el caso? Yo no lo sé, aunque ciertamente es molesta su actitud.

Soplaba una brisa gélida que obligó a Elena a ponerse la gabardina y a levantar las solapas para cubrirse el cuello. Miraba en todas direcciones, alerta, como si sospechara que desde algún rincón de la calle solitaria, sin transeúntes o coches circulando, surgiría una imprevista agresión. La calle se extendía casi un kilómetro, en una zona aledaña al cogollo urbano de Boadilla, rodeada con varias urbanizaciones de lujo. El silencio era casi absoluto, caía una fuerte helada a esas horas bajo un cielo repleto de estrellas. Junto a la otra acera estaba aparcado el vehículo con la pareja de policías encargados de realizar una discreta vigilancia al edificio que ocupaba la psiquiatra.

—Creo que esa mujer tiene información valiosa y tal vez ni siquiera es consciente de su importancia. Si fuera algo más abierta, más comunicativa, sería de gran ayuda. Nos permitiría conocer la personalidad de las víctimas, por qué han sido ellas y no otras las asesinadas, por qué la mayoría han sido tratadas por ella. Tenemos que cercarla...

—Yo pienso que es muy celosa de su actividad, para ella debe de significar un valor sacrosanto la discreción, proteger a sus enfermos —comentó Sandro.

—Da igual, se ha convertido en alguien esencial del entramado, no la perderemos de vista ni un segundo. Algo me dice que no hemos terminado con esa mujer. Volveremos a verla.

Elena se manifestó con contundencia mientras se alejaba para despedirse de sus colegas, abrigados hasta los dientes y semiocultos en el vehículo de color negro, un Renault Mégane. Al regresar junto a Sandro con las llaves del *escarabajo* en las manos, dispuesta a marcharse, fue interrumpida por una llamada.

—¿De verdad? ¡Estupendo! Sí..., ¡claro que lo es! Creo que muy importante... Comenzad a mirarlo... Familia a familia, por supuesto... ¿Hasta ese extremo? Era inimaginable, claro... Bien, nos vemos ahora, llamad a todos. Vale. Hasta luego.

Sonrió levemente al terminar la conversación; daba la impresión de haberse olvidado del mal sabor de boca que le había dejado la reunión con la doctora De la Gándara.

—¿Buenas noticias?

—Un poco de todo, pero sí, aunque es pronto para decirlo. Cristina Ripollés tiene un hermano, Pedro Ripollés. Ella nunca lo mencionó y los pasos de ese hombre pueden tener interés.

—¿Cómo os habéis enterado?

Ella vaciló antes de decidirse a dar una respuesta. Sandro era consciente de que le estaba vetando información, y lo consideró normal. Se acomodaron en el coche para protegerse de la helada.

—Pedro Ripollés es una de las personas que ha visitado esta mañana a Sonia en su chalé antes de que ella se marchara a la universidad.

—Otra pieza más...

—Sí... —Asintió con una mueca de satisfacción.

Se hizo un largo silencio. La inspectora dejó vagar la mirada por la calle. Sandro rompió la quietud:

—Habla de lo que pasó en mi casa.

—¿Cuando me tiraste la bebida? Eres un mal camarero...

Entendió el mensaje, ella deseaba pasar página. ¿Hasta cuándo?

Elena arrancó el vehículo.

Conducía absorta, muy concentrada, era probable que estuviera planificando la reunión y las tareas que debía asignar a su equipo en poco más de una hora, al filo de la madrugada.

—Me han dado el resultado de los primeros análisis que hemos hecho a Sonia. Estaba de drogas hasta arriba, barbitúricos... No sé, necesitaremos más pruebas. ¡Qué locura!

Él se sintió satisfecho con la muestra de confianza que manifestaba la inspectora al ofrecerle más datos.

—Era bastante previsible —dijo Sandro.

—Y, curioso, llevaba varias dosis ocultas de drogas o medicamentos con una composición poco conocida y habitual adheridas a su cuerpo con un esparadrado para que no fueran localizadas en un registro superficial.

—¿Por qué ella, en vez de ser una víctima, se convirtió en verdugo? —reflexionó Sandro.

—Esa es una cuestión esencial. Son demasiadas las cosas que se nos escapan.

—Yo tengo la sensación de que os estáis acercando.

—Pero precisamos pruebas, la intuición no basta para descubrir y castigar al culpable.

LANOCHE DE ALGUNOS viernes reinaban cerca de su casa el botellón y el desmadre, en ocasiones llevados al extremo. Apenas pudo descansar, aunque también influyó el malestar que le dejó la conversación telefónica con Marta frenando de nuevo sus deseos.

—Necesito cambiar de aires. Mira, será un viaje rápido.

—Ahora no, Sandro. Ten en cuenta lo de Eva, es gravísimo, tienes que estar ahí con ella, ya te lo dije.

La cabezonería de Marta resultaba recalcitrante, inflexible, genuina, a veces displicente. Intentó que aceptara su propuesta utilizando sus únicos recursos, no demasiado originales.

—Quiero estar contigo, pasear por el Sena, cenar en un buen restaurante, conozco uno excelente junto a la Bolsa y... lo que tú quieras y pidas..., aquí nadie me echará en falta.

—Sí, lo harán porque, en cualquier momento, pueden facilitarte una pista, como ya ha ocurrido con ese anónimo, aunque dudo de la interpretación que hicieron Eva y Luis del mismo, creo que les atrae demasiado la conspiración. Bueno, no me hagas mucho caso, yo soy bastante ajena. Además, sería perder el tiempo que te presentes aquí, llegarías casi al mediodía y no tengo mucho rato por la tarde para paseos turísticos, debo seleccionar material en la ORTF y a las cuatro de la madrugada del domingo salgo hacia el aeropuerto de Orly. Lo siento mucho, Sandro, a partir del domingo, en Madrid, soy toda tuya. Aguarda unas horas, no es mucho pedir...

Tuvo que resignarse. La conversación le dejó tan mal sabor de boca que para compensarlo, para neutralizar el malestar, bebió más de la cuenta; por la mañana no recordaba si habían sido tres o cuatro las copas que se había preparado. Al menos, cayó en un duermevela, porque descansar era imposible al estar su edificio rodeado de garitos a los que acudían centenares de adolescentes para emborracharse y armar bulla.

Al día siguiente lucía un sol esplendoroso, otoñal. El ambiente era idílico, familiar y risueño, los locales de ocio nocturno permanecían cerrados. Tan solo existían rastros de la juerga en las papeleras y aceras cubiertas de mugre.

Se levantó hacia el mediodía; después de ducharse salió al balcón para oxigenarse y dejarse acariciar por algún rayo de sol. Lo reanimó la limpia atmósfera y quedó deslumbrado al ver a la gente como si hubiera tomado idéntica píldora de la felicidad. Por las aceras paseaban mamás treintañeras empujando el carrito de los niños, muchos gemelos o mellizos, cada vez más frecuentes porque los avances en la reproducción asistida generaban embarazos múltiples.

El timbre lo sorprendió, y mucho más oír por el telefonillo a Luis.

—Sandro, hay novedades...

Apareció cargado con varias carpetas y el desaliño habitual en su indumentaria: pantalones vaqueros desgastados, medio caídos, de dos o tres tallas superiores a la suya, jersey de lana grueso, de color azul, también exageradamente grande, y, para completar el descuido, pelo y barba mal cortados.

—La mañana ha dado buenos frutos —dijo con determinación, mientras caminaba por el pasillo hacia el salón.

—¡Joder, tío! Había soñado con un día en el que podía dejar de lado toda esa historia. Hoy tendría que estar en París, y no aquí.

—Con tu pibón, supongo. Pues te fastidias, no en vano todo comenzó contigo, así que tienes que apechugar.

Luis se sentó en el sofá y depositó encima de la mesa lo que traía en las manos con ganas de sorprender; sus ojos saltones, de un azul poderoso, refulgían.

—Escucha bien, querido. El consejero delegado de Caja Central tenía, en efecto, dos hijos, Cristina y Pedro. Ninguno más.

—Bueno, eso no nos dice demasiado...

—Espera, espera, amigo. Lo bueno es que don Ignacio estaba separado, desde hacía mucho tiempo, de su mujer, Leonor del Moral, ¿te suena?

Sandro hizo un gesto de desgana y extrañeza. En realidad, no comprendía bien hacia dónde quería llevarlo.

—¿Te suena Pedro del Moral, o sigues en la inopia? —insistió Luis con retintín.

—¡Coño! Eso es bueno.

—Ya verás. Él, Pedro del Moral, utiliza casi siempre el apellido de la madre y, en ocasiones, muy pocas, el del padre. Por ejemplo, lo hizo cuando mostró su documentación para identificarse delante de la casa de Sonia Ruipérez.

—Y ¿cómo sabes que son la misma persona?

Luis, ufano, sonrió. Había llegado el momento de rematar una de sus sorpresas, se dijo.

—Tengo una fotografía de Pedro Ripollés. ¿Quieres verla?

—Venga, déjate de coñas.

Abrió una de las carpetas de cartón azul, descoloridas y deterioradas por el uso y el manoseo. Retiró las gomas que sujetaban las tapas y extrajo una fotografía, tamaño cuartilla, a todo color, mostrándosela a Sandro sin permitir que la tocara con las manos.

—¿Ese es Pedro Ripollés?

—Sí.

—Pues es cierto, es el otro. ¿Dónde la has conseguido?

—Internet hace milagros. Pero hay algo más, mucho más... —anunció misteriosamente a la vez que tamborileaba sus dedos sobre el cristal de la mesa, con una pizca de engreimiento—. Para empezar, no sé si caes en ello, hay que tener en cuenta que Pedro del Moral, o Ripollés, fue espía.

—Eso ya lo sabíamos, ¿qué nos aporta?

Luis volvió a lucir una amplia sonrisa, algo pícara; sus ojos fogosos se clavaron en los de Sandro, incluso adquirió un aire de suficiencia.

—Te suena *emeka*, ¿verdad?

—¡Claro! —Sandro dio un puñetazo contra la palma de su mano izquierda—. Tú piensas... ¡Bah! Eso es una pasada, imposible.

—Y ¿por qué no?

—No sé...

Luis estaba feliz observando a su amigo, le marcaba el ritmo y él movía los hilos de la sesión como un experto guiñolesco.

—El tal Pedro no fue alejado del CNI por haber trabajado, en su día, con los rusos vendiéndoles algún secretito. Eso se dijo para despistar y ayudarlo un poco en la salida. En realidad, fue expulsado por experimentar con algunas personas. Al parecer, utilizó mendigos y... ¡se le fue la mano! ¿Qué me dices?

Se hizo un largo silencio. Sandro quedó petrificado con lo que había escuchado; luego, sirvió café. Tardó un tiempo en regresar a la realidad para pronunciar unas palabras con voz titubeante, sin estar seguro del análisis que hacía.

—Eso no nos demuestra que él sea el asesino, el gurú que tanto buscamos. ¿Cómo te has enterado de lo de los mendigos y ese tipejo?

—Manolo y Antonio son unos linces, se lo debemos y habrá que hacer algo por ellos.

NADIE DESCANSABA A PESAR de la fatiga que se iba acumulando tras quince días de máxima tensión. Estaba prohibido relajarse o bajar la guardia hasta resolver el caso y descubrir la trama que había detrás. Elena Artiles trabajaba en la comisaría de Pozuelo. Por primera vez le resultaba confortable la sala de reuniones que habían improvisado para ella y su gente. El sol había conseguido alterar la mala impresión que tenía sobre aquella habitación, que era lo más parecido a un cuarto trastero. Los rayos inundaban con acogedora luz el lugar en el que ella permanecía, desde primeras horas, repasando los informes elaborados por su equipo o los agentes encargados de diferentes custodias o vigilancias. Un cuantioso flujo de datos, análisis y situaciones que debía estudiar buscando una pista, un chispazo, por difícil que fuera, para ahondar en cualquier vía de investigación. Era llamativo el informe del doctor López Vizueté, jefe de los forenses, después de revisar, a petición de ella, los resúmenes de los exámenes realizados a las víctimas. Había comprobado una coincidencia: todos llevaban cintas adheridas a su cuerpo donde pudieron almacenar dosis de drogas, de la misma manera que Sonia.

Afortunadamente, desde el martes, no había habido más muertes. Le preocupaba el estado de Sonia, hospitalizada esa misma mañana debido al deterioro de su salud, interrumpiendo el interrogatorio, que aún no había dado ningún resultado. La joven era una testigo, al margen de su propia culpabilidad, de la máxima importancia. Lo más probable, pensó Elena, es que superado el *mono* obtuvieran una confesión completa que facilitaría los siguientes pasos. El informe médico que había recibido por fax indicaba que su mejoría se obtendría en pocas horas.

De improviso, entró en la sala el subinspector Hueso, que exhibía una destacada sonrisa.

—Inspectora, tenemos toda la información sobre Pedro Ripollés.

—Adelante. —Lo invitó a sentarse a su lado.

El subinspector agarró una silla metálica que estaba junto a la pared y se acomodó en una esquina de la mesa.

—Pedro Ripollés es Pedro del Moral, o al contrario, para entendernos. Con un nombre o con el otro, conocía a todas las familias, lo hemos comprobado. La relación con ellos se establece por los vínculos de su padre, el que fuera consejero delegado de Caja Central. El Del Moral pertenece a su madre, con quien se fue a vivir, porque, tras la separación, ella obtuvo la custodia de los hijos cuando él tenía diez años. El Ripollés apenas lo utilizaba, quizás en su momento como rechazo del padre, ocurre con cierta frecuencia. Él apenas tiene relación con su hermana, hemos

hablado con ella y nos lo ha confirmado. Aquí tienes varias fotografías de Pedro Ripollés y los informes sobre la relación que desconocíamos con las familias y la declaración de la hermana.

Elena analizó detenidamente las imágenes. Era el individuo que había conocido en casa de la doctora argentina durante la primera visita que le hizo, tras la muerte de Ángeles de la Riva. Un hombre que apenas llamaba la atención.

—Y, como ya sabíamos, por lo que tú misma nos contaste, fue miembro del CNI. Deberíamos solicitar informes para que nos digan cuál fue su trayectoria en el servicio, aunque esa tramitación, te recuerdo, es compleja y tienes que moverla tú con el Egipcio.

—De acuerdo, yo me encargo, es necesario tener más información sobre él.

Mientras Hueso esperaba órdenes, se fue ajustando los puños de la camisa, que adornaban con piedras Swarovski, y sacudía unas motas de polvo de las solapas de su terno azul marino de pura lana virgen.

—Tienes que ir a hablar con la madre de Sonia, a ver qué le sacas, con la máxima precaución.

—¿Al hospital?

—Sí, allí o donde sea. Cuanto antes mejor, y no te olvides del padre. Mantén las conversaciones por separado, ¿eh? Acompáñalos, sé su sombra.

El subinspector se levantó de la silla, dejando a Elena los documentos que había llevado. Antes de salir se detuvo en la misma puerta que daba al pasillo de la planta alta de la comisaría.

—Elena, he recordado lo que nos explicó el otro día la neurocientífica Sonsoles Vidal, aquí mismo, en esta sala, ¿recuerdas?

—¿A qué te refieres?

—A su teoría de que uno de los perfiles del asesino encajaba en alguien que tendría relación con todas las familias.

—Ya... —pronunció Elena como si estuviera distraída y no diera importancia al comentario que acababa de hacerle.

Hueso dio unos pasos hacia ella.

—Fíjate, con lo que tenemos podemos llegar incluso un poco más lejos. Ese Pedro es también amigo de la familia de una posible homicida y estuvo con ella a solas antes de que Sonia agrediese a su compañero de la universidad.

Elena le prestó más atención.

—Cierto, es algo que considerar, ese individuo adquiere mucha relevancia para la investigación, no hay duda de ello. Gracias, Ramón. Nos vemos, si no hay novedades, en la reunión de esta tarde.

El subinspector, satisfecho, se despidió de su jefa y salió de la sala estirado como un palo.

Elena marcó en el móvil el número de Sandro.

—Voy a hacer otra visita a Carmen de la Gándara. Si quieres, puedes acompañarme. La llamo y

te lo confirmo, ¿te parece?

—Muy bien —respondió él—. ¿Sabes lo de Pedro Ripollés del Moral? Es la misma persona.

—Sí, y ¿tú cómo te has enterado?

—Han sido las fuentes de Luis. Ya te advertí que era fácil para él. Y tenemos más, ven a buscarme y lo hablamos.

EL SEMBLANTE DE ELENA se había transformado en las últimas horas. Los rasgos de su cara se habían afilado debido al cansancio y, al mismo tiempo, su mirada se había hecho más profunda y desconcertante. Observaba a Sandro a ráfagas, sin fijar los ojos en él, mientras conducía con extremada habilidad y soltura el Peugeot azul oscuro de la policía. Tenía definido el objetivo en su mente, la certeza de que comenzaba a acariciar algo sólido, y se concentraba en ello aplicando la estrategia adecuada.

Durante el trayecto no cesó de hacer preguntas y toda clase de comentarios:

—¿Quién o quiénes contaron a Luis lo de la muerte de los mendigos? ¿Por qué se le atribuyeron esas acciones a Pedro del Moral? ¿El hombre que te abordó cerca de tu casa no llegó a identificarse de ninguna manera? Tal vez sea uno de esos amigos que os cuentan cosas a los periodistas. Explícame otra vez lo de *emeka*.

La retahíla de cuestiones fue enloquecedora. Iba rápido en todo, con la aceleración de quien no está dispuesto a perder ni un segundo para trazar su teoría. Sandro hizo lo que pudo para darle algunas respuestas, concluyendo con una inesperada confianza:

—Lo que me reconforta de todo esto, de haberme metido en esta locura, es haberte conocido...

Ella ignoró aparentemente el comentario. Se puso unas gafas de sol y se mantuvo atenta para afinar sus sentidos. Intuía una pronta solución y no deseaba perder la concentración con nada que pudiera distraerla.

—Lo estás, hasta el fondo —pronunció, de repente, con cierta solemnidad.

—No entiendo...

—Sí, que estás junto a nosotros por deseo mío y espero que no me complique la vida.

Llegaban a Boadilla. El bosque de encinas que habían cruzado a lo largo de todo el trayecto se convertía, casi por sorpresa, en un páramo. En las primeras urbanizaciones se encontraron con las calles animadas y un público similar al de Pozuelo: parejas jóvenes que aprovechaban el día de descanso y la buena temperatura.

—Tengo la impresión de que no será fácil que este asunto se solucione sin más —dijo mientras Elena aparcaba el vehículo—. Aún no está claro que ese exagente tenga una relación directa con la muerte de los jóvenes, me resulta prematuro llegar a esa conclusión. No sé cómo lo ves tú...

—En ocasiones lo inexplicable se resuelve con un detalle casi imperceptible a primera vista, algo que estaba ahí y que eras incapaz de atrapar precisamente porque resultaba irrelevante, pero

que al fin lo enhebra todo. Pero sí, te doy la razón, aún nos falta ese algo...

Al salir del vehículo, Elena respiró profundamente. Se desprendió de sus gafas de sol y miró a su alrededor. A continuación, sin pronunciar una palabra, se encaminó hacia el edificio de la psiquiatra. Llamó por el telefonillo, y Amparo, la doncella, respondió con voz temblorosa.

—Les abro, la señora está aquí, sí.

Carmen de la Gándara vestía por completo de negro con un traje chaqueta pantalón y un *body* muy transparente. Adornaba el cuello con una gargantilla de pequeños cristales tallados con forma de diamante. Llevaba el pelo suelto, hasta los hombros, y un maquillaje suave. Daba la impresión de haber interrumpido su salida a la calle debido al aviso de la inspectora. Bebía una infusión.

—Es un conjunto de hierbas extraordinarias, con un ligero toque de hoja de coca, ¿les apetece? Rechazaron la invitación. Elena deseaba ir al grano, sin pausas o protocolos.

—Cuéntenos su relación con Pedro del Moral.

—¿Personal o profesional? —cuestionó con voz melosa y una mirada esquivada.

—Su relación en todos los sentidos —propuso la inspectora.

Carmen de la Gándara respiró largamente, levantó la cabeza y miró al techo de escayola. Luego humedeció los labios con su brebaje y cruzó las manos en el regazo. Parecía tranquila.

—Bien, pues sin disculpas o vericuetos de ninguna especie: somos amantes, así de claro. —Expulsó todo el aire que contenían sus pulmones.

—Lo conocimos aquí con el apellido Del Moral...

—Sí, tiene la manía de cambiar su nombre, debe de ser algo aprendido cuando se trabaja en la Casa: Ripollés, Del Moral o Merchante, el alias utilizado en sus tiempos de agente al servicio del Estado, se dice así, ¿verdad? Y es un gran aficionado al psicoanálisis, le interesa practicarlo y dedica algún tiempo a su estudio. Yo lo ayudo, por supuesto. —Lo recitó todo como si fuera una lección aprendida y reiterada en múltiples ocasiones.

—¿Él conoce el resultado de sus sesiones? —preguntó Sandro.

—¿A qué se refiere?

—¿Le habló o facilitó los informes que había elaborado sobre los chicos? —insistió Elena.

La psiquiatra se frotaba las manos. Bebió un buen trago de su preparado de hierbas como si precisara reanimarse y ganar tiempo. El sol entraba a raudales en el salón y la temperatura era algo elevada. Se desabrochó la chaqueta y mostró su torso cubierto con un tejido transparente y un sujetador color carne que cercaba su busto. Desplazaba inquietos sus ojos, había modificado su frialdad y aplomo característicos.

—Él tiene mucho interés por esos análisis...

—De tal manera que lo mantiene al día facilitándole sus notas —afirmó la inspectora—, sin respetar la discreción que se le atribuye a una especialista que trata a enfermos con problemas superdelicados.

—En realidad, yo... no lo puedo evitar. Compréndalo.

Sandro y Elena cruzaron una mirada. Un sutil asentimiento se percibía en sus rostros. La psiquiatra, por fin, había quebrado su control.

—¿Lo considera capaz de hacer daño? ¿Existe algún motivo que lo esté impulsando a ello? — planteó Elena.

—No sé...

—No es admisible una respuesta tan ambigua, la pregunta es concreta y debe responder.

—Es que no lo sé, cualquiera puede hacer daño sin que los que están cerca puedan detectarlo.

—¿Cometería acciones, de cualquier tipo, que usted vería mal? —remachó Elena con suma delicadeza y resaltando cada palabra empleada.

—Bueno, él sufre por lo de su padre, considera que lo abandonaron y que lo dejaron tirado, cree que quizá fue la razón que lo llevó a quitarse la vida. También se siente injustamente tratado por cómo fue expulsado por sus antiguos compañeros después de haber arriesgado el pellejo, en muchas ocasiones, al servicio de su patria.

La doctora les hablaba como si estuvieran retorciéndole las entrañas, incluso a su semblante afloró el dolor que la carcomía al tener que desvelar algo que para ella pertenecía al ámbito más íntimo.

—Y con tales precedentes, a una persona en ese estado, ¿usted le facilita información de otros enfermos? Es inadmisibile.

—En las parejas se hacen cosas inexplicables. Tal vez usted lo sepa...

Elena contrajo todos los músculos y pareció irritarse. Tomó aire para reanimarse.

—Pues mire, yo no soy una especialista, pero si hablamos bajo una formulación psicoanalítica clásica hallaríamos elementos patológicos en el perfil de su amante, e incluso motivaciones para el odio que podrían desembocar en acciones violentas. Usted no puede ser ajena a este conocimiento y tiene una responsabilidad por su dejadez.

La exposición de Elena sorprendió a la doctora, molesta además por la acusación.

—Su amigo Pedro es un buen material de estudio —añadió Sandro para suavizar la tensión del debate.

—Si lo que buscan es mi opinión, que les permita confirmar que Pedro responde al perfil de un asesino en serie, imbuido por una misión que lo arrastra y empuja al desastre...

El enunciado de la psiquiatra los animó, por fin parecía entrar en razón. La inspectora pensó que la mejor confesión es la que surge de uno mismo.

—... tienen que saber que yo no soy una experta, ni tengo el conocimiento necesario para hacer ese dictamen, ni estoy cualificada para pronunciarme por razones de carácter personal que, de cualquier manera, anularían el valor de mis análisis. También esto es algo que hay que considerar seriamente, ¿no les parece?

—Por supuesto, entendemos su postura al ser la amante y su médico. Pero díganos: ¿sospecha algo de él? —insistió Elena al ver que se le estaba escapando con circunloquios—. ¿Sabe si ha cometido alguna atrocidad?

Carmen de la Gándara vació su taza y resopló. En su rostro apareció un rictus de amargura.

—Es todo lo que puedo decir, lo que sé, y lo que puedo comentarles en este momento. Esa es la realidad...

—Puedo detenerla e interrogarla en sede policial. La situación es muy seria, lo mejor que puede hacer por el bien de todos, también por el suyo, es confesar lo que sabe y evitar confundirnos. En caso contrario, puede ser acusada de colaboradora necesaria.

—No hablaré más si no tengo mis abogados delante. Aquí tiene el material que me pidió: la ficha de cada uno de los chicos con mis anotaciones sobre la evolución de su enfermedad.

Entregó a Elena una carpeta transparente que contenía numerosas cartulinas de color crema mientras se levantaba del sillón con desenvoltura.

—Tengo que acudir a Madrid a una cita con un enfermo que ha reclamado mi asistencia con bastante urgencia. Lo siento. ¿Puedo irme? ¿Se me permite hacerlo?

LO PRIORITARIO ERA DAR con el principal sospechoso y para ello habían puesto en marcha, y con urgencia, el dispositivo necesario. Varias unidades camufladas de la Guardia Civil controlaban los alrededores de su vivienda.

Después de dejar a Sandro en Prado del Rey, como él lo había pedido, Elena se desplazó a toda velocidad hacia Las Colinas. Mientras se aproximaba a la casa de Pedro del Moral y Ripollés no dejaban de agolparse en su mente diversas cuestiones para establecer un esquema hipotético del caso.

La reunión con la psiquiatra apenas la había decepcionado, a pesar de tener la certeza de que Carmen de la Gándara sabía más de lo que les había contado. Era probable que poseyera claves que posibilitarían romper el círculo de confusión por el que deambulaban desde hacía varios días. Resultaba evidente que se resistía a ofrecer información para proteger a su amante. Ella era un vínculo fundamental con varias de las víctimas y, al mismo tiempo, con el individuo que tenía la puerta abierta para acceder a ellas, curiosamente un espía expulsado de los servicios de inteligencia. Demasiadas evidencias. Sin embargo, faltaban pruebas, testigos o una contundente confesión...

¿Carmen de la Gándara era culpable por omisión y por ocultar alguna clase de delito? Aún era pronto para concretar cualquier acusación sobre ella, pero, si se llegaran a desvelar las sospechas que recaían sobre Pedro del Moral, posiblemente a la doctora le correspondería un papel destacado en la trama.

Los familiares de los jóvenes habían confirmado la amistad con Pedro del Moral, una relación que se establecía por el puesto de su padre en Caja Central y, en algunos casos, por la propia vecindad y amigos comunes. Para todos, era una persona encantadora, de conversación brillante. Incluso Sonia, interrogada en el hospital por el subinspector Hueso, manifestó la relación excelente que mantenían con él en su casa por el hecho de ser «alguien que siempre contaba chistes sorprendentes». La chica permanecía en un sopor que a duras penas le permitía expresarse con demasiada coherencia. Sonia comentó al subinspector que «su enfermedad» era consecuencia de la falta de medicinas, que necesitaba a la doctora De la Gándara para curarse, solo ella sabía cómo hacerlo, no así los que la estaban tratando en el hospital. De momento, era todo lo que había expresado con cierta claridad; los médicos y los padres de la joven intentaban crear dificultades para impedir que conversaran con ella.

La casa del sospechoso se encaramaba sobre una atalaya desde la que se dominaban varias urbanizaciones. Desde allí se veían las lujosas viviendas levantadas en parcelas con abundante vegetación y rodeadas de encinares, nada que ver con los terrenos estériles y los secarrales que se extendían por el sur de la capital. El chalé era de una sola planta, de arquitectura funcional y líneas rectas, estilo finlandés en su estructura y elementos constructivos de amplios vanos, con muros lisos de color blanco y cristaleras. La finca, con media hectárea de terreno, carecía de árboles y denotaba bastante descuido.

El subinspector Uriarte se le acercó mostrándole un documento.

—Aquí tenemos la orden del juez para el registro. Cuando tú digas iniciamos la operación.

—¿Él está dentro?

—Es probable, porque ahí tiene sus dos vehículos, un Porsche y un Toyota todoterreno. Los ha dejado fuera del garaje, por lo tanto es bastante probable que se encuentre en la casa. Hemos tenido mucho cuidado para que no nos localice, y si está ahí, no tendrá escapatoria...

Se apreciaba en Nacho Uriarte deseos de actuar cuanto antes. Llevaban muchos días sin descanso tratando de encontrar alguna señal, por débil que fuera, que les permitiera alumbrar la esperanza de una solución. Habían derrochado horas en hablar con decenas de testigos, mirar todos los escenarios para localizar alguna huella, reconstruir los momentos precedentes a la muerte de los jóvenes, revisar punto por punto su vida, y no habían logrado detectar un rastro que mereciera la pena. Tenían referencias de casos complicados, pero lo que estaban viviendo superaba con creces lo conocido. Elena les había generado la energía que precisaban para no hundirse en el desánimo, una inquietud que fue más evidente cuando se produjo el atentado contra la periodista de televisión y las acciones violentas de Sonia. Dos hechos que enturbiaron el proceso al abrir nuevas vías que modificaban cualquier patrón anterior.

El subinspector Uriarte, bregado en operaciones donde era casi imprescindible el uso de las armas de fuego, había tenido que moderarse para trabajar junto a la inspectora Artiles. Y lo había hecho bastante bien a la hora de dialogar con los testigos, con paciencia y mucha habilidad. Pero se lo veía más motivado con la operación que iban a realizar, expectante por recibir la orden de su superiora.

Elena comprobó las posiciones de los agentes desplazados para ayudarlos y la disposición que Uriarte había establecido para ellos. Dos de los agentes controlaban la única salida asfaltada que descendía hacia la principal avenida de la urbanización y en el cruce tenían aparcado un coche patrulla. Un tirador vigilaba con su rifle telescópico el terraplén por el que difícilmente intentaría huir el sospechoso, y otros dos guardias civiles oteaban los alrededores con prismáticos. Todos ellos suficientemente protegidos para evitar ser descubiertos desde la casa, al igual que Nacho y Elena, que habían aparcado en un recodo de la cuesta.

—¡Atentos! Vamos a entrar —avisó Uriarte por el *walkie-talkie*.

Elena y Nacho se acercaron caminando a la vivienda; simulaban una pareja de vecinos paseando en su día de asueto bajo un cálido sol otoñal. Ella se había desprendido de la gabardina, que dejó en el coche, y de su bolso. Llevaba la cartuchera con la pistola enganchada al cinturón en la espalda, oculta por la chaqueta. Nacho había revisado también su arma reglamentaria, alojada en la sobaquera.

—Se lo notifiqué a los de la científica, que estarán de camino. No creo que tarden mucho — dijo él.

—Bien.

Ella había hecho lo propio con el Egipcio, dándole cuenta de la intención de detener, de inmediato, a Pedro del Moral. Podían haber aguardado algo más de tiempo para que se consolidasen las pruebas, sugirió el comisario. Elena advirtió que el sospechoso podía huir. Al final, el Egipcio autorizó el despliegue con la esperanza de que Elena acertara en el diagnóstico.

La cancela estaba abierta. Accedieron al jardín salpicado de arbustos secos; alrededor del edificio había una zona de césped sin cortar desde hacía semanas, aunque se mantenía fresco por el riego automático.

Llamaron varias veces al timbre sin obtener respuesta.

—¡Policía! Abra la puerta —gritó el subinspector después de la tercera tanda de timbrazos.

No hubo respuesta. Se desplazaron por el perímetro de la vivienda para otear el interior a través de los ventanales. Nada ni nadie se movía dentro de la casa. Nacho advirtió con un gesto que forzaría la puerta, a lo que Elena se opuso. Pidió al subinspector que exploraran la parte trasera.

Descubrieron que la puerta hacia un tendedero estaba abierta, luego se encontraron con la ventana de la cocina, en la que se apreciaba una rendija que les permitió accionar el pestillo de una cristalera que daba entrada a la casa; de esa manera pudieron acceder al interior sin romper ninguna cerradura, como quería Elena.

Sacaron sus armas y se desplazaron sigilosamente cuidando las espaldas del compañero a medida que avanzaban por las habitaciones. Abrieron los armarios y revisaron cada rincón de la vivienda. El mobiliario se ajustaba impecablemente al estilo de la construcción: moderno y funcional, con grandes espacios libres y cuadros de pintura decorativa en las paredes. Al finalizar la exploración concluyeron que no había nadie dentro. Pedro del Moral había huido precipitadamente por cómo encontraron su dormitorio: ropas tiradas por el suelo y una maleta a medio hacer encima de la cama que debió de renunciar a trasladar debido a la urgencia con la que organizó la escapada. También confirmaba esa impresión el barullo de papeles que había removido en su despacho antes de desplazarse hacia el lugar donde pretendía esconderse. Esa circunstancia disgustó, en un primer momento, a Elena, aunque, al mismo tiempo, era la constatación de que el sospechoso se sentía culpable y precisaba protegerse de la policía. ¿De qué

era culpable? Era pronto para sacar conclusiones definitivas, pero la inspectora consideró que, al fin, estaban progresando y se encontraban en el lugar adecuado.

—Todo despejado —transmitió el subinspector por la radio a los agentes que estaban fuera.

En unos minutos comenzaron el registro a fondo con la ayuda de dos agentes femeninos de la científica y con unos perros de la Guardia Civil.

—Hemos revisado todo, solo nos falta levantar el suelo o tirar las paredes —informó Uriarte a su jefa, que leía en el salón algunos papeles que, previamente, le había llevado el subinspector del despacho.

—Aquí hay material con buenas historias de espías. Este individuo se llevó muchos documentos del CNI. Y este *dossier* es..., es..., ¡fantástico! Tendremos que estudiarlo y solicitar la colaboración de especialistas para determinar su importancia.

Elena sujetaba con las manos varias hojas de papel de tipo biblia, casi transparentes, con un sello de color rojo en el encabezamiento, y al pie de cada página se repetían dos palabras: TOP SECRET. En el titular del documento, compuesto por unos veinte folios, se leía: MK ULTRA. Intelligence Fields.

—Yo sé a quién le encantaría curiosear en estas páginas y lo que disfrutaría si supiera de su existencia —resaltó Elena con una mueca burlona—. Lo fundamental es que pienso que estos papeles nos inducen a establecer la vinculación de Pedro del Moral con el mensaje que recibió el escritor, que lo alertaba con la palabra *emeka*. Bueno, esto es otra pieza que encaja, nos acercamos..., y Sandro Reguera vuelve a ser un elemento de relieve en este caso. Creo que estamos a punto de acariciar el meollo... La huida del sospechoso dice mucho: es casi una confesión de culpabilidad. Nos falta saber cómo, por qué, para qué... —reflexionó Elena en voz alta, mientras Nacho permanecía a su lado, de pie.

En ese instante apareció en el salón una de las policías de la científica, vestida con el mono blanco y con el pelo rubio recogido en una coleta. Sorprendía su juventud, no había cumplido la treintena y tenía un rostro muy agradable.

—Inspectora, con la ayuda de los perros, hemos localizado junto al garaje un escondite donde se guardaban explosivos.

—¿Estáis seguras? —preguntó Elena sin ocultar su entusiasmo, pero con una duda que bien pudo molestar a la agente.

—Confirmado. Estaban muy ocultos y es todo un arsenal compuesto por RDX y los compuestos necesarios para fabricar cloratita. También hay cordón detonante y temporizadores con relojes digitales.

Elena saltó del sofá dejando los papeles sobre la mesa de metacrilato. Detrás de los ventanales que ocupaban casi por completo dos de las paredes del salón se apreciaba una panorámica espectacular de Las Colinas. Pedro del Moral tenía a su alcance todos los movimientos que se dieran por la urbanización. Y él, mientras tanto, estaba protegido de los curiosos.

—Bien, vayamos al garaje —ordenó Elena—. Tal vez con ese descubrimiento podamos acusarlo, sin duda, de al menos un intento de asesinato. Creo que este espía intentó eliminar a Eva, la amiga de Sandro. ¿Quizá porque se acercaban a él e iba a quedar demostrado que participó en la muerte de los jóvenes? Aquí tenemos otro hecho relevante. Se nos abren numerosas posibilidades. —Elena no cesaba en sus comentarios mientras descendían por unas estrechas escaleras hacia la planta subterránea. Uriarte escuchaba atónito a la inspectora, nunca le había parecido tan locuaz como en aquellos momentos, sin duda estaba animada con los hallazgos—. Nacho, debes solicitar que se active, de inmediato, una operación cerrojo, yo me encargo de llamar luego al comisario. Necesitamos todos los medios que puedan darnos, hay que impedir que se nos escape... Vosotras —dijo dirigiéndose a la agente de la científica—, no dejéis de mirar y analizar cualquier resquicio de este lugar. Aquí vive un presunto asesino y debemos encontrar pruebas, no descansaremos hasta revisar al completo el edificio y el terreno en el que se encuentra.

LUIS APENAS ATENDÍA a los comentarios de su amigo, estaba concentrado en la edición de un reportaje y tenía prisa por acabarlo. Era una historia sobre desahucios que contenía material de intenso dramatismo, especialmente por los enfrentamientos entre la policía y un colectivo que pretendía evitar el desalojo de los morosos incapaces de resolver los pagos a las entidades financieras que habían hipotecado sus viviendas.

Sandro estaba sentado detrás de Luis en la pequeña sala de montaje. Hacía un calor sofocante y, de tarde en tarde, su amigo se desahogaba con algún impropio.

—¡Joder! ¡Qué tiempos! Cualquier cosa puede ocurrirnos, terminaremos dándonos palos unos a otros de seguir así. Esto está chungo.

El griterío subía de tono en el material grabado. El periodista manejaba con bastante soltura el teclado para editar las secuencias que emitirían en el programa *Cámara directa*.

—Ya queda poco y nos ponemos a analizar lo último. Lo de la psiquiatra tiene una pinta estupenda, casi os ha confesado la culpabilidad del tipo que se la tira. ¡Cojonudo! Tu amiga la poli debería moverse rápido. —Hablaba sin perder de vista la pantalla del ordenador—. En el pasillo puedes tomarte un café de la máquina, si quieres, no creo que te mueras solo con uno. Enseguida termino.

Sandro le hizo caso, decidió despejarse saliendo de la sala donde se vivía, con especial verismo, el drama de muchas personas sin recursos, agobiadas por la presión de los prestamistas.

El edificio de la televisión estaba casi vacío, no en vano los sábados eran jornada festiva en la empresa, a todos los efectos, y las emisiones, salvo los informativos, eran enlatadas; tampoco se utilizaban los estudios para grabar programas. Únicamente se aprovechaban las instalaciones para ultimar algún trabajo pendiente, o de especial urgencia, como el que estaba realizando Luis con sus propios medios, sin ayuda de colaboradores.

El café era tan espantoso que terminó arrojándolo al desagüe de un servidor de agua fresca después de dar dos sorbos al pequeño vaso de plástico. Cuando se disponía a regresar a la sala de edición, vio a Luis que se acercaba sujetando el móvil como si fuera un trofeo.

—¡Nos vamos a El Escorial! —pronunció sin respiro y alarmado, con el rostro enrojecido hasta el extremo.

—¡Qué dices!

—Pedro del Moral se les ha escapado. ¡Vaya putada!

—¿Cómo te has enterado?

—Ha sido Manolo. Él me ha llamado, lo sabe porque la policía ha montado un operativo especial para controlar estaciones de tren y el aeropuerto. Ellos, en el periódico, tienen manera de enterarse cuando se produce una movida gorda. Y lo importante es que ha recibido un mensaje de los «amigos», ya los conoces, y le han dicho que hay que buscar en El Escorial.

—No comprendo...

—Manolo lo interpreta como que allí debe de esconderse el tipo, que tendrá una guarida o lo que sea, que es más urgente acudir allí que andar por otros lugares. Yo conozco, además, a una secre del ayuntamiento y hemos decidido ir a El Escorial. He quedado con Manolo, Antonio no está, se encuentra en Calpe, detrás de unos sicilianos de la mafia que se han instalado en la costa.

Sandro receló, aturdido por la acumulación de datos sin haber digerido aún el encuentro con la psiquiatra y las alusiones a la enfermedad y al comportamiento extraño de su compañero, Pedro del Moral. Ahora, de repente, aparecía la posibilidad de localizar al sospechoso en un lugar desconocido para la policía.

—Debemos hablar antes con la inspectora —aseguró Sandro.

—Ya lo haremos. Lo único que pretendemos, para empezar, es confirmar si ese individuo vive en El Escorial. No vamos a actuar en ningún sentido. Le debemos a Manolo mucho y está bien que vayamos con él a descubrir el escondite de ese tipo. Después, que la poli haga lo que tenga que hacer. Nos llevaremos unas fotos. ¿Habrá leído tu libro, Sandro? En el coche me cuentas todo lo que me falta por saber sobre la pareja. Esto se pone interesante a tope...

LA SUBIDA AL PUERTO de Galapagar mareó por completo a Sandro. El *cuatrolatas* se movía en exceso, como si estuviera encima de una cama de agua desplazándose a setenta kilómetros por hora. Luis creía tener en sus manos un vehículo de mayor potencia y estabilidad. El entusiasmo le hacía apretar el acelerador con ganas.

Al llegar a El Escorial aparcaron en el lado norte del monasterio-palacio de Felipe II. Antes de hacer cualquier gestión se acercaron a la cafetería Miranda, junto al pequeño teatro Carlos III. Sandro no se había recuperado del viaje y se sentaron a una mesa del exterior para tomar el aire. Las calles estaban repletas de gente, había muchos turistas de diversas procedencias y parejas jóvenes paseando con sus niños.

—Quédate aquí tranquilo, bebe despacio la infusión mientras me acerco al ayuntamiento. No creo que hoy esté allí mi amiga, pero espero que, al menos, me den su dirección. Puede que te haya sentado mal el viajecito por el café de la tele, es mortífero —dijo Luis mientras consumía con ansiedad una caña de cerveza—. Le diré a Manolo cuando llame que quedamos en esta cafetería, es la más conocida de El Escorial, no hay pérdida.

Transcurrió casi un cuarto de hora sin que nadie diera señales de vida. A medida que se recuperaba, crecía en Sandro la tentación de llamar a Elena. Finalmente, pensó que la situación no era la más propicia para interrumpirla, aunque pensaba que era una locura aventurarse en la búsqueda del sospechoso; no obstante, debía reconocer que la osadía de Luis resultaba tentadora y mucho más si con ello colaboraban para que se atrapara al presunto asesino de los muchachos y a quien seguramente había intentado acabar con Eva.

Una pareja de policías de la localidad se detuvo en la puerta de la cafetería, casi al lado de la mesa que él ocupaba. No lo dudó ni un instante.

Se dirigió a ellos con convicción.

—Perdonen... Miren, estoy buscando a esta persona. Creo que viene mucho por el pueblo, tal vez tenga una casa aquí, ¿podrían ayudarme...?

Los agentes locales lo observaron extrañados, distantes como primera reacción ante lo que les proponía el desconocido; sin embargo, no evitaron mirar la fotografía. Uno de ellos, el más joven, incluso la cogió con las manos, quitándosela a Sandro. El mayor tensó los párpados con curiosidad y preguntó con autoridad:

—Y ¿tú quién eres?

Sandro no se amilanó, todo lo contrario.

—Soy periodista y necesito hablar con esta persona para un reportaje que estoy preparando. Perdí su dirección —expuso con aplomo, y entre tanto abrió su cartera para mostrar a los agentes el carné de prensa, de la FAPE.

—Yo no sé... —barruntó el policía joven devolviéndole la fotografía de Pedro del Moral.

—Pues has tenido suerte —dijo el compañero. Sandro respiró, esperanzado—. Este hombre tiene una casa aquí, es cierto, en la calle Alfonso XII, no sé el número, no lo recuerdo. Es hacia abajo, por la salida hacia Madrid, no tiene pérdida.

Mientras Sandro pagaba a la camarera, los policías terminaron por darle las indicaciones necesarias. No se lo pensó ni un minuto más. Se despidió de ellos agradeciéndoles su ayuda y encaminándose hacia la dirección indicada.

Ni siquiera tenía una idea de lo que iba a hacer. Necesitaba moverse.

Caminó un buen rato dejando a su derecha los jardines que rodeaban la cabecera de la basílica de San Lorenzo. Llamó a Luis, estaba comunicando. Le envió un sms: «Importante, voy hacia la calle Alfonso XII». Ni siquiera se detuvo un segundo para admirar la impresionante vista de Madrid, solo pensaba en impedir que Pedro del Moral se escapara, ninguna otra cosa distraía su mente. Estaba ciego, no medía los riesgos o las dificultades. A su izquierda quedó el edificio Euroforum, como le habían dicho los policías, luego torció hacia la derecha, apartándose de la carretera que conducía hacia Madrid, para adentrarse en una zona de viviendas antiguas, espaciosas, rodeadas de zonas verdes. Era una barriada discreta, al margen del trasiego turístico de El Escorial, con casas de toda la vida.

A ambos lados había residencias amplias, unifamiliares, con fachada de piedra o espesos revoques, de aspecto vetusto. No se cruzó con transeúntes ni existían muchos coches aparcados junto a las aceras, tan solo una media docena en más de doscientos metros de recorrido. Estaba tan concentrado que no se percató de la existencia del Mercedes, color champán, que se había detenido muy cerca de él.

—Hola —lo saludó la persona que descendía del rutilante vehículo.

Sandro abrió los ojos de par en par, atónito, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Le hubiera gustado desaparecer por ensalmo en ese instante, esfumarse...

Quedó bloqueado, sin respuesta posible.

—¿Qué hace? ¿Cómo llegó aquí? —preguntó ella. Sandro era incapaz de reaccionar—. Él no está en la casa. He venido a recoger algunas cosas. ¿Quieres pasar?

Le tuteaba ahora con su voz melosa, insinuante, haciendo el trato más insólito, desquiciante.

¿Qué hacer? Quedarse en el exterior y llamar pidiendo ayuda. ¿Ella suponía alguna clase de peligro? Despejó los temores e incertidumbres. Tenía la oportunidad de acceder a la guarida del individuo.

Miró hacia todos los lados, no había nadie más en la calle.

La siguió como quien es arrastrado por un mandato divino y, al hacerlo, detrás de ella, le resultó llamativo el movimiento sensual de su cuerpo. Poseía una seguridad insultante, una armonía que mareaba, resaltada por los zapatos de tacón alto y un traje ajustado que definía su figura. Ella apenas lo miró, como si lo ignorase. Abrió la pesada puerta de la vivienda pintada de ocre oscuro. Las ventanas del edificio eran angostas y de color verdusco sus perfiles de madera.

Se desplazaron por un estrecho pasillo.

El interior de la vivienda tenía un aspecto siniestro, desconcertante por los elementos que contenía y la adornaban. Era muy oscura, con ramalazos chillones provenientes de una decoración realizada con alarde de mal gusto y la simbiosis desenfrenada e imposible de estilos: mobiliario clásico, paredes pintadas en bermellón, escalera metálica para los pisos superiores, de acero inoxidable, lámparas *vintage* junto a lámparas modernas, madera con plástico, cuadros de calidad ínfima y tamaño descomunal para el lugar con la utilización de manchones de colores estridentes o tonos apagados, según el lienzo.

Al menos, el salón daba a un patio repleto de grupos escultóricos, aunque excesivos en número. Algunos de corte clásico, los más actuales eran de hierro oxidado que reproducían figuras atormentadas por el dolor, como si fueran sacrificadas en una pira ceremonial. Mármoles y metales que, de no ser por el sol que suavizaba las superficies, darían la impresión de formar parte del pórtico del infierno. Sin embargo, la luz del patio era reconfortante.

La psiquiatra lo invitó a sentarse.

—No, gracias —se apresuró Sandro—. Lo que debes decirme, decirnos, es dónde está Pedro del Moral. Su huida lo delata y, de cualquier manera, no llegará muy lejos. Tampoco a ti te servirá que lo protejas, te creará muchos problemas... Es una estupidez que te llevará a prisión si te empeñas en cubrirle las espaldas.

Ella sonrió sutilmente, de manera irónica, torciendo los labios.

—No lo entenderías...

—Y eso qué importa ahora. Tienes que colaborar, es lo mejor, tienes que dar el paso ¡ya!

Sandro tenía calor. En la chimenea había rescoldos suficientes para mantener una elevada temperatura. La doctora se desprendió de su chaqueta dejando visible medio cuerpo, de cintura para arriba, cubierto sucintamente por el *body* compuesto con un velo de encaje negro muy transparente.

—La señora que cuida la casa deja siempre el hogar encendido...

Sandro también se desprendió de su chaqueta, quedando en mangas de camisa.

—Voy a la cocina para traer algo de beber. Y luego charlamos, ¿está bien? ¿Qué quieres?

—Un poco de agua —pidió él mientras se acomodaba en el sofá, de color rojo, sin dejar de mirar asombrado los cuadros que ocupaban las paredes, casi al completo, con grandes superficies

de color sin ninguna forma ni sentido estético, en su opinión. El techo del salón también estaba pintado representando el cielo con figuras sin rostro y cuerpos desvaídos.

Carmen de la Gándara regresó con una bandeja. Sirvió la bebida y se sentó a su lado.

—En efecto, tenemos que hablar —propuso Sandro después de refrescarse; corrigió de inmediato—: mejor que hables con la policía para que les digas dónde está él, puedo llamar a...

La psiquiatra lo detuvo con un gesto de las manos, luego cerró los párpados y respiró con ansiedad.

—Debes explicar, de una vez, lo que sabes —recalcó él con contundencia y elevando la voz—. Así lo ayudarás y te ayudarás.

La mujer tardó unos segundos en reaccionar; fue después de mojar los labios en la infusión que había reposado en el recipiente.

—No es sencillo hacerlo, ¿sabes? Entender todo esto es complejo, tiene una gran dificultad.

—Inténtalo...

De súbito, Sandro sintió una extraña dejadez en su organismo, un desarreglo acelerado, alarmante, en su cabeza. Era consciente de que no debía estar allí asumiendo un papel que no le correspondía. Buscó su móvil en el pantalón de manera instintiva, precisaba hablar con alguien; con Elena, desde luego. Ella debía estar en esa casa, no él. La inspectora manejaría una situación que lo superaba.

¿Luis? ¿Por qué no aparecía? Estaba avisado, no encontraba el número de la casa, con tiempo lo conseguiría. Su amigo era constante, estaría a punto de llegar. Lo necesitaba con urgencia.

Una náusea le encogía el estómago, una especie de vértigo se apoderaba cada vez más de él. ¿El café que tomó en la tele..., el trasiego hasta allí...?

Y ¿el teléfono? Estaba en su chaqueta, que la psiquiatra había dejado en un perchero. Estaba lejos, no tenía fuerzas para moverse. Debía hacerlo y... resultaba imposible. Su cuerpo no reaccionaba a ningún estímulo. Los nervios lo dominaban.

La doctora permanecía pegada a él, percibía su respiración, su atractivo, su poderosa mirada que escrutaba el fondo de cualquier persona, sus labios invitaban a ser lamidos... ¡Cuántas historias podía uno imaginar con la debilidad! Sin quererlo, estaba atrapado, no podía sustraerse a los efectos que provocaba esa mujer.

—Necesitas saber..., ¿verdad? Vos ansiáis más..., la totalidad para comprender...

El sonido de su voz, insinuante, aterciopelado, devoraba su voluntad, los perfiles del entorno se difuminaban. Los colores de los cuadros se hacían agresivos...

—Sí... —pronunció él, tembloroso, permitiendo que las letras flotasen en el éter de la sala; apenas era capaz de controlar su garganta, la lengua, sus labios...

Precisaba refrescar su boca y fue ella quien le acercó el vaso, ayudándolo a sujetarlo. Tragó con ansiedad..., terminó tosiendo.

—Quieeroo...

—La verdad, la única verdad..., —precisó la doctora—. Tranquilo, respirá hondo..., vos la tendrás, la verdad, sí...

Él permanecía absorto contemplando el busto crecido de la mujer, que palpitaba y se inflaba como un bombo. El propio corazón de Sandro lo hacía con similar compás. No, era más loco, con un descontrol que lo descomponía...

—El 11-S demostró hasta dónde se puede llegar si cuentas con perfectos «manchúes». Después, han llegado a una habilidad para fabricarlos que raya en lo excepcional, en lo increíble..., por ejemplo, han preparado a enemigos para su propio servicio, hay ya occidentales «manchúes» manejados por ellos. Están ciegos los que no quieren verlo. Pedro insistió en su preparación, los hechos venían a darle la razón, él estaba en lo cierto, había que trabajar sin resquemores o limitaciones. —La psiquiatra hablaba pausadamente, con suma dulzura y calma, en voz baja. Sandro se encontraba casi ausente escuchándola, adormilado, pero el sonido de la mujer lo poseía—. Era imprescindible actuar, ya se había intentado en el pasado para oponerse a otras amenazas. MK era factible para los enemigos, lo habían demostrado en muchos atentados y no había que perder tiempo, las amenazas eran más contundentes y peligrosas que en otro tiempo. Los «manchúes» y las «manchúes», mujeres kamikazes, eran capaces de lo más difícil y arriesgado sin oponer resistencia, capaces de entregar su vida, si era necesario, por una idea bien grabada en sus mentes. Pedro trabajó en un ensayo sin lograr el éxito, resultó fallido, no controlaban la «medicina» imprescindible para el proceso del manejo de la mente y de la voluntad...

¿Era real? ¿Lo imaginaba? La historia que relataba la psiquiatra lo atraía..., su voz era como un sonido que llegaba de la lejanía. Quería escucharla, no perderse nada. Además, lo hacía sentirse bien, relajado...

—Eso es, Sandro, soltó la tensión... ¿entendés?

El sonido dulzón y pausado de la mujer lo envolvía.

—Son necesarios «manchúes», de voluntad decidida por el bien de todos y de nuestra civilización, a pesar del precio que suponga su creación, a las órdenes de los maestros. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio, sin que existan recelos o conflictos, para que predomine una moral que al resto les haga creer que viven en un mundo limpio, siempre se hizo, ¿por qué las dudas? Pedro fue castigado a pesar de que buscaba los agentes perfectos para las misiones de riesgo máximo. Se asustaron y tuvieron que inventarse lo de que vendía secretos a los rusos. ¡Majaderías! Luego, pasó lo del padre, al que también dejaron sus propios compañeros y los inspectores del Banco de España que no hicieron bien las cosas. Él sufrió otro duro golpe. Lo pasó mal..., mucho..., demasiado. A veces ocurre, la vida es injusta, ¿verdad? Supercruel, odiosa, bárbara, demencial...

Se reanimó con la confesión de la doctora, o eso creía. Tuvo la sensación de despertar de un

sueño, veía con mucha claridad los objetos, la tenue luz que entraba por el patio... Necesitaba beber, ella rellenó su vaso y se lo dio. Le hizo bien refrescarse de nuevo.

—Quiso vengarse... —afirmó raudo Sandro, a bocanadas; al final se quedó sin aire, vacío por el esfuerzo realizado.

—¡No! Te equivocas. Él no es así..., nunca ha buscado vengarse, no es rencoroso, sí ofuscado, estaba harto, cansado. La casualidad invitó a la solución. A mi estudio acudían chicos..., los hijos de los amigos o compañeros del padre de Pedro. ¿Por qué no? A mí se me ocurrió hacer el trabajo que nadie quería hacer. Lo más grande exige ambición y descaro absoluto. Lo hice a sus espaldas. Los jóvenes eran perfectos para el ensayo. De alguna manera tenía cierto control sobre ellos y sus débiles mentes. Era como dar un paso más allá..., algo más en el control...

—Esos soldados..., esos jóvenes..., no sé... —Apenas podía pronunciar las palabras, hablar, porque los labios y la lengua eran de corcho; le recordó la sensación que tenía con la anestesia del odontólogo. Tampoco podía bajar los párpados sin hacer un gran esfuerzo, la sequedad en los ojos le molestaba—. Los sacrificaste tú..., tú eres...

—Espacio..., tardé un poco en dosificar la «medicina» apropiada, en culminar el dominio de voluntades. Pero el resultado ha sido bueno, está ahí...

—N... nooo... —balbuceó él con el rostro desencajado.

—Sí, está ahí. Sonia es el modelo más acabado, no perfecto todavía... Ella es la «manchú» que buscábamos, ahora podemos lograrlo. Sonia actúa sin sufrir conflictos morales, no se amilana ante el riesgo, tiene carácter calculador, el instinto conveniente para ser manipulado en la dirección buscada. Capaz de cualquier cosa sin temor. Su mente está controlada hasta las simas más profundas y la «medicina» es la adecuada para no destruir a la persona y que termine quitándose la vida, como hicieron los primeros al no ser capaces de soportar el conflicto, los efectos de los barbitúricos. Decidieron huir. Lástima. Pero el proyecto está casi realizado, a pesar de que los objetivos se confundían aún en la mente de la «manchú» Sonia. Lo he demostrado, podemos administrar la violencia como más convenga a nuestros intereses, es recomendable y debe aceptarse. Así venceremos a los enemigos que ya manejan a sus «manchúes». Los servicios de la oscuridad terminarán por apoyarnos y nos premiarán...

Sandro estaba asustado, detectó temblor en sus piernas. Puso las manos sobre las rodillas y sus dedos penetraron en un vacío, acaso era una alucinación... Hizo un gran esfuerzo para hablar.

—Y Eva... ¿Por qué...?

—Preguntaba demasiado, conocía MK, nada destruirá lo que hemos creado. Animé a Pedro para que actuara, mejor con explosivos... Pero tú, ahora, descansa..., descansa..., todo termina...

Los párpados se le iban cerrando a medida que era cobijado por aquella empalagosa voz. Necesitaba seguir sus consejos. Le dolían los ojos. Los colores del cuarto se transformaban en destellos agresivos, tenía que rehuir su contemplación, cerrar los ojos...

La psiquiatra se movía. Era como una sombra. La vio removiendo entre los cajones de un aparador. Se acercó a él y se sentó a su lado. Llevaba una jeringuilla en las manos y observó a contraluz su contenido.

—No querrás tomarte la «medicina» por las buenas, pero es lo mejor para vos, te sentirás bien, disfrutarás de un sueño placentero, ya lo verás...

Hizo un esfuerzo titánico para levantarse, los músculos no le respondían, estaba paralizado.

—Relájate..., respirá profundamente..., así...

Entre sueños oyó numerosas voces que se amontonaban unas con otras.

Griterío confuso.

El ruido se acumuló en su cabeza provocándole un marasmo absoluto, el descontrol lo arrojó a una especie de vacío...

EL AIRE FRESCO QUE se introducía por una rendija de la ventanilla del *cuatrolatas* lo despejó bastante.

Luis bajaba con mucha cautela el puerto de Galapagar, de regreso hacia Pozuelo, para dejar a Sandro en casa con la esperanza de que terminara por recuperarse. Por suerte, reaccionó mejor de lo que esperaban con un café bien cargado que le dieron en El Escorial y la vomitona que sucedió a la ingesta minutos más tarde. También le administraron un estimulante que lo reanimó, sacándolo del estado hipnótico en el que lo había sumido Carmen de la Gándara con alguna droga que le suministró con la bebida. Llegaron a tiempo antes de que le inyectara una dosis mortal.

—Por poco, ¿eh? Tardaste mucho y, si te retrasas unos segundos, no sé qué habría sido de mí.

—¡La leche! Ya lo creo. Nunca me he visto en algo parecido —dijo Luis, atento al recorrido—. Menos mal que Manolo y yo dimos con los municipales que hablaron contigo, nos lo contaron los camareros. Yo no conseguí localizar a mi amiga y no tenía ni idea de qué hacer. Leí tu mensaje, sí, pero no pude hablar contigo porque tenías el teléfono apagado. Entonces, llamé a Elena, pero no sabíamos el número de la casa de Pedro del Moral y eso nos retrasó lo suficiente para que la tipa hiciera lo que quisiera. Elena estaba muy cabreada, bueno, hecha una furia, por cómo habíamos actuado, ella ya sabía lo de la psiquiatra pirada. Sonia terminó confesando en el hospital después de que le limpiaran el organismo de venenos y saliera de la hipnosis. Tuvieron que llamar a personal especializado para conseguirlo. ¡Ah! Y Pedro del Moral también largó a fondo cuando lo detuvieron en la T4 del aeropuerto. Se largaba el tío hacia Buenos Aires.

—¿Él estaba al tanto de las brutalidades que cometía la psiquiatra con sus pacientes?

—Debió de enterarse de lo que hacía su novia loca cuando ya tenía dominada a Sonia, y fue incapaz de reaccionar porque ella lo controlaba también. ¡Menuda bruja! Y lo buena que está la condenada, ¡qué lástima y qué pérdida! Y mira que es hábil, logró despistar a los agentes que la vigilaban. Elena estaba muy cabreada con lo que habíamos organizado nosotros y la incapacidad de su gente. Bueno, ya te habrás dado cuenta cuando hablaste con ella por teléfono.

—Me pareció tranquila. Al fin y al cabo, esto se ha resuelto y es una excelente noticia para ella. Lo que lamentaba es no haber participado directamente en la detención de la culpable.

—Seguro que disfrutará interrogándola. Ya debe de estar con ella en la comisaría.

En la lejanía se apreciaba el fuerte resplandor que desprendían las luces de la capital. Durante el trayecto apenas se habían cruzado con vehículos, pues era bastante tarde, y la noche se había

apoderado del paisaje. Cruzaron el puente sobre el río Guadarrama y, poco después, accedieron a una autovía de circunvalación para llegar a Pozuelo.

—Te invito a cenar, tengo un apetito voraz —le propuso Sandro.

—¿No deberías descansar?

—Es lo que menos me apetece. Por fin me siento bien, ¡qué mal lo hemos pasado!

—De acuerdo, llamamos a Eva y nos reunimos los tres para celebrarlo, ¿te parece?

—Estupendo. Dime una cosa, ¿quién crees que me dejó el mensaje con lo de *emeka*? En efecto, era la pista buena. Y ¿quién sería ese individuo que encontré cerca de casa recomendándome que me retirara de este asunto?

Luis se rascó la coronilla y observó de reojo a su amigo.

—Lo comenté con Manolo y piensa que eran de los buenos...

—¿De los buenos?

—Sí, que debían de ser de la Casa. Tal vez no podían actuar por ellos mismos y lo hicieron para motivarnos, o para que abriéramos las vías que nos permitirían dar con la solución y ayudar.

—Y ¿te crees que algo así puede ocurrir? Y ¿si nosotros no hubiéramos dado con la pista conveniente? ¿Hasta cuándo habrían estado quietos?

Luis hizo un gesto de duda. Sonrió.

—¡Bah! ¡Qué más da lo que sea! Yo, la verdad, no me fío de nadie, pero olvídate de este asunto y vamos a divertirnos, nos lo merecemos.

LA EXPRESIÓN DE ELENA resultaba tranquilizadora. De su semblante había desaparecido la tensión, el rictus de dureza que transfiguraba la proyección de su carácter hacia los demás, carente de matices por la ansiedad en la que pareció vivir desde que él la conocía.

Apareció sin avisar. Dentro del piso se escuchaba el *Benedictus*, de Bruckner, composición del maestro austriaco que entusiasmaba a Sandro y lo hacía sentirse bien. Él había calculado que transcurrirían varios días antes de verse, debido a la carga de trabajo que soportaría para cerrar el caso.

—Ayer fue imposible que hablásemos más. Lo siento, siento muchísimo no haber estado allí y lo que tuviste que pasar, pero eso fue una locura vuestra, aunque analizándolo ahora lo veamos de otra manera. Temimos por tu vida después de conocer lo que supuestamente había hecho esa mujer a raíz de la declaración de Sonia y de lo que confesó Pedro del Moral.

Le agradó la forma de exponérselo, con afección sincera.

—Estamos obligados a practicar algunas diligencias contigo, tienes que aceptarlo, te convocaré el juez instructor. Pero haremos todo lo posible para molestarte poco. Lo que son las cosas, pensar que te consideramos sospechoso y tú has dado con la supuesta asesina... Me fastidia lo que te hemos hecho pasar...

Lo expresó con suavidad y suma delicadeza, esforzándose en ello.

—No te preocupes, yo lo decidí así y aprenderé de esta experiencia.

—El comisario jefe y el comisario Bermúdez, y todos nosotros, los que ya conoces, agradecemos tu colaboración, pocas veces sucede algo similar. Ha sido excepcional. Y lo peor fue lo de Eva, nos duele, haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudarla.

—Está estupenda, de verdad, recuperadísima. Ayer cenamos juntos, tiene mucho ánimo y está dispuesta a meterse en más jaleos, te lo aseguro. Le transmitiré vuestros deseos.

Elena asentía con la cabeza, satisfecha. Bebió de la taza de café dejando la marca del carmín en el borde. Sandro contempló sus manos, necesitaban cuidados, aunque pensó que era absurdo que alguien como ella tuviera tiempo para esos menesteres. Llevaba una falda negra, bastante ajustada, zapatos del mismo color de medio tacón y una blusa color crema; de su cuello pendía una cadena de oro con eslabones minúsculos, no tenía ningún adorno más. Había dejado la gabardina a su lado, en el asiento.

—Ya he visto en el periódico —continuó la inspectora— lo de ayer en El Escorial y una descripción de las detenciones, dando por finalizada la alarma y la angustia que han soportado

tantas personas. Está bien detallado, narrado con prudencia y rigor, menos mal, sin errores de bulto. Y tu entrevista, bien llevada, sin desvelar nada que pudiera perjudicarnos. Gracias.

—Me alegro por los periodistas, supieron esperar para contarlo con la mejor información y evitaron asustar a los lectores. ¿Sabes que me gustaría ver el cerebro de la argentina por dentro?

—¿Cómo?

—Sí, por lo que me contaste, ¿recuerdas? Lo que os explicó aquella doctora, la neurocientífica experta en asesinos en serie.

—¡Ah! Ya..., la amígdala que procesa las agresiones y la violencia en la zona frontal del cerebro. Pues sí, la pseudopsiquiatra debe de tener la cabeza bastante dañada.

Sonrieron los dos.

Comenzaba a llover. Elena hizo un gesto mohíno, como si le molestase el cambio brusco del tiempo. Sujetaba la taza de café con las dos manos, intentando atrapar el calor que desprendía el caolín.

—¿Puedo llamarte algún día para salir a cenar, por ejemplo?

Ella levantó la cabeza, cruzó su mirada con la de él y le resultó cálida, sincera... Tardó en responder, pero lo hizo con contundencia, sin ambages.

—Una cita, ¿eh? Sí, cuando quieras. Espero no estar enfrascada en un caso tan complejo y difícil como ha sido este.

—¿Qué sabéis sobre Carmen de la Gándara?

—No puedo hablarte, entiéndelo. Tenemos, por encima, algunas informaciones...

—Si no quieres..., de cualquier manera, todo queda aquí.

—Bueno... —La inspectora pareció rebuscar en su mente los aspectos que menos afectaban a la instrucción del caso—. Puedo decirte que ella era quien precisaba tratamiento, eso es indiscutible. Hemos recibido información desde Argentina. Al parecer, sus padres murieron en un accidente de tráfico cuando tenía cinco años y quedó al cuidado de una tía muy exigente. Tuvo una infancia traumática después de la pérdida violenta y repentina de sus mayores, seguida de una formación estricta, sin afectos. Dolor y rabia que terminaron sublimando con el ejercicio de una especie de control omnipotente sobre los demás y sin conseguir ajustar sus propias emociones...

—¡Vaya cuadro! Es como si escuchara a un experto en patologías mentales y del comportamiento.

Elena soltó una carcajada.

—Tienes razón, no hablo por mí, lo siento. Te explico parte del análisis realizado por nuestros especialistas después de unas charlas iniciales con Carmen de la Gándara. Tardarán en elaborar un informe completo y definitivo sobre ella. Y espero tener en mis manos el escáner de su cerebro para ver cómo aparece el córtex orbitofrontal y esa amígdala que rige las emociones, tal como nos explicó la doctora Vidal, la neuróloga.

—Es decir, que el drama personal de esa mujer era tan obsesivo como para terminar realizando el proyecto en el que había fracasado su amante y que le permitía experimentar con seres humanos como si fueran conejillos, sin consideración por sus vidas y sin tener mala conciencia por lo que hacía.

—Un amor *fou* y una enfermedad mental sin curar o un daño cerebral congénito, la mezcla es terrible —afirmó la inspectora.

—Ella era la gurú, él, la marioneta. Curioso.

Sandro miró el reloj y lamentó lo avanzado de la hora.

—He quedado en recoger a Marta en el aeropuerto, han tenido problemas con el vuelo de París y viene rota, tengo ir por ella, me lo ha pedido.

—Tranquilo...

Por primera vez desde que la conocía, comprobó que Elena no tenía ninguna prisa y que la fastidiaba tener que dejarlo.

Al salir a la calle, vieron que el día terminaba, las luces rojas de las antenas restallaban en la oscuridad. Por la avenida, apenas había tráfico.

La emoción que transmitían los ojos de Elena terminaron por incomodarlo. Surgieron numerosas preguntas y él rechazó plantearle las fundamentales. Ella también optó por enmudecer. El abrazo de despedida fue largo, muy ancho, con sus cuerpos sellados. Él la sujetó por la nuca y permanecieron un buen rato con las mejillas pegadas.

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre este
libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com